

Selección RNR



Capricho
del destino

MAIRI DUAN



Romance y Viaje en el tiempo

Capricho del destino

Mairi Duan



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTA DEL AUTOR

Aunque la historia está basada en algunos hechos y personajes reales, he tenido que modificar algunos datos para poder escribir esta historia. Al final del libro expongo los personajes y hechos históricos según la información que he ido recabando. Espero que no se me haya olvidado ninguno, si aun así ocurriera, pido disculpas.

El resto de personajes y situaciones son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

CAPÍTULO I

El murmullo continuo de un río cercano comenzó a devolverla a la consciencia. Intentó abrir los ojos, pero los párpados se negaron a obedecer las órdenes de su cerebro mientras sentía en las sienes el desbocado palpar de su corazón. La cabeza no paraba de darle vueltas, su cuerpo estaba dolorido y tenía la garganta completamente seca. Se esforzó de nuevo por abrir los ojos y, lentamente, una tenue claridad pareció vislumbrarse a través de las pestañas de Elena, que permanecía inerte, boca arriba. Su cerebro poco a poco fue interpretando las imágenes que entraban por su retina, formando figuras que hacía unos momentos eran indefinidas: un poderoso roble de casi treinta metros de altura, con su grueso y rígido tronco grisáceo, se erguía imponente delante de ella.

Buscó en su memoria los últimos minutos queriendo recordar en qué momento se había tumbado bajo aquel solitario árbol, sin embargo, su mente parecía vacía. Con dificultad, consiguió incorporarse hasta sentarse sobre una mullida alfombra verde mientras sus ojos registraban el entorno que la envolvía: agrestes montañas ascendían desde un inmenso valle abierto por el que discurría un río que se perdía en el interior de un bosque de pinos, donde el silencio solo era interrumpido por el sonido del agua en su recorrido chocando con piedras y arrastrando todo lo que encontraba a su paso.

No tenía ni idea de dónde estaba ni cómo había llegado a parar allí, ni siquiera recordaba haber estado en ese lugar anteriormente. Estrujó su cerebro buscando alguna pista que le ayudara a recordar lo sucedido, pero sus recuerdos permanecían aletargados, solamente inconexas ráfagas de imágenes sin sentido acudían a su cabeza sin que Elena supiera qué significaban o pudiera relacionarlas con nada: un autobús en medio de la noche, el silencio, un fuerte resplandor, oscuridad, la presión de las manos de Alicia mientras caía... —sus ojos se abrieron desmesuradamente girando la cabeza en todas direcciones.

—¡Alicia! ¿Dónde estás? —Como si tuviera un resorte, se levantó rápidamente para buscar a su amiga, pero tuvo que volver a sentarse cuando la cabeza comenzó a darle vueltas amenazando con hacerle perder de nuevo la consciencia. Cerró los ojos para recuperar el control y, después de unos minutos que se le antojaron eternos, los abrió, moviendo muy lentamente la cabeza, escrutando a su alrededor en busca de alguna señal del paradero de Alicia. Unas deportivas negras sobresalían por detrás de un arbusto a pocos metros de ella. Controlando la urgencia de salir corriendo por riesgo a desvanecerse, se levantó muy despacio y se acercó a ella.

—Alicia, ¿estás bien? —Tomó su pulso, suspirando de alivio al verificar que seguía viva. Su respiración era regular y el color de su piel sonrosado, un poco pálido, pero con vida. Examinó con cuidado su cuerpo en busca de alguna herida o contusión que pudiera significar algún traumatismo, pero estaba intacta, ningún rasguño, simplemente desmayada. Se sentó junto a ella sujetando sus manos, como si temiera que al soltarla pudiera desaparecer y se relajó esperando a que se despertara; quizás ella supiera dónde estaban.

Cerró los ojos y dejó su mente en blanco. Cuando su respiración y el ritmo de su corazón se normalizaron nuevas imágenes comenzaron a agolparse en su memoria y poco a poco los últimos momentos vividos fueron pasando por su cabeza como si fuera una película, haciéndose cada vez más nítido.

«Una cena en el castillo de Eilean Donan organizada por la agencia de viajes que habían contratado para realizar una excursión por las tierras altas de Escocia.»

—¡Las Highlands! ¡Claro! —Abrió los ojos —¡Seguimos en Escocia! —Sonrió satisfecha. — Pero, ¿dónde? —Frunció el ceño—. ¿En qué parte de Escocia? Y, ¿cómo demonios hemos llegado aquí?

Obligó a su mente a indagar más profundamente en sus recuerdos.

«Después de la cena regresaron al hotel entre intensos relámpagos que se podían ver a lo lejos descendiendo furiosos hasta romper en la tierra, escuchando a los pocos segundos el terrible sonido que parecía reverberar contra las montañas amplificando su estruendo. El suave zarandeo del autobús junto con el cansancio por la intensa excursión del día fue la combinación perfecta para que los cansados ojos de Elena, sin poder evitarlo, se cerraran y en pocos minutos su conciencia se escabulló entre el mundo de los sueños y se dejó mecer por Morfeo que la transportó hasta los confines del mundo onírico. Un inesperado frenazo la despertó bruscamente pero no era capaz de recordar lo que ocurrió después, solamente recordaba una extraña sensación de desesperanza, miedo, soledad, un brillo cegador y caer, caer por un precipicio que parecía no tener fin hasta que perdió la consciencia»

—¡Mi cabeza! —Alicia se había soltado de la mano de su amiga mientras intentaba incorporarse —¿Qué... qué ha pasado?

—Espera —Aconsejó Elena poniendo las manos sobre sus hombros para impedir que se levantara—. No te levantes de golpe o te marearás.

—¿Dónde estamos? —Volvió a preguntar mientras movía la cabeza de un lado a otro intentando abarcar el mayor espacio posible que su posición en el suelo la permitía.

Elena tardó unos segundos en contestar.

—No tengo la más repajolera idea. Esperaba que tú pudieras decírmelo. No recuerdo casi nada.

—¿Hemos sufrido algún accidente?

—Que yo sepa no.

—¿Y los demás? —La impaciencia pudo más que la prudencia y, desoyendo lo que Elena la había aconsejado, intentó levantarse para, unos segundos después, volver a tumbarse.

—Te dije que no te incorporases tan rápido. Respira despacio e intenta calmarte. No sé lo que ha pasado, ni dónde estamos ni dónde están los demás.

Alicia permaneció quieta hasta que volvió a ser dueña de su cuerpo. Sentía que la cabeza le iba a estallar y no conseguía recordar por qué estaba allí tumbada, todo parecía borroso.

—Hemos debido de sufrir algún traumatismo, por eso está todo tan confuso. Necesito levantarme.

—Hazlo despacio.

—Vale.

A medida que se incorporaba, su expresión iba cambiando mientras contemplaba el valle que las envolvía. Miró desconcertada a Elena.

—No recuerdo este lugar.

—Yo tampoco —comentó encogiéndose de hombros—. No tengo ni idea de dónde estamos.

Supongo que seguimos en Escocia pero no sé en qué lugar de Escocia ni tampoco cómo hemos llegado hasta aquí. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Alicia buscó en su memoria intentando retroceder todo lo posible y lentamente el autobús volvió a su mente, el castillo, la cena, la tormenta... Arrugó la nariz cuando la imagen de una luz resplandeciente y posteriormente una oscuridad total se atascaron en su memoria, sin comprender muy bien qué significaban. De pronto sintió un escalofrío al experimentar un extraño vértigo recordando aquella oscuridad surgida de la nada y luego...

—No... no... tiene sentido —objetó—. No sé... —Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta, buscando una forma de darles coherencia.

—Aunque te parezca que no tiene sentido, Alicia, ¿qué es lo que recuerdas?—. Volvió a inquirir mirándola fijamente. Alicia, con los ojos muy abiertos y la boca desencajada, quería explicar lo que recordaba pero no sabía por dónde empezar. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—No sé, Elena. Recuerdo que... después de cenar en el castillo de Eilean Donan cogimos el autobús y luego me quedé dormida.

—Y... cuando despertaste... ¿qué recuerdas?

Alicia cambió de posición y titubeó antes de continuar.

—Cuando regresábamos a Fort William me despertó el frenazo del autobús y al abrir los ojos... —Se detuvo, no sabía cómo seguir. No tenía muy claro qué es lo que vio.

—¿Qué viste? —Insistió Elena.

—No lo sé —Negó con la cabeza—. Recuerdo una brillante luz, quizás otro autobús o un camión. No sé lo que era, solo que era una luz muy potente. Luego se apagó de repente y todo quedó a oscuras. ¿Tú recuerdas lo mismo? —inquirió preguntándose si habían sido imaginaciones suyas.

—Sí, y tampoco tengo claro qué era esa luz. Es como si mi cerebro hubiera borrado esa parte. No sé qué ocurrió cuando se apagó, me vienen imágenes sin sentido.

—¿Qué imágenes?

Elena buscaba las palabras correctas para describir aquellas extrañas imágenes.

—Una especie de... túnel o pozo, muy oscuro.

—Y caímos en él, ¿verdad?

Elena se quedó callada mirando a los ojos de Alicia sin saber qué contestar. No era consciente de haber caído en aquel pozo, túnel o lo que fuera, sin embargo recordaba la sensación de vértigo y angustia cuando todo lo que estaba a su alrededor desapareció y ella se vio inmersa en una oscuridad total.

—No lo sé, Alicia. No recuerdo que nos cayéramos.

—Yo creo que sí, que caímos en ese pozo, no sé cómo, pero caímos. Al principio estaba muy oscuro pero cuando estábamos llegando al final... la luminosidad era tan brillante que tuve que cerrar los ojos. Después... todo se desvaneció.

—Si hubiéramos caído en un pozo, estaríamos heridas y ni tú ni yo tenemos un solo rasguño.

—Entonces ¿por qué no sabemos dónde estamos? La única respuesta lógica es que hayamos sufrido un accidente y tengamos algún tipo de amnesia anterógrada, por eso no recordamos nada posterior al accidente. Y todo apunta a que ese accidente se debe a la caída en ese agujero. ¿No crees que tiene lógica?

—Sí, es posible —contestó sin estar muy convencida.

—Lo único que tenemos que hacer —afirmó satisfecha de haber solucionado el enigma —es llegar al pueblo más cercano y regresar a Fort William. Si no recuerdo mal nos hospedamos allí,

¿no?

—Sí, en Fort William.

—Seguramente allí alguien podrá aclararnos qué nos ha pasado.

—Supongo.

—Pues pongámonos en camino, cuanto antes, mejor.

—De acuerdo —comentó a falta de una propuesta mejor.

Iniciaron la marcha hacia el río para poco a poco adentrarse en el bosque donde los enormes pinos de corteza roja fueron envolviéndolas a medida que se zambullían entre sus poderosos troncos, que se elevaban hacia el cielo formando una barrera vegetal que impedía penetrar los rayos de sol.

Las dos amigas caminaban en silencio, enfrascadas en sus pensamientos, oteando a su alrededor. Elena se preguntaba cómo era posible que estuvieran tan alejadas, llevaban varios kilómetros recorridos adentrándose cada vez más en el profundo bosque y no habían encontrado ninguna señal humana, ningún camino, ni letrero, ni siquiera basura que indicara que por allí había pasado algún ser humano. De pronto se paró en seco haciendo que Alicia, que seguía de cerca sus pasos, chocara contra ella y, cuando fue a quejarse por lo precipitado de la parada, Elena puso un dedo en los labios gesticulando suavemente con la otra mano para comunicar a su amiga que permaneciera callada.

—Shhh. Creo que he oído algo —susurró oteando cuidadosamente a su alrededor.

—¿Qué has oído? —inquirió Alicia que, imitando a su amiga, se había colocado a la defensiva buscando encorvada sin saber muy bien el qué.

—Creo que era un grito.

—¿Un grito? ¡Entonces hay alguien cerca! —Soltó esperanzada girando la cabeza en todas direcciones mientras se movía ruidosamente entre las hojas secas esparcidas por el suelo.

—Si no dejas de hacer tanto ruido no sabremos dónde están.

Ralentizaron su respiración para poder escuchar con mayor claridad mientras sus ojos escrutaban a su alrededor en busca de cualquier movimiento que delatara una presencia humana. Un chillido se escuchó desde algún lugar en el interior del bosque haciendo que sus miradas se desviaran en aquella dirección.

—Ha sido por allí. —Señaló Alicia dirigiendo sus pasos hacia aquel punto cuando la mano de Elena la agarró por el brazo impidiendo que continuara.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Me ha parecido que... pedía ayuda.

—¿Ayuda? —Se alarmó Alicia.

El aullido de una voz infantil mezclado con otras voces más graves, evidentemente adultas, unidas a un sonido de forcejeo y lucha paralizó a ambas que se miraron con expresión preocupada.

—Esto no me gusta —Negó Alicia con la cabeza—. Deberíamos ir en busca de ayuda.

—¿Dónde, Alicia? No sabemos dónde estamos ni dónde está el núcleo urbano más cercano.

—Pues continuamos en la dirección que íbamos y seguro que encontramos a alguien. ¡Joder! Cuando más necesitas un móvil no lo tienes a mano.

—Alicia, parece un niño que está en apuros, no podemos irnos y dejarle sin más, no nos perdonaríamos haberle dejado a su suerte.

Alicia sabía que Elena tenía razón.

—¿Y qué podemos hacer nosotras?

—No lo sé. Primero echemos un vistazo a ver qué es lo que ocurre, y luego ya pensaremos qué hacer.

Se miraron y asintieron encaminándose silenciosamente hacia el lugar desde donde los gritos parecían proceder. A medida que se acercaban, el corazón de Elena se iba desbocando escuchando el sonido de lucha desigual que provenía de detrás de una enorme roca apostada en medio del bosque. Cuando los gritos cesaron de golpe al tiempo que un gemido furioso se ahogó a través de lo que parecía un trozo de tela, Elena comprendió que lo que iban a encontrar detrás de aquella roca era peligroso.

Se acercaron sigilosamente procurando evitar las ramas y hojas secas que se esparcían por el suelo para no hacer ruido, mientras Elena se preguntaba si los latidos de su corazón no delatarían su presencia. Las voces masculinas que se escuchaban apuntaban a que se trataba de dos o tres hombres corpulentos que debían de tener dificultades para controlar al pequeño, cuyos gemidos ahogados daban a entender que le habían amordazado. Elena se situó en el único lateral despejado de ramas de la enorme roca que ocultaba lo que ocurría detrás. Con sumo cuidado fue asomando la cabeza hasta que sus ojos quedaron por encima de la piedra y, cuando su retina proyectó la imagen, tuvo que ponerse la mano en la boca para no gritar: un muchacho de unos cinco o seis años se encontraba atado a un árbol agitándose desesperado mientras emitía furiosos gemidos ahogados por la mordaza que tapaba su boca. Junto a él yacía totalmente inerte boca arriba una mujer de mediana edad con el cabello ligeramente blanco y vestida con un atuendo que le llegaba a los tobillos, ajustado a la cintura por un grueso y desgarrado cinturón de tela por donde manaba un pequeño pero continuo chorro de sangre. Elena estaba estupefacta, pero su asombro creció hasta convertirse en confusión al desviar la mirada para contemplar a dos imponentes highlanders con el tradicional, aunque andrajoso, kilt hasta las rodillas, portando en su cintura dos enormes espadas que reflejaban los escasos rayos de sol que conseguían traspasar el tupido manto vegetal. No muy lejos de ellos varios caballos permanecían atados a un árbol. Su cuerpo se tensó y en ese momento a punto estuvo de gritar al sentir la presión de la mano de Alicia sobre su hombro.

—¿Qué pasa? —El susurro apenas perceptible no llegó al tímpano de Elena que volviéndose hacia ella le instó a guardar silencio mientras se alejaba sujetándola firmemente de la mano. La expresión de su rostro denotaba no solo sorpresa sino también preocupación y enfado, una rabia contenida difícil de disimular. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para no ser oídas, Elena le explicó lo que había visto.

—¿Cómo? ¿Espadas? ¿Estás segura? —Los ojos de Alicia parecían que se iban a salir de órbita.

—Completamente.

Alicia se quedó pensativa.

—¿No estarán grabando una película?

—No he visto ningún equipo de grabación.

Alicia frunció el ceño.

—Seguro que no has mirado bien —espetó mientras se daba la vuelta para dirigirse hacia el lugar donde Elena había contemplado la extraña escena. Cuando volvió, estaba blanca.

—¿Dónde demonios estamos?

—No lo sé. Me imagino que seguimos en Escocia, en algún lugar perdido de Dios donde la civilización todavía no ha llegado.

—Pero... ¿Espadas?

—Estoy tan confundida como tú. Me angustia no saber dónde estamos o qué nos ha pasado pero

ahora mismo lo que me preocupa es que hagan daño a ese niño. Por muy malo que sea lo que ha hecho no creo que justifique tratarle así.

—Y ¿qué podemos hacer? Sospecho que no accederán a darnos al muchacho por nuestra cara bonita.

Elena se quedó pensativa analizando el escenario en donde tenían al chico y trató de visualizar cada roca, cada arbusto, cada tronco, el emplazamiento donde estaba cada uno de los hombres, buscando la mejor forma de rescatarlo, pero sabía que la única manera era enfrentarse a ellos, no podrían desatarle sin ser vistas y después escapar sin más. La expresión de su rostro dio a Alicia una idea de lo que pasaba por su cabeza y suspirando preguntó.

—¿En qué estás pensando, Elena?

—Hay que enfrentarse a ellos. —Antes de que Alicia se quejara Elena continuó —Soy cinturón negro en varias artes marciales y creo que podré con ellos.

—¿Crees? —repitió incrédula Alicia —¿Te has vuelto loca? ¿Has visto el tamaño de esos hombres? Aunque son dos abultan como cuatro y encima ¡tienen espadas! Elena ¿has luchado alguna vez contra cuatro hombres armados? Te he visto competir en los campeonatos de artes marciales y reconozco que eres muy buena, pero sé realista. No se trata de ganarles por puntos ni inmovilizarles, ni siquiera defenderte. Van a matarte, y al final, tu esfuerzo no servirá para liberar al chico.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó sabiendo que en el fondo tenía razón.

—La verdad es que lo único que se me antoja inteligente es salir corriendo.

—Sería lo más inteligente, sí, pero no lo más ético. No podemos dejar al chico a su merced.

—Lo sé, pero hay que buscar otra forma.

—¿Cuál? —replicó Elena que ya estaba empezando a perder la paciencia. Era consciente de que era una locura enfrentarse a dos hombres pero el tiempo corría en su contra y no sabía qué planes tenían para el chico—. Alicia, no podemos ir a buscar ayuda sin saber dónde, porque seguramente cuando regresemos aquí, o bien ya no estén o hayan hecho algo de lo que nos sentiremos culpables el resto de nuestra vida. Sé que tienes miedo, yo estoy aterrorizada, pero hay que hacer algo para salvar a ese chico. Aunque ponga mi vida en peligro, estoy dispuesta a ello.

Alicia asintió.

—Está bien, ¿qué planes tienes?

—Puedo luchar contra uno, pero hay que noquear al otro. Tenemos que vigilarlos y esperar la oportunidad, aunque nos lleve todo el día. En algún momento se separarán y entonces, intervendremos.

Después de localizar un par de palos que pudiera agarrar firmemente y que fueran contundentes, se acercaron sigilosamente a la roca para volver a comprobar la situación.

Los dos hombres se encontraban sentados en el suelo de espaldas a ellas y al chico, que seguía maniatado, quieto, cansado de forcejear. En un momento dado, uno de ellos se levantó desperezándose y, con paso torpe y pesado, se acercó a un árbol con claros signos de querer vaciar la vejiga mientras eructaba de forma sonora. Ambas mujeres se miraron y supieron que era el momento que estaban esperando.

CAPÍTULO II

Elena agarró con fuerza los palos y se encaminó hacia el lugar en donde el highlander se aliviaba mientras Alicia se encargaba de desatar al chico. Sabía que el factor sorpresa era determinante para el éxito de su propósito, así que se escondió detrás de un ancho tronco, que la ocultaba por completo, pero al mismo tiempo la permitía ver sin ser vista y, rezando para que su plan funcionara, se preparó para atacarle. El escocés no vio venir el palo que se estrelló rompiéndose en su cabeza y que le hizo tambalearse, aunque no llegó a caer. Se volvió sorprendido hacia Elena, que rápidamente descargó el otro palo en su cabeza. El enorme cuerpo del escocés dio varios pasos cortos a derecha e izquierda hasta desplomarse boca abajo delante de ella, que se preguntó si tendría que volver a golpearle, pero, esta vez, no se movió.

El impacto del cuerpo sobre la tierra alertó a su compañero, que inmediatamente se levantó mientras desenvainaba la espada, dirigiéndose a la zona donde había caído. Frunció el ceño al ver al hombre abatido y entonces reparó en Elena, que todavía llevaba el palo en la mano. Su sorpresa inicial se transformó en una sonrisa malévola cuando comprobó que estaba sola y, enseñando los dientes como un león al ver a su presa, se dispuso a arrojarle contra ella. Elena echó un rápido vistazo detrás de él para comprobar que Alicia ya había desatado al chico, así que tendría que alejar el escenario de combate a otro lugar para permitir a su amiga inmovilizar al otro compinche antes de que volviera en sí.

La adrenalina circulaba frenética por su sangre, poniendo en pie de guerra a todo su organismo, olvidando la corpulencia de aquel coloso y agreste individuo que se acercaba a ella a grandes zancadas. Se desplazó al centro del claro moviéndose lentamente con la intención de alejarle del cuerpo inmóvil del compañero y disponer de un espacio más amplio para manejar el palo. El escocés se plantó frente a ella con las piernas separadas y bufando como un toro, blandiendo en su mano derecha una espada de casi la misma altura que ella. La mirada asesina del guerrero había oscurecido sus ojos haciéndole parecer más peligroso y, con aire prepotente y una sonrisa burlona de satisfacción anticipada, levantó su espada dispuesto a cercenar la hermosa cabeza de la impertinente que osaba desafiarle. El hombre se detuvo desconcertado cuando Elena comenzó a mover el palo haciendo círculos y a danzar a su alrededor. La miró extrañado y, cuando se cansó de girar continuamente la cabeza, empezó a acercarse despacio esbozando una lasciva sonrisa, haciéndole retroceder para no perderle de vista.

Elena se preparó para el ataque.

Con los brazos en tensión y agarrando con fuerza el palo en su mano diestra, adelantó su pierna izquierda flexionando la rodilla mientras mantenía la derecha recta, ligeramente hacia atrás. Cargó toda su fuerza en la pierna retrasada y cuando el hombre estuvo a una distancia que consideró oportuna, lanzó un terrible rugido descargando toda su potencia en la pierna derecha, que avanzó silbando hacia el plexo solar de su oponente. El inesperado impacto le lanzó varios metros hacia atrás, dejándole sin respiración durante unos segundos, momento que Elena aprovechó para volver

a golpear, esta vez en el rostro desencajado del hombre. En el momento en el que los pies femeninos tocaron el suelo, giró sobre sus talones para darse impulso y con un giro pateó de nuevo el pecho del oponente, que perdió el equilibrio y cayó al suelo soltando la espada.

Elena supo que tenía que actuar con rapidez antes de que el escocés reaccionara. Sin dilación alejó el acero del hombre volviéndose hacia él para rematar su defensa con el palo, pero cuando estuvo frente a él, un rápido movimiento de su adversario la hizo trastabillar. Consiguió mantenerse en pie, pero perdió el palo al intentar sujetarse a un tronco para no caer. Cuando controló su cuerpo vio levantarse encolerizado al escocés que, mirándola con los ojos inyectados en sangre, se abalanzaba hacia ella expulsando de sus pulmones todo el aire contenido emitiendo un escalofriante grito de guerra. Elena sintió temblar la tierra bajo sus pies y se preparó para el ataque retrocediendo un poco para dejar un espacio entre ellos y poder golpearle con la pierna. El escocés, viendo las intenciones de la mujer, se giró rápidamente y, colocándose a su espalda, la cogió del pelo y la lanzó contra un árbol. El golpe la dejó aturdida. Tardó unos segundos en reaccionar y, cuando lo hizo, vio con horror que aquel gigante se lanzaba de nuevo rabioso contra ella. Sabía que en ese momento no estaba en condiciones de contraatacar y su instinto fue echar a correr, pero las piernas le fallaron y, antes de que pudiera evitarlo, se encontró con las manos del enfurecido highlander alrededor de su cuello apretando sin piedad.

Elena luchaba por zafarse de aquellas garras que intentaban quedarse con su último aliento, sin embargo la fuerza de aquel bárbaro parecía acrecentarse con su resistencia. Sabía que era cuestión de segundos que el oxígeno no llegara a su cerebro y su capacidad para buscar una salida se viera mermada, por lo que tenía que decidir rápidamente cuál sería su próximo paso. Levantó el brazo derecho y rotó bruscamente la cadera para inmediatamente después bajarlo de golpe impactando con el codo sobre el antebrazo del hombre que, sorprendido más que dolorido, aflojó su presión pero no la soltó. Su mirada asesina le mostró que no iba a dejar impune su osadía. Elena intentaba llegar al rostro de su opresor pero éste la mantenía sujeta a pocos centímetros del suelo, con una mueca en su boca de asesino implacable.

De pronto el aire comenzó a entrar por su tráquea y Elena pudo ver a Alicia agarrada al cuello del highlander intentando separarle de ella tirando fuertemente de su cabello. Hasta ese momento no se había preguntado dónde estaba su amiga y agradeció que apareciera en un momento tan crítico, pero la tregua apenas duró unos segundos ya que, sin soltar el cuello de Elena, con un rápido movimiento, el hombre consiguió zafarse de Alicia que, al intentar volver a colgarse de su cuello, recibió un fuerte golpe en el rostro cayendo inconsciente. Las manos se cerraron de nuevo con furia y Elena pensó que aquel rostro nauseabundo sería lo último que vería y, aunque luchó desesperada para poder llegar a alguna parte del cuerpo masculino y defenderse, éste no permitió que sus manos ni sus piernas se acercaran a él. Cuando creyó que todo estaba perdido, aquellos ojos se dilataron y la boca del escocés se torció en una grotesca mueca emitiendo un gemido de dolor. A medida que el oxígeno irrigaba su cerebro, las manos que apresaban su garganta perdían fuerza y comenzaban a soltarla. El hombre miró incrédulo cómo de su torso sobresalía una punta metálica ensangrentada y, volviendo a mirar a la mujer, se desplomó delante de ella. Detrás de él, el muchacho miraba con furia el cuerpo caído del atacante con su pequeña mano todavía asiendo la empuñadura del arma.

Elena cayó de rodillas intentado henchir sus pulmones, masajeando su dolorido cuello, mirando al chico sin saber muy bien si darle las gracias por salvarle la vida o reñirle por coger una espada y matar a un hombre. Era incapaz de pronunciar palabra alguna. Sus ojos permanecían fijos en el muchacho, orgulloso junto a su trofeo, preguntándose si aquel chico era consciente de lo que

acababa de hacer. El suave quejido de Alicia desvió su atención y torpemente se acercó a ella.

—¿Estás bien?

—¡Dios! ¡Qué golpe! —comentó todavía aturdida —Creo que estoy bien aunque me duele un poco la nariz.

—Deja que eche un vistazo.

Elena limpió la sangre que todavía manaba de su nariz y, después de asegurarse de que no estaba rota, ayudó a su amiga a levantarse. Cuando Alicia vio al escocés tirado en la tierra en medio de un gran charco de sangre, miró incrédula a su compañera.

—No. No he sido yo. —Se apresuró a contestar —Ha estado a punto de acabar con mi vida pero si no hubiera sido por el chico —comentó mirando al muchacho que se había acercado a ellas —ahora mismo sería yo quien estaría en el suelo.

—Está... ¿muerto? —preguntó Alicia que no se atrevía a acercarse a él.

—A no ser que sea inmune a un arma que le ha atravesado el tórax... Sí, está muerto.

—Y ¿ha sido el chico quien...? —inquirió asombrada señalando al chico.

—Sí. No me preguntes qué diremos a la policía porque todavía no puedo creer lo que ha ocurrido. Ya le ves, tan campante, como si no hubiera pasado nada.

Ambas mujeres centraron su mirada en el pequeño que con una tenue sonrisa miraba alternativamente a una y a otra. Elena se agachó para ponerse a su misma altura.

—Hola, me llamo Elena y ella es Alicia, ¿cómo te llamas?

El muchacho la miró sorprendido y respondió en un extraño inglés.

—No hablo muy bien lengua inglesa pero si habláis despacio puedo entender.

—¿No habla inglés y está en Escocia? —soltó extrañada Alicia en español.

—Tal vez estemos en una zona donde solo se hable gaélico escocés, creo que hay algunas regiones en las highlands donde todavía se habla.

Elena volvió a preguntarle el nombre en inglés, esta vez más despacio.

—Me llamo Kenneth Mackenzie.

—Hola, Kenneth, ¿vives cerca de aquí?

—A media jornada de camino.

—¿Media jornada? —repitió Alicia —Supongo que quiere decir a media hora.

—Verás, somos españolas y creo que nos hemos perdido. ¿Me puedes confirmar dónde estamos?

—Estáis en Kintail.

—Luego seguimos en las tierras altas. ¿Vives con tus padres? —continuó Elena.

—Vivo con mi padre. Mi madre murió cuando era un bebé.

—Vaya, lo siento.

—Supongo que eso descarta que esté en algún internado por asesinato —espetó Alicia—. No me mires así. No me digas que no has pensado que esos tipos no le estaban secuestrando sino que le llevaban de vuelta a un centro de menores. Si es capaz de... matar a un adulto, no sé, me asalta la duda de que sea un inocente chaval.

—No tiene pinta de ser peligroso, mírale, no tendrá más de seis o siete años. No sé cómo pudo reunir fuerzas para coger esa espada y... clavarla en el cuerpo de un hombre para defenderme —Elena volvió a mirar al chico.

—¿Quiénes eran esos hombres? ¿Sabes qué querían? ¿Por qué te habían secuestrado?

—No lo sé. Nunca los he visto. Mi abuela y yo íbamos a... —En ese momento el chico volvió su mirada a la mujer herida que seguía sangrando sobre la tierra y se acercó corriendo a ella.

Elena le siguió y se agachó para evaluar su estado.

—¿Es tu abuela? —Kenneth asintió preocupado mirando la herida sangrante de la mujer. Elena comprobó sus constantes vitales.

—Está débil pero se recuperará. Voy a tratar de cortar la hemorragia, ¿comprendes? —El muchacho afirmó con la cabeza.

Examinó la herida, que en un principio parecía superficial, pero si no la taponaba podría desangrarse. Después de limpiarla bien, le vendó el costado asegurándose de que quedaba lo suficientemente apretada para que no fluyera más la sangre.

—¿Crees que se recuperará? —preguntó Alicia.

—Habría que suturar la herida para evitar que siga sangrando y se infecte, pero no tengo nada con lo que hacerlo. Tenemos que llevarla a un hospital. ¿Hay algún hospital cerca? —preguntó al muchacho que, frunciendo el ceño, contestó.

—¿Hospital? ¿Qué es eso?

Las dos mujeres se quedaron mirando preguntándose si era un problema de idioma o es que en el pueblo donde vivía no había ni siquiera hospitales.

—Es un lugar donde se curan a los enfermos y heridos. ¿No hay ninguno por aquí? Tal vez en la ciudad más próxima...

—Los heridos se curan en el castillo.

—¿Castillo? —repitió Elena —No recuerdo ningún pueblo con ese nombre.

—Sí. Gertie les cose las heridas.

—¡Ah! Supongo que Gertie es el médico del pueblo, ¿no?

—Gertie es la cocinera.

Elena se quedó con la boca abierta.

—¿La... la cocinera?

—Sí. Cuando están entrenando y se hacen heridas Gertie les cose.

Alicia y Elena se sentaron en el suelo sin saber muy bien qué decir. Kenneth las imitó y se sentó a su lado.

—Quizás «El Castillo» sea un pueblo tan pequeño que no aparece ni en los mapas —comentó Alicia poco convencida.

—Sí, debe de ser eso. Por eso no hay ningún médico. Seguramente será un pueblo de difícil acceso, quizás en las montañas, por eso utilizan caballos. —Elena intentaba justificar cada una de las sorpresas con las que se habían ido encontrando —Mira además sus ropas, son rústicas, antiguas y el muchacho nunca ha visto un hospital, ni siquiera en películas, lo que significa que no deben de llegar ni las nuevas tecnologías.

—¿Tendrán teléfono?

—Me da miedo preguntar.

—¿Qué hacemos?

—Tenemos que llegar al pueblo del chico y solicitar ayuda; esta mujer necesita asistencia de forma urgente. Hay que coser esa herida y aquí no hay nada con lo que hacerlo. Me quedaré con ella mientras tú y el muchacho os acercáis allí.

Elena informó al muchacho de sus intenciones.

—No podemos dejarla aquí. No llegaremos al castillo hasta el anochecer.

—¿Hasta el anochecer? ¿No habías dicho que vivías a media jornada? —preguntó extrañada Elena.

—Así es.

—Quizás lo de «media jornada» no sea lo que nosotras entendemos —comentó Alicia suspirando.

—¿Y cómo vamos a transportarla? —Se alarmó Elena —No tenemos ningún vehículo.

Kenneth no entendía lo que las mujeres estaban hablando pero por la expresión de sus caras y sus continuos aspavientos señalando a su abuela lo adivinó y tirando del brazo de Elena para llamar su atención le explicó que podían construir una cama y atarla al caballo.

—Y ¿qué hacemos con los... tipos esos? —inquirió Alicia —Ese está muerto —señaló al que permanecía en el suelo en medio de un gran charco de sangre—, pero el otro solo está inconsciente, ¿nos lo llevamos también?

El chico las miró alarmado y gesticulando negativamente imploró.

—¡No! A él no podemos llevarlo con nosotros. Nos matará cuando despierte.

—¡Pero Kenneth! ¡Está atado! —respondió Elena intentando calmarle —No puede hacernos nada.

—Para un guerrero unas simples cuerdas no son impedimento.

—¿Guerrero? —Las dos mujeres se sobresaltaron.

—Seguro que «guerrero» tampoco significa lo que nosotras entendemos. —Elena quiso quitarle importancia —Está claro que el chico vive en un lugar lejos de las nuevas tecnologías y su lengua no es igual que el inglés que conocemos.

Alicia asentía sin estar muy segura de por qué lo hacía, bueno, la verdad es que no estaba segura de nada.

—No podemos dejarlo aquí, Kenneth, pueden atacarlo las alimañas del bosque y entonces no sería un asesinato sino dos.

—¡Esto no es asesinato! —exclamó enojado —¡Nos hemos defendido! Ese hombre casi os mata —afirmó señalando el cuerpo inerte, haciendo que Elena se sintiera culpable sabiendo que gracias a él, ella seguía con vida.

—Tienes razón, Kenneth, aun así no somos asesinas y por muy indeseable que sea, no somos quiénes para juzgar a nadie. Las autoridades se encargarán...

—¡Mi padre es la autoridad! Él lo juzgaría y lo mataría sin contemplaciones. Mi padre es el laird.

—Vaya, así que nuestro amiguito pertenece a la nobleza —soltó Alicia frunciendo el ceño—. Pues no parece muy noble, ¿no crees?

Elena suspiró.

—De acuerdo, Kenneth, no nos lo llevaremos con nosotros.

—¿Estás sugiriendo que lo dejemos aquí, indefenso, en el bosque? —preguntó Alicia sorprendida.

—No exactamente. Le desataremos pero no antes de asegurarnos que no pueda seguirnos.

—¿Y cómo vamos a hacer eso?

—Nos llevaremos los caballos.

—Pues tendremos que darnos prisa porque creo que empieza a despertar.

—¿Le ataste bien?

—No se desataría aunque tuviera un cuchillo cerca.

—Tendremos que volver a dejarlo inconsciente antes de irnos. Comencemos a construir un catre y marchémonos lo antes posible.

Entre los tres buscaron palos lo suficientemente grandes y fuertes para sostener a la mujer y algunas lianas para sujetarlos bajo la furiosa mirada del escocés, que maniatado y amordazado

apenas podía moverse. Cuando terminaron subieron con mucho cuidado a la mujer y la ataron a una hermosa yegua, que se movió inquieta al sentir el peso, luego Elena se acercó al highlander y sin contemplaciones cogió el palo que había utilizado para defenderse, asestándole un buen golpe que le sumió de nuevo en la inconsciencia. Desató sus manos pero dejó los pies atados y amordazado, luego cogió su espada preguntándose cómo había sido capaz el chico de levantarla, a ella le resultaba muy pesada, y se encaminó hacia la comitiva.

Cuando Kenneth le acercó un enorme semental color canela que debía de medir más de metro noventa Elena tragó saliva ya que, aunque había montado a caballo en un par de ocasiones, no guardaba buenos recuerdos de aquella experiencia. Alicia la miró percatándose del problema y con una sonrisa se acercó a ella para ayudarla a subir, pero rechazó su apoyo argumentando que podía hacerlo ella sola. Alicia se encogió de hombros y se alejó mirando por el rabillo de ojo cómo su amiga colocaba el pie izquierdo sobre el estribo y, sujetando las riendas con la mano izquierda y la montura con la derecha, cogía impulso y enderezaba las rodillas intentando pasar la pierna derecha por encima de la montura, con tan mala suerte que golpeó al animal en la grupa haciendo que éste piafara y Elena diera con sus huesos en el suelo mientras maldecía. Alicia corrió a auxiliarla

—Deja, deja, estoy bien, no te preocupes. —Elena la empujaba para quitar importancia mientras se ponía en pie sacudiéndose el polvo.

—¿Estás segura?

—Sí, puedo hacerlo.

Kenneth, esforzándose por controlar la risa, las miraba desde lo alto de su caballo, un precioso corcel negro que se movía suavemente de un lado a otro controlado perfectamente por las delgadas piernas que se apretaban a su flanco. Elena se colocó de nuevo junto al inquieto semental y, levantando más la pierna, consiguió pasarla por encima de la montura poniendo el pie derecho en el otro estribo, logrando por fin sentarse. El equino se agitó nervioso al notar un olor extraño, pero se calmó en el momento en el que Elena le acarició el cuello, permitiendo que ella también se acostumbrara a él. Cuando todos estuvieron preparados, Kenneth espoleó suavemente a su caballo e iniciaron la marcha.

CAPÍTULO III

Siguieron la corriente del río hasta llegar a un gran lago, el lago Duich, el cual bordearon dejándolo a su izquierda, buscando siempre el terreno menos abrupto para que el paso de la improvisada camilla no encontrara más dificultades. Las dos mujeres cabalgaban en silencio, contemplando el verdoso paisaje rodeado de montañas, buscando cualquier indicio que pudiera atestiguar que había algún núcleo urbano en los alrededores, pero nada, ni una sola carretera, camino o señal en todo el trayecto recorrido hasta entonces.

Elena seguía indagando en su memoria, buscando respuestas a todas las incoherencias que a medida que pasaba el día se iban acumulando, desconcertándola todavía más de lo que ya estaba. A la incertidumbre de ignorar dónde estaban y de cómo habían llegado allí se unía la extraña situación que acababan de vivir.

La teoría de que estuvieran en una zona de difícil acceso en Kintail podría ser razonable, aunque no hasta el punto de no encontrar ningún signo de civilización en las inmediaciones. También había barajado la posibilidad de que estuvieran cerca de una comunidad amish, eso explicaría la curiosa vestimenta, el uso de caballos y que el chico no supiera lo que era un hospital; posiblemente por su corta edad no hubiera tenido la necesidad de recurrir a uno y, dado que estas comunidades no utilizan tecnologías modernas, el haberlo visto en televisión quedaba descartado. Pero los dos escoceses no encajaban en su planteamiento.

Los amish rechazaban la violencia y su estilo de vida se alejaba de cualquier tipo de lujo, por lo que la razón por la cual habrían secuestrado al chico y herido a la mujer no podía estar en solicitar un rescate, eso, sin mencionar las espadas que tenían en su poder. Miró al muchacho que cabalgaba junto a ella y se preguntó quién sería. Kenneth tenía el cabello de color castaño oscuro con algunos reflejos dorados, casi del mismo tono que sus redondos ojos, vivos y alegres, rodeados de unas pestañas algo más claras que el pelo. Sus finos labios formaban un pequeño corazón que siempre parecía sonreír. Era de complexión delgada, aunque no parecía enclenque, de eso dio buena fe la dificultad que encontraron aquellos hombres para inmovilizarle. A pesar de su corta edad era decidido y sobre todo muy valiente, no se amedrentó ante la delicada situación en la que se vio envuelto, ni siquiera cuando clavó la espada en el cuerpo de aquel hombre. Elena se estremeció al recordar los ojos de odio del muchacho en el momento de retirar el acero de la carne y comprendió que aquello no era nuevo para él, Kenneth debía de estar familiarizado con el uso de las espadas. Dado que esta arma no se utiliza de forma cotidiana, la única respuesta posible no era algo que pudiera explicarse razonablemente. Su mente lógica rechazaba una idea que rondaba su cabeza y que no se había atrevido a comentar con Alicia. Sacudió la cabeza para alejar esa absurda idea que se empeñaba en abrirse camino y se centró en el valle que se extendía ante ella.

Alicia se situó a su lado y sin dejar de mirar al frente comentó.

—Tengo las nalgas que no sé si son mías o de quién. ¿Cómo lo llevas tú?

—Estoy cansada. Ya casi ha anochecido y no veo el momento de llegar, espero que no falte mucho.

En ese momento Kenneth detuvo su caballo y sonriendo señaló a lo lejos, hacia una inmensa sombra situada en medio de un montículo bañado por las aguas de un lago.

—Ylen Donen —gritó con alegría.

—¿Cómo? —preguntó Elena mirando en la dirección que el chico señalaba.

—Ylen Donen, mi hogar.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Alicia acercándose a su amiga.

—No sé, no le he entendido.

Y sin más comenzó a cabalgar, dejando a las dos mujeres contemplando la enigmática y grandiosa figura que parecía haber surgido de la nada. Desde el lugar en donde se encontraban apenas podía distinguirse forma alguna, todo era un cúmulo de sombras que parecían moldear una estructura fortificada. Las últimas horas vespertinas otorgaban una peculiar iluminación, mezclando los colores del atardecer con la espesa bruma que se iba formando a su alrededor, dándole una apariencia tenebrosa. A medida que se acercaban, la regia figura que se erguía en el horizonte apareció desafiante ante ellas, alzándose sobre una pequeña isla cuyo acceso apenas estaba cubierto por el agua del lago que la circundaba.

—Lo de «castillo» era literal —comentó sorprendida Alicia—. No era el nombre de un pueblo. No sabía que hubiera castillos habitados en Escocia.

—Salvo los de la realeza, yo tampoco.

Continuaron hasta detenerse a pocos metros de la orilla frente a la impresionante fortaleza, y ambas descendieron de sus caballos, agradeciendo el poder estirar las piernas. Elena alzó los ojos admirando las formidables murallas de piedra que se elevaban hacia el cielo, envolviendo con su abrazo la torre del homenaje que se levantaba al fondo. Oteó a su alrededor sintiendo cierta familiaridad con el paisaje que rodeaba el castillo, pero no recordaba haberlo visto antes; «Tal vez en alguna fotografía», pensó inquieta mientras su corazón palpitaba precipitadamente sin saber muy bien por qué. Escudriñó meticulosamente aquella estructura lítica buscando algún elemento que pudiera identificar, algo que le diera alguna pista sobre dónde se encontraban, pero no reconocía nada y aun así, la sensación de que había estado en aquel lugar no la abandonaba.

De pronto un escalofrío recorrió todo su cuerpo y aquella irracional respuesta a todas sus preguntas volvió a cobrar vida. Comenzó a temblar sin poder evitarlo y el aire pareció quedar varado en su camino hacia los pulmones. Sus piernas comenzaron a flaquear y tuvo que apoyarse en una piedra para no caer. Alicia se apresuró a sujetar a su amiga.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

Elena abrió la boca pero ningún sonido salió de su garganta. Sus ojos permanecían clavados en la hierática construcción que parecía perdida en el tiempo. Alicia la zarandeó obligándola a reaccionar.

—Elena, ¿qué te ocurre? No me asustes.

Elena se volvió para mirarla. Necesitaba compartir con alguien aquello que la estaba torturando, pero el preocupado rostro de Alicia hizo que cambiara de opinión; no quería alarmarla más de lo necesario sin tener pruebas más concluyentes de lo que se estaba temiendo. Se enderezó como si no hubiera ocurrido nada y con una tenue sonrisa apretó las manos de Alicia.

—Estoy bien, no te preocupes. Hemos cabalgado muchas horas y me he mareado un poco, eso es todo. Enseguida se me pasará.

—¿Estás segura?

—Sí. Tranquila, ya me encuentro mejor. Vamos, Kenneth nos está esperando —comentó apuntando hacia la otra orilla donde el chico las aguardaba impaciente. Volvieron a subir a los caballos y cuando se disponían a cruzar el paso que unía el islote con tierra firme Elena se detuvo.

—¿Qué pasa? —inquirió Alicia deteniendo su caballo.

—No podemos cruzar con la camilla. Aunque hay poca agua, el catre roza el suelo y la mujer se empapará, y no es lo más conveniente para ella.

—Tienes razón. Quédate aquí. Le diré a Kenneth que vaya a buscar ayuda para transportarla.

—De acuerdo. Os esperaré aquí.

Elena se quedó mirando cómo Kenneth espoleaba su caballo y galopaba en dirección al castillo mientras Alicia regresaba junto a ella. Antes de que el chico llegara a la puerta, esta se abrió y de su interior salieron varios individuos extrañamente ataviados, que se apresuraron a rodear a Kenneth haciéndole preguntas. El muchacho señaló hacia el caballo donde se encontraba la mujer herida y, sin reparar en las desconocidas, varios hombres se acercaron y desataron el catre, conduciendo a la mujer al interior. Elena y Alicia les siguieron hasta llegar al portón de entrada, formado por tres arcos ojivales superpuestos que apuntaban hacia un escudo grabado en piedra donde, sobre una montaña en llamas, estaba grabado «Luceo non uro» (brillo, no quemo).

Todos habían desaparecido en el interior del castillo salvo Kenneth, que las esperaba todavía subido sobre su caballo. Cuando llegaron a su encuentro, con un gesto las invitó a que cruzaran el portón. Una vez dentro, un hombre de mediana edad cogió las riendas de los caballos y los tres jinetes desmontaron. Mientras Kenneth se escabullía por una de las diversas puertas que desembocaban en el patio, ambas mujeres echaron un rápido vistazo al interior de la fortaleza escasamente iluminada por algunas teas colocadas en lugares estratégicos. Alicia se aproximó a Elena.

—¿Canastos! Sí que están atrasados, no tienen ni electricidad. ¿Te has fijado?

—Ajá —Asintió Elena sin mucho entusiasmo.

Continuaron escrutando extrañadas los elementos del castillo que se articulaban alrededor del patio central, donde varias escaleras conducían a los adarves de la muralla, protegida por los guardias que habían dado la voz de alarma al avistar a la pequeña comitiva. Los ojos de Alicia se abrieron como platos.

—¿Espadas? Pensé que el episodio del bosque era un hecho aislado.

Una mujer joven se acercó a ellas y les dijo algo que no comprendieron, mientras señalaba su sucia vestimenta. Encogiéndose de hombros, Elena buscó con la mirada a Kenneth, que en ese momento aparecía de nuevo por el patio y, percatándose de la mirada de socorro de Elena, acudió en su ayuda. El chico le explicó a la mujer que hablaban inglés, haciendo que ésta frunciera el ceño.

—¿Sois inglesas? —preguntó desconfiada en inglés.

—No. Somos españolas pero hablamos inglés.

—¿Españolas? —se interesó la mujer —¿Y qué hacéis aquí?

—Buena pregunta —murmuró Elena.

—Estamos de vacaciones —contestó Alicia sonriente.

—¿Vacaciones? —repitió extrañada la mujer mirándolas con recelo.

—Creo que esta gente no sabe lo que es eso —comentó Elena en español.

—Ah, ¿no?

—Me parece que no. Además, si hemos perdido la memoria se supone que no podemos explicar qué hacemos aquí.

—¿Si hemos perdido la memoria? —repitió Alicia mirándola extrañada —¿Es que lo dudas?

—Creo que deberíamos dejar de hablar en castellano. —Aconsejó Elena contemplando la cara de pocos amigos de los ocupantes del castillo. Elaboró rápidamente una excusa para explicar su presencia allí aunque no estaba muy segura de que se lo tragaran —No recordamos qué hacemos aquí. Estamos un poco confusas...

—¿Habéis perdido la memoria? —preguntó la mujer desconfiada.

—Nos atacaron cuando íbamos a Fort William... —Intervino rápidamente Kenneth y, antes de que pudiera terminar, la mujer inquirió alarmada.

—¿Os atacaron? ¿Quiénes? —Su pregunta fue más bien un grito.

—¿Quién os ha atacado?

Alicia abrió los ojos como platos al ver la imponente figura de un highlander que se acercaba abriéndose paso entre el grupo formado alrededor de ellos.

—¿Peter! —exclamó el chico corriendo a abrazarse a él—. No lo sé. Aparecieron de pronto y, después de matar a Olver y a Edward, vinieron a por mí, pero mi abuela se enfrentó a ellos y la hirieron. La han llevado al interior —comentó visiblemente entristecido.

Elena se preguntó quiénes serían Olver y Edward; no recordaba haber visto a nadie más en el bosque.

—¿Los habías visto antes? —Volvió a interpelar Peter mientras se arrodillaba para mirar a los ojos al muchacho. Las dos mujeres agradecieron que hablaran en inglés, al menos así podrían enterarse de lo que decían.

—No. No reconocí su tartán. Intenté defenderme pero eran muy fuertes y me ataron a un árbol...

—¿Te ataron a un árbol? —Interrumpió enojado Peter. ¿Qué miserables son capaces de atar a un chiquillo a un árbol?

—Pero me defendí como un oso —expuso Kenneth molesto por llamarle chiquillo. —Al final tuvieron que sujetarme entre los dos porque uno solo no podía conmigo —añadió orgulloso.

—No me cabe la menor duda —Peter se había dado cuenta de su pequeño error —por eso digo que son unos miserables, por aprovecharse de la fuerza de dos hombres contra uno.

—Sí, eso no estuvo bien. —Kenneth alzó la cabeza con poderío —Pero luego pude vengarme y matar a uno de ellos.

—¿Mataste a un hombre? —preguntó la mujer.

—Sí, por supuesto —Kenneth relató el dramático episodio en el que Elena luchó contra aquel highlander y luego Alicia intentó ayudarla cayendo desmayada después de ser golpeada—. Entonces cogí una espada —el chico se irguió orgulloso —y la clavé en las entrañas de aquel miserable. Supongo que debido a los golpes durante la lucha han perdido la memoria.

Peter se acercó a ellas y agachó la cabeza en señal de gratitud.

—Os estaremos eternamente agradecidos y estoy seguro de que nuestro laird sabrá recompensaros debidamente en cuanto regrese. Habéis salvado la vida de su hijo, su heredero, el próximo laird de nuestro clan. Enviaremos una misiva inmediatamente para informarle de lo ocurrido. Sería un honor para nosotros que os quedarais en el castillo hasta que os recuperéis y podáis volver a vuestro hogar.

—Bueno, la verdad es que nos gustaría regresar a Fort William... —soltó Alicia.

—Os agradecemos vuestra hospitalidad. —interrumpió Elena apretando la mano de su amiga —Hasta que no recuperemos la memoria no sabemos muy bien adónde debemos regresar.

Los ojos de Alicia se abrieron en desacuerdo con la decisión de Elena, quien ni siquiera se preocupó en devolverle la mirada ni ofrecerle una respuesta satisfactoria, simplemente asintió al

ofrecimiento de Peter con una leve sonrisa. La mujer que se había acercado a ellas en un principio se adelantó y mostrándose más confiada añadió.

—Seguro que os vendrá bien un baño caliente y deshaceros de esas extrañas y sucias ropas. Por cierto, me llamo Ebrel —comentó la joven y con una sonrisa las invitó a que la siguieran al interior del castillo.

Elena, sin mirar a Alicia, la cogió de la mano, quien protestó soltándose bruscamente y, poniéndose en jarras, obligó a su amiga a detenerse.

—Se puede saber qué...

—Luego hablamos. Por favor, ahora aceptemos la hospitalidad de esta gente, ya que no tenemos ni idea de dónde estamos y necesitamos un sitio donde dormir. Descansemos. Mañana será otro día y veremos las cosas de otra forma.

Alicia aceptó a regañadientes y enfurruñada siguió sus pasos. Cuando entraron en el inmenso salón que se abría tras pasar por un arco ojival sin puerta, ambas mujeres se quedaron estupefactas. El corazón de Elena comenzó de nuevo a palpar desbocadamente mientras su cuerpo temblaba sin control. Aquella pesadilla que quería erradicar de su mente, aquella idea que rondaba en su cabeza desde hacía varias horas, se abría paso cada vez con más fuerza y, aunque buscaba una razón lógica que explicara, que respondiera a todas sus preguntas, cada vez estaba más segura de que la única respuesta posible no le iba a gustar.

—Me resulta extrañamente... familiar —comentó Alicia mientras contemplaba los enormes tapices con escenas de caza que cubrían las frías paredes de piedra gris de aquella estancia, iluminada por varias antorchas que, distribuidas a lo largo de la habitación, otorgaban una imagen lúgubre con sus titilantes llamas. La chimenea, sencilla y sin ornamentos, se encontraba apagada, situada frente a una enorme mesa de madera, rodeada de sillas con respaldo alto toscamente talladas, que se situaba en el centro. Varios arcones se distribuían a lo largo de la estancia. Al fondo de la sala estaba la escalera que debía conducir a las habitaciones—. ¿A ti no te ocurre?

—Sí, pero será mejor que lo hablemos cuando estemos a solas.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Ya lo entenderás.

Alicia se encogió de hombros y ambas siguieron a Ebrel hasta la segunda planta, donde les mostró sus aposentos y luego se marchó.

Elena contempló la fría estancia dominada por una gran cama con dosel, una pequeña mesa con una silla situada bajo la única ventana que había, un arcón y un biombo en una esquina al lado de una chimenea también apagada. Alicia irrumpió de pronto en su habitación totalmente descolocada.

—¡Dios! ¡Ya sé por qué me resulta familiar!

—Tranquila, Alicia, siéntate y no te pongas nerviosa, ¿vale?

—¿Nerviosa? ¿Por qué iba a estarlo? —preguntó sentándose sobre la cama mientras sus pies golpeaban rítmicamente el suelo y sus manos estrujaban la colcha sobre la que estaba —No...no... estoy nerviosa.

—Vale, no estás nerviosa, así que deja por favor de golpear el suelo. —Alicia reparó en su tic nervioso y cruzó las piernas mirando con una sonrisa forzada a Elena —Bien, ¿por qué te resulta familiar?

Alicia se quedó callada un momento, mirándola a los ojos, como si esperara que ella misma respondiera a sus preguntas.

—Eilean Donan.

—Ya. Y ¿qué crees que ocurre?

—No lo sé.

—¿Por qué crees que tienes esa sensación de familiaridad? ¿Por qué crees que te recuerda tanto a Eilean Donan?

—No sé —contestó con los ojos muy abiertos—. Tal vez ¿es una copia?

—Pero no es el mismo, ¿verdad? La decoración no tiene que ver con la que hemos conocido, y el castillo tampoco es igual, ¿no? El puente de piedra que daba acceso al castillo no está, ni el bastión frontal. Y hay un muro que rodea toda la edificación y que antes no estaba.

—No sé a dónde quieres ir a parar, Elena.

Elena suspiró. No sabía cómo explicarle a Alicia lo que ella misma no comprendía.

—Verás, Alicia. Desde que aparecimos bajo aquel roble, las dos coincidimos en que nada tiene sentido. No recordamos nada desde que bajamos del autobús después de cenar en Eilean Donan y todo lo que nos hemos encontrado hasta ahora, nos resulta inexplicable: las espadas, la curiosa indumentaria de esta gente, el no haber encontrado ninguna carretera o camino y ahora... este castillo. Aunque he buscado respuestas que fueran coherentes, lógicas, a medida que pasaba el día, una idea que rondaba en mi cabeza desde hace tiempo se iba haciendo cada vez más evidente y que podría explicar lo que está pasando y es —Elena tragó saliva; hasta a ella misma le daba miedo decirlo —que hemos... viajado en el tiempo.

CAPÍTULO IV

—Y a.

Fue lo único que Alicia dijo. Se quedó mirando a su amiga, esperando, no sabía muy bien el qué, pero esperó. Durante unos segundos que parecieron horas, ambas amigas se retaron con la mirada en silencio, esperando la una la reacción de la otra, hasta que Elena se decidió a preguntar.

—¿Me has oído, Alicia?

—¿Qué? ¿Si te he oído? No... no estoy muy segura. ¿Puedes repetirlo?

—¡Hemos viajado en el tiempo, Alicia! No me preguntes cómo ni por qué. Solo sé que es la única respuesta posible a todas y cada una de las preguntas que llevamos plateándonos desde hace horas. El encuentro con los highlanders, las espadas, la forma en la que vestían... Todo podría haber tenido algún sentido si no fuera por una extraña sensación que a medida que avanzaba el día se iba apoderando de mí y no sabía por qué me sentía así. Cuando llegamos al castillo, me quedé bloqueada al sentir una familiaridad que me descolocó y, aunque no es exactamente igual al que recordamos, reconocí el castillo en donde habíamos cenado, no sé si hace unas horas o hace unos días, pero es Eilean Donan.

—¿Dónde está la cámara oculta, Elena? Esta broma no me hace ni pizca de gracia.

—No es ninguna broma, Alicia. Ojalá me equivoque, ojalá esto no sea más que un pueblo apartado de la civilización y que la semejanza con el castillo de Eilean Donan sea pura casualidad. Soy una persona de ciencias, que busca la lógica por encima de todo pero, esto... esto no hay por dónde cogerlo y, a pesar de que me resulta muy difícil, no me queda más remedio que admitir que es lo único que lo explicaría todo.

En ese momento alguien llamó a la puerta y Elena se encaminó a abrirla.

—Aquí os traemos el agua caliente para que os podáis bañar. Hemos llamado a la puerta de vuestra amiga... ¡Oh! Veo que está aquí —comentó Ebrel desviando la vista hacia Alicia—. ¿Queréis que os enviemos ya el agua para que os bañéis? —Alicia, con la boca abierta, contemplaba cómo varias sirvientas vaciaban cubos humeantes de agua sobre una bañera que había situada detrás del biombo y que hasta ese momento no había reparado en ella —¿Lady Alicia?

—¿Lady? —repitió más confundida.

—¿Queréis que llevemos ya el agua a vuestros aposentos o preferís esperar a que termine Lady Elena?

—¿Eh? ... No... Bueno... no sé. Sí... esperaré a que se termine de bañar.

—Avisadme cuando deseéis bañaros.

Ebrel se acercó al baúl y después de rebuscar en su interior, sacó un vestido verde musgo que tendió sobre la cama.

—Esto es más apropiado que esas extrañas vestiduras que lleváis. Os dejaré uno en vuestros aposentos, Lady Alicia —comentó mirándola—. Cuando terminen, Kathy os acompañará a la

cocina para que puedan comer algo; supongo que estarán hambrientas, Kenneth nos ha dicho que no han comido nada en todo el día.

Cuando las sirvientas terminaron de vaciar sus cubos, le tendieron a Elena una pastilla de jabón con olor a lavanda y una toalla de lino.

Elena seguía mirando a su amiga, que continuaba con la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—¿Quieres que se lo pregunte? —inquirió en inglés.

—¿Preguntarme? ¿Qué deseáis saber? —Ebrei se volvió.

Sin esperar a que Alicia respondiera, se giró para enfrentarse a la mujer que esperaba con una suave sonrisa.

—Mi amiga y yo discutíamos sobre la fecha que es hoy. Estamos un poco confusas, seguramente por la amnesia, y no coincidimos.

—No os preocupéis, lo entiendo —añadió resuelta—. Hoy es 8 de agosto y corre el año 1507.

Si no fuera porque Alicia estaba ya sentada, se habría caído al suelo. Se quedó blanca, con la mirada fija en un punto indeterminado, sin parpadear, con la boca descajada y el corazón palpitando a punto de salirse del pecho. Ni siquiera se percató de cuándo Ebrei abandonó la habitación ni cuándo su amiga se sentó a su lado y tomó su mano.

Elena no debería de haberse sorprendido tanto, aun así, sintió que el mundo se le venía encima. Su mayor temor se había convertido en realidad. No habían perdido la memoria, ni estaban en ninguna comunidad amish, ni en ningún pueblo aislado apartado de la civilización. Por algún capricho del destino, ambas estaban atrapadas en un lugar y en un tiempo que no les correspondía.

Estuvieron así varios minutos, intentando asimilar lo que Ebrei les había dicho. La primera que rompió el silencio fue Alicia.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—No lo tengo muy claro, pero creo que el agujero que encontramos de vuelta a Fort Williams y por el que caímos tiene algo que ver.

—¿Era un... agujero negro?

—No lo sé pero no creo. No entiendo mucho de estas cosas, aunque siempre he oído que si entras en un agujero negro no puedes salir, claro que es pura teoría. No tengo ni idea de cómo ha ocurrido, me gustaría despertar y que todo esto no fuera más que un mal sueño.

—Y ¿qué vamos a hacer? ¿Cómo vamos a regresar?

Elena simuló una sonrisa, no quería parecer tan desesperada como realmente estaba y necesitaba mostrarse fuerte para que ninguna de las dos sucumbiera ante lo que se les venía encima, pero no podía dar falsas esperanzas.

—No creo que podamos regresar, Alicia. Estoy tan asustada y confundida como tú y daría lo que fuera por volver a nuestro mundo, pero tenemos que ser realistas, no hay ninguna puerta de entrada o salida que podamos abrir como si esto fuera un viaje de ida y vuelta.

—Pero... ¡estamos en el siglo XVI! —musitó con lágrimas en los ojos.

—Lo sé —Elena la abrazó meciéndola suavemente—. Pero estamos juntas y juntas lo conseguiremos. Todo lo que tenemos que hacer es intentar pasar lo más desapercibidas posible y adaptarnos lo mejor que podamos a este siglo.

Alicia permaneció callada y Elena temió que se desmoronara de un momento a otro, pero su amiga la sorprendió, no era habitual en ella tomarse una situación extrema con tanta tranquilidad y más cuando no había posibilidad de desandar lo andado.

—Tienes razón —Alicia se secó las lágrimas—. Tenemos que aceptar lo que ha pasado y adaptarnos de la mejor forma posible.

—Exacto. Cuanto antes lo hagamos, mejor. Tendremos que pensar cómo explicar nuestra presencia aquí, está claro que no podemos decir que venimos del futuro o nos tomarán por locas y no me gustaría visitar un manicomio del siglo XVI, así que tendremos que elaborar una historia lo más creíble posible.

—Sí, algo tendremos que inventarnos.

—Voy a bañarme y después te acompañaré a tu cuarto.

—No quiero dormir sola, ¿te importa que duerma contigo?

—Por supuesto que no.

Cuando Elena se puso el vestido que Ebrel le había dejado sobre la cama, Alicia comenzó a reír.

—Vaya pinta que tienes.

—Ya me imagino. Esto es incomodísimo, no sé si me acostumbraré a llevar una falda hasta los pies. Vamos, ahora te toca a ti.

Cuando salieron de la habitación de Alicia, una sirvienta las esperaba para llevarlas hasta las cocinas, donde Ebrel les puso dos platos humeantes de estofado de carne que penetró en la pituitaria de Elena hasta el fondo, haciendo que la boca comenzara a salivar. Vaciaron el contenido del plato en cuestión de minutos bajo la atenta mirada de la mujer.

—Lady Elena, Kenneth nos ha comentado que vais a coser la herida de Lady Agnes.

—¿Lady Agnes?

—La abuela de Kenneth.

—¡Dios! ¡Se me había olvidado! ¿Dónde está?

—En sus aposentos.

—¿Podéis llevarme?

—Por supuesto, acompañadme.

Las tres mujeres se encaminaron hacia las escaleras.

—¿Cómo se encuentra?

—Todavía no ha recuperado la consciencia. ¿Sois curandera?

Estuvo a punto de decir que estudiaba cuarto de medicina pero se contuvo. Miró a Alicia que también esperaba su respuesta.

—Supongo que sí. Tengo conocimientos médicos o al menos sé lo que debo de hacer. —Sonrió intentando parecer confusa. Alicia asintió.

A pesar de que no hacía frío en el exterior, agradeció que hubieran encendido la chimenea, las frías piedras del castillo hacían las estancias más desahogables. Elena se acercó a la mujer y comprobó su temperatura.

—¿Tiene fiebre? —preguntó Alicia a su lado.

—Parece que no.

—¿Puedo ayudarte?

—No, de momento no es necesario.

Alicia la dejó trabajando y se dirigió hacia la ventana para contemplar los hermosos reflejos que la luna escocesa depositaba sobre las oscuras aguas lacustres. Elena quitó la manta que cubría a la mujer y comprobó la herida; frunció el ceño al ver una mancha de sangre que confirmaba que seguía sangrando.

—Necesitaré aguja, hilo y algunas vendas.

—Aquí tenéis —comentó una rolliza mujer que acababa de entrar por la puerta con una pequeña caja en la mano—. Si necesitáis ayuda, podéis contar conmigo. He cosido todas las heridas que

han pasado por este castillo. —Expuso orgullosa.

—Sois Gertie, ¿verdad? —ésta asintió —Kenneth me dijo que sois vos la que os ocupáis de curar a los heridos. Agradeceré vuestra ayuda.

En ese momento Elena recordó que no habían vuelto a ver al chico y preguntó por él.

—Kenneth estaba agotado y le hemos mandado a acostar después de cenar.

Elena abrió la caja que le había tendido Gertie; su interior contenía varias agujas de distintos tamaños y grosores y algunas bobinas de hilo blanco.

—Necesitaré algunas vendas.

—Enseguida las traigo.

Gertie desapareció y regresó al poco tiempo con algunas vendas que dejó sobre la cama.

—¿Serán suficientes?

Elena contempló el supuesto material quirúrgico que tendría que utilizar para suturar la herida y negó con la cabeza pensando en el foco de microbios de aquellos utensilios metidos en una simple caja, sin ninguna medida de higiene.

—De acuerdo, traeré más —contestó la mujer interpretando el movimiento de cabeza de Elena como que eran insuficientes.

—¡Oh, no! —Se apresuró Elena —Son suficientes, es solo que... —se preguntó si en esa época entendían lo de la esterilización. Miró a su amiga en busca de ayuda, pero Alicia permanecía ajena a la situación —Hay que hervir todo, incluidas las vendas, para evitar que se infecte la herida. —Explicó esperando su reacción. Ebel y Gertie se quedaron calladas mirándola, hasta que Ebel espetó.

—Muy bien, pues lo herviremos todo.

Y cogiendo todo el instrumental, las tres se dirigieron hacia la cocina donde Gertie buscó un par de calderos grandes para introducir todo el material y esterilizarlo. Cuando acabaron volvieron a la habitación de Lady Agnes.

—Necesitaremos agua y jabón para lavar la herida.

—Yo lo traeré —Se ofreció Gertie.

Limpió la herida y después de coserla le colocó una venda para evitar que siguiera sangrando.

—Tendré que buscar algunas plantas para que cicatrice bien y no se infecte —comentó Alicia que se había acercado.

—Sí, sería interesante.

Cuando terminó, estaba exhausta. Las dos mujeres se percataron de ello y sugirieron que se retirasen a descansar.

—Os avisaremos si hay alguna novedad.

—Si notáis que le sube la temperatura, avisadme.

—No os preocupéis, Lady Elena.

Elena agradeció la facilidad de Alicia para dormir y escuchó el suave murmullo de la respiración de su amiga; no tenía ganas de hablar, demasiadas dudas se acumulaban en su cabeza y no era capaz de ordenarlas, y mucho menos de responderlas. Obligó a su mente a regresar a aquel punto donde su lógica se negaba a ahondar, justo el momento en el que despertó tras el frenazo del autobús de regreso al hotel, después de cenar en el castillo de Eilean Donan.

La noche parecía haber desaparecido y, surgido de la nada, un cegador resplandor brotaba del interior de una inmensa esfera que se encontraba suspendida en el aire. Durante unos minutos

interminables, el brillante centelleo no paró de refulgir, lanzando llamaradas luminiscentes que salían de su interior formando todos los colores del arco iris, retornando a su interior como si estuvieran siendo absorbidas.

La agitación de unos momentos antes había dado paso al más sepulcral silencio mientras todos los pasajeros contemplaban atónitos el increíble espectáculo de luces que se había desencadenado frente a ellos en medio de la carretera. De pronto, y de la misma forma que había surgido, desapareció, y todo quedó a oscuras, ni siquiera los relámpagos conseguían iluminar el cielo. Permanecieron quietos, observando, esperando.

El conductor presionó el botón de apertura de la puerta y el sonido de esta al abrirse captó la atención de todos. Elena se levantó de su asiento y con paso inseguro bajó del autobús sin apartar la vista del lugar donde hacía un momento había aparecido aquella bola de luz. Alicia siguió los pasos de su amiga y cuando estuvo a su lado, sin mirarse, se cogieron de la mano y continuaron caminando. Se detuvieron escrutando el espacio que ahora estaba a oscuras.

Elena tenía un extraño presentimiento, como si algo estuviera fuera de lugar, pero no acertaba a ver qué era. Aunque su cabeza le decía que se apartara de allí, sus piernas se mantuvieron inmóviles. Alicia alargó la mano, buscando algo tangible que demostrara lo que sus ojos habían visto, pero solamente el aire pasó entre sus dedos. Elena ahogó un grito y de pronto, comprendió aquello que la había turbado. Las elevadas montañas que les circundaban continuaban a lo largo de toda la carretera pero, en el lugar donde antes había estado aquella esfera luminosa, no había nada. Sólo oscuridad.

Las montañas que deberían estar delante habían desaparecido, no se distinguían, o no estaban, como si una cortina negra las ocultara o hubieran sido engullidas por la nada. Entrecerró los ojos y contuvo el aliento. Un frío helado recorrió su espina dorsal al ser consciente de que un enorme y oscuro agujero, que parecía distorsionar lo que su interior guardaba, se abría frente a ellos, retándoles. Sus piernas comenzaron a temblar y pronto el temblor se extendió por todo su cuerpo. Incapaz de controlar las convulsiones, perdió el equilibrio y, cuando dio un paso hacia delante para no caer, una poderosa fuerza que manaba del interior de aquel agujero la absorbió como si fuera una pluma.

Sintió la mano de su amiga aferrada a la suya, aprisionándola con tal fuerza que comenzó a dolerle. Gritó, pero su alarido quedó atrapado en el aire y de pronto se sintió caer en un inmenso, oscuro y tenebroso vacío que la empujaba hacia un pozo sin fondo donde se sintió flotar, liviana, ligera, ingrávida, hasta que experimentó un brusco cambio y comenzó a descender a una velocidad vertiginosa mientras notaba como si su cuerpo estuviera estirándose y contrayéndose. Le pareció que llevaba una eternidad en aquel frío y sombrío lugar cuando una brillante luz pareció emerger desde algún punto que Elena no supo distinguir, hasta que notó cómo de nuevo era engullida a través de un largo y luminoso túnel, sumergiéndola en un abismo infinito. Un arco de brillantes colores que parecían finos hilos luminiscentes la envolvía en su descenso mientras notaba cómo su consciencia poco a poco se evadía. Su cabeza comenzó a darle vueltas y comprendió que iba a morir. Decidió abandonarse, cerró los ojos y esperó el final.

Sintió el acelerado latido de su corazón mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. No podían hacer nada, solo aceptar lo ocurrido y tratar de llevarlo lo mejor posible.

Cerró los ojos y vació su mente, sumiéndose en un sueño agitado.

CAPÍTULO V

Los primeros destellos del crepúsculo matutino comenzaron a rozar las hermosas montañas escocesas penetrando tímidamente en el interior de la alcoba hasta acariciar los párpados de Elena, que dormía acurrucada en el borde de la cama. Poco a poco fue abriendo los ojos hasta fijarlos en la ventana, tapada con unas pieles y por donde la claridad se iba haciendo dueña de la estancia. Recorrió la habitación con la mirada mientras su cabeza rememoraba rápidamente todo lo ocurrido, provocando que el latido de su corazón se acelerara. Se incorporó de golpe despertando a Alicia.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Perdona, no quería despertarte.

—¿Dónde estamos? —preguntó echando un vistazo a la habitación. Sus ojos se abrieron asustados al reconocer dónde estaban y comprender que todo lo ocurrido no había sido un sueño

—¡Dios mío! ¡Seguimos aquí!

—¿Cómo te encuentras?

—Físicamente, bien, mentalmente... creo que me estoy volviendo loca. Esto no puede estar pasando.

—Cuanto antes lo aceptemos, mejor será para nosotras. No tenemos muchas opciones —comentó procurando parecer segura de sí misma mientras se ponía en pie.

Se dirigió hacia la ventana y retiró las pieles que la tapaban. Un estremecimiento recorrió su cuerpo ante la maravillosa vista que se podía contemplar desde ella. El sol empezaba a despuntar en el horizonte y las azules aguas del lago reflejaban los colores del amanecer sobre un cielo completamente despejado, sin apenas nubes, que contrastan con las verdes montañas que rodeaban el castillo. «El castillo», pensó aturdida mientras movía la cabeza.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué niegas con la cabeza? —Alicia se dirigió hacia la ventana para ver lo que había turbado a Elena.

—Nada. Es solo que me resulta insólito estar aquí —comentó sintiendo que el estómago se le encogía—. Es extraño pensar que estamos en un castillo, hace quinientos años.

—Sí, es extraño.

—Pero no nos queda más remedio que resignarnos, así que enfrentémonos a este reto que el destino nos ha impuesto.

Se vistieron y bajaron a la cocina donde se encontraron con una sonriente Ebrel, que se apresuró a ponerles el desayuno.

—Buenos días, Lady Elena, Lady Alicia. ¿Habéis dormido bien?

—Buenos días. Nos costó coger el sueño, pero hemos podido descansar. Quisiera pedirte un favor, Ebrel, me gustaría que me tutearas y me llamaras por mi nombre, Elena, sin Lady. En mi país, Lady es una persona de la alta sociedad, cercana al rey.

—Como queráis. Lad...Elena. Pero de cara a los demás tendré que guardaros respeto.

—Muy bien, pero cuando estemos a solas te agradecería que me tutearas. —Ebrel asintió.

—A mí también me gustaría que me llamas por mi nombre, sin Lady —comentó Alicia.

—De acuerdo.

Mientras desayunaban apareció Gertie que, tras saludarlas, se puso a hablar con Ebrel. Elena escuchaba intentando distinguir alguna palabra, pero no conseguía captar nada. Cuando Gertie se marchó, Elena le preguntó qué idioma era el que hablaban entre ellos.

—Es gaélico. En las highlands todos lo hablamos —contestó orgullosa.

—Tiene un sonido muy melódico.

—¿Os gustaría aprenderlo?

—Me encantaría —contestó Elena entusiasmada—. ¿A ti, Alicia? —Alicia se limitó a asentir sin mucho entusiasmo.

—Pues si os parece, puedo enseñaros nuestra lengua —se ofreció Ebrel —así podréis comunicaros con más facilidad, no todo el mundo habla el idioma inglés.

—Es una buena idea, Ebrel, muchas gracias. —Añadió Elena mirando sonriente a Alicia, que no parecía muy emocionada por la idea de aprender una nueva lengua, aunque en este caso, tarde o temprano tendría que hacerlo si quería sobrevivir en un lugar del que no conocía nada, ni siquiera el idioma.

—Por cierto, ¿qué tal ha pasado la noche Lady Agnes?

—Sigue inconsciente, pero creo que no ha habido cambios. Sara está ahora con ella.

—Me gustaría comprobar cómo va la herida. ¿Podemos pasar a verla después de desayunar? —Elena no estaba segura de que pudiera entrar en la habitación de la mujer sin permiso; había muchas cosas que ignoraba sobre las costumbres de aquella época y debía de ir con precaución.

—Podéis pasaros por sus aposentos cuando consideréis oportuno. Si necesitáis ayuda, solo tenéis que pedirla.

—Gracias.

Sara se encontraba sentada en una silla cerca de la cabecera de la cama donde Lady Agnes dormía. La mujer respiraba con normalidad y tenía buen color pero, aunque de momento no había aparecido la fiebre, Elena no estaba muy segura de que hubiera podido evitar la infección, ya que la herida llevaba mucho tiempo abierta antes de ser suturada. Alicia, que sabía cuál era la principal preocupación de su amiga, sugirió salir a buscar algunas plantas para elaborar un ungüento que ayudara a la cicatrización.

—Al otro lado del lago hay un amplio campo donde seguramente encontraréis lo que buscáis. Os lo mostraré. —Se ofreció Ebrel.

Acompañadas por un guerrero, las tres mujeres se adentraron en un hermoso y florido campo lejos del castillo donde recolectaron varias plantas mientras Ebrel les hablaba de los Mackenzie.

—Nuestro laird y su hermano Roderick han marchado a ver a su tío Lord Lovat para tratar unos asuntos familiares. Peter ha enviado una misiva para informarle del ataque y suponemos que no tardarán mucho en regresar.

—Kenneth nos dijo que su madre murió cuando él era un bebé.

—Lady Elisabeth murió un año después de dar a luz a Kenneth —comentó la muchacha con el semblante visiblemente entristecido—. Era una mujer muy buena, pero muy enfermiza. En cuanto llegaba el invierno siempre se resfriaba y no lo soltaba hasta la primavera. Durante el embarazo llegó a estar postrada en cama durante meses y cuando finalmente dio a luz creímos que iba a morir de lo débil que se encontraba. Cuando se recuperó cogió unas fiebres que la fueron debilitando hasta el punto de que no era capaz de comer y, cuando lo hacía, vomitaba todo lo que

su estómago había conseguido retener. Nuestro laird permaneció junto a ella hasta que Dios decidió llevársela.

—¿Y vuestro laird no se ha vuelto a casar? —Elena fulminó con la mirada a Alicia que ya empezaba a buscar compañía masculina sin siquiera conocerlo.

—No. Los problemas familiares con su tío le tienen muy ocupado.

—¿Problemas familiares? —Curioseó Elena.

—Es una larga historia. Algún día os la contaré. Y ahora habládme de vosotras. ¿No recordáis nada? ¿No recordáis vuestro clan?

—En nuestro país no nos organizamos en clanes —Contestó Elena.

—¿Ah no? —Preguntó curiosa Ebrel —¿Y quién cuida de vosotras?

Aquella pregunta no se la esperaba. Estaba claro que en circunstancias normales sabría muy bien qué contestar, pero en el siglo XVI... eso era otra cuestión. No le quedaba más remedio que recurrir a la pérdida de memoria.

—Pues la verdad es que no lo sabemos.

—Cierto. —Alicia se encogió de hombros mostrando confusión —Me siento como si hubiera nacido ayer.

—Y no deja de ser verdad. —Murmuró Elena en español provocando una sonrisa en su amiga.

—Claro, entiendo. Esperemos que pronto recobréis la memoria. Seguro que alguien os está echando de menos.

Elena sintió un nudo en el estómago al recordar a su padre, un profesor de instituto que tuvo que hacerse cargo de una chiquilla de cinco años cuando su esposa lo abandonó y que se había volcado totalmente en ella, olvidándose incluso de sí mismo. Se preguntó qué le dirían sobre su desaparición, cómo le explicarían que cayó por un agujero y que nunca más se supo de ella. ¿Intentaría encontrarla? Estaba segura de que sí, y que movería cielo y tierra para ello, pero no sabía si en algún momento sería capaz de hacerse a la idea de que no volvería a verla. Tragó saliva intentando controlar las lágrimas que pugnaban por salir. Suspiró profundamente y con una sonrisa forzada contestó:

—Probablemente.

De regreso al castillo, una sirvienta solicitó la presencia de Ebrel mientras las dos amigas se dirigían a la cocina para elaborar el ungüento cicatrizante.

Acababan de terminar de preparar la pomada con las plantas recolectadas cuando el sonido del acero atrajo su atención hacia el patio central, donde varios highlanders acababan de salir para entrenar. Elena observó la reacción de Alicia cuando uno de ellos en particular se despojó de su camisa mostrando sus endurecidos músculos. Sonrió al reconocer a Peter. Su amiga era un caso perdido. Desde que la conoció sentía una debilidad extrema por el sexo masculino y a pesar de que se había llevado varias decepciones amorosas, nunca había escarmentado y, una y otra vez, volvía a caer en la misma trampa: se enamoraba en el momento en el que cualquier hombre guapo y robusto le prometía que ella era la única mujer que había amado.

El highlander se había percatado de la atracción que despertaba en Alicia y no tardó en demostrar que el sentimiento era mutuo, echando repetidas miradas a la muchacha, que le costaron más de un golpe.

Elena se sintió extraña contemplando aquella lucha con espadas y, aunque sabía que era normal en esa época, no dejaba de sorprenderla. Al fin y al cabo, apenas hacía un día que estaban en pleno siglo XXI en una excursión que su amiga y ella habían contratado en sus vacaciones a las tierras altas de Escocia.

El viaje había sido un regalo de Carlos, un sexagenario que regentaba una cafetería en la ciudad universitaria de Madrid y que había contratado a Elena para trabajar los fines de semana y en vacaciones. A pesar de la reticencia que en un principio mostró para contratarla, finalmente consiguió convencerle y así comenzaron una relación de trabajo y amistad en la que Elena trabajó duro hasta conseguir que aquella cafetería fuera una de las más concurridas, no sólo por estudiantes y profesores, sino por oficinistas que acudían al reclamo de las papeletas que Elena se había preocupado por repartir por las distintas facultades y oficinas cercanas, publicitando deliciosos desayunos y meriendas. Carlos tuvo que contratar a más gente para poder dar servicio a todos los clientes que pasaban por su cafetería, y así es como Elena conoció a Alicia, una estudiante de farmacia que se convirtió en su mejor amiga y con la que acabó compartiendo piso. Ambas amigas se hicieron cargo de la cafetería cuando a Carlos le tuvieron que operar de una hernia, faltando a clase para no dejar sin servicio el local. Carlos, agradecido, les obsequió con un viaje a Escocia después de haberles oído hablar varias veces sobre su deseo de visitar ese impresionante paraje rodeado de naturaleza. Una vez allí, contrataron una excursión guiada por las tierras altas visitando hermosos lagos, mansiones victorianas y enigmáticos castillos perdidos en el tiempo, uno de los cuales era en el que en ese momento se encontraban, muy distinto al que recordaba. Y allí estaban las dos, a cinco siglos de distancia, contemplando cómo fornidos escoceses luchaban con sus espadas bajo los templados rayos del sol.

Dejó que su amiga se recreara con el guerrero que había captado toda su atención y se dirigió hacia el portón de entrada para echar un vistazo a los alrededores. Cuando fue a salir, uno de los guardias le impidió el paso y Elena se echó hacia atrás sorprendida.

—¿Qué ocurre? ¿No puedo salir?

El guerrero no contestó, simplemente se plantó delante de ella, sin mirarla, obstaculizando su camino. Elena puso los brazos en jarra y frunció el ceño.

—¿Se puede saber qué significa esto? —preguntó levantando la voz. Empezaba a exasperarse y estaba visto que aquel tipo no iba a explicarle lo que pasaba. En ese momento Ebrel apareció.

—¿Qué ocurre, Lady Elena?

—No lo sé —contestó sin dejar de mirar al soldado—. He intentado salir y este caballero me lo ha impedido.

—¿Dónde queréis ir?

—A ningún sitio en particular, simplemente quería dar un paseo.

—Entiendo. Jeremy, no pasa nada. Podéis volver a vuestro puesto.

El escocés asintió y volvió a uno de los laterales del portón.

—A Lady Agnes no le gusta que nadie se aleje del castillo, y menos cuando el laird está fuera. Hay muchos merodeadores por los alrededores y es peligroso. Por ese motivo nos acompañó un soldado cuando hemos ido a buscar las plantas.

—Lo entiendo, pero no pensaba alejarme mucho, solo quería caminar un rato.

—Puedo ordenar que te acompañen.

—No será necesario, no tardaré mucho y no iré lejos.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

Elena se encaminó hacia la orilla, maravillándose por la forma en la que el sol incidía sobre las tranquilas aguas del lago y comenzó a bordear el castillo sin apartar la mirada del azulado horizonte. Cuando se quiso dar cuenta había cruzado el paso que unía tierra firme con el islote a través de enormes piedras que debían de haber sido puestas allí a propósito. Giró la cabeza en

dirección al castillo y comprobó que los guardias no se habían percatado de su pequeño desvío, así que decidió continuar y tomó un estrecho y sinuoso sendero escondido entre los matorrales que discurría paralelo al borde del lago.

Una enorme roca de arenisca rojiza se alzaba al final del sendero justo antes de que el camino girase hacia la izquierda donde continuaba para internarse en el frondoso bosque. Rodeó la pétreo formación hasta encontrarse con una improvisada y empinada escalera formada por piedras y raíces entrelazadas que conducían a una explanada. Curiosa, bajó con cuidado apoyándose en los árboles que custodiaban el camino, hasta que llegó a un rellano donde el agua rompía el silencio cayendo desde una pequeña cascada en lo alto de un montículo cubierto de verde musgo, que descendía suavemente formando una poza poco profunda.

—¡Canastos! ¡Qué maravilla!

Sus ojos otearon a su alrededor deleitándose con aquella postal salvaje y se sentó en el suelo escuchando el sonido del agua quebrando la quietud del bosque. Cerró los ojos para sentir la fuerza de la naturaleza y percibir la tranquilidad de aquel rincón, dejando su mente en blanco. Tan abstraída estaba que no se percató del sonido de unos cascos que se acercaban al trote. Cuando escuchó el relincho de un caballo volvió a la realidad y abrió de golpe los ojos, temiendo encontrarse con alguien frente a ella, pero el equino y su jinete se encontraban en el sendero que conducía al castillo. Elena se asustó. Se quedó quieta pendiente de lo que aquel individuo hiciera hasta que escuchó cómo se alejaban y entonces subió asegurándose de que estaban lo suficientemente lejos como para no reparar en su presencia. Con sigilo regresó al castillo donde, aprovechando el cambio de guardia de los vigilantes, se coló por el portón como si acabara de salir de la fortaleza.

CAPÍTULO VI

Los días siguientes procuraron integrarse en la vida del castillo y en la nueva época que les había tocado vivir, indagando sobre todo aquello que pudiera ayudarlas a mezclarse entre ellos sin llamar la atención. La excusa de su amnesia les permitió conocer la época en la que se encontraban sin levantar sospechas. Elena pudo chapurrear el gaélico en poco tiempo gracias a la ayuda de Ebrel, con la que había entablado una sincera amistad.

Alicia había comenzado a intimar con Peter y, aunque Elena se alegraba por ella, ya que los sentimientos del escocés parecían sinceros, eso hacía que se sintiera más sola, pues apenas la veía, ella era el único vínculo que la unía con su mundo anterior.

Poco a poco fue aceptando que su vida estaba ahora allí, en un país que apenas conocía y cuyas costumbres tendría que aprender si quería sobrevivir.

Lady Agnes despertó pocos días después de llegar al castillo y su alegría por ver a su nieto a su lado sano y salvo la ayudó a recuperarse antes de lo que se esperaba. Kenneth se convirtió en el principal ayudante de Elena, quien se preguntó si su interés por echar una mano tendría que ver con su insistencia para que le enseñara a luchar. Todos los días después de cambiar el vendaje de Lady Agnes, Kenneth apremiaba a Elena para que le mostrara los complicados pasos que había hecho en el bosque.

—¿Es así como luchan en España? —le preguntó curioso. Elena pensó qué decirle. Debía tener mucho cuidado con las respuestas si quería seguir argumentando su amnesia, aunque en algún momento tendrían que forjarse un pasado y «recordar»; les iba a ser muy difícil mantener esa farsa toda la vida. Tendría que insistir con Alicia.

—Supongo que sí —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Me enseñaréis entonces a luchar como lo hacéis allí? —rogó el muchacho.

Kenneth finalmente consiguió su objetivo y Elena, todas las mañanas después de desayunar, le daba nociones de defensa sin armas, simplemente utilizando su mente y su cuerpo para buscar el punto débil de su rival y convertir su fuerza y tamaño en una ventaja para derribar a su oponente.

—No olvides tu entrenamiento con la espada o tu padre se enfadará.

—¡Abuela! —Lady Agnes se acercaba despacio, todavía convaleciente de su herida. —No te preocupes —comentó dándole un beso —Lady Elena ha accedido a mostrarme cómo luchan en su país y para que no interfiera en mi entrenamiento diario lo hacemos antes.

—Eso está muy bien. Y ¿cómo vas a agradecerle a Lady Elena su dedicación?

—Pues la verdad es que no lo había pensado —soltó Kenneth con el ceño fruncido.

—¿Por qué no le enseñas a manejar la espada? Creo que no sabéis utilizarla ¿no es así, Lady Elena?

—No, no sé utilizarla, pero no es necesario.

—Todas las mujeres deben saber defenderse con la espada y, aunque vos tenéis vuestra

particular forma de protegeros, no os vendría mal manejarla.

—Sí, podría daros clases —comentó Kenneth entusiasmado—. No lo hago tan bien como mi padre, pero puedo enseñaros a usarla. Si lucháis como lo hacéis en vuestro país y además incluís la espada, seréis invencible.

La ilusión que se reflejaba en el rostro del chico le impidió negarse y sonriendo le comentó:

—Me encantará que me enseñes, Kenneth, seguro que lo haces muy bien.

—Vale, pues entonces un día hacemos espada y el siguiente marciales.

—¿Marciales? —preguntó extrañada Lady Agnes.

—Sí, así es como se llama la lucha que practican en su país.

—Bueno —continuó Elena—, realmente se llama «artes marciales» y son un conjunto de diversas técnicas, varias formas de luchar que se utilizan principalmente para defenderte.

—Y yo quiero aprenderlo, así nadie podrá ganarme.

—Muy bien, jovencito. Ahora ve con Peter, creo que te estaba buscando.

Kenneth volvió a besar a su abuela y se dirigió corriendo al patio de armas para comenzar su entrenamiento con el segundo del laird mientras Elena ofrecía su brazo a Lady Agnes para que se apoyara.

—¿Cómo os encontráis, Lady Agnes?

—Muy bien, gracias a vos, Lady Elena. Nunca os agradeceré lo suficiente vuestra ayuda. Aparecisteis en el momento más oportuno; si no hubiera sido por vos y Lady Alicia, ahora mismo no podríamos contarlo. Tengo entendido que habéis perdido la memoria y que lo único que recordáis es que sois españolas.

—Así es —contestó intentando parecer confundida.

—¿No sabéis si Lady Alicia y vos sois familiares?

—La verdad es que no sabemos si nos conocemos de antes. —Las dos amigas habían estado comentando sobre la conveniencia de argumentar que no se conocían, ya que de esa forma cada una podría improvisar a su manera su pasado, aunque deberían inventar una historia común referente a su país, España.

—Quiero que sepáis que siempre seréis bienvenidas en este castillo. Para nosotros sería un honor que os quedarais con nosotros. Estoy segura de que mi hijo, el laird, sabrá recompensaros.

—Os lo agradecemos de corazón, Lady Agnes, pero no buscamos recompensa. El que nos hayáis aceptado en vuestro hogar es suficiente recompensa.

—Es lo mínimo que podemos hacer. Espero que aunque recuperéis la memoria os quedéis una temporada con nosotros, Kenneth se está encariñando mucho con vos.

Elena asintió —«Y ¿adónde vamos a ir? No tenemos un lugar al que acudir. Estamos prisioneras en este mundo» —La angustia intentó de nuevo apoderarse de ella durante un momento, pero consiguió rechazarla y se esforzó por convencerse de que ahora ese iba a ser su hogar. Ahora eran dos personas más en aquel castillo que las había acogido sin importar quiénes eran.

—Kenneth es un buen muchacho y me encantaría poder pasar algún tiempo con él. Estoy segura de que algo podremos hacer.

—Eso estaría bien y ahora, si no tenéis nada que hacer, me gustaría que me acompañarais a dar un paseo. Algún día cuando recuperéis la memoria, me encantaría que me hablarais de vuestro país.

—Será un placer, Lady Agnes.

CAPÍTULO VII

Los incipientes rayos del amanecer caldeaban las frías aguas del lago Dutch donde Elena, desde que descubrió aquel pequeño remanso de aguas cristalinas lo suficientemente alejado del castillo como para haberse convertido en su escondite secreto, disfrutaba los primeros momentos del día antes de que el castillo se pusiera en marcha. Nadie en el castillo, ni siquiera Alicia o Ebel, estaban al tanto de sus escapadas matutinas. Elena se aventuraba sola cada mañana entre un enjambre de juncos, árboles y recovecos que podría llegar a ser peligroso, pero no quería renunciar a ese momento de intimidad sin nadie que la vigilara, que le diera conversación, cuando lo único que necesitaba era escuchar el silencio, la tranquilidad, la soledad de aquel hermoso paraje.

Bajó las escaleras y esperó en el salón a que el cambio de guardia en el portón principal dejara sin vigilancia durante unos segundos un pequeño hueco que había junto a una de las torres. Una vez en el exterior, se dirigió hacia una pequeña arboleda y de ahí tomó el sendero que conducía hasta su refugio.

Cuando llegó, oteó a su alrededor y comenzó a desnudarse, colocando su ropa sobre una piedra cerca de la orilla antes de acercarse al lago y meter con cuidado los pies. Sintió cómo su cuerpo se estremecía al contacto con el agua fresca, más fresca que el día anterior, aun así, se zambulló de cabeza sin pensarlo, sumergiéndose en las transparentes aguas. Buceó hasta que necesitó emerger para coger aire y se quedó flotando boca arriba mientras su cuerpo se relajaba pensando en cómo había cambiado su vida de forma drástica en cuestión de días. A pesar de venir de una época donde la tecnología inundaba toda la vida de los hombres y mujeres del siglo XXI, no echaba muchas cosas de menos, salvo algunas pequeñas comodidades, como poder darse una ducha de agua caliente en cualquier momento o dar un pellizco a la pared y ¡voilà!, la luz se hizo. Tenía que admitir que no le estaba resultando especialmente difícil adaptarse, ni siquiera el lenguaje, incluso la forma de hablar no le había supuesto mucho problema. Podía acostumbrarse a su rústica vida y olvidarse de todo lo que había dejado atrás, las comodidades, tecnología, nada es imprescindible si se sabe ser optimista y aceptar las circunstancias que la vida ha decidido por nosotros, por muy duras que puedan llegar a ser, sin embargo había algo que sabía que nunca podría superar, y tenía que buscar la forma de sobrellevarlo lo mejor posible, y era su padre. Le echaba muchísimo de menos. Aunque vivían separados, ya que ella residía en Madrid y él en un pueblecito a veinte kilómetros de Toledo, sabía que estaba allí cerca, y todos los días hablaban por teléfono. Eso no volvería a ocurrir y tendría que encontrar la manera de que no le resultara tan duro saber que jamás volvería a verle. Sintió un nudo en la garganta y, como cada vez que pensaba en él, las lágrimas lucharon por aflorar a la superficie, obligándola a pensar en otra cosa para no derrumbarse. Respiró profundamente y, procurando apartar a su padre de su mente, se quedó admirando las distintas tonalidades azuladas que el cielo escocés podía matizar buscando figuras caprichosas entre las nubes blanquecinas, como hacía cuando era pequeña.

Tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no escuchó el sonido de decenas de caballos que al galope se dirigían hacia el sendero que llevaba a su escondite.

El tamborileo de los cascos al golpear el seco suelo que no había visto la lluvia en varios días, levantaba una densa nube de polvo en el camino, mientras sobre sus monturas los jinetes cabalgaban impertérritos, con los ojos entrecerrados por los rayos de sol que incidían directamente sobre ellos. Encabezando la marcha, un guerrero mantenía la mirada fija en las altas murallas del castillo de Eilean Donan, que se alzaba desafiante en lo alto de un pequeño montículo, rodeado de las agitadas aguas del lago Duich y el lago Alsh.

El inconfundible sonido de la expulsión del contenido estomacal le hizo detenerse y volverse hacia atrás. Uno de sus hombres acababa de vomitar y la expresión de su rostro advertía que volvería a hacerlo en breve.

—Te dije que no bebieras el agua de esa charca.

—La próxima vez recuérdame con un puñetazo —Y sin decir más se bajó con premura del caballo buscando desesperado un lugar apartado mientras se levantaba el kilt, dejando un trompeteo a su paso que provocó las carcajadas de sus compañeros.

El guerrero le miró negando con la cabeza mientras descendía de su magnífico corcel, un pura sangre color canela que relinchó cuando su amo le frotó el cuello. Lo acercó a la orilla del lago para que bebiera mientras se planteaba si darse un baño en las cristalinas aguas. El lago formaba un remanso escondido en una profusa arboleda unos metros más adelante donde de pequeño solía zambullirse cuando quería estar solo.

—Pararemos un rato hasta que se le pase. Mientras iré a darme un baño. —Decidió y, sin esperar respuesta, se encaminó hacia el espeso follaje que ocultaba el recoveco de su niñez mientras sus hombres continuaban charlando.

Retiró con la mano los crecidos juncos que se iban adentrando en el lago hasta llegar a un elevado peñasco por cuya ladera descendía una parca cascada que depositaba sus aguas en una piscina natural. Empezaba a quitarse el kilt cuando un ruido detrás de la piedra le alertó. Desenvainó rápidamente la espada al tiempo que su instinto guerrero le ponía en guardia, buscando la procedencia del sonido, conteniendo la respiración para no ser descubierto.

Se deslizó sigilosamente apartando las ramas que brotaban de un grueso tronco que emergía cerca del agua, hasta que se situó junto a una enorme roca rojiza que ocultaba el lago. Un ligero chapoteó desvió su mirada hacia el centro del lago mientras aferraba con fuerza el acero sintiendo cómo todos sus músculos se tensaban dispuestos para el combate. Enarcó una ceja al ver que algo se sumergía rápidamente y esperó hasta que surgió una silueta bajo la superficie del agua que quedó flotando con los brazos en cruz de espaldas a él y, de no ser porque distinguió unas largas y esbeltas piernas que se agitaban juguetonas, habría jurado que se trataba de una sirena. Los largos cabellos cobrizos se mecían a su alrededor como si fueran un manto, escondiendo su desnudez, mientras sus piernas pataleaban suavemente salpicando agua a su alrededor haciendo las delicias del hombre, que la miraba embelesado, intentando imaginar el esplendoroso cuerpo que parecía adivinarse. «¿Quién será?» se preguntó mientras buscaba un mejor ángulo para ver su rostro. Aquellas tierras estaban en la frontera entre los Mackenzie y los MacLeod pero no reconocía a la mujer y estaba seguro de que no le habría pasado desapercibida. En ese momento, la muchacha se incorporó y, girándose lentamente hacia donde el hombre se encontraba, comenzó a caminar hacia la orilla. El guerrero se quedó sin aliento.

Sus impresionantes ojos azules rodeados de espesas y oscuras pestañas que parecían pintadas en su rostro, se confundían con las cristalinas aguas, como si formaran parte de ellas. El agua caía

por su blanquecina tez manchada de pecas mientras su cabello se iba amoldando a sus curvas a medida que salía del lago cubriendo sus pechos, confiriéndole una sensualidad que arrancó un gemido de la garganta del hombre.

El sonido asustó a Elena, que inmediatamente se agachó, cruzando los brazos sobre su pecho para ocultarse en el agua, intentando localizar de dónde había venido. El guerrero se maldijo por su impertinencia; se acabaron sus magníficas vistas. Permaneció quieto, escondido detrás de la piedra observando la reacción de la muchacha, cuando se dio cuenta de que sus preciosos ojos buscaban algo desesperadamente en la orilla y entonces reparó en las ropas que se encontraban a escasos centímetros de su mano. Se extrañó que una mujer tan hermosa se aventurara sola en aquel alejado paraje y se preguntó si realmente estaba sola. Con los ojos muy abiertos y con la espada preparada, escudriñó a su alrededor en busca de algún signo de vida, obligando a todos sus sentidos a permanecer alerta. En la batalla estaba acostumbrado a observar detenidamente todo lo que se movía en su círculo de visión, escuchar más allá de lo que su cerebro interpretaba, tocar cualquier cosa por absurda que fuera que le advirtiera sobre un peligro, oler los efluvios que impregnaban el aire; todo era analizado, pero nada llamó su atención. Volvió la vista hacia la pequeña figura agazapada en el agua. «O es una mujer muy imprudente o es una ladrona. Está claro que no pertenece a mi clan, sino sabría que una imprudencia así se castiga y si es una ladrona ha venido a las tierras equivocadas».

Salió de detrás de la piedra y se plantó frente a ella clavando la enorme espada en el suelo. Elena se sobresaltó ante la imponente figura de casi dos metros que se alzaba desafiante delante de ella.

—¿Quién sois? ¿Qué es lo que queréis? —preguntó asustada buscando con los ojos una vía de escape y sintiéndose perdida al comprobar que aquel hombre se encontraba anclado en la única salida. Sus ojos color miel la escrutaban con prepotencia, sabedor de que la tenía acorralada, mientras una liviana sonrisa parecía querer emerger de sus carnosos labios. Su potente y ruda voz terminó de sobrecogerla.

—Más bien debería preguntaros yo a vos, ¿no creéis? —espetó el guerrero frunciendo el ceño —¿Estáis en mis tierras!

—¿Vuestras tierras? —preguntó extrañada —Me temo que os equivocáis, mi señor. Estas tierras pertenecen...

—¿Me estáis llamando mentiroso? —soltó enojado acercándose amenazador —¿O quizás tonto porque no sé dónde empiezan y dónde acaban mis tierras?

Elena se sobresaltó ante la áspera respuesta e, intentando calmarse para no empeorar más la situación debido a su posición en clara desventaja, inspiró profundamente y con la mejor de sus sonrisas procuró medir sus palabras para evitar que aquel enorme guerrero se enojara aún más.

—No, yo no he dicho eso, señor. Si me dejáis hablar y no me interrumpís, lo que quería decir es que estas tierras son propiedad de...

—Sé perfectamente de quién son estas tierras —su tono de voz comenzó a elevarse, haciendo que Elena empezara a perder la paciencia. Estaba intentando mantener una conversación para aclarar la situación, pero aquel energúmeno no entendía de buena educación y seguía interrumpiendo, alterándola cada vez más sin dejarla hablar—, y no necesito que vos me lo confirméis.

Elena sintió cómo la furia comenzaba a acelerar la sangre de sus venas y, ajena a su propia desnudez, se fue alzando sin percatarse de que sus pechos comenzaban a salir del agua haciendo que los ojos del guerrero se desviarán hacia los enhiestos montículos a punto de descubrir sus

rosados pezones.

—Si no me dejáis hablar y seguís interrumpiendo —soltó cada vez más enojada —no podré explicaros qué hago aquí y...

El guerrero sonrió seguro de que si seguía provocándola conseguiría ver aquel escultural cuerpo que el agua escondía y volvió a increparla.

—No tenéis que explicar nada. Está claro que sois una ladrona que habéis decidido daros un baño antes de robar en mis tierras.

—¿Quééé? ¿Yooo? ¿Una ladrona? —«Esto es el colmo» —Pensó sintiendo cómo la furia se iba adueñando cada vez más de ella. «¡Si este cretino no me deja ni hablar!, ¿cómo quiere que se lo explique?» Su paciencia estaba llegando al límite. —No soy una ladrona, simplemente estaba dándome un baño cuando vos habéis aparecido. Si fuerais un caballero, me permitiríais salir del agua y... —En ese momento Elena advirtió la lujuriosa mirada del guerrero clavada en ella y bajando la vista hacia el punto donde los ojos del hombre parecían haberse atascado se dio cuenta de la situación y rápidamente volvió a sumergirse hasta que el agua le llegó a la nariz. El guerrero bufó y a regañadientes volvió su atención a los ojos femeninos.

—Nadie os impide salir del agua.

—Vos lo hacéis quedándoos ahí plantado. Estoy... bueno... mi ropa está... sobre la roca —soltó sintiendo que enrojecía.

—Bien, pues salid y cogedla. No os voy a detener. —El guerrero se sentó junto a su vestido sin dejar de mirarla con una socarrona sonrisa mientras apoyaba los codos en las rodillas en una actitud claramente provocadora, que hizo que Elena se alzara ligeramente abriendo exageradamente los ojos.

—¿Cómo? ¿Por quién me habéis tomado? ¡No pienso salir desnuda delante de vos!

—Entonces vais a arrugaros bastante, porque no pienso moverme de aquí.

Elena sintió que su ira crecía por momentos y, consciente de las intenciones de aquel estólido, decidió esperar a que se cansara y abandonara sus intenciones, pero al cabo de unos minutos, la inmovilidad y la frescura del agua comenzaron a entumecerle el cuerpo.

—¿Pensáis quedaros ahí todo el día? —preguntó procurando que el castaño de sus dientes no se notara.

—Todo el que sea necesario —contestó divertido apoyando la espalda en la piedra, enlazando las manos bajo la nuca para estar más cómodo, haciendo que Elena frunciera los labios.

—Podríais al menos volveros.

—No creo que tengáis nada diferente a las demás. Estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas —apuntó sin dejar de mirarla.

La actitud de aquel engreído estaba haciendo resoplar a Elena, que por un momento pensó en salir del agua como su madre la trajo al mundo, y atizarle un puñetazo, pero desistió. No pensaba darle a aquel pervertido lo que quería.

Elena no sabía qué hacer. El sol hacía tiempo que se había alejado del horizonte y se encaminaba a su cenit. Kenneth estaría esperándola para iniciar sus clases, tal vez hubiera dado la voz de alarma y vinieran a buscarla, pero se acordó de que nadie sabía dónde se encontraba. La situación empezaba a ser crítica y, cuando creyó que aquel bruto no cambiaría de parecer y le permitiría salir del agua y vestirse, una voz a lo lejos le devolvió la esperanza, pero desapareció cuando comprobó que buscaba al hombre que se había propuesto que cogiera un resfriado.

—John, ¿estás ahí?

El guerrero se levantó sin dejar de mirarla.

—Sí, enseguida voy.

—De acuerdo, te esperamos en el sendero.

Elena suspiró aliviada. ¡Por fin se marchaba! Pero cuando el hombre se agachó y cogió su ropa se le vino el mundo encima.

—¿Pero... qué...? —preguntó incrédula.

—Si queréis el vestido, venid a por él. Es vuestra última oportunidad.

Elena no podía creer lo que le estaba pasando. Quiso protestar pero su voz se quedó atrapada viendo su ropa colgando en la enorme mano del guerrero que la observaba a la espera de que se decidiera.

—Como queráis —contestó dándose la vuelta con el vestido en la mano y emprendiendo la marcha.

Elena se quedó perpleja mirando con la boca abierta cómo aquel desalmado se llevaba su ropa dejándola completamente desnuda.

—Pero... ¿Cómo voy a volver?

—Es vuestro problema. Haberlo pensado antes de desnudaros —contestó el escocés sin volver la vista, sonriendo ante la retahíla de insultos que escuchó a su espalda—. Dejaré vuestras ropas en el sendero. Tal vez la próxima vez que os aventuréis a bañaros en tierras ajenas lo penséis mejor.

Aquello no podía estar pasándole a ella. Si por lo menos se le hubiera ocurrido meterse con las enaguas... pero ni siquiera eso. No le quedaba más remedio que salir si no quería tener serios problemas de hipotermia. Menos mal que por lo menos no se había llevado los zapatos.

Esperó unos minutos hasta que dejó de escuchar el sonido de los caballos alejándose y entonces se dirigió rápidamente hacia el sendero tapándose como pudo, sin dejar de correr. Siguió el camino deslizándose entre los árboles, buscando los troncos más gruesos para esconderse detrás de ellos, atenta al más mínimo ruido. Cuando llevaba recorrido apenas cien metros, divisó su vestido colgado en una de las ramas bajas de un árbol. Antes de lanzarse a por él escrutó los alrededores y, a una velocidad que ni ella misma creyó llegar a alcanzar, cogió al vuelo la prenda y siguió corriendo hasta ocultarse detrás de un tupido matorral donde permaneció quieta, apretándolo contra su pecho como si temiera que alguien se lo volviera a quitar. Cuando fue a vestirse se dio cuenta de que las enaguas no estaban. Sacó tímidamente la cabeza en busca de la prenda pero no la vio por ningún lado. Prefirió olvidarse de ellas y vestirse lo antes posible; tenía que regresar al castillo rápidamente, se había demorado mucho y tendría que improvisar para dar una explicación de dónde había estado.

Se apresuró por el sendero que conducía a Eilean Donan, mirando desconfiada a su alrededor y, cuando se encontraba a pocos metros de la entrada, vio que Ebrel se acercaba corriendo hacia ella.

—Elena, ¿estás bien? ¿Dónde te has metido? Llevo buscándote un buen rato. Lady Agnes quería verte. Ha llegado el laird y sus hombres. —Después de mirarla fijamente le preguntó extrañada — ¿Te has bañado en el lago? Tienes el pelo mojado.

—Luego te cuento. —Se preguntó si el laird y sus hombres se habrían encontrado con el guerrero que la había incordiado. No tenía muy claro qué camino había tomado y, aunque el vestido se lo dejó en el sendero que conducía al castillo, éste se dividía cerca del ala norte — ¿Sabes si vuestro laird se ha encontrado con alguien cuando venía hacia el castillo?

—¿A qué te refieres? ¿Te has tropezado con alguien? —preguntó alarmada.

—No, nada, olvídale. Creí haber escuchado algunas voces cuando paseaba —contestó

quitándole importancia y cambió drásticamente de conversación—. ¿Dónde está Lady Agnes?

—En sus habitaciones.

—Bien. Voy un momento a mi cuarto y enseguida estoy con ella.

Elena se alejó rápidamente dejando a Ebril con la pregunta en la boca. No quería explicarle que tenía que buscar unas enaguas porque alguien se las había robado.

CAPÍTULO VIII

Después de ponerse una combinación y vestirse de nuevo, se secó el pelo con una toalla de lino y salió de la habitación en dirección a las habitaciones de Lady Agnes. La puerta estaba entornada y una potente voz masculina le confirmó que se hallaba acompañada. Llamó suavemente con los nudillos antes de abrir y, cuando fue a entrar, se quedó paralizada en el umbral de la puerta.

—¡Elena! Parece que hubieras visto un fantasma. Pasa, querida, quiero presentarte a mi hijo, Ian Mackenzie, nuestro laird. Ian, esta es la mujer que nos salvó.

Los ojos de Elena se abrieron desorbitadamente clavándose en el hombre que sostenía la mano de Lady Agnes mientras su boca caía desencajada al reconocer ¡al impresentable que le había robado el vestido!

Ian Mackenzie se volvió justo en el momento en el que Elena entraba en los aposentos de su madre. Su sorpresa no fue menor que la de ella, no esperaba encontrarse con la sirena del lago justamente en su castillo. Tras unos momentos de confusión, una sonrisa de oreja a oreja adornó sus labios al contemplar a la hermosa mujer que se negaba a abandonar su pensamiento desde el momento en el que se encontró con ella aquella misma mañana. Sus ojos la recorrieron descaradamente de arriba abajo sin preocuparse por si era o no decoroso devorarla con la mirada; aquella muchacha era realmente preciosa. Su larga melena color cobrizo fuego ya no estaba tan mojada y caía en cascada, formando unos graciosos rizos que enmarcaban su angelical cara, confiriéndole un atractivo aire salvaje. Los ojos tenían una tonalidad distinta, parecían de color violeta, rodeados de unas largas pestañas, más oscuras que su cabello, que se curvaban hasta acariciar las estrechas y bien definidas cejas, que se arqueaban sobre una amplia frente que en ese momento se encontraba fruncida. Quedó fascinado por los sonrosados y voluptuosos labios que permanecían abiertos por la sorpresa y un lascivo deseo le hizo emitir un leve gemido al que Elena respondió frunciéndolos con rabia. Su reacción le hizo sonreír y continuó bajando, admirando aquel cuerpo que estuvo a punto de contemplar desnudo. Se detuvo en los prominentes pechos que ahora se ocultaban detrás de un estrecho corpiño y recordó cómo su cabello se adhería a ellos, sintiendo que su entrepierna se endurecía sin poder evitarlo.

Elena no podía creer que el insolente que se había mostrado tan impertinente y le había robado el vestido fuera el Laird Mackenzie, el hijo de Lady Agnes, el padre de Kenneth, el señor de aquel castillo. «Tierra, trágame».

El guerrero se alejó de su madre y, sin apartar la vista de ella, se acercó lentamente permitiéndola contemplar aquella impresionante figura cuya envergadura consiguió intimidarla, haciéndola sentir muy pequeña.

—Vaya, volvemos a encontrarnos, sirena —comentó Ian muy cerca de su oído para que solo pudiera oírle ella mientras cogía delicadamente su mano y depositaba un suave beso que consiguió electrificar a Elena—. Veo que habéis encontrado lo que buscabais. —Continuó con su sonrisa burlona clavando sus ojos en los de ella, que por un momento se sintió cautivada por la penetrante

mirada del escocés, hasta que recordó la insolencia de aquel individuo aquella misma mañana y su sentimiento de impotencia ante la situación provocada por él. La rabia cegó la atractiva visión y solo fue capaz de ver la prepotente figura del personaje que casi consigue sacarla de sus casillas.

—No gracias a vuestra caballerosidad —musitó retándole con la mirada—. Creo que tenéis algo que me pertenece.

—Sirena, vos misma lo abandonasteis. Yo solamente lo encontré tirado en el suelo. —Rebatió separándose ligeramente de ella para contemplar el brillo furioso de sus ojos.

—No lo encontrasteis, ¡lo robasteis! —Elena se esforzaba por no levantar demasiado la voz pero su enojo iba en aumento.

—¿Acaso creéis que tengo necesidad de robar? —preguntó mientras acercaba su rostro a escasos centímetros del de Elena.

No sabía por qué, pero le encantaba provocarla. La mirada asesina y la forma en la que el labio inferior le temblaba, le resultaba tremendamente encantador y, aun sabiendo que esa mujer había salvado a su hijo y a su madre, no podía evitar desafiarla. Era consciente de que debería agradecerle lo que había hecho, pero estaba deleitándose con la manera en que aquella fierecilla se enfrentaba a él, un hombre de la guerra temido en el campo de batalla, que con solo su mirada hacía temblar al más valiente de los mortales y al que nadie jamás se había atrevido a contradecir.

Lady Agnes les miraba atónita. La actitud desafiante de su hijo le llamó mucho la atención. A pesar de ser un hombre duro que no toleraba la insubordinación, era un laird justo, al que ni siquiera cuando era pequeño y se peleaba con sus hermanos le había visto retar de aquella manera a nadie, y en especial a una mujer. Elena por su parte mostraba un talante defensivo que la sorprendió. Aunque apenas la conocía, la consideraba una muchacha sensata y equilibrada que no perdía la paciencia fácilmente, y era evidente que su hijo lo había conseguido y no tenía muy claro cómo. No tenía ni idea de lo que ocurría allí, pero de lo que sí estaba segura era de que aquellos dos no era la primera vez que se veían. Se colocó entre los dos separándolos y mirando a uno y luego al otro preguntó.

—¿Me he perdido algo?

Elena recuperó su compostura y desvió la mirada retrocediendo sin decir nada, mientras Ian seguía con los ojos fijos en ella, sin reparar en su madre, que esperaba una respuesta.

—Ian John Mackenzie, ¿hay algo que tengas que contarme? —inquirió Lady Agnes visiblemente molesta.

El guerrero suavizó su expresión al sentir la reprobadora mirada de su madre y apartó la suya de la joven que se había replegado hacia la ventana.

—Lady Elena y yo nos hemos encontrado cerca del castillo, nada más —contestó.

—¿Nada más? ¿Y qué dice Lady Elena que le has robado?

Los ojos de Elena e Ian se cruzaron en busca de una respuesta apropiada para ambos. Ian sabía que Lady Agnes no aprobaría su modo de actuar con ella y, aunque hubiera sido una vulgar ladrona, debería haberse comportado como un caballero y haberle ayudado, pero también estaba seguro de que su madre no debía de estar al tanto de las salidas matutinas de Elena. Si algo caracterizaba a su madre era la prudencia. De pequeño se refugiaba en la poza donde había tropezado con Elena para huir de su estricta madre, que no permitía que sus hijos se alejaran del castillo sin una escolta, por muy cerca que fueran. Los suplicantes ojos de la muchacha confirmaron su sospecha y, jugando con la ventaja de que ella ignoraba que Lady Agnes desaprobaría rotundamente el juego que Ian había llevado a cabo en el lago, decidió apuntarse un

tanto y proceder como si estuviera encubriéndola. Sin dejar de mirarla y con la seguridad de que secundaría su historia contestó.

—Cuando estábamos llegando al castillo tuvimos que parar, ya que Edward se encontraba mal. Encontré una capa en el suelo y la recogí para traerla ya que supuse que pertenecía a alguna de las criadas. Lady Elena me vio con ella y me recriminó habérsela robado acusándome de ladrón. Me enfadé tanto que no se la devolví. No tuvimos tiempo de presentarnos y no sabía que se trataba de la mujer que os había salvado, en cuyo caso habría sido más considerado y no me habría enfadado. Elena enarcó una ceja. No era precisamente la explicación que le hubiera gustado, pero no le quedaba más remedio que confirmar su excusa.

—Siento haber dudado de vuestra honestidad —remarcó la palabra con ironía —pero comprenderéis que desconfiara de vos.

—¿Habéis salido sola del castillo sin escolta? —preguntó Lady Agnes mirando a Elena con reproche —Sabéis que no debéis hacerlo, que es muy peligroso, Lady Elena, ¿cuántas veces he de decíroslo? ¿No os acordáis ya de lo ocurrido?

—No he ido muy lejos, apenas...

—Da igual, Lady Elena. —La interrumpió mostrando su total desacuerdo con la forma de actuar de la muchacha, que sintió cómo los colores se apoderaban de sus mejillas —Los maleantes pueden estar escondidos detrás de una piedra y vos no podríais defenderos por mucho... ¿Cómo decís que se llama esa forma de luchar que empleáis?

—Artes marciales.

—Por muchas Artes marciales que utilicéis. Tuvisteis suerte de poder luchar de uno en uno, si hubieran sido los dos a la vez, ni siquiera vos habríais sobrevivido. ¡Sabe Dios lo que hubieran hecho con una hermosa mujer!

Elena asintió compungida sabiendo que el enfado de Lady Agnes podría ser mucho mayor si llegara a enterarse de que no solamente se había alejado bastante del castillo sino que se había aventurado a bañarse desnuda en el lago, algo que consideraba totalmente impúdico ya que, según ella, las mujeres no debían bañarse en el lago pero, en el caso de que lo hicieran, debía de ser en un lugar apartado y siempre con las enaguas. Bueno, apartado sí estaba el lugar, pero la libertad que sentía al quitarse las engorrosas vestiduras era algo de lo que no quería privarse, aunque fuera a escondidas.

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

—Eso espero —comentó Lady Agnes algo más calmada—. No me gustaría prescindir de vuestra inestimable compañía. —Añadió cogiéndola tiernamente de las manos —Debéis ser más prudente y si os agrada salir a pasear por las mañanas, no hay ningún inconveniente en ello, siempre que lo hagáis acompañada.

Ian esperó a que su madre se alejara de ella y se acercó disimuladamente.

—Me debéis un favor.

Elena le fulminó con la mirada.

—¿Cómo podéis ser tan oportunista? Me tuvisteis atrapada en el agua sin permitir siquiera que me explicara y encima tuvisteis el descaro de llamarme ladrona.

—Nadie os impedía salir del lago. No recuerdo haberos amenazado para que permanecierais en el agua. En cuanto a lo de llamaros ladrona, tenía mis razones para creerlo. Ninguna dama se baña como su madre la trajo al mundo, sin preocuparse por si hay alguien acechando. ¿Qué hubiera sucedido si no hubiera sido yo quien os descubriera?

Elena resopló intentando calmar la ira que aquella conversación estaba causando en ella.

—Decídmelo vos, porque no creo que hubiera sido peor que lo que ocurrió.

El guerrero abrió la boca para replicar, pero en ese momento la puerta se abrió y una encantadora sonrisa masculina desvió las miradas de todos los presentes. Ian bufó por la interrupción y se separó de Elena.

—Hola, madre. Creí que habíais bajado a almorzar. —Y se dirigió directamente hacia Lady Agnes, que abrió los brazos para abrazarle.

—Roderick, cariño. Por un momento pensé que te habías olvidado de tu madre.

—Me entretuve en las caballerizas. Mi caballo se lastimó cuando veníamos hacia el castillo y quería asegurarme de que no era grave.

«Así que este es el hermano del laird» —pensó Elena observando el parecido entre los dos. Ambos tenían el cabello casi de la misma tonalidad, al igual que sus ojos, pero los de Ian tenían un matiz más claro y la forma almendrada contrastaba con los redondos ojos que Roderick había heredado de su madre. Aunque también musculoso, Roderick abultaba la mitad que Ian, quien también le superaba en altura. Al contrario que su soberbio hermano, Roderick parecía sencillo, jovial, en definitiva, encantador. En el momento en el que reparó en Elena, se acercó a ella con una gran sonrisa, sin esperar que nadie le presentara.

—Si hubiera sabido que había llegado un ángel, habría venido rápidamente. —Y cogió su mano depositando un delicado beso —Soy Roderick Mackenzie, ¿a quién tengo el placer de conocer?

Elena sonrió, pero antes de que pudiera contestar, la voz arisca de Ian lo hizo por ella.

—Es Lady Elena. La mujer que ayudó a madre y a Kenneth.

Roderick constató el enfado de su hermano pero no le miró y aun con las manos de Elena entre las suyas añadió.

—Además de hermosa sois valiente, una buena mezcla. No me importaría ser rescatado por vos, es más, creo que me voy a poner en peligro en breve...

—Roderick, deja de incordiar a Lady Elena y haz el favor de acompañar a tu anciana madre al salón. No sé vosotros, pero yo estoy hambrienta. —Y cogiendo el brazo de su hijo pequeño le empujó hacia la puerta.

—Madre, vos nunca seréis una anciana.

—Tan adulator como siempre. Anda, vamos a ver qué ha preparado Gertie.

CAPÍTULO IX

Las cocinas habían comenzado a trabajar desde el mismo momento en el que los vigías avistaron al laird y sus hombres. Gachas, estofado de vaca, pollo con hierbas aromáticas, tortas de harina, bollos de miel y barriles de cerveza y vino hicieron las delicias de los cansados guerreros, que por un momento olvidaron que llevaban casi toda la noche cabalgando, sin apenas descansar, con el fin de llegar lo antes posible a Eilean Donan tras el inesperado ataque sufrido por Lady Agnes y el hijo del laird, Kenneth.

El pequeño ya se había encargado de contar a todos cómo, con la ayuda de una valiente mujer, habían podido dejar fuera de combate a dos fornidos guerreros, matando él mismo a uno de ellos cuando éste intentó ahogarla. Los hombres del laird sonreían por la envergadura que el muchacho atribuía a sus atacantes cada vez que contaba la historia y luego gesticulando imitaba la forma en la que aquella mujer había luchado. Ian Mackenzie conocía la tendencia de su hijo a exagerar los hechos, así que decidió corroborar con su madre lo ocurrido.

Lady Agnes le contó lo sucedido y la oportuna aparición de Lady Elena justo después de que Kenneth hubiera sido desatado por Lady Alicia y eso le hacía desconfiar. Su madre atribuía la autoría del asalto a alguna banda de maleantes con la intención de secuestrar al chico para pedir un rescate, algo que su hijo no compartía, ya que sospechaba que había algo más detrás de aquel asalto.

Cuando bajaron al salón, los guerreros ocupaban ya las sillas disponibles, salvo las reservadas al laird y a su familia. Alicia se había sentado al lado de una de las sillas vacías cerca de la cabecera, por supuesto, junto a Peter.

Los ojos de los guerreros se posaron en la mujer que avanzaba delante de su jefe, con la cabeza agachada, y se preguntaron cómo una mujer que apenas abultaba había conseguido doblegar a dos hombres. La habían imaginado grande, fuerte y con un rostro feroz. Para nada podían suponer que aquella pequeña mujer, hermosa como pocas habían visto, con un rostro delicado y angelical, digno de una dama, pudiera haber luchado como Kenneth les había contado y se figuraron que el muchacho había fantaseado en exceso. No fue hasta que el laird comenzó a comer que se olvidaron de ella e, imitando a su jefe, dieron buena cuenta de los manjares que los sirvientes iban colocando sobre la mesa. Elena se sentó al lado de Alicia.

—¿Dónde estabas esta mañana? —preguntó Alicia.

—Paseando.

—¿Paseando? ¿Dónde? Te han estado buscando casi toda la mañana.

—Estuve paseando cerca del bosque.

—¿Y no te encontraste con el laird y sus hombres?

Elena se pensó si contarle la verdad, pero Alicia no estaba siquiera al tanto de sus escapadas matutinas, así que decidió relatar lo mismo que había contado a Lady Agnes.

—¿Tú crees que me chupo el dedo? —inquirió molesta —Vamos, Elena, somos amigas. Sé

perfectamente que cada mañana sales y te alejas, y bastante, del castillo. No tengo ni idea de adónde vas ni lo que haces, pero respeto tu deseo de estar a solas. Hoy me has dado un susto de muerte, pensé que te había pasado algo y estuve a punto de ir a buscarte yo misma, hasta que llegó el laird y me pareció distinguir unas enaguas en sus alforjas. Poco después apareciste tú. ¿Me quieres decir qué ha pasado?

Elena se sintió avergonzada.

—Lo siento, Alicia. Debí haberte informado de lo que hago por las mañanas.

—No me importa lo que haces cada mañana, Elena. Entiendo que quieras tu propio espacio y creo que es importante que lo tengas. Necesitas tu intimidad, pero ese hombre llevaba tus enaguas, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Te has acostado con él?

—¿Quééé? —Elena se quedó estupefacta —Nooo. ¡Por Dios, Alicia!

—¿Entonces?

Elena le contó lo ocurrido y Alicia casi se echa a llorar de la risa.

—¿Te dejó en pelotas en el lago?

—Cállate, por favor. Vas a llamar la atención.

—Canastos, Elena, vaya comienzo.

—No es ningún comienzo. Tuve la mala suerte de encontrarme con él, nada más. No sé por qué se quedó con las enaguas, seguramente para fastidiarme.

—O por guardar algo tuyo.

—¿Para qué querría guardar algo mío? —preguntó sorprendida.

—Es muy guapo y está soltero. —Apuntó con una pícaro sonrisa.

—No. Para nada, Alicia. —Negó enérgicamente con la cabeza.

—Como quieras, pero piénsalo. No es un mal partido.

Peter atrajo la atención de Alicia, que rápidamente se puso a hablar con él dejando a Elena sumida en sus pensamientos. Estaba de acuerdo en que el laird era un hombre muy atractivo, pero su impertinencia y prepotencia la sacaban de quicio y no estaba dispuesta a caer en sus redes. Si, como decía su amiga, deseaba guardar algo suyo, las enaguas serían todo lo que obtendría de ella.

Kenneth no aguantó mucho tiempo sentado en su silla y, cuando vio la oportunidad, se levantó para acercarse a su padre, quien no dudó en colocarle sobre sus potentes piernas deleitándose con las ocurrencias del muchacho y riendo a carcajadas con él. Elena se sorprendió al ver que el imponente guerrero se olvidaba de quién era y se convertía en cómplice de su hijo, mostrando una faceta que no habría adjudicado al hombre que le había incordiado en el lago aquella misma mañana. Su soberbia y arrogancia habían dado paso a una humildad que resultaba chocante en un guerrero a quien nadie se atrevía a llevar la contraria y al que todos respetaban. El cariño y la serenidad que mostraba, sin importarle quién le estuviera observando o juzgando, llevó a Elena a preguntarse si se trataba del mismo hombre al que había catalogado como el ser más engreído que había visto en su vida.

El choque de dos jarras y su inconfundible sonido al romperse desvió su atención hacia los rostros enrojecidos de dos rudos guerreros que se desternillaban de risa al darse cuenta de que su efusivo brindis había terminado con el asa de ambas jarras en sus manos y el líquido esparcido por la mesa. Las carcajadas se contagiaron al resto de sus compañeros mientras los sirvientes se apresuraban en limpiar el destrozo.

Elena siguió estudiando a los guerreros que comían y bebían como si no hubiera un mañana y su mirada se detuvo en uno de ellos, a quien una profunda cicatriz desde la sien hasta casi la boca surcaba un rostro de lampiño aspecto; no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, sin

embargo eso no era impedimento para mostrar una fiera mirada cuando se enfadaba, cosa que su compañero parecía disfrutar incitándole continuamente cada vez que intentaba coger un trozo de pollo de la bandeja que estaba frente a él.

Frente a ella, un apuesto guerrero no paraba de mirar hacia la puerta donde Ebrel se encontraba, coordinando todo para que nada faltara en la mesa. Sonrió preguntándose si la joven sería consciente de la atracción que provocaba en aquel soldado.

Elena advirtió que la suave voz de Kenneth ya no se oía y girando la cabeza para comprobar qué ocurría se encontró con la penetrante mirada del laird, que la observaba sin apenas pestañear mientras acariciaba lentamente el borde de su copa de vino.

Ian intentaba decidir si aquella preciosa mujer mentía o no, si todo había sido un montaje urdido por su tío para conseguir introducirla en el castillo sin levantar sospechas, pero ¿con qué finalidad?

Ian y su tío Hector Roy llevaban años en litigios por el control del clan Mackenzie. Hector Roy Mackenzie había sido designado tutor de su hermanastro, Kenneth, 8º señor de Kintail, menor de edad y heredero legítimo del liderazgo del clan. Al morir Kenneth, su tío se encontró en posesión de valiosas tierras. Cuando Ian fue nombrado heredero, Hector se negó basándose en su ilegitimidad, ya que su madre y su padre nunca se habían casado, aunque el Papa había legitimado los hijos que tuvieron, por lo que todos tenían los derechos a la sucesión. Sin embargo, Hector declaró ilegítimo a Ian y se adueñó de las tierras. Desde entonces ambos han estado enfrentados reclamando las posesiones de los Mackenzie.

Ian sabía que su tío estaba al tanto de sus entrevistas con el rey Jacobo debido a la desconfianza de Inglaterra en que Escocia continuara apoyando a Francia, a pesar de la firma del Tratado de Paz Perpetua entre Enrique VII y Jacobo IV. El anterior tratado de mutua defensa de Jacobo con Francia ponía en peligro esta relación. Ian no descartaba que su tío estuviera conspirando con Inglaterra para procurarse apoyo y reclamar sus tierras.

Quizás el objetivo de la mujer fuera averiguar el contenido de esas conversaciones para informar a Inglaterra si tenían o no motivos para recelar. Entonces tendría sentido que el rapto de su hijo no fuera más que una farsa en la que ella debía fingir que luchaba contra aquellos hombres para ganarse la confianza de los Mackenzie y tener acceso libre al castillo; con lo que no contaron fue con el coraje del muchacho, que acabó con la vida de uno de ellos. Pero ¿cuál era el papel de Lady Alicia? ¿Sería su compinche? Según le comentaron, Lady Elena apareció después de que Alicia hubiera desatado a su hijo, luchando con los captores de Kenneth, pero ¿y si ella misma hubiera tomado parte en el rapto? ¿Y si Lady Alicia no hubiera sido más que una inoportuna mujer que apareció en el momento menos apropiado?

Estaba casi seguro de que su amnesia era fingida y tenía que desenmascararla, pero sabía que no iba a ser fácil; esa mujer se había ganado el aprecio de su madre y sobre todo de Kenneth, y eso traería problemas.

Elena se sintió atrapada por aquel fuego que emanaba de sus ojos como si quisieran traspasarla, sintiendo un extraño escalofrío que recorría su cuerpo mientras sus mejillas se ruborizaban y tuvo que apartar los ojos. En ese momento la potente voz del laird sobresalió por encima de las demás, haciéndose el silencio.

—Lady Elena, me han comentado que tenéis una peculiar forma de luchar, ¿es así como lo hacen en vuestro clan?

Alicia miró asustada a Elena que tardó unos segundos antes de contestar.

—Supongo que sí. Pero en España no nos regimos por clanes... creo —añadió para mostrar confusión. Alicia asintió con la cabeza para corroborar la explicación de su amiga.

—¿No recordáis nada en absoluto? ¿Ninguna de las dos? —preguntó el laird acercándose más a la mesa mientras arqueaba una ceja. Aquella postura le dio a entender a Elena que el laird dudaba de su historia —¿No sabéis qué relación tenéis la una con la otra? ¿Sois parientes?

La mirada inquisidora del escocés hizo que Elena comenzara a sentirse incómoda. Le hubiera gustado poder hablar con Alicia sobre su supuesto «pasado», pero apenas habían acordado algunos temas y tendría que improvisar.

—Hemos hablado sobre ello pero sus escasos recuerdos no coinciden con los míos. Seguramente no seamos parientes.

—¿Y qué recuerdos son esos?

«¡Dios! ¿Es que este hombre no va a dejar nunca de importunarme?» —Elena se estaba poniendo nerviosa y Alicia no hacía mucho por ayudar; se había quedado callada, esperando a que su amiga las sacara del atolladero.

En ese momento Lady Agnes, atenta a las especulaciones de su hijo y segura de que estaba estudiándola, intervino.

—Habéis pagado un precio muy alto por salvarnos, Lady Elena. Nunca os estaré lo suficientemente agradecida. —Indicó mirando reprobadoramente a su hijo —Estoy segura de que nuestro laird hará todo lo que esté en su mano para que podáis volver con los vuestros. ¿No es cierto, Ian John Mackenzie?

Cuando su madre lo llamaba por su nombre completo sabía que se estaba enfadando con él. Volvió a acomodarse en la silla y cambió su expresión.

—Por supuesto. —Ian constató que su madre confiaba plenamente en ella —Cuando os encontréis mejor, os acompañaremos para que podáis volver con los vuestros. Mientras tanto, sed bienvenidas en nuestro clan y podéis permanecer aquí el tiempo que os plazca.

—Os lo agradezco, señor. —Elena bajó la voz para que solo la escuchara Alicia —Esta noche tenemos que crearnos una historia con nuestro pasado.

—De acuerdo.

Las risas de Kenneth volvieron a inundar el salón y Elena sonrió al verle aparecer dando saltos mientras se acercaba a la mesa. Lady Agnes le instó a que se sentara a su lado, pero el pequeño llevaba varios días sin ver a su progenitor y, después de dar un sonoro beso a su abuela y dejarse achuchar, se dedicó a interrogar a su padre, quien tras varias preguntas dio por terminado el interrogatorio.

—Bien, creo que ya has preguntado bastante, jovencito. Ahora dime tú ¿qué has hecho en mi ausencia? ¿Has continuado con tu entrenamiento?

—Sí, todos los días. También he estado practicando con Lady Elena las Artes Marciales.

—¿El qué?

—Artes Marciales. Le pedí a Lady Elena que me enseñara a luchar como ella lo hace y a cambio yo le enseño a utilizar la espada.

—Vaya. Así que ahora te has convertido en maestro, ¿no?

—Sí, bueno, no lo hago tan bien como tú o Peter, pero nos lo pasamos bien ¿verdad, Lady Elena? —preguntó dirigiéndose corriendo a Elena, que se encontraba hablando con Peter.

—¿Qué decías, Kenneth?

—Que nos lo pasamos bien entrenando, ¿verdad? —Y sin esperar a que contestara comenzó a hacer gestos imitando los movimientos marciales que hicieron reír a los comensales —Deberías

haberla visto, padre. Lady Elena saltaba y daba patadas hasta que los hacía caer.

La encantadora sonrisa de Elena ante los divertidos aspavientos del muchacho le hizo olvidar su posible conspiración y no pudo reprimir el incontenible ardor que parecía carcomer sus entrañas, algo que jamás había experimentado con ninguna mujer, ni siquiera con su difunta esposa. Intentó controlar el deseo que aquella fémica producía en él recordando su traición, pero su belleza y naturalidad eclipsaban cualquier razonamiento que quisiera imponerse. Tenía que dominarse o tendría problemas.

Esa noche Elena y Alicia se acostaron tarde inventando un pasado que resultara medianamente creíble y que no pudiera ser comprobado. Acordaron que Alicia sería hija de un comerciante que había viajado a Escocia y, de regreso a España, fueron asaltados matando a su padre. Alicia huyó al bosque y allí escuchó los gritos de Kenneth.

Elena por su parte sería la sobrina de un comerciante que había acudido a la misma feria y había sufrido el mismo percance. Aunque intentó defenderse, eran demasiados y tuvo que huir, llegando justo en el momento en el que Alicia desataba al chico y, viendo que podrían descubrirla, decidió ayudarla.

—¿Se lo creerán? —preguntó Alicia.

—Desde luego, a mí me parece muy poco convincente, pero no se me ocurre nada mejor. Al menos tendremos un pasado. Habrá que inventar sobre la marcha los detalles que surjan, así que anotaremos nuestra supuesta vida como si fuera un diario, por lo menos aquellos detalles que nos puedan incumbir a las dos. Lo que no nos interesa es «regresar» a nuestro país. Dios sabe qué podríamos encontrarnos en otro lugar, aquí por lo menos parece que hemos sido aceptadas y será más fácil adaptarnos a esta época si no tenemos que enfrentarnos a más problemas.

—Entonces, a partir de ahora iremos poco a poco recuperando la memoria, ¿no?

—Sí, pero que no sea una recuperación radical. Como has dicho, poco a poco.

CAPÍTULO X

A la mañana siguiente Elena se levantó temprano y, después de vestirse, se dirigió hacia la cocina para desayunar. No esperaba encontrarse con nadie en el salón, así que pasó de largo sin percatarse de unos ojos que la seguían. Antes de abandonar la sala, una profunda voz la sobresaltó.

—Buenos días, Lady Elena. ¿Vais a desayunar? —Elena se volvió de golpe y miró en dirección a la enorme mesa donde Ian Mackenzie, sentado en la cabecera, la observaba detenidamente.

—¿Eh? Sí. Buenos días, señor. No esperaba encontrar a nadie en el salón.

—Me gusta levantarme pronto y desayunar tranquilamente. Vos habéis madrugado mucho. ¿Vais a algún sitio?

—Bueno, Kenneth y yo entrenamos antes de su instrucción con Peter.

—Ahora que estoy de vuelta, Kenneth entrenará conmigo.

—Sí, eso me dijo.

—Sentaos —le dijo señalando la silla que estaba a su derecha—. Geena os traerá el desayuno —Y sin esperar a que Elena aceptara llamó a Geena, que rápidamente depositó sobre la mesa una bandeja con gachas de avena, un trozo de carne asada y pan. Elena le dio las gracias.

La inesperada compañía masculina en el desayuno hizo que se sintiera algo incómoda, el laird era la última persona con la que hubiera querido desayunar, y menos a solas. Miró disimuladamente hacia la escalera a la espera de que alguien más se les uniera, pero al parecer se habían pegado las sábanas a todo el castillo.

Ian la examinaba con detenimiento, atento a cualquier reacción de la mujer. No era ajeno a la perturbación que provocaba en ella y se preguntó si sería por su condición de laird o por otra causa. Estaba claro que si quería descubrirla tendría que ganarse su confianza.

—No os preocupéis, Lady Elena —apuntó Ian consciente de las furtivas miradas de la muchacha hacia la escalera—, Kenneth nunca ha faltado a su palabra, no tardará en bajar. No tenéis que temerme, no voy a comeros. Acabo de terminar de desayunar —comentó con una sonrisa intentando quitar hierro a la tensa situación, mientras se echaba hacia atrás en la silla para observarla mejor.

—No os temo, señor. Es solo que... no hemos tenido un buen comienzo y me siento algo violenta en vuestra compañía. —Se sinceró.

Le miró directamente a los ojos arrepieniéndose al instante. Aquel escocés desprendía poder por cada poro de su piel. Sus ojos clavados en ella, sin apenas parpadear, parecían proclamar que ella le pertenecía, provocándole un estremecimiento en todo el cuerpo que le impidió ocultar su erubescencia. Odiaba sentirse tan vulnerable con un hombre. La seguridad en sí misma que siempre había mostrado con el género masculino desaparecía bruscamente en el momento en el que aquellos ojos se posaban en ella. Bajó rápidamente la mirada hacia el plato que tenía frente a ella y cogió un trozo de pan. Tenía que esforzarse por controlar las sensaciones que ese hombre

producía en ella.

—Estoy de acuerdo en que no hemos comenzado con buen pie. —Su repentino cambio de actitud fue acorde con el tono que empleó. Elena levantó incrédula la mirada y pudo ver cómo su rostro parecía haberse vuelto amable —Si ponemos algo de nuestra parte, estoy seguro de que podremos llevarnos bien. ¿No creéis?

—Sí, supongo que sí. —Le miró desconfiada a la espera de que su prepotencia volviera a ocupar un lugar preeminente.

—Podemos empezar tuteándonos, si te parece bien, Elena.

—De acuerdo, señor.

—Ian.

—¿Qué?

—Mi nombre es Ian.

—¡Ah!, sí, claro, eh... Ian.

—Muy bien, Elena. Empezaremos de nuevo olvidándonos de lo que ocurrió en el bosque. No voy a preguntarte qué hacías allí, aunque reconozco que me pica la curiosidad, pero si no quieres contarlo no voy a obligarte.

—Bueno, no hacía nada especial —contestó quitándole importancia —simplemente estaba... — En ese momento se calló y lo miró con desconfianza. ¿Iba a salirse siempre con la suya? Ese hombre estaba acostumbrado a manipular a la gente y a conseguir siempre lo que se propusiera, pero con ella no lo iba a tener tan fácil —Bañándome en el lago.

—Ya, eso es evidente. Pero ¿tan lejos del castillo?

—Bueno, me puse a andar y sin darme cuenta aparecí allí. —Su rostro mostró suficiencia.

Ian se dio cuenta de que no le sacaría más información. Era más inteligente de lo que había estimado. Decidió cambiar de tercio.

—¿No has dormido bien? Pareces cansada —preguntó observando las oscuras manchas bajo sus ojos.

—Tardé en dormirme.

—¿Y eso? ¿Hay algo que te preocupe?

«Si yo te contara lo que me preocupa no me creerías». Decidió que debía de empezar a «recordar».

—No exactamente. Me vienen imágenes a la mente que supongo pertenecen a mi pasado pero no consigo saber qué son.

—¿Y qué imágenes son esas? —preguntó interesado.

—La de un hombre y un mercado con mucha gente —Elena se esforzaba por parecer lo más convincente posible.

—Quizás sea tu esposo —comentó molesto sin saber muy bien por qué imaginar a aquella mujer en brazos de otro lo llenaba de furia.

—No lo sé, quizás. —Expuso ajena a la reacción masculina —Aunque la sensación es más bien de un familiar, un hermano, tío o algo así. —Bajó la cabeza centrándose en el plato al notar que le empezaba a temblar la voz. No sabía si estaba resultando creíble pero no se sentía nada cómoda mintiendo. Nunca había mentido a nadie. La sinceridad era una cualidad que siempre la había definido y verse obligada a traicionarla la hacía sentir deplorable, aunque la verdad resultara inverosímil.

—Has mencionado un mercado, ¿te acuerdas qué había en él?

Esa pregunta no la había previsto y no tenía ni idea de cómo eran los mercados en el siglo XVI,

así que mejor evitar dar datos que pudieran resultar contradictorios.

—No. Lo único que recuerdo es que había mucha gente, nada más.

—Hace poco ha tenido lugar la feria de lana de Fort William. Muchos mercaderes han venido a comprar lana.

Elena contuvo la respiración. Fort William era el lugar en donde se habían hospedado antes de su inoportuno «viaje en el tiempo».

—¿Te suena el nombre? —Su reacción no pasó desapercibida para Ian.

—Me resulta familiar.

—Quizás si volvieras allí podrías recordar algo más. Si has estado en Fort William tal vez regresar al lugar te ayude.

Por un momento Elena pensó si sería posible que las fuerzas que las habían traído a aquella época pudieran devolverlas a la suya. Las dos amigas habían convencido a Lady Agnes para que les permitiera volver al lugar en donde ocurrió todo, en busca de algún indicio que las restituyera al punto desde el que habían partido, pero no encontraron nada que pudieran considerar una puerta a otra dimensión. Habían perdido la esperanza de regresar a su tiempo. Sin embargo, quizás en Fort William, donde habían dejado su equipaje, parte de su vida, pudieran hallar lo que buscaban. Un hormigueo recorrió su cuerpo ante esa posibilidad. Miró a Ian, que la observaba esperando una respuesta.

—Es posible. ¿Está muy lejos de aquí?

—A medio día de camino.

«Poco más de una hora en coche» —Pensó Elena echando de menos la tecnología de su tiempo.

—Dentro de un par de semanas tengo que ir a Fort William. Si te parece bien, podrías acompañarme.

—¿Un par de semanas? —Su pregunta sonó desesperada —¿No podría ir yo?

—No pensarás que voy a dejar que vayas sola. —La ceja de Ian se elevó. —¿Acaso tienes alguna razón en particular por la que quieres acelerar el viaje?

Ian sabía que su tío Hector Roy había estado en la feria de la lana de Fort William y no descartaba que continuara allí. Las sospechas de su complicidad volvían a ser evidentes. Quizás Elena necesitaba adelantar el viaje para tener la oportunidad de encontrarse con él e informarle de sus avances; aunque hasta el momento dudaba de que tuviera algo de lo que informar.

Elena buscó alguna respuesta para su urgencia, pero salvo su necesidad de encontrar una puerta a su mundo lo antes posible no tenía ninguna, y eso estaba claro que no se lo iba a decir.

—No, es solo que cualquier cosa que me devuelva mis recuerdos y me ayude a saber quién soy...

—Lo entiendo, pero ahora Lady Alicia y tú estáis bajo mi protección y soy responsable de vuestro bienestar. Recuerda que soy vuestro tutor.

—¿Mi tutor? —Con eso no contaba Elena. Cuando estudiaba Historia en el Instituto pensaba que la situación de las mujeres en la antigüedad era deprimente. Siempre bajo la tutela del padre, marido, hermano. Sin libertad para poder hacer lo que querían. «No podría vivir en aquella época» decía. Y ahora, allí estaba. En una época donde la mujer solo servía para poco más que tener hijos. Se preguntó si sería capaz de acatar el hecho de que Ian Mackenzie ahora mismo tenía todo el poder sobre ella. Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Sabía que no podía negarse, tenía que aceptar los hechos, le gustase o no, si quería sobrevivir.

—Exacto. Mientras nadie te reclame, serás una Mackenzie y yo tu laird y no permitiré que te ocurra nada. —La firme determinación en sus ojos no dejaba lugar a dudas del sentido de

posesión que Ian Mackenzie otorgaba a todo lo relacionado con su clan. Él era el que decidía sobre la conveniencia o no de cualquier cosa que afectara a sus tierras y a su gente, y ahora Elena era considerada de su clan, por lo que cualquier acción que quisiera llevar a cabo debía contar con la aprobación del laird. De pronto sintió la acuciante necesidad de ir a Fort William; dos semanas se le antojaba mucho tiempo y la posibilidad de dejar atrás aquel siglo que no era el suyo le hizo pensar en si podría escaparse sin ser descubierta. Como si hubiera leído su pensamiento, Ian se puso rígido y con una ceñuda mirada le advirtió.

—Ni se te ocurra desobedecer mis órdenes o sufrirás mi ira.

Aquellas palabras, más que atemorizarla, consiguieron exacerbarla de tal manera que, sin pensar, se enfrentó al hombre al que nadie se atrevía a contrariar.

—Y ¿qué vas a hacer? ¿Vas a azotarme? —La mención de azotar a la mujer le retorció las entrañas, sin embargo, la iracunda reacción de Elena le cogió por sorpresa; no estaba acostumbrado a que rebatieran sus decisiones.

—Jamás he levantado la mano a una mujer, pero hay otras formas de castigar que te aseguro no serían de tu agrado.

Elena apretó los labios. «¿Castigar? ¡Ni que fuera una niña pequeña!». Abrió la boca para replicar pero, cuando analizó lo que aquellas palabras significaban, la cerró de golpe. «¡Dios mío!, ¡Estoy en la Edad Media, donde todavía se castiga al ser humano!». Había cosas que le iba a costar adaptarse y ésta era una de ellas. Miró los fríos y amenazadores ojos del laird, clavados en ella sin pestañear y sintió un escalofrío, descartando al instante cualquier intento de desobedecerle; no quería descubrir a qué «otras formas de castigar» se refería.

—No te preocupes. No voy a contravenir tus órdenes. Iremos a Fort William cuando estimes oportuno.

Ian asintió complacido.

—Tengo que resolver unos asuntos aquí y en cuanto estén solucionados iremos a Fort William. No creo que me lleven más de dos semanas.

—De acuerdo. En dos semanas.

El silencio se interpuso entre ambos hasta que la alegre e infantil voz de Kenneth derritió el hielo que los pensamientos de Elena e Ian habían levantado.

—¿Vamos a entrenar ya, Lady Elena?

—Primero tienes que desayunar —contestó ésta con una tierna sonrisa. Aquel chiquillo conseguía aplacar su ánimo y hacerla olvidar sus preocupaciones. «Si consigo regresar a mi época, serás lo que más eche de menos». Se dijo mientras revolvía el fino y suave cabello del muchacho que se había sentado a su lado después de dar un beso a su padre.

Ian observaba la conexión entre Elena y su hijo preguntándose si éste le perdonaría cuando se viera obligado a tomar medidas en cuanto pudiera desenmascarar a la mujer. Le costaba aceptar que tuviera que ver con su tío, pero había algo en ella que le decía que ocultaba algo y no quería poner en peligro a su familia, por muy deseable que la muchacha le pareciera. Cuando terminaron de desayunar, Kenneth y Elena desaparecieron en el patio de armas, dejando a Ian con sus pensamientos, hasta que Lady Agnes entró en el gran salón.

—Buenos días, hijo.

—Buenos días, madre.

—¿Has descansado? Esperaba que hoy te levantas más tarde. Después de tantos días cabalgando estarás exhausto.

—He dormido suficiente.

—¿Lady Elena y Kenneth ya se han ido a entrenar? —preguntó echando un vistazo a su alrededor.

—Sí, acaban de salir. —Ian decidió compartir con su madre el viaje a Fort William propuesto, pero desestimaría las sospechas que la mujer que la había salvado despertaban en él —Lady Elena me ha comentado que recuerda algo referente a una feria y, como hace poco ha tenido lugar la de Fort William, he sugerido ir allí en cuanto haya solucionado el problema de las fronteras. Quizá eso le ayude a recordar algo.

—Me parece una estupenda idea. —Sonrió la mujer mirando escéptica a su hijo. —Ayer me diste a entender que no te fiabas de ella.

«Maldita sea, no se le escapa ni una.» —Maldijo Ian.

—Sabes que debo de estar alerta ante cualquier extraño que aparezca por el castillo.

—¿Incluso si nos ha salvado a tu hijo y a mí a riesgo de perder su vida?

—Aun así.

—Elena no es de ese tipo de personas. Aunque hubiera tenido algo que ver en el intento de rapto, ¿con qué propósito se iba a enfrentar a sus propios compinches? No tiene sentido. Si la hubieras visto luchar no pensarías que estaba en el mismo bando.

«Salvo si su principal propósito era que confiáramos en ella y de esa forma entrar en nuestro clan sin despertar sospechas.» Ian tenía muy claro que la mejor forma de derrotar a tu enemigo es hacer que confíe en ti. Lo sabía por propia experiencia. Decidió dejar pasar la conversación ya que sabía que tenía las de perder. Su madre no se dejaba convencer fácilmente, sobre todo cuando estaba completamente segura de que tenía razón e incluso entonces, aunque le demostrara que estaba equivocada, no daba su brazo a torcer y siempre ponía alguna excusa para que su opinión prevaleciera.

Ian agradeció que sus hombres se incorporasen para desayunar y así no tener que aguantar los sermones de su señora madre, que continuaba dando razones sobre lo absurdo que era pensar que Lady Elena estuviera confabulada en el intento de rapto. Los guerreros se quedaron un tanto asombrados al ver a Lady Agnes hablando y gesticulando sola y cuando desviaron la mirada a su laird, un encogimiento de hombros fue lo único que obtuvieron por respuesta. Después de terminar de desayunar, Ian le dio un beso a su madre y desapareció junto con sus hombres camino del patio de armas para comenzar su entrenamiento.

CAPÍTULO XI

No muy lejos de ellos, en uno de los pequeños patios que rodean el castillo, Elena y Kenneth se preparaban para sus clases matutinas de artes marciales del siglo XXI. Elena se había puesto unos pantalones debajo de la falda para poder moverse con más agilidad. Ya en el patio, se quitó la falda, se ajustó el blusón con un grueso cinturón de tela y se recogió la larga cabellera en una coleta alta dejando sueltos algunos rizos rebeldes que se negaban a ser dominados. Cuando se volvió, Kenneth ya estaba dando pequeños saltitos mientras estiraba y encogía los brazos para calentar los músculos como si estuviera boxeando con un contrincante imaginario. Elena cogió el escudo que había fabricado con varias telas gruesas para amortiguar los golpes y se colocó delante de él incitándole a que lo pateara con fuerza. El muchacho levantaba la pierna varias veces para calcular la distancia que había hasta el lugar donde quería golpear y, cuando estaba listo, daba un salto descargando toda la fuerza de su pierna contra el escudo que Elena sostenía. En más de una ocasión el muchacho acabó en el suelo después de que su maestra efectuara un giro inesperado haciéndole caer, explicándole después cuál había sido su error. Kenneth asentía y volvía a intentarlo poniéndoselo cada vez más difícil a Elena, que en uno de los ataques se vio sorprendida por el rápido contraataque de su pupilo y a punto estuvo de caer al suelo.

—Muy bien, Kenneth. Veo que lo has comprendido. Nunca hay que bajar la guardia, siempre debes anticiparte al movimiento de tu enemigo y observar cuál va a ser su próximo ataque.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Una profunda voz resonó en el pequeño emplazamiento donde entrenaban. Elena se volvió para encontrarse con los ojos de Ian que, apoyado en un árbol con los brazos cruzados, observaba divertido los gráciles movimientos de la mujer, inusualmente vestida, pero extremadamente atractiva cuando los pantalones se ajustaban a su piel dibujando el contorno de sus piernas.

—¡Padre! ¡Has venido! —Soltó Kenneth con una amplia sonrisa —¿Qué te parece cómo lucho? —Y volvió a atacar a Elena que tuvo que ponerse rápidamente a la defensiva parando con el brazo una de las patadas del muchacho.

—Ten cuidado, jovencito. Vas a hacerle daño.

—Qué va, padre. Elena es difícil de sorprender.

—Pero no imposible —espetó el guerrero esbozando una desafiante sonrisa que hizo que Elena se preguntase si la estaba retando. Durante unos interminables minutos sostuvieron la mirada del otro hasta que Kenneth preguntó.

—¿Por qué no lo intentas?

La propuesta del muchacho hizo brillar los ojos del guerrero, que había estado observando cómo aquella mujer frenaba los golpes de su hijo con facilidad, un chico que apenas le llegaba más arriba de la cintura, pero él le sacaba más de una cabeza y su menudo cuerpo no podría tumbarle por muchos juegos de pies que hiciera. Estaba entrenado para el combate y el combate no era un juego. A pesar de que le provocaba un inmenso placer la idea de atrapar entre sus brazos

el frágil y sensual cuerpo de la mujer, sabía que no era justo aprovecharse de su fuerza física.

—No me gusta pelear con una mujer —dijo negando con la cabeza—, sobre todo si es hermosa. —Elena le miró recelosa intentando captar el sentido de lo que acababa de decir. Su más que evidente poderío le otorgaba un aire de superioridad que el laird no supo o no quiso ocultar y aquello enervó a Elena. No era necesario tener fuerza para utilizar la del enemigo en su contra, solo tenía que evitar que la agarrase.

—¿Acaso teméis que os venza una mujer? —preguntó encarándose a él con las manos en las caderas y los ojos clavados en su oponente.

Elena no sabía que acababa de retarle con el peor de los insultos que Ian Mackenzie estaba dispuesto a aguantar. Había matado a más de un infeliz por llamarle cobarde y aquella mocosa se atrevía a desafiarle delante de su propio hijo. La calma que sus ojos parecían reflejar no era más que el preludio de la tormenta que estaba por venir. Las aletas de la nariz comenzaron a resoplar mientras su fría mirada se posaba en la mujer que, inconscientemente, había retrocedido unos pasos cuando vio cómo aquel cuerpo hercúleo se tensaba adoptando una postura claramente hostil. Elena se sobrecogió ante la gélida mirada del guerrero clavada en ella y tragó saliva cuando éste avanzó lentamente hacia ella, pero se mantuvo firme.

—Todavía no he encontrado a ningún guerrero capaz de derrotarme en combate, pero estoy dispuesto a daros esa oportunidad. Si creéis que podéis vencerme, adelante. Veamos quién vence a quién.

Ian se colocó frente a ella y comenzó a caminar a su alrededor sin apartar sus ojos de ella.

—¿Qué queréis apostar? —preguntó sin perderla de vista.

—¿Apostar?

—Acabáis de desafiarme, y todo desafío pretende un premio. ¿Cuál es el vuestro?

Elena se quedó callada un momento observando los lentos movimientos del hombre. No había contemplado esa posibilidad y, francamente, no había pensado en nada pero, en ese momento, le vino a la cabeza Fort William.

—¿Cualquier cosa?

—Siempre que sea razonable.

—¿Lo prometéis?

—Siempre que sea razonable.

—Me permitiréis ir a Fort William mañana.

—Os dije que iríamos en un par de semanas, cuando arregle los asuntos pendientes que tengo que resolver.

—Me dejaréis ir sin vos.

—Ni lo soñéis —contestó sin inmutarse.

—Me lo habéis prometido. —Bufó enfadada.

—Os he prometido cualquier cosa que sea razonable. Que vayáis sola, no es razonable.

Elena apretó los labios. Sabía que no iba a conseguir mucho más, así que calibró la manera en la que podría acercarse a Fort William sin tener que esperar dos semanas, y la única que se le ocurrió fue la que le propuso.

—Está bien. Iré con un escolta. —Contuvo la respiración durante unos segundos que se le antojaron eternos, en los que Ian se tomó su tiempo para contestar.

—Dos, y elegidos por mí.

—De acuerdo. Dos hombres elegidos por vos, pero permitirán que me mueva con libertad.

—Muy bien. Eso, en el hipotético caso de que consigáis vencerme.

—Por supuesto. ¿Y el vuestro? —preguntó elevando la cabeza.

Tras unos minutos en los que creyó divisar una ligera sonrisa, el guerrero espetó.

—Un beso.

—¿Qué?? —Abrió desorbitadamente los ojos.

—Me habéis oído perfectamente.

Elena arrugó la frente mientras observaba el brillo depredador de los ojos del guerrero y se preguntó por qué demonios pretendería un beso. Nada en la forma de comportarse del hombre le había dado a entender que se sintiera atraído por ella, por lo que la única razón de su «premio» sería demostrar, una vez más, su superioridad dominando a su oponente, y eso no podía permitirlo. Le miró sopesando las posibilidades que tenía de ganar y, aunque su figura intimidaba, había luchado con hombres muy fuertes a los que le resultó relativamente fácil hacerlos caer valiéndose de la confianza de éstos en su envergadura. El problema estaba en, si una vez en el suelo, el combate continuara, ya que la fuerza del guerrero podría inclinar la balanza a su favor. Tenía que asegurarse de que acababa ahí o de lo contrario nunca podría vencerle. Aquello no era un combate de karate donde las reglas están establecidas desde el principio.

—El combate terminará en el momento en el que uno de nosotros caiga al suelo. —Confirmó.

Ian sonrió sabiendo la razón por la que la muchacha había puesto reglas en el juego y, sin dejar de estudiarla, contestó.

—De acuerdo. El primero que caiga al suelo perderá.

Y sin más dilación comenzaron a danzar uno frente al otro sin perderse de vista, estudiando los movimientos del contrario en busca de un punto débil que les permitiera derribar a su adversario. Ian sabía que su fuerza física podría perfectamente doblegar a la mujer, pero era demasiado escurridiza y su tamaño menudo le proporcionaba una ventaja para escabullirse que le imposibilitaba prenderla.

Elena, por su parte, era consciente de la superioridad física del guerrero y sabía que solamente podría tumbarle si conseguía hacerle perder el equilibrio con un barrido. Sin embargo ninguno de los dos parecía estar dispuesto a dar el primer paso y durante unos minutos interminables se observaron esperando el ataque contrario.

Elena no estaba acostumbrada a demorar tanto el combate y, cuando creyó que tendría que ser ella quien iniciara la ofensiva, se vio sorprendida por un repentino movimiento del guerrero que casi consiguió apresarla. Pero fue lo suficientemente rápida para girarse y colocarse a su espalda, introducir su pierna derecha entre las del soldado que, al intentar volverse para agarrar a su presa, estuvo a punto de perder el equilibrio y caer.

Tras varios forcejeos, el escocés finalmente consiguió sujetarla, pero blasfemó cuando la mujer se agachó y, con un repentino movimiento de caderas, se deshizo de sus garras. Ian comprendió que le iba a costar más de lo esperado conseguir su objetivo, así que decidió cambiar de táctica dejando que fuera Elena quien creyera que lo tenía en su mano.

Los movimientos cada vez más lentos y torpes del guerrero hicieron suponer a Elena que éste empezaba a cansarse y, aprovechando un supuesto descuido de su adversario, se abalanzó sobre él. Antes de llegar a su robusto cuerpo se agachó colocando una de sus piernas en el avance del soldado con la intención de atacarle desde la espalda y provocarle un barrido. Pero el guerrero estaba alerta y sin que Elena supiera cómo semejante envergadura era capaz de moverse tan ágilmente, rodeó la estrecha cintura femenina para que no pudiera librarse, alineó su pierna con la de ella y efectuó un enérgico y definitivo envite que desequilibró a la muchacha. Elena, sin saber muy bien qué había ocurrido, se encontró en el suelo totalmente inmovilizada con el enorme

cuerpo del soldado oprimiéndole el pecho.

Su rostro a escasos centímetros del suyo le permitió aspirar el aroma masculino haciendo que todo su cuerpo se estremeciera como si le hubieran dado una descarga eléctrica mientras los varoniles ojos color miel parecían profundizar en su alma haciendo que su corazón se desbocara.

La proximidad del sinuoso cuerpo femenino descolocó al fornido soldado que sintió cómo cada fibra de su ser se excitaba mientras una desesperante necesidad de devorar aquellos jugosos labios, tan cercanos a los suyos, se apoderaba de él. Todo su cuerpo clamaba a gritos su premio, pero Ian sabía que no podría controlarse y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dar un espectáculo de pura lujuria ante su hijo.

—¿Vais a cobrar vuestro premio ya? —preguntó nerviosa contemplando el brillo de los ojos del escocés posados en sus labios entreabiertos. Ian tardó unos segundos en reaccionar y cuando lo hizo inspiró profundamente y mirando a los ojos femeninos sonrió.

—Aún no, sirena. Pero tened por seguro que lo haré.

Con desgana y maldiciendo en su interior, se separó del excitante cuerpo que le había provocado una tremenda erección y que le obligó a sentarse en el suelo para aplacar el violento deseo que se había adueñado de él y que tuvo que refrenar para no ceder a sus instintos más salvajes.

Elena se sintió aliviada y desilusionada al mismo tiempo. El contacto del potente cuerpo masculino la dejó totalmente desorientada durante unos minutos, centrada únicamente en las sensaciones que había provocado en ella. El cálido aliento sobre su rostro hizo estremecer hasta el último poro de su piel y, cuando el guerrero se separó de ella, cerró los ojos para seguir sintiendo las miles de mariposas que parecían haberse instalado en su estómago. Tuvo que tomarse su tiempo para sobreponerse y, cuando lo hizo, se incorporó sin mirarle, preguntándose cómo se había dejado sorprender y sobre todo, cómo podría controlar las extrañas emociones que la cercanía de aquel hombre suscitaba en ella. Tenía que admitir que era extraordinariamente atractivo pero, más que su físico, lo que imponía era esa fuerza que emanaba de él y que parecía fluir por sus venas.

Ian permaneció sentado hasta que su endurecido miembro recobró un tamaño que no lo pusiera en evidencia y entonces se levantó dirigiéndose hacia ella.

—Luchas como una leona, nadas como una sirena y tienes el don de curar. Debes de ser alguien importante en tu clan. Estoy seguro de que tu esposo estará removiendo cielo y tierra para dar contigo.

Elena se volvió hacia él.

—¿Por qué das por hecho que estoy casada?

—Una mujer de tu belleza y con tus habilidades dudo que haya pasado desapercibida para ningún hombre.

Aquel comentario, junto con el extraño brillo de sus ojos, la dejó sin habla y, aunque abrió la boca, tuvo que volver a cerrarla, hechizada por la fuerza de aquella mirada que pretendía leer en su interior. No podía controlar las sensaciones que la proximidad masculina la hacía sentir y eso la asustaba. Agradeció la oportuna intervención de Kenneth, que en ese momento se acercó a ella intentando animarla, confundiendo el desconcierto que la mujer mostraba con la decepción por la victoria masculina.

—No os preocupéis. Mi padre es difícil de ganar. Ya os dijo que nadie había conseguido vencerle, pero la verdad es que habéis luchado muy bien y ha habido varias veces que pensé que lo ibais a lograr. —Sonrió mirando a su padre que le devolvió la sonrisa y que, después de

excusarse, se apartó de ellos para encaminarse hacia el castillo.

—Sí, es cierto. —Sonrió Elena intentando ocultar su turbación —Pero tu padre es muy listo y ha conseguido despistarme. ¡Qué se le va a hacer! —Se encogió de hombros para finalizar la conversación. No quería seguir hablando del tema.

—Mañana acordaos que toca espada. —Le soltó el muchacho.

—No te preocupes, no me he olvidado —contestó sonriendo mientras observaba a Ian alejarse hacia el interior del castillo.

Elena pasó el resto de la mañana intentando evitar al laird hasta que a la hora del almuerzo no le quedó más remedio que volver a enfrentarse a él. Se preguntó dónde diablos estaba Alicia cuando más la necesitaba.

Se sentó lo más alejada que pudo de él pero, a pesar de no mirarle directamente, sentía la penetrante mirada del guerrero clavada en ella, siéndole imposible controlar el temblor de sus manos mientras sus pulmones se cerraban impidiéndola respirar con regularidad.

Lady Agnes se dirigió a su primogénito.

—He recibido una misiva de vuestra hermana.

—¿Y cómo se encuentra mi querida hermana? —preguntó Ian volviendo la mirada a su madre —¿Cuándo se espera el feliz acontecimiento?

—A mediados del próximo mes. Catherine me ha pedido si podríamos estar allí para el parto.

—¿Mediados del próximo mes? —Ian se quedó pensativo —Bueno, me alegrará conocer a mi sobrino o sobrina.

—Había pensado que podríamos ir antes por si el parto se adelanta.

—¿Ir antes? —repitió alarmado.

—Sí. —Lady Agnes se mostró molesta ante su reacción —Es el primer hijo de tu hermana y me gustaría estar con ella. Los Munro son buena gente, pero Catherine necesita a su madre.

—Lo entiendo, madre, pero ¿cuándo os proponéis viajar?

—Creo que a principios del próximo mes sería lo más idóneo.

—Dejadme pensarlo. Hay algunos temas que requieren mi atención y no sé el tiempo que me llevarán.

—No es necesario que vengas para el parto, Ian, puedes hacerlo cuando termines tus asuntos. Pero sí me gustaría que Lady Elena nos acompañara, si está de acuerdo —Añadió dirigiéndose a ella—. Sus conocimientos médicos podrían ser de gran ayuda.

La mirada de todos se centró en Elena, que no había estado muy atenta a la conversación y cuando se sintió observada se apresuró a disculparse.

—Lo siento, estaba distraída. ¿Qué decíais, Lady Agnes?

—Quería saber si querríais acompañarme a Foulis. Mi hija Catherine dará a luz a mediados del mes próximo y me gustaría marchar antes por si el parto se adelanta. Seríais de gran ayuda.

—Por supuesto. Podéis contar conmigo.

—Son casi tres días de viaje, habrá que organizarlo.

—Tienes tiempo de organizarlo, Ian. Todavía falta.

Ian desapareció junto con sus hombres tras el almuerzo y no volvieron a aparecer durante el resto del día, ni siquiera en la cena, algo que Elena agradeció. Tenía que buscar la forma de actuar con impasibilidad ante la presencia del laird y sabía que, después de la lucha en el patio y lo que aquel hombre había conseguido encender en ella, le iba a resultar muy difícil, al menos en esos momentos.

CAPÍTULO XII

Sus ojos todavía no se habían acostumbrado a la claridad matutina cuando unos impacientes golpes en la puerta terminaron de despertar a Elena, que rápidamente se levantó al escuchar la voz alarmada de Ebel. Cuando abrió, el rostro congestionado de la mujer parecía querer recuperar el aliento, pero las palabras salieron a borbotones de su boca.

—Elena... es Kenneth... se ha caído y creo, parece... que tiene un brazo roto.

Elena salió disparada de la habitación sin preocuparse por su indumentaria nocturna, encontrándose por el camino con Alicia, que había escuchado el alboroto formado y salió para ver qué ocurría. Cuando llegó al salón vio al pequeño que gritaba de dolor mientras se sujetaba el brazo derecho, que se encontraba en una postura antinatural. Su padre permanecía a su lado intentando calmarle, pero el chico gritaba cada vez que alguien lo tocaba, y no dejaba que nadie se le acercara.

Elena no tuvo que mirar mucho para confirmar que el muchacho se había dislocado el codo. Pidió a Ebel que trajera algunas vendas mientras ella trataba de tranquilizarlo. Con mucho cuidado e intentando distraerle, fue bajando la mano hasta ponerla en su brazo, tanteando el codo para encontrar el punto de dislocación mientras le hablaba suavemente.

—Kenneth. Los huesos de tu brazo se han separado y voy a tener que colocarlos en su sitio — Fue casi un susurro—. Te dolerá un poquito pero después...

—¡Argh!

Antes de que el pequeño pudiera reaccionar, Elena había tomado el brazo y, con un rápido movimiento, lo había colocado en su sitio. Kenneth se quedó callado con los ojos muy abiertos, sin saber muy bien si llorar o gritar, observando a la mujer que le hablaba con ternura.

—Muy bien, muchachote, te has portado como todo un hombre. Ahora te pondré unas vendas para que no muevas el brazo en unos días y pueda curarse, ¿de acuerdo? Tendrás que limitar tus actividades con este brazo, pero en menos de quince días podrás volverlo a utilizar sin problemas.

Kenneth asintió y se dejó hacer. Un brillo en sus ojos y el temblor de sus finos labios ratificaron a Elena lo valiente que había sido aguantando el dolor que sin duda debía de sufrir. Procurando no dañarle más de lo necesario, vendó el brazo fuertemente y colocó un trozo de tela a modo de cabestrillo. Cuando terminó le pidió a Alicia que preparase una tisana de corteza y hojas de sauce para calmar el dolor mientras ayudaba a Kenneth a levantarse.

Ian se había apartado para permitir trabajar a Elena, permaneciendo en una esquina observando la tenacidad y rapidez con la que la mujer trabajaba, sabiendo perfectamente lo que tenía que hacer, sin dudar de cuál era el siguiente paso a realizar. Estaba claro que era una curandera de prestigio y habían tenido mucha suerte de que se encontrara allí.

Después de que Kenneth se tomara la tisana que Alicia le había preparado y los colores volvieran a sus mejillas, Ian se acercó a Elena para darle las gracias, algo que pilló por sorpresa a la joven, que no se esperaba un acto tan modesto viniendo de él. Se quedó atorada sin saber muy

bien qué decir.

—No ha sido nada. Gracias a Dios que no se lo ha roto. En unos días estará dando guerra de nuevo.

—De eso estoy seguro. —Las comisuras de los labios varoniles se elevaron y Elena tuvo que hacer un esfuerzo para no quedar bloqueada de nuevo.

«No es más que un hombre. Muy atractivo, sí, pero un hombre, con los mismos defectos que los demás, y tú no vas a permitir que te maneje a su antojo con esa mirada que sabe que intimida. Ya he visto de lo que puede llegar a ser capaz por salirse con la suya. Sólo pretende dejar bien claro quién manda y que todo lo que está a su alrededor le debe obediencia, pero conmigo va listo.» — Intentó convencerse a sí misma.

Kenneth observó su brazo en cabestrillo y con el ceño fruncido miró a Elena.

—¿Y cómo voy a enseñaros a manejar la espada? ¡No puedo mover el brazo! —Bufó enfadado.

—No te preocupes, Kenneth. Ahora lo importante es que te recuperes. Continuaremos con las clases en cuanto hayas cogido fuerza en el brazo.

—¡Pero os lo había prometido! —Refunfuño.

—No importa. —Intentó tranquilizarle —Podremos volver a entrenar cuando tu brazo se cure.

—¡Pero lo prometí! —Insistió con la cara cada vez más compungida —¡No puedo faltar a mi palabra!

Ian le había enseñado que para ser un buen laird hay que cumplir siempre la palabra dada, por muchas dificultades que uno encuentre. «La palabra de un laird es su fuerza» —Le había insistido en más de una ocasión. Miró el afligido rostro de su hijo y decidió echarle una mano.

—Una promesa es una promesa —comentó poniéndose a su lado—, así que, si te parece bien, yo puedo enseñarle a manejar la espada hasta que tú te recuperes.

—¿En serio? —La expresión de Kenneth se tornó animada —¿Lo harías por mí, padre?

—Por supuesto. —Afirmó contundente.

La sonrisa abierta de Ian contrastaba con la cara contrariada de Elena que buscaba una salida. Entrenar con Kenneth era una cosa, al fin y al cabo, hacer el ridículo con el muchacho no le importaba, pero con su padre... eso era otro cantar.

—No es necesario, de verdad. Puedo perfectamente esperar a que Kenneth se recupere, además... —Iba a decir que para ella era solo un juego sin importancia, que lo hacía para que el chico se sintiera importante, pero calló. No quería herir los sentimientos del muchacho y no sabía cómo escapar —Estoy acostumbrada a entrenar con Kenneth y un nuevo profesor...

Ian no la dejó concluir.

—Que es quien ha enseñado a vuestro profesor.

—Sí, Elena. Mi padre podrá enseñaros muchas más cosas que yo y, cuando mi brazo esté recuperado, podremos volver a entrenar juntos.

—No, en serio, Kenneth, puedo esperar. —Elena no sabía cómo salir del apuro.

—Haréis que el muchacho se sienta mal. —Ian la miraba divertido con los brazos cruzados — Además, es solo un par de semanas.

—Elena, así mi padre podrá evaluar si soy un buen maestro, por favor... —Suplicó

—Pero Kenneth... —Los ojos suplicantes del chiquillo consiguieron desarmarla y finalmente accedió —Está bien. —Afirmó lamentando el lío en el que se sabía que se había metido.

—No hay más que hablar. ¿Cuándo empezamos? —preguntó el laird.

—Hoy ya es un poco tarde —contestó eufórico Kenneth—, pero mañana al amanecer podríais comenzar. —Ian asintió y Elena se encogió de hombros suspirando.

CAPÍTULO XIII

A la mañana siguiente, Elena se planteó si fingir encontrarse indispuesta, pero lo desestimó, sabía que era cuestión de tiempo; tarde o temprano tendría que ser la alumna del laird, su indisposición no iba a durar todo el tiempo que Kenneth estuviera con el brazo en cabestrillo.

Se puso los pantalones debajo de la falda y, después de recoger su pelo, bajó para desayunar. El salón estaba vacío y se preguntó si el laird se habría olvidado de sus clases pero, para su desgracia, le escuchó en el patio de armas hablando con uno de sus hombres. En ese momento llegó Kenneth y desayunaron juntos. El muchacho se encontraba especialmente contento de que su padre se hubiera ofrecido para enseñar a Elena y la apremió para que terminara cuanto antes, ya que su padre estaba ya en el patio y no le gustaba esperar. «Pues lo único que me faltaba, que encima se cabreara porque llego tarde».

Cuando salió al exterior observó algunas nubes oscuras que encapotaban el cielo y rezó para que descargaran sus aguas en ese momento y así librarse de sus clases, pero recordó que Kenneth le había dicho que los hombres entrenaban diariamente, estuviera lloviendo, nevando o haciendo un calor de mil demonios. Suspiró desesperanzada, estaba visto que no se iba a librar. Una enérgica voz detrás de ella la hizo saltar.

—Buenos días, Lady Elena. Cuando estéis preparada podemos comenzar.

Elena se volvió y con una sonrisa forzada le devolvió el saludo. Kenneth se había sentado junto a Peter en una piedra desde donde podrían observar todo el entrenamiento.

—Bien, ¿qué sabéis hacer? —preguntó el guerrero sin mirarla mientras desenvainaba su espada.

—¿Yo?... Bueno... no sé. Esto...

—Le he mostrado cómo debe coger la espada y moverla, padre —contestó Kenneth sonriendo—. Y también cómo parar algunos estoques.

—Muy bien, ¿dónde está vuestra espada? —preguntó examinando a su alrededor.

—Aquí.

La mujer cogió una pequeña espada de madera que había colocado junto a un árbol y, cuando el laird reparó en el «arma» que blandía Elena, no pudo reprimir su sorpresa.

—¿Con eso pretendéis luchar?! —inquirió en tono burlón.

—¡Estoy aprendiendo! —contestó molesta.

—Padre, le dije que debía practicar con una de verdad, pero insistió en que para aprender, de momento, era suficiente. —Añadió Kenneth encogiéndose de hombros.

—Si no sabéis cómo es una espada, no podréis nunca usarla. Necesitáis una de verdad. Peter, déjale la tuya. —Sugirió Ian acercándose a éste, que se esforzaba por no echarse a reír.

Elena cogió la espada pero no contó con el peso de la misma y, queriendo controlar la enorme hoja que se empeñaba en señalar el suelo, después de varios intentos por mantenerla elevada, terminó con la punta clavada en la tierra, con las dos manos en la empuñadura, y a veinte

centímetros de ella en una cómica postura que arrancó las carcajadas de los observadores.

—¡Lady Elena, el suelo no es vuestro enemigo! —Rio Ian mientras la ayudaba a sacarla —Creo que esto va a ser divertido —murmuró para sí mismo y, dejando su espada apoyada en un árbol, se quitó la camisa.

Elena, que intentaba dominar de nuevo el peso del metal, se quedó sin aliento al advertir el impresionante torso del guerrero. El cabello de color castaño oscuro del laird caía sobre unos amplios hombros forjados en la batalla, de donde salían unos fuertes y musculosos brazos cuyas venas marcaban su recorrido hasta llegar a las manos, unas enormes manos que podrían abarcar la estrecha cintura de Elena sin problema. Cada músculo de su abdomen plano parecía que hubiera sido esculpido, tensándose con cada movimiento de su brazo, que blandía la espada igual que si fuera una pluma.

La visión de aquel cuerpo le hizo tambalearse e, intentando de nuevo contener el acero, cayó hacia atrás con la punta de la espada apuntando hacia el cielo para después caer por el efecto de la gravedad. Ian, ajeno a la batalla que Elena había tenido por sostener la enorme espada, se quedó perplejo al verla tumbada en el suelo y rápidamente se acercó para ayudarla a levantar. Las mejillas de la mujer se tornaron escarlata y, evitando mirar el vigoroso cuerpo masculino, dejó la espada a un lado y, despreciando la mano tendida del laird, replicó enfadada.

—Es demasiado pesada para mí.

Ian, que en ese momento comprendió por qué estaba Elena en el suelo, trató de ocultar su sonrisa y volviéndose hacia su amigo le instó.

—Tal vez tengáis razón. Buscaremos una de vuestro tamaño. Peter, consigue una espada para mujer.

El hombre desapareció y poco después apareció con una espada bastante más pequeña que entregó a Elena. Ésta la cogió y sopesó su peso, mucho más manejable. Tan liviana era que a punto estuvo de caer de nuevo al suelo cuando giró con ella para comprobar su agilidad. Dio gracias que nadie la miraba y rápidamente se colocó en posición de ataque.

—¿Estáis preparada? —Elena asintió —Bien. Lo primero que tenéis que observar es el movimiento del brazo de vuestro oponente, no la espada. El brazo decide dónde va a atacar. —Y con un rápido movimiento asestó un golpe que detuvo a escasos centímetros de la cabeza de una asombrada Elena, que bizqueó al contemplarse en el espejo del metal.

—¿Lo veis? Estáis mirando la espada, no el brazo. —Y giró la espada en el aire para volver a colocarla en posición de ataque —Mirad la dirección que lleva mi brazo y poned vuestra hoja frenando la estocada.

No había terminado de decirlo cuando Elena frenó en seco el golpe del acero que caía. A pesar de la fuerza del guerrero, pudo detener el embate impidiendo que la otra descendiera más. La sonrisa de Ian le confirmó que lo había hecho bien.

—Aprendéis rápido.

Ian le siguió mostrando cómo debía defenderse y cómo atacar aprovechando la fuerza del contrincante en su beneficio, algo que ella sabía muy bien. Elena aprendió a combinar la lucha con la espada y las artes marciales, y en alguna ocasión le faltó muy poco para derribar a su oponente, que tuvo que olvidarse de que era una mujer para no quedar en ridículo delante de su hijo y sus hombres, que se habían acercado atraídos por el sonido continuo del acero.

Kenneth observaba maravillado cómo Elena se movía y defendía como si hubiera nacido con una espada en la mano y se sintió orgulloso de saber que él había sido quien la había empezado a instruir.

Ian decidió dar por concluida la clase desarmando a su pupila y, con la habilidad que los años de lucha le habían otorgado, colocó su espada formando una cruz cuando Elena fue a atacar y, con un rápido movimiento, arrastró la espada femenina haciendo que la soltara y cayera al suelo. La mujer se quedó impresionada, pero reaccionó rápidamente y, aunque hubiera perdido su arma, con un giro de caderas que Ian no llegó a percibir, colocó su pierna derecha entre las del laird y, con un pequeño empuje, consiguió derribar a un atónito guerrero que quedó tumbado boca arriba sin saber muy bien qué hacía allí. Tras unos segundos de tensión en los que Kenneth y los hombres de Ian se quedaron paralizados con los ojos muy abiertos, la estentórea risotada del laird desembocó en un unísono aplauso hacia la mujer que había conseguido tumbar a su jefe.

CAPÍTULO XIV

El viaje a Fort William resultó menos fructífero de lo que Elena esperaba. Cuando llegaron, toda su esperanza quedó reducida a una extensa explanada donde varios siglos más adelante se levantaría sobre sus adoquinadas calles, ahora cubiertas de tierra, un precioso hotel de tres plantas rodeado de tiendas y bares en una de las calles más concurridas de la ciudad. Aunque Elena no tenía mucha fe en encontrar algo que la comunicara con su tiempo, se sintió completamente desmoralizada.

—Sabíamos que no íbamos a encontrar nada —comentó Alicia al ver la expresión de su amiga.

—Lo sé, pero tenía una leve esperanza.

—Tenemos que aceptar lo inevitable.

—Sí, aunque nunca descartaré la posibilidad de regresar.

—¡Vaya! Y ¿tú eras la que decías que cuanto antes aceptemos lo ocurrido, mejor nos adaptaremos a las nuevas circunstancias? —Le reprochó con los brazos en jarras.

—Bueno, la esperanza es lo último que se pierde. —Se excusó con una sutil sonrisa.

Ian las observaba apoyado en un árbol preguntándose hasta dónde llegaría Elena con su farsa. En ciertos momentos, tenía la impresión de que decía la verdad, pero había demasiadas cosas que no le cuadraban, y en especial su repentina aparición en el lugar donde atacaron a su hijo y a su madre. Necesitaba averiguar si aquella mujer tenía algo que ver con el secuestro y sobre todo si tenía relación con su tío Hector. Había estado indagando en el pueblo y su tío se había marchado poco después de terminar la feria así que, si tenía intención de contactar con él, no iba a ser posible. Aprovechando que Alicia se había alejado, se acercó a Elena.

—¿Te resulta familiar? —Elena dio un respingo —Lo siento, no quería asustarte. —Se disculpó.

—No te oí llegar.

—¿Te resulta familiar? —Insistió.

—Bueno, creo que he estado aquí, pero no tengo muy claro qué hacía aquí.

—Ya. Mi tío —decidió nombrarle para comprobar su reacción —Hector Roy también estuvo aquí en la feria de la lana. Tal vez hayáis coincidido.

—Puede. Pero si lo hemos hecho te aseguro que no lo sé. Su nombre no me suena en absoluto.

La expresión de la mujer fue la misma que si le hubiera comentado que el cielo estaba cargado de nubes. Ni se inmutó. O disimulaba muy bien o realmente no sabía quién era.

—Mi tío y yo no tenemos una buena relación. —Decidió seguir hablando de él.

—Ah, ¿no? ¿Y eso? —preguntó interesada.

—Cuando mi padre murió, el liderazgo del clan pasó a manos de mi hermanastro Kenneth Og, fruto de la relación de mi padre con su primera mujer. Como era menor de edad se nombró a mi tío, Hector Roy Mackenzie, hermanastro de mi padre, como su tutor. Cuando Kenneth murió y fui nombrado sucesor mi tío se negó alegando que yo era ilegítimo.

—¿Ilegítimo?

—Mis padres no estaban casados.

—¡Ah! Y ¿qué ocurrió?

—El papa posteriormente legitimó a sus hijos, pero mi tío nunca lo aceptó. Desde entonces nuestra relación no ha sido muy cordial. En varias ocasiones ha intentado hacerse con el liderazgo del clan Mackenzie y muchas veces su forma de actuar no ha sido muy ortodoxa. No hace mucho sus hombres hicieron una incursión en mis tierras y mataron varias de nuestras reses. Después, aniquilaron a toda una familia que les había hecho frente.

—Vaya elemento tu tío —comentó horrorizada—. Es muy triste que tu propia familia esté en tu contra. Entiendo que estés enfadado con él, yo también lo estaría.

Ian se quedó un poco descolocado. No esperaba que se descubriera sin más, pero al menos que tuviera alguna reacción que le diera a entender que sabía quién era su tío. Cada vez entendía menos. ¿Qué demonios hacía aquella mujer allí? Si no tenía que ver con su tío, ¿quién era? La incertidumbre le estaba carcomiendo; necesitaba saber la verdad.

—¿Sigues sin recordar nada? ¿No te ha sido útil este viaje? —preguntó acelerado.

—Bueno, ya te he dicho que esto me resulta familiar pero sigo sin identificar nada. Tampoco era cuestión de recordar todo de golpe. Como había acordado con Alicia, lo harían poco a poco, aunque cada una a su ritmo.

—Intenta hablar de ello, quizás te ayude —comentó Ian dispuesto a llegar hasta el final.

Comenzaron a caminar siguiendo la orilla del lago, adentrándose en el pequeño bosque que circundaba el pueblo.

—Sé que he estado aquí antes —«y no miento» pensó —pero no consigo saber por qué.

—¿Estabas sola?

—No. —Improvisaba sobre la marcha —Estaba con alguien pero tampoco sé qué relación tiene conmigo. Creo que estuvimos aquí comprando lana y regresamos a nuestro hogar.

—¿Sería tu esposo? —preguntó sorprendiéndose de su propio tono iracundo.

«Qué manía le ha dado con adjudicarme un marido» —Pensó Elena mientras intentaba parecer confusa.

—No, no creo que fuera mi esposo. Recuerdo a una persona mayor, quizás fuera mi padre.

—¿Tu padre? ¿Y dónde puede estar? —Ian la miró escéptico.

—Bueno, tengo imágenes de un viaje, quizá de regreso a casa, y... mucha sangre.

A Elena le costaba dar credibilidad a su historia, ni a ella misma le estaba resultando convincente y titubeaba y se paraba continuamente, intentando dar sentido a lo que salía por su boca, contradiciéndose en sus afirmaciones y haciendo que Ian frunciera el ceño desconfiado. No estaba acostumbrada a mentir y la recelosa mirada del laird la estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—Así que lo asesinaron, ¿no? —preguntó en un tono que Elena identificó como sarcástico.

—Yo... no... no... he dicho eso, p... pero, sí tal... tal vez... —Tartamudeó.

Ian estaba perdiendo la paciencia, aquella supuesta amnesia le resultaba cada vez más inverosímil. Necesitaba desenmascararla cuanto antes. Se fue acercando clavando su mirada desconfiada en ella, que se vio de pronto acorralada por el laird.

—Sí, tal vez lo asesinaron, tal vez escapó y te dejó a tu suerte, tal vez ni siquiera era tu padre...

—¿Qué... qué quieres decir? —Elena sintió que el miedo se apoderaba de ella. Aquel hombre no se había creído su historia pero la acusaba de algo que no llegaba a comprender.

—¡Vamos, Elena, confíesalo! —mugió controlándose para no zarandearla.

—Qué, que confiese ¿el qué? —Los ojos encolerizados de Ian la tenían paralizada. No era posible que supiera la verdad, entonces ¿de qué la acusaba? —No... no... sé a qué te refieres.

—¡Trabajas para mi tío! —Su rugido encogió el corazón femenino.

—¿Para tu tío? —repitió abriendo desmesuradamente los ojos —Pero... pero si ni siquiera lo conozco.

—Entonces ¿qué hacías en el lugar del secuestro?

Elena, atemorizada, comenzó a relatar la historia que se había inventado sobre su pasado, soltando todo de golpe, sin reparar en que teóricamente todavía no había recobrado totalmente la memoria.

—Así que ahora te acuerdas de todo. ¡Qué casualidad! —Sus ojos echaban chispas.

—Bueno, creo... creo que he recuperado la memoria —Elena se sentía totalmente intimidada por la presión interrogatoria de Ian y no acertaba a decir algo coherente —Seguramente el golpe de... bueno ... a lo mejor ...

—¡Elena, si no me dices la verdad, juro que yo mismo te azotaré y te encerraré para el resto de tus días!

La mirada furiosa del laird mostraba que era capaz de ello y Elena sintió cómo toda su fortaleza se venía abajo al darse cuenta de que no tenía salida. Las lágrimas se agolparon en sus ojos y, aunque luchó para no derramarlas, sus mejillas pronto se vieron mojadas y el labio inferior de Elena comenzó a temblar. Aunque necesitaba contar la verdad, sabía que no podía hacerlo, y su cabeza comenzó a trabajar en busca de alguna respuesta adecuada. Sin saber muy bien cómo, las palabras comenzaron a brotar con tanta rapidez, que Ian tuvo que interrumpirla para entender lo que decía.

—Mi familia convino un matrimonio con el hijo de un granjero. Aunque no lo conocía, parecía un buen hombre. Faltaban pocos días para nuestra boda y, una tarde que mis padres habían ido a ver a mi abuela, apareció en mi casa completamente borracho. Sin motivo alguno, comenzó a golpearme y a insultarme. Intenté defenderme pero tuve tan mala suerte que le empujé y tropezó y, al caerse, se golpeó la cabeza y... murió. —Elena paró para tomar aire. La historia salía de su boca como si estuviera contando una película. —Cuando regresaron mis padres les conté lo sucedido y, teniendo en cuenta nuestras leyes, aunque hubiera sido en defensa propia, no había testigos y por tanto, nadie podría testificar a mi favor. Mi padre me dijo que tenía que alejarme de allí porque, sino, me condenarían a muerte. Llegué a Escocia hace pocos días. Me habían comentado que en el mercado de la lana de Fort Williams solían dar trabajo a las mujeres para teñir la lana pero no llegué a tiempo y, al acabar la feria, decidí buscar algún sitio donde acomodarme. Me vestí de hombre para pasar desapercibida y, cuando pasaba por el lugar donde atacaron a tu madre y a Kenneth, escuché sus gritos. Allí me encontré con Alicia, que intentaba desatar a tu hijo, y decidí intervenir. Lo demás ya lo conoces. Alicia y yo nos hicimos amigas, y después de relatarle mi historia, intentó ayudarme apoyando mi supuesta amnesia. Pensé que la amnesia sería una buena excusa para no descubrir mi pasado. Pero juro que no conozco a tu tío. Por favor, no me entregues a las autoridades, me matarán.

El estado de angustia de Elena había conseguido dar veracidad a su narración. Se preguntó cómo había sido capaz de inventar una historia en cuestión de segundos, sin titubear y sin dejar ningún cabo suelto, hasta ella misma se sorprendió. No le gustaba mentir, pero no le quedaba más remedio.

La empatía había sustituido a la cólera de Ian que se sintió miserable al acusar a Elena de ser cómplice de su tío. Sintió animadversión por aquel impresentable que se había atrevido a pegar a

una mujer y pensó que la muerte había sido poco castigo. Una profunda ternura le inundó y un extraño brillo apareció en sus ojos.

—¿Cómo pueden condenarte por intentar defenderte?

—No había ningún testigo de lo ocurrido. Nuestras leyes establecen que, en ausencia de un testigo que corrobore mi testificación, soy culpable de asesinato.

—¿Qué leyes son esas que permiten que una dama sea castigada con la muerte —preguntó acortando la distancia que les separaba, deseando proteger aquel cuerpo que emanaba aquella cautivadora fragancia y que palpitaba de forma tan sutil —cuando un miserable se aprovecha de ella?

La proximidad del cuerpo femenino aceleró su corazón y bloqueó su mente. Sintió un impetuoso ardor en las entrañas y comenzó a perderse en los ojos de Elena que, azorada por la intensidad de su mirada, intentaba salir del trance en el que de repente se vio envuelta. Sus rostros se encontraban tan cerca que Elena pudo sentir el calor del aliento del laird.

—¿Qué leyes son esas que permiten que una hermosa mujer tenga que huir para salvar su vida? —Ian aspiró el aroma femenino y experimentó una oleada de incontenible deseo, una urgente necesidad de besar aquellos temblorosos labios, tan cerca de los suyos. Sus corazones palpitaban al unísono y el laird extendió sus manos para apresar la estrecha cintura femenina atrayéndola hacia él —Creo —susurró roncamente —que es el momento de reclamar mi premio.

El corazón de Elena se desbocó y por un momento creyó que el aire no llegaría a sus pulmones. Ian fue bajando poco a poco la cabeza al tiempo que envolvía el cuerpo menudo, rodeándola en un poderoso abrazo que evitó que las temblorosas piernas femeninas no cumplieran el cometido de sostenerla. Cuando estaba a escasos centímetros de su boca el guerrero cerró los ojos dejando a sus labios buscar el objeto de su deseo.

Rozó con suavidad el labio superior, atrapándolo con extrema delicadeza provocando un estallido de emociones en Elena que respondió con un gemido que hizo que el guerrero la estrechara con más vehemencia. Acarició sutilmente los labios con la lengua, besando la comisura y jugando con ellos, haciendo que Elena se olvidara de todo salvo de aquellos labios que la estaban volviendo loca. Poco a poco fue incrementando la presión mientras introducía ligeramente la lengua en la boca femenina, explorando, registrando, saboreando, exigiendo una respuesta recíproca, abrasándola con su ardor. Ian emitió un sonoro gemido cuando Elena enredó los dedos en su cabello e invadió su boca secuestrando su lengua en un juego desenfrenado, mientras sus caderas se apretaban contra su cada vez más inflamada urgencia. Cuando la pasión inundó la razón y el deseo nubló totalmente sus sentidos, Ian sintió que perdía el control y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, la alejó de él. Con la respiración agitada, puso su frente sobre la de ella.

—Si sigues así no podré contenerme.

Elena permanecía con los ojos cerrados, saboreando todavía aquellos labios pecaminosos, procurando calmar los latidos de su corazón, sintiendo cómo aquella pasión seguía circulando por sus venas mientras Ian la miraba maldiciéndose por caer en las seductoras redes de aquella fémica que le había llevado al borde del abismo. La forma en la que había correspondido a su beso lo hizo enloquecer; nunca una mujer le había besado con tanto ardor, y había besado a muchas, pero esos labios tenían un sabor diferente, algo que nunca antes había experimentado. Separándose de ella comentó.

—Será mejor que volvamos con los demás.

Elena entonces abrió los ojos para encontrarse con el brillo del deseo contenido en los ojos del escocés que apretaba las mandíbulas intentando reprimir el irrefrenable impulso de volver a

morder los jugosos y apetecibles labios, hinchados por sus besos, pero sabía que si lo hacía ya no habría marcha atrás.

—Debemos regresar al castillo antes de que anochezca.

Se apartó y dejó que Elena encabezara la marcha, mirando al suelo para no sentir la tentación de olvidarse de todos y de todo y coger lo que su cuerpo clamaba a gritos.

Elena tragó saliva y, con las piernas todavía temblorosas, aceleró el paso para que no se notara su inseguridad. Cuando salieron del bosque apareció Alicia que rápidamente se acercó a ella.

—¿Dónde estabas? Llevo buscándote un buen rato... —En ese momento sus ojos se posaron en la figura que salía detrás de Elena —¿Ya ha cobrado su premio? —preguntó mirando a su amiga con una pícaro sonrisa.

—¿Ehhh? ¿Qué? ¿Eh? No —Elena seguía confusa, no estaba segura de lo que Alicia le estaba preguntando.

—¿Ah, no? ¿Y qué hacíais los dos ahí dentro?

—¿Ahí dentro? —Obligó a centrarse a su cerebro —¡Ahhh!, Bueno, estábamos dando un paseo —Elena quería olvidar lo que había ocurrido pero su amiga no estaba por la labor.

—Ya, y ¿la tremenda erección del laird? ¿Es casualidad? —inquirió socarrona.

Elena se puso como un tomate. Miró a su amiga y le prometió que se lo contaría al día siguiente.

Cuando llegaron a Eilean Donan era casi noche cerrada. Elena se dirigió directamente a sus aposentos argumentando agotamiento debido al viaje, necesitaba pensar en lo ocurrido y no quería encontrarse con Ian, no de momento. Acababa de desvestirse y estaba a punto de meterse en la cama cuando Alicia entró como un vendaval en su cuarto.

—Lo siento, pero no puedo esperar a mañana. Necesito que me lo cuentes ahora.

Elena suspiró sabiendo que no era posible hacerle cambiar de opinión y, aunque estaba cansada, también necesitaba contarle lo que había pasado.

Empezó narrándole su acusación de trabajar para su tío y la improvisada historia que tuvo que inventar sobre la marcha. Cuando llegó al momento en el que se perdió en los ojos de Ian, comenzó a temblar sin poder evitarlo; algo que no pasó inadvertido para Alicia.

—¡Te has enamorado, Elena!

—¿Qué? Oh, no, por Dios. Ha sido solo un beso, muy apasionado, pero solo un beso. Me pilló desprevenida y no esperaba tanta pasión, pero eso fue todo.

Elena no podía ni quería caer en las redes de aquel hombre. Su última experiencia amorosa no había sido precisamente muy satisfactoria y en ese momento desconfiaba de todos los hombres.

—Como quieras. Aunque tampoco hay nada malo en echar un polvo con un hombre de verdad. —Sonrió pícaramente mientras se sentaba apoyando la espalda en la pared —No creo que pusiera muchas objeciones, ¿no crees? —Elena se ruborizó —Me imagino que lo de Eduardo no debió de ser muy memorable, ¿no? —El cambio de expresión en el rostro de Elena la alertó —¿No, Elena?

—No, no fue muy memorable —respondió mirando a otro lado.

—Siempre he querido preguntártelo, pero te vi tan hecha polvo cuando rompisteis que nunca encontré el momento. ¿Qué pasó? ¿Tan malo fue en la cama que no pudiste seguir con él? ¿No fue cuidadoso sabiendo que era tu primera vez?

Elena sintió un nudo en el estómago recordando aquel fatídico día.

Había cumplido ya un año saliendo con Eduardo y había decidido hacerle un regalo muy especial: esa noche le entregaría su virginidad, algo que Eduardo había intentado en numerosas

ocasiones.

Quedaron esa noche en su apartamento para celebrar su primer aniversario con una cena íntima. Eduardo se ofreció para preparar la cena ya que Elena tenía clase por la tarde y no llegaría hasta las ocho. Elena le dio las llaves de su apartamento y le pidió a Alicia, con quien compartía el piso, si podía dormir en casa de su, por entonces, novio para tener más intimidad en su primera vez. Pero Elena quería darle una sorpresa y esa tarde pensaba aparecer antes de lo previsto.

Fue a comprar ropa interior sexy para una noche especial. Cuando llegó a su casa, la ropa de Eduardo estaba esparcida por todo el salón y Elena sonrió pensando que su novio se le había adelantado. Decidió prepararse para la gran noche y comenzó a desvestirse cuando advirtió que no era solo la ropa de Eduardo la que estaba tirada en el suelo. Frunció el ceño y con paso inseguro se dirigió hacia el dormitorio. Al abrir la puerta creyó morir.

—¿En tu propia cama? —preguntó incrédula Alicia.

—En mi propia casa y en mi propia cama.

—¿Y quién era la hija de...?

—Vanesa.

—¿La de cuarto de ingeniería?

—La misma.

—Vaya con la mosquita muerta.

Se pasaron gran parte de la noche hablando hasta que el cansancio del viaje y la tensión de los momentos vividos acabaron por agotarlas y se quedaron dormidas en la misma cama.

Mientras, a pocos metros de ellas, Ian no conseguía conciliar el sueño recordando el calor de los labios de la mujer que había conseguido despertar sus más íntimos y primitivos deseos. Aunque no era la primera mujer que había besado después de que falleciera su esposa, si era la primera vez que había sentido aquella pasión tan arrolladora que había nublado todos sus sentidos. Admitió que posiblemente se excedió con el beso hasta el punto que tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no tomarla allí mismo y, quizás, debía una disculpa a Elena por su efusión.

CAPÍTULO XV

Desde que regresaron de Fort William Elena había rehusado tomar sus clases matutinas con el laird excusándose en una torcedura de tobillo que le impedía caminar con soltura. Ian se enfureció cuando Alicia le informó sobre su indisposición sabiendo que no era más que un pretexto para no estar a solas con él. Aunque no tenía ninguna intención de ir más allá de lo que había ocurrido en Fort William, le enojaba que esa muchachita huyera de él, un hombre acostumbrado a que las mujeres le persiguieran y ser él quien decidiera quién calentaba su cama esa noche.

Durante todo el día no consiguió cruzarse con ella en ninguna ocasión, a pesar de que Peter le había comentado de haberla visto en las cocinas. Cuando se presentó allí, no había rastro de ella. Esperó pacientemente a la hora del almuerzo y su furia se acrecentó cuando su madre le apuntó que Elena almorzaría en su habitación porque tenía el tobillo hinchado y le dolía al caminar. Estuvo a punto de subir y obligarla a bajar, pero se controló; no debía perder la cabeza. Si ella no quería nada con él, no iba a ser el jefe de los Mackenzie quien le rogara a una caprichosa mujer que le gustaría disfrutar de su compañía.

Dos días después seguía sin coincidir con ella y, sin comprender la razón de su rechazo, decidió tomar cartas en el asunto. Se levantó más temprano de lo habitual y se dirigió directamente a la habitación de Elena, esperando escuchar cualquier ruido que le ratificara que seguía dentro. Una vez confirmado, bajó las escaleras y se escondió en una esquina. Había dejado correr la voz de que esa mañana estaría con sus hombres recogiendo víveres para el viaje a Foulis. Cuando Elena salió de sus aposentos, ajena al centinela que se había apostado en las escaleras, bajó contenta dando pequeños saltitos. En el momento de pisar el salón una enorme figura salió entre la penumbra haciéndola trastabillar. Ian tuvo que sujetarla para que no cayera sobre los fríos escalones de piedra y cuando la mujer divisó los profundos ojos que la observaban casi dio un grito.

—Veo que ya te encuentras mejor —comentó irónico.

Elena se quedó bloqueada. No se esperaba al laird y su repentina aparición la hizo tartamudear.

—¿Eh? Sí, me... me... encuentro mu... mucho mejor.

—Eso está muy bien. Me alegro.

—¿No... ibais a buscar víveres? —preguntó desconcertada.

—He dejado que mis hombres se encarguen de ello.

—Creí que esa tarea le correspondía al laird —expuso molesta.

—Bueno, confío en ellos. Saben lo que tienen que traer, al fin y al cabo son solo tres días de viaje. ¿Ibas a desayunar?

—Pues...

—Bien, vayamos juntos. —Concluyó sin esperar respuesta.

Elena asintió y acompañó al laird al salón sentándose a su lado mientras los sirvientes les ponían el desayuno. Cuando se marcharon Ian la miró fijamente.

. —Elena, quisiera disculparme por lo ocurrido en Fort William.

Elena se ruborizó pensando en aquel beso que había intentado olvidar por todos los medios y miró al laird.

—Solo cobraste tu deuda.

—Sí, pero creo que me excedí un poco. —Ian sintió que su cuerpo volvía a arder recordando el calor de los labios de Elena y la fogosidad con la que la mujer había respondido, pero se obligó a permanecer templado —Aunque creo que no te importó.

Los ojos masculinos se clavaron en ella que se sintió incómoda y al mismo tiempo avergonzada de su impulsividad y bajando la vista al plato comentó.

—Me dejé llevar simplemente.

Ian se quedó un poco decepcionado, acostumbrado a que las mujeres alabaran sus dotes como amante, y no esperaba que aquel beso le hubiera sido indiferente a Elena; para él no lo fue.

—Bien, me alegro de que no te molestara. Como has estado evitándome desde que llegamos de Fort Williams, pensé que estabas enojada conmigo.

—No te evitaba —Quiso mostrarse lo más convincente posible pero su voz temblaba y no era capaz de controlarlo —Me torcí el tobillo y no quería lastimarlo más antes de partir hacia Foulis.

—Pero esta mañana parece que tu tobillo está ya recuperado.

—Sí, está recuperado —Tuvo que desviar la mirada.

—Bueno, supongo que habrá sido casualidad que no te haya visto en varios días.

—Sí, ha sido casualidad.

—De acuerdo, entonces ¿queda olvidado? —preguntó sabiendo que él no lo olvidaría.

—Claro. —Elena tampoco podría olvidarlo, pero eso él no lo sabría.

—He pensado—continuó Ian —que ya que no puedes volver a tu país, quizás quieras pertenecer a mi clan.

Elena no estaba segura de lo que significaban aquellas palabras.

—¿Qué supone pertenecer a tu clan?

—Recibirás mi protección en todo momento, velaré por tu seguridad y serás considerada una más entre mi gente, con los mismos privilegios y deberes. Solo te pido lealtad.

No tenía muchas opciones donde elegir y como decía el dicho «más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer». No vio ninguna razón para negarse.

—De acuerdo.

Siguieron desayunando en silencio hasta que Kenneth apareció corriendo como siempre.

—Buenos días, Elena. Padre —se acercó a darle un beso —¿Cuándo partiremos?

—Mañana.

—Vale. ¿Vais a entrenar hoy? —preguntó mirando a su padre y luego a Elena. El laird se adelantó.

—No. Tenemos que terminar de preparar todo y además Lady Elena todavía no está totalmente recuperada de su tobillo. ¿Verdad?

—Sí, bueno... todavía me duele un poco, pero creo que podría... —Su expresión contrariada satisfizo a Ian, que había decidido jugar al mismo juego que ella.

—No, si no estáis bien, debéis recuperaros totalmente.

Ian se levantó y desapareció en el patio dejando a Elena preguntándose qué mosca le había picado. Sabía que había estado intentando coincidir con ella y su encuentro esa mañana en la escalera se lo confirmó. Esperaba tener que haber sido ella la que tuviera que presentar una excusa, pero se quedó sorprendida cuando el highlander expuso su negativa a entrenar. Se encogió

de hombros y se subió a sus aposentos para terminar de preparar el equipaje.

CAPÍTULO XVI

El sol apenas despuntaba en el cielo cuando la comitiva inició la marcha hacia el castillo de Foulis. El aire era fresco y alguna nube en el horizonte amenazaba lluvia, pero esas circunstancias eran habituales en una tierra llena de frondosos bosques y verdosos valles. Salvo Kenneth, que viajaba en una de las carretas debido a su dificultad para llevar las riendas del caballo con una sola mano, el resto lo hacía en caballos, con gran pesar para Elena y Alicia, menos habitadas a transitar sobre estos équidos.

Después de tres días de trayecto, donde solo se detuvieron para comer y dormir, las torres del castillo de Foulis comenzaron a emerger en el horizonte cuando el sol se encontraba ya en su zenit. Las enormes puertas se abrieron en el momento en el que los vigías avisaron de la llegada del grupo.

La figura de una mujer de cabellos castaños recogidos en una larga trenza y en avanzado estado de gestación fue la primera que apareció en el patio de armas.

—¡Madre!

Lady Agnes bajó sonriente del caballo en cuanto la vio y abrió sus brazos para recibir el efusivo abrazo de la joven que, a pesar de su torpeza, consiguió acercarse con rapidez. Madre e hija permanecieron un rato abrazadas hasta que Ian le dio unos golpecitos a su hermana en el hombro.

—¿A los demás nos vas a ignorar?

—Ian, ¡qué alegría! —Se volvió para echarse en los brazos del enorme highlander —No sabes cuánto os he echado de menos.

—Y nosotros a ti, hermanita.

—Roderick. —La joven corrió torpemente a abrazarse a su otro hermano.

La alegría de la joven unido a la sensibilidad debida a su estado provocó que un reguero de lágrimas corrieran por sus mejillas y que su madre se apresuró a limpiar con ternura mientras volvía a rodearla con sus brazos.

—Mi pequeña, yo sí te he echado de menos.

Un apuesto highlander de cabellos negros se aproximó al grupo y, tomando a la mujer por la cintura, la apartó con cuidado de ellos.

—Catherine, cariño, deja que nuestros invitados respiren. —La mujer refunfuñó pero se dejó abrazar por su esposo que le dio un tierno beso en el cabello.

—Hector —Ian se aproximó a él y le tendió la mano—, me alegro de volver a verte.

—Igualmente, Ian. Sed bienvenidos. ¿Habéis tenido un buen viaje?

—Sin contratiempos.

—Estupendo. Supongo que estaréis agotados. Edward, Eileen —se volvió hacia los sirvientes que se habían situado cerca de su señor a la espera de instrucciones—, enseñad sus aposentos a nuestros invitados.

—Yo se lo enseñaré a mi madre —se adelantó Catherine, que ya se había vuelto a colgar del brazo de Lady Agnes—, tengo muchas cosas que contarle.

En ese momento Hector Munro reparó en las dos mujeres que les acompañaban y acercándose a ellas preguntó.

—Creo que no tengo el placer de conocer a las damas.

Lady Agnes se percató de su olvido y rápidamente, sin soltarse del brazo de su hija, se apresuró a presentarlas.

—Lo siento. Hector, Catherine, quiero presentaros a Lady Elena y Lady Alicia. Son las mujeres que arriesgaron sus vidas por salvarnos cuando Kenneth y yo fuimos atacados.

Ian miró a Elena enarcando una ceja para ver su reacción. No le había contado a nadie lo que la muchacha le reveló en Fort William y no habían vuelto a comentar el tema, no tenía intención de descubrirla, seguirían con la historia de su amnesia hasta que ella decidiera.

—Mi madre me escribió una misiva sobre lo ocurrido. —Catherine se había desenganchado del brazo de su madre para abrazar a las dos mujeres —Estando toda la vida en deuda con vosotras.

Hector Munro cogió la mano de Alicia y depositó un leve beso para luego volver a hacer lo mismo con Elena. A pesar de que Ian fue consciente de que aquel beso fue pura cortesía, no pudo evitar sentir que le hervía la sangre y se tuvo que controlar para no dar un puñetazo a su cuñado.

—Os estaremos eternamente agradecidos. Sed bienvenidas a nuestro castillo. Mi casa es vuestra casa.

Edward y Eileen se encargaron de enseñar sus aposentos a los recién llegados mientras Catherine se embarcaba en una conversación sin fin con su madre.

Elena observó su habitación, un amplio dormitorio que daba al ala oeste del castillo y desde cuya ventana podía contemplar las verdes praderas que rodeaban el castillo. Echó de menos las tranquilas aguas del lago Duitch, que podía disfrutar desde su habitación en Eilean Donan.

Se entretuvo colocando sobre la mesita que hacía de tocador sus utensilios personales hasta que la avisaron de que el almuerzo estaba servido. Pasaron por el dormitorio de Alicia y juntas bajaron al comedor, donde la sirvienta que las había acompañado les indicó los asientos asignados, junto a Catherine y Lady Agnes.

Elena no pudo evitar fijarse en la sirvienta que se esforzaba por atraer la atención de Ian, mostrando generosamente sus pechos cada vez que le servía vino, mientras le sonreía y rozaba descaradamente, pensó, disculpándose por su torpeza. Sintió ganas de abofetearla por la forma en la que se insinuaba pero más le enfadó la galantería que Ian mostraba con la muchacha, aceptando de buen grado sus insinuaciones. Se obligó a distraer su atención charlando con sus compañeras de mesa.

El olor de los deliciosos manjares preparados para la ocasión excitó sus glándulas salivales y en cuanto el Laird Munro comenzó a degustarlos, hizo lo propio. Elena apreció un sabor algo más salado de lo que estaba acostumbrada en Eilean Donan y el exceso de sal la obligó a beber más vino del que normalmente bebía. Su risa desinhibida pronto captó la atención de Ian Mackenzie, preguntándose qué era aquello que tanta gracia hacía a la mujer. Sin poder evitarlo, las comisuras de sus labios también se elevaban cada vez que ella demostraba su alegría y en cierta forma sentía celos de su madre y su hermana por compartir aquella intimidad.

En poco tiempo el grupo de las cuatro mujeres se convirtió en el centro de atención y todos los comensales miraban esperando participar de aquella alegría. En un momento dado, Hector Munro intervino.

—¿Qué es lo que os hace tanta gracia, señoras?

Las cuatro se giraron hacia el Laird Munro y entonces Lady Catherine comenzó a reír a carcajadas contagiando a todos los demás. Cuando por fin pudo hablar lo hizo entrecortadamente.

—Lady Elena nos contaba que anoche se acordó de una vez, cuando estaba entrenando con su maestro, que su perro pensó que la estaba atacando y, ajeno a las órdenes que su ama le daba, se colgó de los pantalones de su maestro y no los soltó hasta que consiguió arrancárselos.

Elena no explicó que la anécdota correspondía a una escena de una película que le había venido a la mente.

Las carcajadas se sucedieron durante un buen rato hasta que Hector Munro con lágrimas en los ojos preguntó.

—Me han comentado que utilizáis pies y manos para luchar, Lady Elena.

—Sí, y a veces palos.

—Y ahora también espada —añadió Kenneth orgulloso de ser su maestro.

—Y vos, Lady Alicia, ¿también sabéis luchar?

—¡Oh, no!, yo no sé hacerlo. Soy muy torpe y nunca sé por dónde puede venir el golpe.

—Sí, eso es importante a la hora de enfrentarte a un enemigo. Tal vez podáis mostrarnos esa peculiar forma de luchar, Lady Elena —añadió dirigiéndose a ella.

—Por supuesto, cuando queráis.

—Y ¿por qué no ahora? —preguntó emocionado Kenneth.

—Sí, no sería mala idea —contestó Hector Munro asintiendo—. ¿Os parece bien, Lady Elena?

—Por mí no hay ningún problema.

Ian miró los ojos brillantes de Elena y juzgó que no era prudente.

—No creo que sea buena idea. —Refutó Ian —Hoy estamos un poco cansados, quizás mañana.

—Yo no estoy cansada —Indicó Elena desafiándolo. «No parece que tú estés muy cansado con las atenciones de la sirvienta», pensó irritada viendo cómo de nuevo la exuberante muchacha rellenaba su copa con una embaucadora sonrisa —Podemos hacerlo ahora, pero tengo que cambiarme. Con falda no puedo luchar.

—Pues id a cambiaros y os esperamos en el patio.

Ian Mackenzie se quedó con la boca abierta para replicar, pero Elena ya se había levantado de su asiento y abandonado el salón en dirección a sus aposentos para prepararse, mientras el resto se dirigía al exterior.

Cuando Elena llegó al patio de armas Ian se acercó.

—Creo que no estás en condiciones de luchar.

—¿Por qué lo dices? —preguntó sin mirarle.

—Has bebido más de la cuenta.

—¿Me estás llamando borracha? —Se volvió mirándole enojada.

—No, simplemente he dicho que has bebido más de la cuenta y puedes hacerte daño.

—Te agradezco tu preocupación, pero controlo perfectamente —comentó molesta y, esquivando su imponente figura, se plantó en medio del patio con las manos en la cintura.

—Bien, ¿con quién lucharé? —preguntó altiva.

Hector Munro sonrió por el desparpajo de la mujer y, no queriendo dejarla en evidencia, buscó un guerrero que no fuera demasiado corpulento.

—Jeremy.

El highlander se situó frente a la joven que ya se había preparado para atacar moviéndose en círculos alrededor de él. Elena consiguió burlar su defensa y, en menos de cinco minutos, el

guerrero se encontró besando el polvo del suelo. Después de la sorpresa inicial los aplausos de los espectadores se hicieron eco en el patio.

Ian la miraba con desaprobación; la había visto luchar sobria y sabía perfectamente que sus reflejos habían menguado. Intentó en vano dar por terminada la exhibición pero la adrenalina mezclada con el alcohol circulaba frenética por las venas de Elena, que solicitó un nuevo contendiente. El Laird Munro, viendo la facilidad con la que había derribado a uno de sus guerreros, decidió llamar a uno de los más escurridizos. El highlander duró menos que el anterior. Hector, riendo a carcajadas, se prestó él mismo a luchar.

—De acuerdo, Laird Munro, pero podemos utilizar las espadas para darle más emoción — contestó la mujer con los ojos brillantes.

Ian Mackenzie pensó que Elena ya había llegado demasiado lejos. Si cogía la espada había muchas posibilidades de que resultara herida debido a su estado y eso no lo podía permitir.

—Creo que es suficiente —comentó cogiéndole por el brazo para apartarla de allí —Vamos, necesitáis descansar.

—¿Perdonad? —Elena se soltó bruscamente. —Pero, ¿quién os creéis que sois?

Aquel comentario había conseguido encender su ira. Elena no permitía que nadie le dijera lo que debía o no hacer, y mucho menos un engreído mandón que quería que todos le rindieran pleitesía. Ella no era una sirvienta que mendigara sus favores.

Ian se quedó contrariado. No esperaba una reacción así y permaneció unos segundos mirándola mientras sus ojos se volvían cada vez más oscuros. Los testigos de lo ocurrido se quedaron con la boca abierta; jamás nadie le había hablado a un laird así. Lady Catherine se aferró al brazo de su marido y le instó a que se marcharan. Con disimulo, el resto se fueron escabullendo argumentado que tenían cosas que hacer, dejando a Ian y a Elena retándose con la mirada.

—Que ¿quién creo que soy? —preguntó acercándose amenazadoramente a Elena, que tuvo que dar un paso atrás. Sus ojos la miraban como un león que acecha a su presa, pero Elena no se amilanó y levantó la cabeza desafiante consiguiendo encolerizar más al escocés —¿Soy tu laird, tu señor, tu amo! Me debes obediencia y no permitiré que nunca jamás cuestiones mis órdenes ni me pongas en evidencia delante de nadie. ¿Me has entendido? —preguntó elevando la voz.

—Sí. Te he entendido —respondió fuera de sí elevando también la voz—. Pero no eres mi amo y no puedes tratarme como si fuera uno de tus hombres. —Se puso de puntillas para acercar su rostro.

—No sé cómo procederéis en tu país pero aquí, el laird, es el dueño y señor de todo lo que está en sus tierras.

—¿Pero estas no son tus tierras! —Rebatió Elena.

—No son mis tierras pero has venido a estas tierras con mi gente, eres una Mackenzie y por tanto me perteneces, te guste o no.

—¡No soy de tu propiedad! —Gritó encolerizada.

Ian resopló reprimiendo su furia y, a pesar de estar realmente enfadado, la fragancia de la mujer encendió todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo y, con un feroz arrebató de pasión, sin poder contenerse y sin esperar su beneplácito, se apoderó de sus labios exigiendo con ímpetu ser correspondido.

Elena se quedó trastornada, no podía pensar. Su primer instinto fue responder con la misma intensidad a aquel beso que la estaba dejando sin respiración, pero entonces recordó la imposición del laird y su obligación de obedecerle y se preguntó si también debía acatar esas órdenes. Con un tremendo empujón consiguió separarse de aquel posesivo abrazo abofeteando

después al aturcido laird que se llevó la mano al rostro.

—Pero ¿qué...?

—Si piensas que por ser de tu propiedad vas a poder hacer conmigo lo que te plazca... vas listo.

Y sin dar más explicaciones se dio media vuelta y se encaminó lo más veloz que pudo al castillo. Ian la siguió con la mirada esbozando una sonrisa de satisfacción «Conseguiré domarte, pequeña fierecilla».

CAPÍTULO XVII

A Elena le estaba costando coger el sueño, seguía dándole vueltas a lo que Ian Mackenzie le había dicho. Ella le pertenecía, le gustase o no. Nunca había dejado que nadie le dijera lo que debía hacer, ni siquiera su padre, y ahora tenía que someterse a las órdenes de un laird del siglo XVI. No sabía si llegaría a aceptar esa nueva situación, acostumbrada como estaba a no depender de nadie y hacer lo que le viniera en gana sin tener que dar explicaciones. El beso robado no era más que la constatación de un hecho.

Escuchó jaleo en el exterior y al poco rato alguien llamó a su puerta. Al abrir, una de las criadas, todavía en camisón y con la cara congestionada, se apresuró a explicar el motivo de su presencia.

—Lady Elena, el bebé, la señora tiene muchos dolores.

Rápidamente cogió una capa y siguió a la joven hasta los aposentos de Catherine. Cuando llegó, Hector Munro estaba dando vueltas en la habitación como león enjaulado sin saber qué hacer, mientras Lady Agnes cogía la mano de su hija, impotente ante los dolores de la mujer, que se encontraba tumbada en la cama sobre una gran mancha de sangre. Elena comprobó la dilatación y arrugó la frente. Por suerte, ese año había estudiado obstetricia en la facultad y, aunque no podía decirse que fuera una erudita en la materia, sí tenía los conocimientos suficientes para asistir a un parto, pero un parto sin problemas, y éste no era un parto sin problemas.

—Necesito que venga Alicia.

Ian marchó rápidamente para cumplir las órdenes de Elena y en unos minutos Alicia estaba de rodillas junto a Elena.

—¿Qué ocurre?

—Necesito tu ayuda.

—Yo no he estudiado medicina. No tengo ni idea de partos —expuso asustada.

—Necesito que hagas un anestésico.

—¿Por qué?

—Voy a tener que hacerle una cesárea. Creo que tiene placenta previa completa total.

—Pero... ¿has hecho alguna cesárea?

—No, ninguna, pero he visto hacer varias este año.

—No es lo mismo.

—Lo sé, pero si no saco al bebé, morirán ambos.

—Elena, no he visto ninguna planta por los alrededores con la que pueda hacer un anestésico. No tengo ni idea de cómo hacerlo.

—¿Por qué no preguntas al Laird Munro?

—Porque podemos acabar quemadas por brujas, Elena. ¿Te recuerdo en qué siglo estamos?

—Necesito algo que la haga dormir, no soportará una incisión a lo vivo, morirá. Si no muere por el parto lo hará por la operación.

Lady Agnes, aunque no entendía lo que las jóvenes hablaban en castellano, estaba pendiente de su conversación, de sus gestos, y en un momento determinado, se acercó a ellas.

—¿Qué ocurre?

Elena miró a su amiga y luego a Lady Agnes.

—El saco donde está el bebé está obstruyendo el paso para que pueda salir. En mi país cuando ocurre esto —estaba claro que no podía explicar que hablaba del siglo XXI— hacemos una incisión en el abdomen de la madre para sacar al bebé, ya que sino ambos morirán, pero necesitamos dormir a la paciente porque no podrá soportar el dolor.

—Entiendo —comentó concentrada Lady Agnes—. Dejadme que hable con la cocinera de Munro.

Lady Agnes se marchó acompañada de Alicia, y Elena se acercó para tranquilizar a Catherine que se retorció de dolores con cada contracción. Con ayuda de las criadas cambiaron las sábanas y pusieron un trozo de tela más mullido para que empapara.

—No quiero que muera mi bebé —suplicó Catherine agarrándose fuertemente a la mano de Elena—. Si tenéis que sacármelo, hacedlo, pero no permitáis que muera, por favor. Si alguien tiene que morir, que sea yo.

Los implorantes ojos de la parturienta le remordieron la conciencia. Debía de haber escuchado la conversación que mantuvo con su madre.

—No os preocupéis, Catherine. Ambos viviréis. Haré todo lo que esté en mi mano para que veáis crecer a vuestro bebé.

—Pero si...

—No os preocupéis, hallaremos una solución.

En ese momento se acercó su marido con el rostro compungido y se arrodilló para besar la mano de su esposa, que había cerrado los ojos en otra contracción de dolor. Elena aprovechó para dirigirse a la cocina a ver si Alicia había conseguido algo.

Su amiga estaba sentada en una mesa situada en el centro de la cocina con numerosas plantas frente a ella.

—¿Qué son?

—Opio, cicuta y beleño.

—¿No dijiste que no habías visto este tipo de plantas?

—Me lo ha dado Margaret, la cocinera.

—¿Pero estas hierbas crecen aquí?

—Las han traído del monasterio de Soutra. Al parecer ellos las utilizan cuando tienen que operar a sus enfermos. No me preguntes cómo ni porqué. Me he limitado a cogerlas y haré un brebaje para que Catherine se duerma.

Elena cogió todo el material que ya habían esterilizado y se dirigió a los aposentos de Catherine, que volvía a tener la tela empapada que había colocado debajo. Esta vez no se paró a cambiarla. Tenía que darse prisa para que el bebé no sufriera. Al poco rato apareció Alicia con el brebaje y se lo ofreció a la parturienta que, a pesar del desagradable sabor, no puso mala cara y obedeció todo lo que Elena le ordenó.

Pocos minutos después, los ojos de Catherine comenzaron a entornarse y los párpados se fueron cerrando. Aunque las contracciones seguían siendo cada vez más intensas, el brebaje hizo su trabajo y la parturienta se quedó profundamente dormida. Elena ordenó que salieran todos de la habitación salvo Lady Agnes y Alicia.

Se lavó muy bien las manos y cogió el cuchillo afilado que su amiga había colocado en una

bandeja. Lady Agnes y Alicia hicieron hueco para permitirle operar. Desinfectó con alcohol el abdomen y el improvisado bisturí para después hacer una incisión con precisión en su parte baja. Alicia la ayudó separando y sujetando las partes. Siguió cortando hasta llegar al útero. Con cuidado fue pasando el cuchillo suavemente hasta que divisó la cabeza del bebé. Metió la mano y empezó a hurgar para extraer el rostro amoratado de un niño. Siguió tirando hasta sacar el cuerpo entero y, cuando tuvo la masa sanguinolenta que se agitaba sutilmente, cortó el cordón umbilical. Le dio el bebé a su abuela, que con cariño lo limpió mientras ella extraía la placenta y después suturaba la incisión.

Los vigorosos gritos del recién nacido animaron a todos los que esperaban fuera de la alcoba que rápidamente se acercaron cuando Lady Agnes salió orgullosa con su nieto en brazos.

—Aquí tenéis a vuestro hijo, Laird Munro. —Sonrió ofreciéndole el arrullo donde una figura minúscula berreaba moviendo sus manitas. Éste lo cogió con ternura y abrió la manta.

—Robert Munro, 14º señor de Foulis, bienvenido a la familia.

Todos sonrieron al ver al nuevo miembro de los Munro y felicitaron al orgulloso padre.

—¿Cómo está Catherine? —preguntó Ian acercándose a su madre.

—Elena ha hecho un gran trabajo. Tu hermana no ha sufrido y ahora es cuestión de esperar a ver cómo evoluciona.

—¿Puedo verla? —preguntó Hector devolviendo el bebé a su abuela.

—Sigue dormida y, según comenta Elena, probablemente hasta mañana no despierte, pero pasad si así lo deseáis.

Hector Munro abrió delicadamente la puerta y pasó al interior seguido de Ian y Roderick.

—No os preocupéis, no se despertará aunque hagáis ruido —expuso Alicia viéndoles caminar sigilosamente hacia la cama de su hermana y esposa.

Los tres hombres la rodearon y suspiraron aliviados al contemplar la expresión de tranquilidad de la joven mamá, que nada tenía que ver con el doloroso semblante de no hacía mucho.

Ian acarició el contorno del rostro de su hermana, que permanecía profundamente dormida. Aquella chiquilla había conseguido sacar siempre lo bueno de él. Todavía recordaba cuando Hector Munro pidió su mano y tuvo que pasar una semana hasta que decidió aceptarle como cuñado, después de haber hecho todo tipo de averiguaciones sobre él; no quería dejar a su hermana en manos de alguien que no la mereciese.

Miró a Elena que, de nuevo, había salvado la vida de su familia, su hermana y también su sobrino. En ese momento, Elena giró la cabeza y se encontró con los ojos del laird, que sin palabras para expresar lo que sentía, asintió para mostrarle su gratitud. Elena sonrió aceptando el gesto y se volvió hacia su paciente. Estaba exhausta pero no podía dejar sola a Catherine; tenía que comprobar su evolución, después de una operación de ese calibre no sabía con qué se podría encontrar. Era la primera vez que hacía una cesárea pero lo que más le preocupaba era el grado de asepsia que había tenido que utilizar.

—Laird Munro, me quedaré con ella esta noche. Los próximos momentos son cruciales.

—Yo me quedaré con ella. —Aseveró Munro.

—Señor, no sabréis si algo va mal, y en estos casos, actuar con rapidez es cuestión de vida o muerte. Le prometo que si despierta seréis el primero en saberlo.

Lady Agnes se acercó a su yerno y apartándole con suavidad le comentó.

—Dejad que Elena se ocupe. Ella sabrá qué hacer si la cosa se complica. Id a dormir, yo me quedaré también con ella y os avisaré si hay algún cambio.

Hector Munro se marchó a regañadientes, acompañado por el resto de los que estaban en la

habitación. Solo Lady Agnes, Alicia y Elena se quedaron. Aunque Elena intentó que Alicia se marchara, ya que con dos personas sería suficiente, no lo consiguió.

—Estás hecha polvo, Elena. Necesitas descansar y la única que podría saber si algo va mal soy yo. Así que descansa en el sillón y yo te llamo si hay cambios. No vas a ser de mucha ayuda si estás agotada.

—Estoy de acuerdo. Descansad un rato y luego vos podéis hacer guardia. Yo ya soy mayor y no necesito dormir tanto, aparte que no podría hacerlo estando así mi hija. Además tengo también que cuidar de mi nieto —comentó meciendo tiernamente al futuro laird de los Munro.

—De acuerdo, echaré una cabezada, pero al menor cambio me llamas, Alicia, ¿de acuerdo?

—Prometido.

Elena se sentó en el sillón y en pocos minutos se quedó dormida. Despertó con los primeros rayos que entraban por la ventana y por inercia miró la muñeca vacía para ver la hora. Se pasó la mano por el pelo y cuando recordó por qué estaba allí rápidamente se levantó.

—¿Por qué no me has llamado?

—Porque Catherine duerme plácidamente y yo no tengo sueño. Era absurdo despertarte sin motivo alguno.

Se acercó a la joven para comprobar su temperatura. No parecía tener fiebre. Retiró la ropa y las vendas que tapaban la incisión hecha para cerciorarse de que no había ningún signo de infección y asintió satisfecha. Volvió a lavar la zona afectada y le puso un nuevo vendaje.

—Deberíamos darle algo para el dolor. Cuando despierte le va a doler bastante.

—De acuerdo, prepararé algo —comentó Alicia.

El suave sollozo del bebé le recordó a Elena que debería mamar cuanto antes, aunque después de haber suministrado a Catherine aquel brebaje con plantas peligrosas no era prudente que el niño tomara su leche, no hasta que hubiera expulsado de su cuerpo todo el anestésico.

—¿Hay alguna nodriza que pueda amamantar al bebé? El brebaje que su madre ha tomado puede resultar mortal para su hijo.

—¿Qué tiene que ver el brebaje que ha tomado Catherine con el bebé?

—La leche materna contiene todo lo que la madre toma y este brebaje tardará en ser eliminado totalmente por el cuerpo de Catherine. En unos días podrá darle de mamar pero ahora es mejor buscar a alguien que lo haga.

—Creo que Catherine no tenía intención de amamantar al bebé, para eso están las nodrizas.

Elena se quedó un poco cortada; le costaba hacerse a la idea de que no estaba en el siglo XXI.

—Claro. ¿Podéis llevarle al niño?

—Sí, se lo llevaré a la nodriza.

Cuando Lady Agnes salió, Alicia entraba en la alcoba con dos cuencos en las manos.

—¿Dónde va con el bebé?

—A llevárselo a la nodriza.

—¡Buf! No me había acordado que ella no debe amamantarlo.

—Ni lo va a hacer.

—¿Y eso?

—Estamos en el siglo XVI y las nodrizas son las que crían a los niños.

—Ah, pues vaya. —Y continuó mostrando los dos cuencos —Bueno, he preparado este brebaje para el dolor y este otro para ayudar a cicatrizar y evitar infecciones, lleva un poco de anestésico. Espero que resulte.

—Yo también. Estas condiciones de asepsia no son las ideales y, aunque he puesto todo el

cuidado posible, no estoy muy convencida de que vaya a salir bien.

—No hay signos de infección, ¿no?

—De momento no, pero no significa que no lo vaya a haber. Hay que estar muy pendiente de su evolución.

—No te preocupes, seguro que sale bien —añadió Alicia palmeando la espalda de su amiga para animarla.

Catherine despertó aquella tarde y, aunque le dolía a rabiar, de sus labios no salió ni un solo quejido. Alicia le ofreció rápidamente lo que había preparado para el dolor y volvieron a cambiar las vendas después de untar la herida con el ungüento. Por el momento todo parecía ir bien, lo peor ya había pasado, y ahora era cuestión de esperar a que la herida cicatrizara sin complicaciones.

En pocos días Catherine se olvidó de sus molestias y, aunque Elena insistió en que no debía de hacer esfuerzos, tuvo que regañarla y obligarla a hacer reposo al soltarse algunos puntos. A regañadientes, a la paciente no le quedó más remedio que quedarse quieta, siempre vigilada por algún miembro de la familia Mackenzie o Munro, y si no, Alicia o Elena estaban allí para asegurarse de que no se moviera más que lo estrictamente necesario.

Elena dejó a Lady Agnes al cuidado de su hija y decidió salir a pasear por las verdes campiñas que rodeaban el castillo, donde el brillante colorido de los campos de flores era bañado por los rayos vespertinos, que incidían directamente sobre ellos, otorgándoles un mágico y misterioso ambiente.

Se sentó en una piedra bajo un árbol y cerró los ojos para escuchar el sonido de los pájaros que todavía revoloteaban a su alrededor y sentir el calor que los rayos de sol todavía permitían templar su rostro. Sintió pasos que se acercaban a su espalda, pero ni siquiera se inmutó pensando que sería alguno de los guardias que Hector Munro le había asignado cada vez que se alejaba del castillo.

—Elena.

La profunda y conocida voz varonil de Ian la sobresaltó y se levantó de la piedra de un brinco. Lo primero que le vino a la cabeza fue Catherine y asustada preguntó.

—¿Ocurre algo? ¿Catherine está bien?

—No, no pasa nada. —Ian levantó la mano al ver la angustia en el rostro de Elena —Solo quería tener la oportunidad de hablar contigo y agradecerte lo que has hecho por mi hermana y su hijo.

Elena suspiró aliviada.

—Me has asustado. Pensé que le había pasado algo a Catherine.

—Siento haberte asustado, no era mi intención. Catherine se encuentra bien gracias a ti, al igual que mi sobrino. Y si sigo añadiendo, también mi hijo y mi madre. Me alegro de que estuvieras aquí, has ayudado a muchos miembros de mi familia y me gustaría darte las gracias.

—No es necesario. —Elena bajó la vista para evitar la intensiva mirada del laird que empezaba a ponerla nerviosa.

Ian se acercó más y Elena retrocedió un paso. El laird sonrió.

—No te preocupes, no voy a besarte. Lo del otro día fue un arrebató que te aseguro no volverá a ocurrir. Quiero pedirte disculpas también por eso. Por supuesto que no voy a hacer contigo lo que me plazca, perteneces a mi clan y mi obligación es cuidar de ti. Mientras estés bajo mi protección, serás una Mackenzie y te protegeré como protejo a cualquiera que esté en mis tierras. Solo te pido una cosa: nunca me contradigas delante de nadie y menos de mis hombres. Soy su jefe

y me deben obediencia, y si una mujer no es capaz de respetarme, ¿cómo van a hacerlo ellos?

Elena se sintió contrariada. No esperaba tanta sinceridad y menos de un hombre tan arrogante, o al menos esa era la opinión que se había formado de él; quizás fuera más humano de lo que quería aparentar.

—Creo que bebí un poco más de la cuenta.

—Un poco bastante —Ian mostró una de sus encantadoras sonrisas.

—Sí, me parece que tienes razón. —Se ruborizó mirando al suelo.

—Bueno, lo importante es que no ocurrió nada grave. Temí que pudieras hacerte daño, por eso intervine. Cuando dijiste que podíais utilizar la espada para darle más emoción, y vi el estado en el que estabas, decidí que ya habías jugado bastante y que lo que proponías podría ser peligroso para ti.

—Yo también te pido perdón. No volveré a ponerte en evidencia delante de nadie. Pero también quiero pedirte algo: nunca me prohíbas u obligues a hacer algo. Soy una persona que atiende a razones, por lo que si me explicas el motivo puedo tomar mis propias decisiones.

—De acuerdo. Entonces ¿amigos?

—Amigos —Afirmó sonriente Elena.

Volvían caminando en silencio cuando divisaron a un emisario que se acercaba a galope al castillo portando una bandera que ondeaba al viento.

—Qué extraño —comentó Ian sin dejar de seguir con la mirada al hombre que enseguida se perdió en el interior del patio de armas—. ¿Qué hará un emisario real por estas tierras?

—¿Emisario real?

—Sí, lleva la insignia real.

Aceleraron el paso, aunque Elena casi tenía que ir corriendo para poder llevar el paso del escocés. Cuando llegaron al castillo Ian se acercó a Hector Munro que, con expresión de sorpresa más que de preocupación, se encontraba todavía hablando con el mensajero.

—¿Qué ocurre? —preguntó impaciente.

—El rey y la reina van de camino a Stirling y parece que la reina se encuentra un poco indispuesta. Se quedarán en Foulis hasta que su majestad mejore.

—¿Jacobó? ¿Y qué hacen por aquí?

—Eso no lo dice el mensaje.

CAPÍTULO XVIII

El rey Jacobo IV y su esposa Margarita Tudor llegaron al castillo de Foulis casi al anochecer, donde fueron recibidos con una calurosa bienvenida por Hector Munro. Cuando el rey se percató de la presencia de Ian, se acercó satisfecho a él con una amplia sonrisa.

—¡Mackenzie! No sabía que estuvierais aquí. Me alegro de volver a veros.

—Lo mismo digo, majestad —respondió devolviendo el saludo.

—¿Qué os trae por Foulis?

—Mi hermana acaba de dar a luz al primogénito de los Munro.

—¡Vaya! ¡Enhorabuena, Hector! —añadió golpeando la espalda del recién estrenado padre—.

Y ¿cómo se encuentran madre e hijo?

—Mi esposa ha tenido un parto difícil —prefirió no mencionar la complicada operación que Elena había tenido que practicar —y debe guardar reposo, por ese motivo no ha podido daros la bienvenida, pero se recupera poco a poco.

—No os preocupéis. Lo primero es lo primero. ¿Y vuestro hijo?

—Fuerte y sano —apuntó orgulloso.

—Me alegro —asintió—. Esto hay que celebrarlo. Podríamos aprovechar que los Mackenzie están aquí para organizar una cacería.

—Me parece una buena idea.

—Excelente —añadió el rey.

—Supongo que estaréis agotados y hambrientos. Si nos acompañáis al comedor, majestades —sugirió Hector Munro.

Se preparó una improvisada cena en la que Catherine presentó sus respetos a los reyes y después se retiró a sus aposentos para descansar.

El rey Jacobo ocupó la presidencia de la mesa, sentándose Hector Munro a su derecha. Elena intentó pasar desapercibida pero el rey reparó en las dos mujeres y habiendo escuchado sobre lo acontecido al hijo y a la madre de Ian Mackenzie preguntó.

—Veo aquí dos hermosas jóvenes que nunca antes había visto. ¿Son quizás las damas de las que tanto se habla?

Ian se apresuró a presentarlas.

—Señor, os presento a Lady Elena y Lady Alicia, son españolas y sí, ellas son las que ayudaron a mi hijo y a mi madre después del intento de secuestro. —Estuvo a punto de incluir a su hermana y su sobrino pero decidió omitir la operación que había tenido que practicar para salvarles la vida. No estaba seguro de que aquella acción se viera con buenos ojos.

—Sí, he oído lo del secuestro. ¿Habéis averiguado quién fue el artífice?

—No, señor, pero juro que lo averiguaré —contestó Ian mordiéndose la lengua para no desvelar sus sospechas.

—Sabéis que tenéis todo mi apoyo ¿verdad, John?

—Os lo agradezco, señor.

—Así que sois españolas. —Volvió la mirada a las dos jóvenes que nunca se habían visto frente a la realeza y se sentían un poco violentas —¿Y qué os trae por estas tierras? ¿Tenéis familia?

Ian Mackenzie respondió, por supuesto, la versión que ellas habían dado, una versión en la que poco a poco habían ido recobrando la memoria haciéndoles partícipes de sus desgraciadas vidas.

—Entiendo. Así que no solamente lucháis como un hombre —expuso dirigiéndose a Elena—, sino que también curáis. Buena combinación —Asintió satisfecho—. Tal vez podáis echar un vistazo a la reina. Lleva indisputada casi todo el viaje, quizás vos podáis saber qué le ocurre.

—Sería un honor para mí reconocer a la reina.

—Os lo agradezco, Lady Elena —La reina asintió—, pero lo que ahora mismo necesito es descansar, el viaje me ha agotado y estoy deseando dormir —comentó levantándose de la silla provocando que todos los comensales hicieran lo mismo.

—Cuando vos queráis, majestad. —Confirmó Elena.

La reina se alejó acompañada por sus damas de honor y varias sirvientas de los Munro. Cuando desapareció, el rey suspiró.

—Como veis, la reina es muy cabezota. Se puede encontrar francamente mal que si ella dice que no, es que no. Llevo todo el camino intentado convencerla para que se deje examinar por uno de los médicos que viajan con nosotros, pero ya he desistido —comentó meneando la cabeza—. Ella sabrá.

—Mañana intentaré reconocerla.

—Espero que os lo permita, Lady Elena. Tal vez vos seáis capaz de meter en razón a esa cabeza dura. —Suspiró desanimado —Creo que yo también me retiraré, ha sido un día largo.

A la mañana siguiente la reina se empeñó en salir a dar un paseo. Las nubes auguraban tormenta de un momento a otro y el viento, todavía apacible, azotaba suavemente las hojas de los árboles dejando pasar los escasos rayos que de vez en cuando conseguían burlar los nimbos.

Alicia prefirió quedarse en el castillo, pero Elena decidió sumarse a la comitiva para ver si conseguía hablar con la reina y averiguar qué le ocurría. Había estado observándola durante el desayuno y, salvo la extrema juventud de la reina, Margarita Tudor contaba con dieciocho años mientras que el rey ya tenía treinta y cuatro, no había visto nada extraño, nada que le diera una pista de cuál era el mal que padecía. Era una muchacha rolliza, alegre, impaciente y testaruda, se enfadaba cuando las cosas no salían como ella quería, y eso exasperaba bastante al rey. Estaba claro que aquella unión había sido un matrimonio de conveniencia; el padre de Margarita, Eduardo VII de Inglaterra, quería unir las dos coronas, inglesa y escocesa, para suavizar las tirantes relaciones entre ambos países, en especial por las continuas alianzas entre Escocia y Francia.

La comitiva desfiló por las verdes praderas hasta llegar a un hermoso lago de tranquilas y cristalinas aguas donde enormes abetos custodiaban un bosque abierto que albergaba un campo de helechos de más de medio metro de altura.

La reina reparó en una pequeña barca que se acercaba a la orilla cargada con la pesca diaria.

—Quisiera dar un paseo en barca.

—Pero Margarita...

El rey intentó hacerle cambiar de opinión, pero la reina deseaba contemplar el maravilloso

paisaje que circundaba el lago, y lo quería hacer desde el mismo lago. Jacobo suspiró.

—Está bien. Hector, ¿podéis encargarnos de satisfacer los deseos de la reina?

Después de pagar unas monedas al pescador, éste retiró la mercancía de la barca y la soberana subió acompañada de una de sus sirvientas y de un soldado que se encargaría de remar. La reina invitó a Elena a subir con ella y, aunque al principio quiso rechazarlo, se lo pensó bien; no era prudente negarse a los deseos de una reina.

El soldado remó suavemente para no salpicar a su noble tripulante, que observaba en silencio el mágico escenario lacustre. Cuando llegaron al centro del lago, la reina quiso ponerse de pie para examinar el extraordinario paisaje que les envolvía, haciendo que la barca se balanceara suavemente y que tuviera que sujetarse a su sirvienta para no caer. En ese momento, el viento comenzó a soplar con fuerza agitando las tranquilas aguas del lago, provocando que el vaivén, cada vez más acusado de las olas, le hiciera perder el equilibrio.

Elena alargó la mano, pero ya era tarde, la reina cayó por la borda. La sirvienta gritó mientras se ponía en pie intentando sujetar a su señora, pero tuvo la mala suerte de ser golpeada por el viento y precipitarse también al agua.

El soldado se lanzó inmediatamente para ayudar a la reina, que se agitaba desesperada por mantenerse a flote, pero estaba claro que no sabía nadar y, en cuanto el hombre estuvo cerca de ella, se sujetó a su cabeza hundiéndole, haciendo que permaneciera más tiempo bajo el agua que sobre ella.

Varios soldados se habían metido en el lago, pero el viento soplaba con tanta fuerza que apenas se movían. Para hacer más difícil el rescate, el cielo comenzó a descargar furioso su carga.

Elena se quedó paralizada durante unos segundos sin saber muy bien a quién ayudar primero. La reina se encontraba más lejos de ella y, aunque el soldado había acudido en su ayuda, este estaba perdiendo fuerza, cansado de luchar contra unos brazos que se agarraban a él impidiéndole siquiera respirar; si no se estaba quieta ambos se ahogarían. La muchacha que había caído al agua se encontraba más cerca de ella y, aunque se esforzaba por mantener su nariz por encima del agua, las telas mojadas del vestido dificultaban la tarea. Elena cogió el remo y lo acercó a la joven que tuvo que dar un par de brazadas para alcanzarlo, tiró de ella y la ayudó a subir al bote. Acto seguido se despojó de sus faldas y se zambulló en las frías aguas del lago nadando hacia la reina y separando al soldado de ella que, al no encontrar su punto de apoyo, buscó uno nuevo sumergiendo a Elena, que apenas pudo coger aire. Consiguió desprender las pequeñas manos reales de su cabello y se apartó unos centímetros, los suficientes para que no pudiera volver a alcanzarla. Cuando emergió, le gritó al soldado que se fuera hacia la barca y remara hacia ellas mientras ella luchaba por sujetar los brazos de la mujer que se revolvía desesperada tratando de permanecer a flote. La pidió que se calmara para así poder ayudarla, pero la reina no escuchaba, solamente buscaba un punto de apoyo que la mantuviera por encima del agua.

Elena sabía que su única posibilidad era inmovilizarla si quería sacarla de allí así que no se lo pensó dos veces y, en un rápido movimiento, golpeó el rostro real dejando a los espectadores que estaban en la orilla con la boca abierta y a la reina sin sentido. Se colocó a su espalda y la agarró fuertemente nadando de espaldas hasta llegar al bote, que en ese momento se acercaba a ellas.

Entre el soldado y la sirvienta subieron a la soberana y después a Elena. Con gran dificultad consiguieron llegar a la orilla donde los soldados que se habían lanzado para ayudar a la reina y que tuvieron que regresar debido a la imposibilidad de avanzar nadando, se apresuraron a recoger a la reina inconsciente.

Ian estaba paralizado; no podía creer lo que Elena acababa de hacer. Nadie habría osado pegar

a la reina, aunque fuera para salvarle la vida. «La matarán por esto» pensó mientras se acercaba a ella para ponerle una manta sobre los hombros.

El rey, después de ver a su esposa en tierra firme, se había alejado en su caballo con una expresión sombría, sin decir nada.

Elena, indiferente a los ojos asombrados de todos, ordenó que fueran preparando un baño con agua caliente para cuando la reina llegara al castillo, mientras ella comprobaba sus constantes vitales.

Cuando llegaron, Alicia corrió hacia su amiga al ver que llevaban a la reina inconsciente.

—¿Qué ha pasado?

—La reina cayó al lago y tuve que golpearla para sacarla del agua.

—¿Se encuentra bien?

—No lo sé. ¿Puedes acercarte? Voy a cambiarme y enseguida estoy contigo.

—De acuerdo.

Elena se cambió rápidamente de ropa y se dirigió a los aposentos reales. Ian Mackenzie se encontraba en la puerta, apoyado en la pared con los brazos cruzados y una expresión inquieta.

—¿Ocurre algo? —preguntó alarmada pensando que le hubiera pasado algo a la reina.

—Tenemos que hablar.

—¿La reina está bien?

—Sí, creo que ya ha vuelto en sí.

—Bien, entonces déjame que vea cómo se encuentra y luego hablamos. Me preocupa que pueda sufrir una hipotermia —contestó dándole la espalda y dirigiéndose al interior.

—¡Elena! ¡Has golpeado a la reina!

—Si no lo hubiera hecho, habríamos muerto las dos. ¿No sabes que en una situación desesperada hay que tomar medidas desesperadas? Ian, el puñetazo es el menor de sus problemas. El agua del lago estaba helada y puede tener consecuencias graves.

—Pero la has pegado.

—¡No la he pegado! —exclamó cada vez más enfadada —¡He intentado salvarle la vida!

—No creo que el rey opine lo mismo. Desea verte ahora mismo —comentó visiblemente preocupado.

—Muy bien, pues iré en cuanto compruebe que su esposa está fuera de peligro y ahora, permíteme que vea a mi paciente.

Y dándole la espalda abrió la puerta de la alcoba desapareciendo en su interior. Ian miró estupefacto cómo la puerta se cerraba de golpe. No se atrevía a marcharse. El rey había requerido la presencia de Elena y su desacato lo tomaría como un agravio. Esperó pacientemente hasta que salió de la alcoba real con una sonrisa de satisfacción.

—¡Ah! ¿Siques aquí?

—No quiero que también te acuse de desobediencia.

—Bien, pues vayamos a ver qué quiere el rey.

Jacobo esperaba en un sillón junto a la chimenea con la mirada perdida mientras Lady Agnes, Hector Munro y Roderick paseaban inquietos por el salón. La expresión de sus rostros contrastaba con la tranquilidad del rostro de Elena, que en ese momento entraba seguida de Ian Mackenzie. El rey desvió su mirada hacia las dos figuras que se acercaban a él. Elena se postró ante él y esperó a que le ordenara que se levantase, tal como le habían explicado que debía proceder. Durante unos momentos, el silencio reinó en el salón, solamente el crepitar de la chimenea rompía la quietud. Jacobo se echó hacia adelante para mirar detenidamente a la joven, que comenzó a retorcerse

nerviosa las manos. No entendía muy bien aquella seriedad. La reina estaba bien y sí, tuvo que pegarla, pero es que si no lo hubiera hecho no habría sobrevivido.

El rey se levantó y pasando a su lado sin mirarla, comenzó a hablar.

—Lady Elena, soy consciente de que habéis salvado la vida de la reina y eso es algo que os debo agradecer. —Tardó unos segundos en continuar —Sin embargo, habéis osado tocar, no, golpear, el rostro real, habéis osado tocar su rostro sin su consentimiento y eso... se castiga con la muerte.

Elena creyó que no había escuchado bien. ¿Castigar con la muerte por ayudarla? Su boca se torció en una mueca de incredulidad, no era capaz de pronunciar palabra. Ian no dudó en intervenir.

—Señor, Lady Elena viene de España y estoy seguro de que en su país...

—¡Silencio, Laird Mackenzie! —ordenó el rey volviéndose hacia él para luego girarse hacia Elena —Debería castigaros, Lady Elena —su mirada reprobadora consiguió intimidar a Elena, que no sabía dónde mirar —por hacer algo que a muchos les ha costado la vida pero —el rey cambió su expresión seria y comenzó a reír a carcajadas —que me aspen si no he disfrutado viendo cómo vos habéis sido capaz de hacer lo que yo llevo intentando desde que contrajimos matrimonio. La testarudez de la reina me ha traído más de un quebradero de cabeza y en más de una ocasión hubiera deseado darle un guantazo como el que vos le habéis propinado.

Las carcajadas del rey descolocaron a todos, que no sabían si reír o permanecer serios. Elena se relajó y consiguió esbozar una sonrisa.

—Debo reconocer que estuve a punto de echarme a reír en el lago pero las circunstancias no eran las más apropiadas, pero aquí... —comenzó de nuevo a carcajear —ha sido demasiado. Me inclino ante vos —añadió haciendo una leve reverencia —por tener más agallas que yo mismo, aunque fuera para salvar su real vida, tuvisteis mucho valor.

—Señor, era la única forma de hacer que se mantuviera quieta. Si no lo hubiera hecho, habríamos muerto las dos. Ahora solo necesita descansar hasta recuperarse.

—Bueno, por lo menos respiraré más tranquilo sabiendo que está en cama. Podéis aprovechar para averiguar por qué está siempre indispuesta.

—Creo que ya lo sé, majestad. —Sonrió Elena.

—¿Ya? —El rey se volvió hacia ella —¿Y qué es lo que sienta tan mal a mi esposa?

—Algo que en unos meses correrá por palacio.

El rey arrugó la frente y cuando comprendió lo que Elena le había comunicado abrió mucho los ojos sorprendido.

—¿Me estáis diciendo que...? —Jacobó no quería continuar, quería escucharlo de los labios de Elena.

—Sí, majestad. La reina está embarazada.

La tensión que había llenado la sala fue sustituida por una algarabía que retumbó en todo el castillo. Ian respiró aliviado. El rey no dudó en abrazar a Elena, que no sabía muy bien cómo reaccionar, así que se quedó quieta dejando que Jacobó estrujara su menudo cuerpo.

—Lady Elena, os debo la vida de mi esposa y la razón de mi alegría. Por fin tendré el ansiado heredero al trono. Quisiera agradeceros vuestra inestimable ayuda, ¿hay algo que pueda hacer por vos? ¿Algo que deseáis?

Elena seguía sonriendo pero negó con la cabeza; lo único que deseaba no podía dárselo ni el rey ni nadie.

—Sois humilde, mi señora. Cualquiera otro habría aprovechado para pedir media Escocia y no

deseo que lo que habéis hecho por la reina y por tanto por Escocia quede sin recompensa, así que me gustaría concederos las tierras de Meine, en el condado de Ross. Será una dote interesante para aportar a vuestro matrimonio —comentó complacido—. Y ahora, si me disculpáis, voy a ver a la madre del futuro rey de Escocia.

Ian sonreía satisfecho hasta que la palabra matrimonio se interpuso. No había pensado en la posibilidad de que alguien pudiera pedir la mano de Elena y ahora, siendo dueña de las tierras de Meine, muchos hombres iban a codiciar un partido tan apetecible, y eso lo enfureció.

Elena por su parte, se quedó con una sonrisa forzada «¿matrimonio?» Por su cabeza circularon todas las razones por las que deseaba regresar a su tiempo y en ese momento añadió una más: la probabilidad de que tuviera que contraer matrimonio a la fuerza. Catherine le había comentado que los matrimonios de conveniencia eran algo muy habitual en las Highlands, sobre todo si la futura esposa poseía título, tierras o una fortuna que aportar, incluso el suyo había sido acordado antes de que conociera a su marido. El «regalo» del rey podría ser un castigo más que un premio para ella.

Antes de que el rey subiera a ver a la reina, un guerrero entró en el salón buscando a Hector Munro, que después de escuchar lo que éste tenía que decirle, cambió su expresión por un gesto preocupado mientras, sin levantar la cabeza, dirigía la mirada hacia Ian Mackenzie. El rey se percató de que algo no marchaba bien y se acercó a Hector.

—¿Ocurre algo, Hector?

—Han llegado unos jinetes. Uno de ellos está herido y su jefe solicita ayuda.

—¿Y cuál es el problema?

—Su jefe. Se trata de... Hector Roy Mackenzie.

CAPÍTULO XIX

Elena vio cómo los ojos de Ian Mackenzie se tornaban oscuros y su mandíbula, al igual que sus puños, se tensaba cerrándose hasta dejar los nudillos blancos. Un incómodo silencio se levantó en la sala. Hector Munro se acercó a su cuñado.

—John...

—Este es tu castillo, Hector. No puedo ni debo exigir nada y tú debes cumplir con tus obligaciones como laird. Olvídate de nuestras diferencias, somos personas adultas y ahora mismo no estamos en guerra.

—Le diré que se marche en cuanto mejore el herido. Además de mi cuñado, eres mi amigo y no deseo que te encuentres a disgusto en mi casa.

—Puedo ordenarle que se marche, John. —Intervino el rey.

—No es necesario, majestad. Intentaré evitarlo mientras esté aquí, pero no voy a consentir que me obligue a esconderme.

—¡Bien dicho! —Jacobo palmeó la espalda de Ian —No intentará nada mientras yo esté aquí y no permitiré que imponga su presencia sin haber sido invitado.

—¿Dónde está el herido? —preguntó Elena.

—No hace falta que le curéis vos —contestó Ian, que rápidamente rectificó al ver la reprobadora mirada de Elena —Pero si queréis hacerlo, nadie os lo va a impedir.

Elena subió a la habitación en donde el soldado, un muchacho de poco más de veinte años, reposaba con la pierna derecha malamente vendada con una ensangrentada tela que otrora debió de ser una vieja camisa. Cuando la retiró no pudo evitar hacer una mueca al ver el profundo corte que seccionaba parte del muslo. El soldado había perdido mucha sangre, aun así no mostraba ninguna señal de dolor ni siquiera cuando Elena limpió la herida para ver el alcance de la lesión. Suturaó la herida con más de veinte puntos y le suministroo una tisana para el dolor.

Al día siguiente, después de ver cómo evolucionaba Catherine, pasó para comprobar el estado del guerrero, que en cuanto la sintió entrar quiso ponerse en pie.

—No os levantéis. Debéis evitar apoyar esa pierna al menos hasta que se cierren los puntos, si no, volverán a abrirse y podría infectarse la herida.

El muchacho no hizo gesto alguno limitándose a mirarla imperturbable desde la cama. Elena retiró la venda y procedió a curar la herida, colocando una venda limpia. Cuando retiró el cuenco con el brebaje que le había dejado la noche anterior se dio cuenta de que no se lo había tomado.

—¿No tenéis molestias? —preguntó con el cuenco lleno en la mano.

El soldado negó con la cabeza y Elena se encogió de hombros.

—Como queráis. Si os duele, avisadme y os lo traeré.

Salió de la habitación y antes de llegar al rellano de la escalera fue interceptada por una oscura

figura que la impidió continuar.

—Así que sois vos quien ha ayudado a mi sobrina a dar a luz al futuro laird de los Munro y además está curando a uno de mis hombres.

Elena retrocedió para ver la cara marcada con varias cicatrices de Hector Roy Mackenzie, que la miraba con ojos lascivos, mientras recorría de arriba abajo su cuerpo sin importarle si se detenía más tiempo del debido en el inicio de su escote. Desde que había llegado con sus hombres, todavía no se había tropezado con él y, aunque no hubiera mencionado a su sobrina, sabía que era Hector Roy. El parecido con Ian era evidente, pero había algo oscuro en su mirada que la hizo desconfiar, y no solamente por lo que Ian le había contado sobre él. Se sintió incómoda e instintivamente miró en todas direcciones.

—Lo siento, preciosa, pero no hay nadie por aquí.

Elena se tensó y decidió enfrentarse a aquel arrogante individuo que pretendía intimidarla. Sostuvo su mirada y con altanería comentó.

—Así que vos sois Hector Roy Mackenzie.

—¡Vaya! —Su sonrisa cínica mostró unos immaculados dientes —Veo que mi sobrino os ha hablado de mí. Espero que no haya sido muy injusto.

—Supongo que vuestra reputación os la habréis ganado por algún motivo.

—Tenéis carácter, Lady Elena. Me gustan las mujeres con carácter. ¿Tenéis esposo?

—Y a vos ¿qué os importa? —espetó irascible.

La carcajada de Hector Roy resonó en la escalera.

—Solo preguntaba dónde está vuestro esposo para presentarle mis respetos por tener a una encantadora y fierecilla mujer calentando su cama.

A Elena le rechinaron los dientes.

—Yo no caliento la cama de nadie.

—Eso significa que no tenéis esposo. ¡Interesante! —Sonrió maliciosamente entornando los ojos —Creo que necesitáis a un hombre que sepa templar ese genio. Unos azotes en ese redondo trasero os enseñaría vuestro lugar.

Elena echaba chispas por los ojos. Si no fuera porque tenía educación, cosa de la que aquel presuntuoso carecía, le habría roto aquellos dientes perfectos.

—Si os atrevéis a ponerme un solo dedo encima, juro que será lo último que hagáis. —Elena se había empujado para poder enfrentar su rostro al de Hector Roy que mantenía una estúpida sonrisa de prepotencia que consiguió enojar más a Elena.

—Una mujer soberbia. Tendré que hablar con mi sobrino.

El sonido de voces rompió la tensión que se había levantado entre ellos y Hector Roy se alejó sin dejar de mirarla. Elena continuó su camino hacia las cocinas esperando no tener que volver a encontrarse con él.

No era la única que intentaba evitar a Hector Mackenzie, su sobrino Ian buscaba cualquier excusa para alejarse del castillo y el deseo del rey de ir a cazar fue la excusa ideal.

Alicia y Elena habían salido esa tarde a recolectar algunas plantas para los brebajes y potingues, pero las oscuras nubes que comenzaron a cubrir el cielo adelantaron su regreso. Cuando entraron al castillo se asustaron al oír los gritos que salían del salón. La voz alterada de Lady Agnes y Roderick sobresalían sobre otra voz masculina, que Elena identificó como la de Hector Roy. Se pararon frente a la puerta del gran salón hasta que esta se abrió y Hector Roy salió con una sonrisa en los labios, sonrisa que amplió cuando reparó en Elena. Ni siquiera la saludó. Pasó a su lado mirándola de reojo, haciéndola estremecer y preguntándose qué habría pasado.

Divisó las figuras visiblemente preocupadas de Lady Agnes y Roderick. Hector Munro se encontraba en una esquina con cara de pocos amigos.

Elena recordó lo que Hector Roy le había dicho cuando discutió con él y se preguntó si ese sería el motivo por el que estaban enfadados. Sin esperar a que le dijeran nada se adelantó y quiso explicarse.

—Me incordió y le contesté. Quizás no fui amable, si le ha molestado me disculparé.

Alicia la miró extrañada. No sabía de qué estaba hablando.

—Hector Roy Mackenzie ha pedido vuestra mano —soltó fríamente Lady Agnes mirando a Elena, que en un primer momento no reaccionó. Cuando analizó las palabras, se quedó paralizada. No estaba segura de haber oído bien. Abrió la boca pero ni una sola palabra consiguió salir de su boca. Alicia fue la que preguntó.

—¿Qué... ha pedido?

—Hector Roy Mackenzie desea tomar a Elena como esposa. Así nos lo ha comunicado y mañana lo solicitará oficialmente a Ian Mackenzie.

Elena repitió en su cabeza lo que acababa de escuchar, intentando asimilar su significado. Su mente racional le explicaba que se encontraba en una época en la que el matrimonio era un contrato de intereses donde muy pocas veces las parejas se conocían lo suficiente como para elegir pasar juntos el resto de sus vidas. Para colmo, Ian Mackenzie tenía la última palabra sobre su futuro y se preguntó si, dadas sus relaciones con su tío, accedería a su petición.

—Y... ¿si lo rechaza? —preguntó temerosa.

—Entonces... habrá una guerra —contestó rotundo Roderick alejándose de ella.

—¿Una... guerra? —Sus ojos se abrieron como platos —¿Por una simple boda?

—No es una simple boda. —Lady Agnes cogió la mano de Elena —Si Ian Mackenzie se niega, su tío argumentará que es por motivos personales ya que no hay ninguna razón para que este matrimonio no se lleve a cabo. Hector es un Mackenzie y necesita una esposa que le dé hijos y lleve sus tierras. Ningún laird puede oponerse a una boda sin ninguna razón.

—Pero... ¡Yo no quiero casarme!

—Querida, me temo que no tenéis mucho que decir en este asunto. Estáis bajo la tutela de Ian Mackenzie y le debéis obediencia. Lo que él decida, debéis aceptarlo.

Elena se sentía perdida. Fuera lo que fuera lo que decidiese Ian Mackenzie, no iba a ser de su agrado. La idea de casarse con Hector Roy le producía náuseas y sabía que no lo soportaría, pero ser la causante de una guerra que nunca debería tener lugar, eso nunca se lo perdonaría.

Últimamente Elena se había estado preguntando si su viaje en el tiempo habría provocado ya alguna paradoja temporal pero, si esa guerra llegaba a ocurrir, estaba casi segura de que afectaría al futuro y no sabía hasta qué punto. Aunque no le gustaba la ciencia ficción, había escuchado acerca de la paradoja del abuelo. Según esta teoría, si alguien viaja al pasado y mata a su abuelo, éste jamás podría engendrar a su padre o madre y, por tanto, él tampoco podría haber nacido. También había escuchado sobre los universos paralelos, donde en un universo uno moría pero en el otro no, llevando probablemente una vida completamente distinta. Como no había forma de averiguar si su intromisión en el pasado provocaría algún cambio, debía intentar evitar cualquier enfrentamiento bélico, en especial si ella era la causante, una persona que no debería de estar allí.

Lo único que se le ocurría que podría hacer era huir, pero no podía hacerlo antes de casarse, o Hector Roy lo consideraría una ofensa y seguramente acusaría a su sobrino de haberlo organizado él. No. Tenía que aguantar hasta contraer ese indeseable matrimonio y luego, escapar, quizás a España.

Alicia se sentó junto a ella. Estaba tan confundida como su amiga y no sabía cómo confortarla.

—¿El Laird Mackenzie no se ha pronunciado? —preguntó Alicia para romper el silencio.

—Ian Mackenzie todavía no lo sabe. Ha salido a cazar con el rey. Vendrán al anochecer.

—¿Qué es lo que todavía no sé? —La voz grave de Ian retumbó en el salón.

Todos los ojos se desviaron hacia la puerta donde Ian Mackenzie y el rey Jacobo hacían su entrada embadurnados en barro y sangre.

—Majestad, Ian. No os esperábamos hasta más tarde.

—Ha empezado a llover copiosamente y apenas podíamos ver, así que hemos decidido dejarlo para otro día. ¿De qué hablabais? —preguntó Ian quitándose la casaca empapada de agua.

Roderick buscó la aprobación de los testigos y sin muchos rodeos lo soltó.

—Hector Roy Mackenzie ha pedido la mano de Lady Elena.

Ian, que en ese momento se dirigía hacia la chimenea para calentarse, se quedó clavado en el suelo. Todos fueron testigo de la tensión en su espalda y la rabia con la que sus puños se cerraron. Ni siquiera se volvió. Con una voz arrebatada inquirió.

—¿La mano de Lady Elena? ¿Por qué?

—Dice que necesita una esposa que le dé hijos y lleve la administración de sus tierras.

Ian sintió que la sangre le hervía y no tenía muy claro si se debía al hecho de que fuera su tío quien la reclamara o a la idea de que Elena fuera tocada por otro hombre. Apretó la mandíbula y respiró profundamente para calmar su ira; necesitaba controlar la situación. Se volvió lentamente.

—¿Una esposa? Y ¿por qué Lady Elena?

Roderick se sintió intimidado por la recelosa mirada de su hermano que parecía culparle por la propuesta de su tío.

—Eso n...no lo...lo ha explicado —contestó tartamudeando.

—¿Está al tanto de la cesión de las tierras de Meine por parte del rey? —preguntó mirando a todos —¿Alguien le ha informado?

La tensión podía cortarse con un cuchillo. Nadie contestó, se limitaron a negar con la cabeza.

—Aunque ese fuera el motivo —expuso Lady Agnes—, no podemos refutar su proposición. No hay ninguna razón que impida ese matrimonio. La adhesión de tierras es uno de los motivos para pactar una unión y todos sabemos que tu tío pretende esas tierras desde hace tiempo.

—Mi tío pretende esas tierras y también la mitad de Kintail. No creo que esa sea la razón.

—¿Entonces? —preguntó curioso el rey —¿Cuál es el motivo para solicitar la mano de Lady Elena?

—Quiere ponerme a prueba. Busca una excusa para ir a la guerra y reclamar mis tierras, las tierras de los Mackenzie, y esta es una excusa ideal.

Elena reaccionó rápidamente y levantándose se dirigió a Ian

—Entonces no le deis esa excusa ideal. Aceptad el matrimonio y no habrá guerra. —La sorpresa se generalizó. Nadie esperaba que ella misma quisiera aceptar el matrimonio —Laird Mackenzie, no podría vivir con la culpa de ser la causante de una guerra, jamás me lo perdonaría.

Ian entornó los ojos. Aquella increíble mujer había salvado a muchos miembros de su familia y a pesar de que era la única persona capaz de sacarle de quicio, a pesar de ser impetuosa, impulsiva y cabezota, a pesar de haber revolucionado a todos, no merecía ser castigada con una vida de agonía junto a su tío. Su bondad aceptando un matrimonio por la única razón de evitar una guerra decía mucho en su favor y él, Ian Mackenzie, no estaba dispuesto a que su tío se saliera con la suya.

—John —el rey atrajo su atención —sabéis que tenéis todo mi apoyo en la polémica con

vuestro tío, pero no puedo permitir que uno de mis mejores hombres vaya a la guerra. Si vuestro tío acude a mí para que arbitre en la disputa, sabéis que mi decisión no os gustará.

Ian Mackenzie tardó en contestar pero cuando lo hizo su respuesta quedó inconclusa.

—No será necesario, Majestad. Lady Elena no puede casarse con Hector Roy Mackenzie.

—Y ¿qué razón vais a darle?

—Lady Elena está ya prometida. —Afirmó tajante.

—¿Te has prometido? ¿A quién? —Alicia miró boquiabierta a su amiga —No me habías dicho nada.

—No me he prometido a nadie. No sé lo que pretende —exclamó Elena sin dejar de mirar a Ian, que no entendía a dónde quería ir a parar.

—¿Prometida? —inquirió el rey mirando seriamente a Elena —Y ¿quién ha pedido su mano?

Ian mantuvo la atención de todos, que no estaban al tanto de la supuesta oferta y mirando fijamente a Elena añadió.

—Yo, Ian John Mackenzie, 9º señor de Kintail y laird del clan Mackenzie.

CAPÍTULO XX

Elena tuvo que sentarse para no caer. «¿Ian Mackenzie? Pero... ¡a este hombre se le ha ido la olla!» No daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Casarse con ella? Con los ojos desorbitados examinó detenidamente al laird en busca de alguna señal que le mostrara que era una patraña, que no hablaba en serio, que era una treta para salir del paso, pero Ian Mackenzie parecía estar completamente convencido de lo que sus labios acababan de exponer. El brillo en sus ojos la desconcertó aún más que sus palabras.

Menos sorprendida estaba Lady Agnes, que sonreía con complacencia. En el fondo esa opción hacía mucho que la había contemplado, antes de que Hector Roy apareciera. Sabía que su hijo sentía algo por aquella muchacha y, a pesar de la cabezonería de la joven, podría asegurar que el sentimiento era mutuo. Ian Mackenzie necesitaba a una mujer fuerte a su lado, alguien que no se dejara amedrentar por nadie, ni siquiera por un hombre temido y respetado por todos, alguien que fuera resolutiva, valiente y extremadamente cariñosa, y Elena cumplía todos los requisitos.

El rey se acercó a Ian y le golpeó en el brazo.

—¡Bribón! ¿Cuándo pensabais informar a vuestro rey?

Ian se sentía plétórico. La idea de tomarla como esposa le había rondado la cabeza desde hacía tiempo, pero no se atrevía a pedírselo, ni siquiera se había atrevido a considerarlo, estaba casi seguro de que no lo aceptaría. Sus continuas discusiones le quitaban las ganas de siquiera intentarlo, era una mujer difícil de satisfacer. Aunque como su laird podría imponer su voluntad, no soportaba la idea de tenerla siempre en contra. Le gustaba su forma de ser, su forma de enfrentarse a él, la forma en la que siempre se salía con la suya. Su independencia, su valía, su seguridad, eran solo parte de sus atractivos, aquella mujer podía volver loco a cualquier hombre y él era uno de los más afectados. Pero todavía no las tenía todas consigo, necesitaba que ella le aceptara y sabía que la única manera era dejándola decidir y, aunque temía que pudiera rechazarle, tenía que intentarlo.

—Bueno, todavía estoy esperando su respuesta —comentó clavando sus ojos en Elena, que se sintió abrumada. Era consciente de que el laird podría obligarla a ser su esposa, pero permitir que ella decidiera no se lo esperaba.

Lady Agnes contemplaba la escena pendiente de la decisión de la joven, que se había quedado callada, y decidió intervenir.

—Debéis elegir, Lady Elena. El matrimonio con Hector Roy Mackenzie o el matrimonio con Ian John Mackenzie.

Elena miró a la mujer repitiendo mentalmente lo que acababa de decir. No tenía muchas opciones. Ambos hombres habían solicitado su mano y tenía que elegir, y lo malo no era que tuviera que elegir, era el hecho de que no tenía otra alternativa que hacerlo. Se quedó bloqueada, sin palabras, buscando alguna salida que pudiera librarla de un matrimonio no esperado.

Ian se acercó a ella, era el momento de darle un empujón. Cogió su mano e implorando con su

intensa mirada inquirió.

—Lady Elena, ¿aceptaríais ser mi esposa?

Elena sintió que le faltaba el aire. La presión de las manos del laird sobre las suyas parecía quemar su piel y su corazón desbocado no conseguía enviar el suficiente oxígeno a su cerebro. Aquel hombre frente a ella conseguía confundirla y no era capaz de pensar con sensatez. ¿Ser su esposa? ¿Era esa la solución? ¿Sería capaz de aceptar órdenes de un hombre acostumbrado a mandar y a ser obedecido? No lo conocía hasta el punto de asegurar que ese matrimonio pudiera hacerla feliz, o al menos no hacerla infeliz. Estaba segura de que chocaría con la soberbia de aquel hombre pero ¿qué otra alternativa tenía? La idea de escapar después de casarse con Hector Mackenzie podría ser la solución, aunque tendría que esperar el momento oportuno de hacerlo y no sabía cuándo se presentaría ese momento.

«Creo que necesitáis a un hombre que sepa templar ese genio.» —Aquellas palabras pronunciadas por Hector Roy consiguieron revolver su cuerpo. Imaginar un solo día junto a aquel indeseable disipó todas sus dudas.

—Sí... a... acepto.

Elena sabía que se había tirado directamente a la piscina, que aquella decisión tan precipitada en otro momento le habría llevado días, sino meses y, de repente, había aceptado un matrimonio sin conocer al hombre con el que compartiría el resto de su vida. Pero allí estaba, prometida a un laird escocés del siglo XVI, del que apenas sabía nada, salvo que era arrogante, engreído y que besaba como jamás nadie la había besado. Se preguntó si estaba haciendo lo correcto, aunque no entendía por qué se sentía tan emocionada.

—Bien. —El rey ocupó el centro —Y ¿para cuándo la boda?

—Cuando volvamos a Eilean Donan.

—¿Cuándo regreséis? De eso nada, John. Os casaréis aquí, aprovechando que la reina y yo estamos en Foulis. Los esponsales se celebrarán la semana próxima.

—¿Cómo? ¿La semana próxima? —Elena casi gritó —Pero...

—La reina y yo debemos regresar a Stirling cuanto antes; hay asuntos de los que tengo que ocuparme y no puedo demorarlo mucho más.

—Pero... —Elena estaba asustada —es... demasiado pronto...

—El rey tiene razón —añadió sonriendo Hector Munro—. Es una buena ocasión para celebrar los esponsales, además tu hermana se alegrará de poder asistir, si os desposáis en Eilean Donan no podría acudir.

—Me parece bien. —Ian secundó la fecha propuesta por el rey. Había visto la expresión de pánico de su futura esposa y temía que se echara atrás —No veo motivos para aplazarlo.

—No se hable más. —Lady Agnes tampoco quería que su futura nuera cambiara de opinión — Hay que organizar una boda y no hay mucho tiempo.

Elena estaba aterrorizada; no le dejaban tiempo a hacerse a la idea. No era precisamente la boda que había imaginado cuando era pequeña: una celebración por todo lo alto en un precioso entorno, con su familia y amigos y con un hombre maravilloso con quien habría tenido un largo y feliz noviazgo. Miró a su futuro marido, rodeado por sus hombres, que le daban la enhorabuena y bromeaban con él, y se preguntó si llegaría en algún momento a congeniar con él. En ese momento se acercó Alicia.

—Por lo menos es guapo.

—Ya, pero eso no es suficiente.

—Lo sé, pero será más llevadero. No es un mal tipo, Elena. Creo que os llevaréis bien. —

Quiso convencerla.

—¡Si estamos discutiendo cada dos por tres! —expuso sonriendo Elena.

—Bueno, los matrimonios reñidos son los más queridos, o eso dicen. —Rebatió Alicia mientras se dirigían a las escaleras para subir a sus aposentos.

—Ya veremos —contestó la futura señora Mackenzie, que sintió en la espalda la penetrante mirada de su esposo, pero no quiso volverse y continuó subiendo—. Al menos te tengo a ti, Alicia. Me alegro de que estés conmigo.

—Yo también.

CAPÍTULO XXI

Roy Mackenzie no se entusiasmó con el anuncio de la boda de su sobrino y, sintiéndose traicionado y burlado, aunque el soldado herido no estaba del todo recuperado, se marcharon a la mañana siguiente sin despedirse de nadie. Elena los vio alejarse desde la torre principal del castillo, donde había subido a primera hora de la mañana después de pasar la noche dando vueltas en la cama intentando hacerse a la idea de lo que se le venía encima.

—No creo que lo haya aceptado. —Elena se sobresaltó. No le había oído llegar. Ian contemplaba las diminutas figuras que se iban distanciando hasta que desaparecieron en la lejanía.

—¿Crees que tomará represalias?

—Estoy seguro —contestó entornando los ojos—. Pero no te preocupes, no permitiré que se acerque a ti.

—No me preocupa lo que pueda hacerme a mí, me preocupa hasta dónde puede llegar para conseguir su objetivo.

—Es un hombre que no atiende a razones y buscará la forma de salirse con la suya. Pero ahora, —cogió sus manos y la obligó a mirarle a los ojos —debemos olvidarnos de él. La próxima semana seremos marido y mujer y me gustaría que nos conociéramos un poco más. No conozco las costumbres de tu pueblo y no me gustaría que te sientas incómoda conmigo. Quiero que me digas lo que esperas de mí, quiero que me digas lo que te molesta, lo que te gusta, lo que odias, lo que amas. Quiero conocerte, quiero... hacerte feliz, que no te arrepientas de haberte casado conmigo. No deseo que seas solo mi esposa, deseo que seas mi esposa, mi compañera, mi amiga, mi amante, la madre de mis hijos, mi confidente, quiero que seas la persona con la que compartiré el resto de mi vida.

Elena escuchaba sin creer lo que estaba oyendo. La imagen que se había forjado de Ian Mackenzie se derrumbó por completo y en su lugar surgió una persona completamente distinta, una persona llena de sentimiento, una persona preocupada por hacerla feliz y un rayo de esperanza nació en su corazón, quizás no fuera tan mala la idea de casarse con él. Quiso hablar pero las palabras se atascaron. Sacudió la cabeza para despejar su atoramiento.

—Si no me deseas como esposo —Ian soltó sus manos interpretando su respuesta equivocadamente —respetaré tu decisión.

—No, Ian. —Consiguió por fin deshacer el nudo de su garganta —Sí que deseo ser tu esposa, es solo que no me esperaba que fueras así. Te había tomado por una persona engreída y prepotente que siempre se salía con la suya. No pensé que te importara lo que yo piense o sienta.

—Por supuesto que me importa. —Afirmó tajante —Tengo sentimientos, aunque a veces no lo parezca. Quiero abrirte mi corazón y que descubras al hombre con el que te vas a casar, no me gustaría que te formes una impresión errónea de mí. Prometo ser siempre sincero y no ocultarte nada, y espero que tú hagas lo mismo.

Elena se sintió fatal ante esa afirmación. Aunque le gustaría, por desgracia, no podía ser totalmente sincera con él, no de momento, pero esperaba que algún día pudiera confiar lo

suficiente en él como para poder confesarle su gran secreto.

—Creo que tenemos que hablar de muchas cosas. —Sonrió Elena

—Sí, creo que sí.

Aunque siguieron chocando en más de una ocasión, en la semana que pasaron juntos antes de su boda se conocieron más que en todo el tiempo transcurrido desde que se cruzaron en el lago.

CAPÍTULO XXII

Los preparativos para la boda mantuvieron ocupados a todo el castillo durante esa semana hasta que una soleada mañana Elena se levantó para convertirse en la señora de Ian John Mackenzie. Catherine le había prestado su vestido de novia y Alicia se presentó en su cuarto en cuanto los primeros rayos anunciaban el nuevo día. Elena estaba tan nerviosa como cualquier novia a punto de desposarse, con los mismos temores y las mismas dudas. Alicia la ayudó a vestirse y arreglarse e, intentando quitar hierro al asunto, bromeó.

—Sí que estás solicitada. Dos hombres piden tu mano el mismo día. Esto no habría ocurrido en nuestra época. Por lo menos has sabido elegir.

—Espero no arrepentirme.

—Seguro que no, sobre todo en tu noche de bodas. —Alicia le guiñó un ojo pero la expresión del rostro de Elena cambió a extrema preocupación. Alicia vio su reacción —Vamos, Elena, somos mujeres del siglo XXI, solo vas a echar un polvo con un tío que está cañón...

—Pero un tío al que apenas conozco —interrumpió Elena que, a pesar de las conversaciones que había tenido en los últimos días con Ian, todavía le consideraba un extraño.

—¿Y qué? —soltó encogiendo los hombros —Tómatelo como si le hubieras conocido en una fiesta y hubieras decidido perder tu virginidad con él. No eres una mojigata. En nuestro siglo ni siquiera habrías esperado a casarte con él, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, pero en nuestro siglo me habría acostado con él sin más, y luego, el destino decidiría si seguíamos juntos o no.

—Creo que Ian Mackenzie puede hacerte feliz. He visto cómo te mira y también te he visto mirarle y, por mucho que intentes negarlo, hay algo entre vosotros, algo que está ahí latente y que solo necesitáis descubrirlo.

—No lo sé, Alicia. Reconozco que me gusta, pero apenas lo conozco y no estoy segura de que llegue a funcionar.

—Solo lo sabrás si lo intentas.

—Ya.

—Vamos, mi niña, ya verás cómo todo sale bien. Ven aquí, que te dé un achuchón.

Las dos amigas se fundieron en un cálido abrazo justo en el momento en el que Lady Agnes, después de llamar suavemente a la puerta, entraba en la habitación.

—Buenos días, querida. ¡Vaya! Estáis muy hermosa. Tomad, creo que os falta esto —añadió tendiendo una preciosa tiara hecha con pequeñas flores de color malva a juego con su vestido—. La hemos hecho entre Catherine y yo. Espero que os guste.

—Es... preciosa. Muchas gracias Lady Agnes, pero no hacía falta...

—Es una costumbre de familia. Dejad que os la ponga.

Alguien volvió a llamar a la puerta. Kenneth, con una sonrisa de oreja a oreja, estaba plantado en la puerta.

—¡Estás guapísimo, Kenneth! —Soltó Elena mirándole de arriba abajo.

—Eso debería decíroslo yo —comentó pasando al interior —¿no?... ¿madre? —hizo hincapié en la palabra «madre» y Elena sintió una oleada de ternura. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

Con la sonrisa todavía adornando sus labios, Kenneth le mostró un pequeño paquete envuelto en una tela del mismo tartán del clan.

—Mi padre me encargó un regalo para vos —comentó depositando el paquete en las manos de Elena.

—¿Un regalo?

—Buscaba algo muy particular y le dije que yo podría hacerlo, abridlo.

Elena cogió el paquete y con mucho cuidado lo abrió. Se quedó con la boca abierta cuando sus ojos contemplaron un pequeño colgante de una sirena tallado en madera.

—¿Lo... lo has hecho tú?

—A Kenneth se le da muy bien la talla de madera, por algo le llaman Kenneth Coinneach na Cuirc. Deberíais ver algunas de sus figuras —comentó Lady Agnes.

—Es... es... precioso, Kenneth. Me encanta. —Y se agachó para abrazar al chico mientras unas lágrimas se escapaban de sus ojos —Vaya, me voy a poner ahora a llorar.

—Dejad que os lo ponga, y limpiaos los ojos, que se os van a hinchar. —Lady Agnes colocó el colgante en el cuello de Elena, que sintió la suavidad de la madera tallada en su piel —Venga, vámonos, o el novio pensará que habéis huido.

Cuando salieron de la habitación, Roderick esperaba junto a la puerta para acompañarla. Asintió con los ojos como platos.

—¡Vaya! ¡Qué suerte tienen algunos! Estáis... realmente preciosa.

—Gracias, Roderick. —Sonrió agradecida.

Ian Mackenzie no podía contener su nerviosismo. Lanzaba miradas soslayadas hacia las escaleras procurando que no se notara su impaciencia, mientras se pasaba la mano por el cabello o se alisaba una y otra vez la tela del kilt. El rey a su lado le miraba divertido.

—Tranquilo, John, no puede tardar mucho. A las mujeres les gusta hacerse esperar el día de su boda.

—Sí. Claro. Por supuesto —comentó Ian negándose a admitir que lo que realmente le preocupaba era que hubiera cambiado de opinión.

El murmullo dio paso al silencio y todas las miradas se centraron en las escaleras en el momento en el que Elena aparecía del brazo de Roderick Mackenzie.

Ian se quedó sin habla. Temió que sus piernas no le sostuvieran y sus ojos se negaron a parpadear para no perder un segundo de aquella belleza que en breve se convertiría en su esposa. Con la boca entreabierta en una mueca embelesada, admiró la figura elegante y majestuosa de aquella mujer que descendía por las escaleras como si fuera una diosa. Recorrió orgulloso su cuerpo deteniéndose en el colgante que adornaba su cuello; su hijo había hecho un buen trabajo, la madera refulgía como si fuera oro y Elena lo acariciaba delicadamente con la yema de sus dedos. Por un momento sintió celos de aquel trocito de madera y cuando sus ojos se encontraron, el corazón de Ian se paró y todo lo demás dejó de existir.

Elena contempló a su futuro esposo y tuvo que admitir que era el hombre más guapo que había visto en su vida. Se había arreglado el pelo, rasurado la barba y vestía su mejor kilt, todo eso unido a su imponente figura justificaba el desenfrenado latir de su corazón. Cuando se situó a su lado sus cuerpos se rozaron sutilmente y ambos se estremecieron.

La ceremonia fue breve y rápidamente los festejos inundaron el castillo. Manjares que llevaban cocinándose desde primera hora de la mañana hicieron las delicias de los invitados, que no tardaron en verse embriagados por las decenas de barriles de cerveza y vino que circularon esa tarde mientras la música sonaba y todos y cada uno bailaban al son de las alegres melodías.

En cuanto se hizo de noche, los novios, sentados en la mesa principal, pronto fueron separados. Ian se vio rodeado de sus hombres que disimuladamente le fueron alejando de la novia mientras llenaban su copa una y otra vez, riendo y diciendo burradas que el laird agradeció no llegaran a oídos de su esposa.

Elena estaba nerviosa y había abusado un poco de la bebida para sentirse más desinhibida y confiada. En otras circunstancias su virginidad no habría llegado intacta al matrimonio y esa noche podría disfrutar del sexo con su esposo sin preocuparse por el nerviosismo de la primera vez, pero las circunstancias eran otras y el simple hecho de apenas conocer a su marido ya la ponía nerviosa. Cuando las mujeres se acercaron a ella para ayudarla a prepararse se quedó en blanco. Fue Alicia la que habló.

—Creo que no es necesario, yo la acompañaré ¿verdad, Elena?

—¿Ehhh?

—Que yo te acompañaré para ayudarte —comentó después en castellano—, salvo que quieras que te acompañe medio castillo a tu dormitorio.

Elena comprendió y se apresuró a ratificar.

—Sí, sí, Alicia me ayudará. Os lo agradezco, pero no es necesario.

Las mujeres asintieron y se quedaron a la espera de que Elena se retirara a sus aposentos para después hacer ellas lo mismo.

Las dos amigas se levantaron y, despidiéndose del resto de mujeres, se encaminaron hacia las escaleras. Elena echó un fugaz vistazo a Ian, que se hallaba secuestrado por sus hombres, y en ese momento el ardor de la mirada de su esposo la estremeció de pies a cabeza. Subió las escaleras y se dio cuenta de que estaba temblando. Cuando entraron al dormitorio, Alicia se percató de su nerviosismo.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

—¿Por qué tiemblas?

—No lo sé. Supongo que de emoción —contestó encogiéndose de hombros.

—Te entiendo. Bueno, como diría tu madre, sabes que la primera vez duele un poco...

—Alicia...

—Cuando un hombre se excita —añadió divertida haciendo gestos obscenos— su...

—¡Alicia, largo de aquí!

—Pero si solo quería explicarte —continuó riendo— que cuando un hombre...

—¡Largo! —espetó señalando la puerta.

—Está bien, ya me voy, pero deja que por lo menos te ayude a desvestirte.

—Puedo hacerlo yo solita. Largo.

—Qué desagradecida —contestó con un mohín triste.

—Será mejor que te vayas, Ian puede aparecer de un momento a otro.

—De acuerdo, me voy. ¿No quieres que te ayude con el vestido?

—No, gracias, ya lo hago yo.

—Como quieras. —Le dio un beso en la mejilla— Disfruta de tu noche de bodas.

Alicia se dirigió a la puerta y antes de salir soltó pícara.

—Por cierto, ¿sabes que a los tíos les encanta...

—¡Largooo! —Chilló tirándole uno de los almohadones de la cama. Alicia salió corriendo, riendo mientras cerraba la puerta tras de sí.

Elena suspiró y comenzó a desvestirse. Aunque la habitación estaba caliente, se acercó a la chimenea, no tenía claro si temblaba de frío o de nervios. Se puso el camisón que alguien había dejado sobre la cama y, después de quitarse la tiara que Lady Agnes le había dado, comenzó a cepillarse su larga cabellera, eso la tranquilizaría. Cuando acabó se quedó contemplando el reflejo argénteo que la luna depositaba sobre los campos, escuchando el ulular del viento, reflexionando sobre todo lo que había ocurrido desde que efectuaron el inesperado viaje en el tiempo. Se estremeció al pensar que era la misma luna que vería cinco siglos después. Todavía le costaba asimilarlo. Se preguntó si alguna vez sería capaz de confiar en Ian. ¿Alguna vez se atrevería a contarle que venía del futuro? Convivir con una persona el resto de su vida y no poder ser sincera le iba a resultar muy difícil, aunque quién sabe si sería capaz de aguantar toda su vida con él. Decidió olvidarse de sus preocupaciones y sus miedos y centrarse en esa noche, una noche muy especial, con un hombre... muy especial. Haría todo lo que estuviera en su mano para que aquello funcionase. «Creo que merece la pena intentarlo».

Ian estaba desesperado. La costumbre de entretener al novio el mayor tiempo posible estaba acabando con su paciencia. En varias ocasiones había intentado escabullirse, pero sus hombres no paraban de bromear y le impedían levantarse de su asiento.

—Vamos, John, no tengas tanta prisa, tu esposa estará esperándote cuando vayas. Tómate otra con nosotros. Esta noche debes cumplir y si eres demasiado impetuoso vas a asustarla.

Las carcajadas solamente consiguieron que mostrara una mueca de resignación, sabía que le iba a ser difícil escapar; tenía que deshacerse de ellos como fuera.

Les siguió el juego riendo y bebiendo sin volver a mirar las escaleras, como si no tuviera ninguna prisa. Cuando sus compañeros se sintieron confiados, desparramó adrede el barril de vino que estaba sobre la mesa y, entre risas, disculpándose por su torpeza, se ofreció a ir a por otro. De camino a la cocina, miró disimuladamente a sus hombres y, cuando comprobó que no seguían sus movimientos, se desvió rápidamente hacia las escaleras en dirección a sus aposentos.

Se paró frente a la puerta sintiendo una extraña mezcla de emociones que se acumularon en su cuerpo: deseo, pasión, miedo, preocupación, ansia, excitación, todo mezclado en un cóctel que amenazaba con explotar sin ninguna posibilidad de control, algo que nunca jamás le había ocurrido y la razón estaba justo detrás de aquella puerta.

CAPÍTULO XXIII

Abrió la puerta muy lentamente. Una tenue luz procedente de la chimenea iluminaba la estancia. El crepitar de las llamas parecía dirigir una sinfonía que acompañaba a las sombras titilantes, confiriendo a la habitación un ambiente misterioso, expectante, seductor. Cerró la puerta tras de sí sin hacer ruido y un escalofrío recorrió todo su cuerpo al distinguir la silueta femenina de pie junto a la chimenea, mirando por la ventana. Permaneció allí, fascinado por la sensual imagen que su esposa proyectaba, envuelta en un camisón blanco, con el cabello descendiendo en ondas salvajes sobre sus estrechos hombros hasta acariciar su cintura, su delicado perfil marcado por unos voluptuosos labios carmesí, una pequeña y recta nariz y la curvatura de unas tupidas pestañas rozando sus cejas; su indiscutible belleza lo cautivó. La boca se le secó al contemplar las curvas de su cuerpo que se dibujaban a través del trasluz y una urgente necesidad de recorrer cada centímetro de su piel se apoderó de él.

Elena no escuchó la puerta, pero percibió la profunda mirada de su marido y volvió su rostro hacia él. Su corazón se paró al sentirse atrapada por la pasión que ardía en los ojos masculinos clavados en ella y sus piernas temblaron.

Ian comenzó a acercarse sintiéndose deslumbrado por la belleza salvaje que emanaba de ella, ansioso por tomar aquellos labios que brillaban en la penumbra, por acariciar aquella piel de seda y se preguntó si sería capaz de ir despacio, su necesidad de ella aumentaba a medida que la distancia entre ellos se acertaba.

Se paró frente a ella aspirando su aroma mientras acercaba una mano al rostro de su esposa, que se agitó enardecida, cerrando los ojos para sentir su calor, inflamando aún más el deseo de su esposo. Rozó suavemente los labios con el pulgar mientras con la otra mano estrechaba la cintura femenina atrayéndola hacia él. Ian luchaba por dominar el ardor que imperaba en su cuerpo, pero todo su ser anhelaba devorar los jugosos labios, tomar hasta la extenuación aquel pecaminoso cuerpo, hundirse en la lujuria entre los brazos de aquella diosa, pero debía ir despacio, por lo menos la primera vez, después nada podría detener su pasión. No sabía si era el primer hombre en su vida pero, si no lo era, sí que sería el último, le haría olvidar a cualquier hombre que hubiera dejado la más mínima huella en su vida.

Bajó lentamente la cabeza y depositó un tierno beso sobre sus labios, un beso sin prisas, saboreando la ambrosía de su boca, explorando su respuesta, escuchando su ronroneo, pero no era suficiente para ninguno de los dos. La ternura fue dando paso a la pasión y sus corazones fueron acelerándose a medida que sus bocas se buscaban ansiosas, olvidándose de respirar, respirando el aliento del otro, sintiendo el electrizante deseo que se iba adueñando de ellos. La ardiente respuesta femenina desbarató todos sus planes de alargar aquel momento, sintiendo cómo cada fibra de su ser explotaba en un incontenible anhelo de hacerla suya. Desesperado por calmar su hambre, Ian la alzó y, con los labios todavía enredados en una lucha de posesión, la llevó hasta la cama mientras se peleaba con el camisón retenido en las rodillas femeninas. Su impaciencia

terminó por rasgar la tela mientras se deshacía de su propia ropa.

Elena se aferraba a su cuello como si fuera una tabla de salvamento y respondía a su ansia con el mismo ardor, perdida en los inflamados besos del escocés, cuyas manos parecían estar por todas partes, arrancando gemidos de placer que no hacían sino prender más la mecha del apetito masculino. Se sentía obnubilada, su cabeza no era capaz de pensar, la fuerte presión de la erección masculina contra su muslo humedeció su feminidad e inconscientemente elevó las caderas provocando un gruñido de excitación en su esposo.

Ian sintió que ya no podía aguantar más. Su miembro estaba a punto de estallar y todo su cuerpo se hundía en un fuego que iba creciendo, y que solo se aplacaría entre las piernas de su esposa. Necesitaba calmarse, calmar el deseo salvaje y primitivo que le impedía ir más despacio y poder saborear ese primer momento entre los dos, indistintamente de si era o no la primera vez para Elena; sí que era su primera vez con él, y no quería precipitarlo. Haciendo un gran esfuerzo se separó de ella y apoyándose sobre los codos, con la respiración entrecortada, permaneció en silencio contemplando la imagen más sensual que había visto en su vida. El sedoso y brillante cabello de Elena se encontraba alborotado, esparcido sobre la blanca sábana con algunos rizos rebeldes que caían por su frente, sus fascinantes ojos violetas brillaban en un sinfín de tonalidades que ni siquiera sabía que existían, los temblorosos labios, hinchados por sus besos, reclamaban su atención. Ian se sintió perdido, no podría ir lo despacio que le gustaría, aquella mujer nublaba todos sus sentidos. La urgente necesidad de su miembro palpitaba furioso; iba a necesitar mucha concentración para olvidarse de sus propios deseos y conseguir que aquella hermosa mujer que temblaba bajo su cuerpo se olvidara de todo excepto de él.

Comenzó a besar tiernamente el cuello femenino, dejando con su lengua un reguero de fuego sobre la piel mientras intentaba distraer su propia necesidad dirigiendo sus pensamientos hacia el campo de batalla, hacia la sangre, hacia la lucha. Siguió descendiendo hasta llegar a los turgentes pechos, rodeándolos y apretándolos suavemente con las manos mientras su boca rozaba los erectos pezones provocando pequeños quejidos de satisfacción. Se entretuvo jugueteando con los atributos femeninos mientras recordaba la última batalla en un intento de olvidarse del martilleo furioso de su entrepierna, pero aquel libidinoso cuerpo que se retorció bajo el suyo se lo estaba poniendo muy difícil. Elena se agitaba bajo su peso arqueando la espalda, buscando un mayor y más estrecho contacto, rodeando las piernas masculinas con las suyas, acariciando su piel e hincando las uñas en su espalda, haciendo que todo el autocontrol que Ian se esforzaba por mantener, se fuera derrumbando como un castillo de naipes.

—Sirena —susurró con voz ronca mientras volvía a mordisquear su cuello —si sigues moviéndote así, terminaré muy pronto.

—¿Por... q... qué? —preguntó estremecida sin poder acabar cuando la boca masculina la asaltó con un profundo y apasionado beso. Cuando separó sus labios Elena no podía hablar.

—Porque estoy tan excitado que temo que derramaré mi simiente sobre las sábanas si continuas moviéndote así.

—No... me... me refería —continuó tartamudeando —por qué me llamas... sirena.

Ian sonrió y sin dejar de besarla respondió.

—Porque la primera vez que te vi creí que eras una sirena que jugaba en el lago, hasta que distinguí tus largas y bien torneadas piernas —musitó acariciándole las piernas, mientras apresaba entre sus dientes el lóbulo de su oreja para después volver a recorrer su cuello y continuar depositando cálidos besos en sus pechos, su abdomen, su cintura, erizando la piel femenina.

Elena no podía respirar, aquel hombre la estaba llevando al borde de la locura. Todo su cuerpo

ansiaba arder bajo su llama, sus besos la estaban haciendo perder la razón, la humedad entre sus piernas delataba la profunda necesidad que sentía de tenerle dentro. Se escurrió bajo su cuerpo y consiguió colocarse a horcajadas sobre él sujetando con sus pequeñas manos los poderosos brazos del highlander, que se dejó atrapar, hipnotizado por la fiera intensidad de su mirada. Sus dedos exploraron el acero de los músculos masculinos, arrancándole sensaciones que nunca antes había experimentado y que se concentraban dolorosamente en el centro de su virilidad. Elena apesó el rostro de su esposo atrapando sus labios como si fuera agua en un desierto. Bebió de él hasta que tuvo que separarse para respirar, pero la tregua le duró poco, ya que Ian tomó el relevo y, rodando sobre ella, volvió a dominarla.

Sus manos ansiosas recorrieron sus caderas trazando una línea de fuego hasta llegar al centro de su femineidad, provocando que Elena diera un respingo al notar los dedos masculinos hurgar entre los rizos de su pubis en busca de su punto de placer. Sin dejar de besarla, comenzó a frotarlo suavemente, aumentando la intensidad cuando Elena arqueó la espalda y su respiración se volvió más rápida. El estallido de placer de su esposa cerrando fuertemente los muslos mientras su femenina cavidad se contraía en los últimos espasmos consiguió desbaratar todos sus esfuerzos por controlar su necesidad y su indómito deseo exigió ser satisfecho.

—No puedo aguantar más —susurró jadeante —necesito tenerte. Muchacha, me estás volviendo loco.

—Es lo que pretendo —murmuró Elena mordiéndole el lóbulo de la oreja mientras las yemas de sus dedos se deslizaban por su encendida piel—. No sé a qué esperas. —Le invitó abriéndose de piernas.

Ian se perdió en el deseo de sus ojos y sin poder evitarlo estalló la violenta pasión que Elena le producía. Ya nada importaba, solo ellos dos. Reclamó los labios femeninos con desesperación, invadiendo con la lengua su boca, exigiendo su completa sumisión, olvidándose de todo salvo de satisfacer el salvaje deseo que lo había golpeado.

Elena se asustó ante su fogosidad e intentó advertirle de su inexperiencia, pero su boca estaba continuamente ocupada. Cuando los besos de su esposo se deslizaron hacia el sensible cuello femenino emitió un apenas imperceptible sonido que quedó ahogado por los continuos jadeos. Tuvo que empujar el robusto pecho de Ian para separarse de él y obligarle a mirarla.

—Ian...

Los ojos masculinos ardían de pasión y se temió que le pidiera que parase; era demasiado tarde, sería capaz de matar si alguien le arrebatara aquel irracional momento de lujuria desenfrenada. No dijo nada, se limitó a mirarla rogándole con los ojos que no rompiera ese momento, no creía que pudiera detenerse ya.

—Ian... es... mi... primera vez.

El corazón de Ian dio un vuelco. No le importaba que hubiera yacido con otro hombre, tendría que resignarse, pero saber que iba a ser él el primero le produjo una infinita ternura y un orgullo que nubló sus ojos. Su mano se deslizó por el contorno de su rostro y lentamente se acercó para depositar un dulce y pulcro beso sobre sus labios.

—No te preocupes, intentaré no hacerte mucho daño, aunque sabes que...

—Lo sé. —Sonrió Elena.

Ian continuó besándola, aumentando la presión a medida que recibía la calurosa respuesta femenina, colocándose entre las piernas de su esposa y presionando con la dureza de su miembro la entrada de la húmeda y cálida cueva que le esperaba. Elena elevó las caderas para confirmarle que estaba preparada. Con toda la suavidad que le fue posible reunir, introdujo lentamente la punta

de su virilidad, entrando y saliendo sin profundizar más. Elena era consciente de la barrera que impedía su completa unión y, aunque no temía el momento, su cuerpo se tensó ante el inminente dolor que preveía. Ian sintió su miedo y dejó de moverse conteniendo su deseo mientras besaba tiernamente el cuello de Elena, aprisionando sus labios para hacerle olvidar sus temores. Cuando sintió que de nuevo volvía la humedad entre sus piernas, embistió con un rápido movimiento hasta romper la barrera que los separaba, provocando un grito de dolor en Elena, que sintió que la partían en dos. Desesperada, empujó para apartar aquel cuerpo que la mantenía prisionera, pero Ian se mantuvo quieto dentro de ella, apretando los dientes, intentando controlar las tremendas ganas de mover las caderas, rogando para que pasara pronto el dolor. Elena sabía que era cuestión de minutos que su cuerpo se amoldara al músculo masculino e intentó relajarse.

—Lo siento, no he podido hacerlo menos doloroso. —Se disculpó Ian mientras lamía tiernamente las lágrimas que habían escapado de sus ojos.

Elena poco a poco sintió que el dolor remitía y, sin ser consciente de ello, empezó a alzar las caderas en una cadencia que pronto fue imitada por su esposo, que salió a su encuentro, agradecido de no tener que dominar ya su fervor. En poco tiempo ambos amantes se movían al unísono cada vez más deprisa hasta que el grito ahogado de su mutuo clímax les envolvió en un sinfín de indescriptibles sensaciones, dejándoles extenuados, jadeando por la falta de aliento.

Ian rodó a un lado para no aplastarla y la atrajo hacia su pecho. Elena escuchó el acelerado latir del corazón masculino mientras el suyo intentaba recuperar su ritmo.

—¿Estás bien? —preguntó Ian acariciando su espalda.

—Sí, agotada.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—No lo sé. —Sonrió deslizando su mano por el poderoso pecho —pregúntamelo dentro de un tiempo.

—¿Te ha gustado?

—¿Quieres saber si eres un buen amante? —preguntó mirándole divertida —Creía que esa cuestión ya había sido contestada por tus muchas amantes, ¿no?

—Tampoco son tantas.

—¿Debería estar celosa? —inquirió frunciendo el ceño. Ian la besó sutilmente.

—Ahora tú eres la única dueña de mi corazón, no tengo ojos para nadie más que para ti. Y ahora duerme un poco, no creo que tarde mucho en volver a estar preparado.

—¡Serás engreído! —Se incorporó Elena divertida con los ojos muy abiertos.

La visión de sus redondos pechos aceleró la recuperación de Ian, que rápidamente la tumbó poniéndose encima.

—Te dije que no tardaría mucho. —Sonrió mordiendo suavemente los labios de Elena, que enseguida sintió la dureza de su potente erección palpitando de nuevo junto a sus muslos.

Descargaron de nuevo su pasión hasta que los rayos del nuevo amanecer comenzaron a infiltrarse por la ventana. Agotados, se durmieron sin escuchar el despertar del castillo, que ese día tuvo que prescindir de su compañía.

CAPITULO XXIV

Elena tuvo que acostumbrarse a la fogosidad de su esposo, que buscaba cualquier excusa para llevarla a la cama, hasta que decidió que cualquier sitio era perfecto para gozar de su esposa.

Alicia reía a carcajadas cuando vio aparecer a Elena saliendo del granero totalmente despeinada y con el vestido mal abrochado.

—¿Es que no podéis esperar a la noche? Anda, arréglate un poco que parece que acabas de pelearte con alguien.

—No vas mal encaminada —comentó Elena sonrojándose—. Por mucho que le diga que no es el momento —gesticuló de forma exagerada— no ha habido manera de convencerle. ¡Dios! A veces me pregunto si la viagra existe en esta época.

—Bueno, digamos que a ti no te importa que sea tan apasionado, ¿no? —Sonrió guiñándole un ojo. Elena correspondió con otra sonrisa.

—La verdad es que no puedo resistirme a sus besos. Me enciende de una forma que me nubla la razón. No recuerdo haber tenido esta sensación con ninguno de los tíos con los que he salido, ni siquiera con Eduardo. Es como si todo a mi alrededor desapareciera.

—¡Ay, el amor! —Soltó Alicia poniendo sus manos en el corazón y parpadeando cómicamente.

—¡Déjalo ya! —Le dio un empujón gruñendo con fingida cara de enfado— Como si a ti no te pasara con Peter.

—Sí, pero nosotros no nos pasamos el día entero dale que te pego. —El movimiento obsceno del cuerpo de Alicia arrancó una carcajada de Elena.

—Qué mala eres. Reconozco que me gusta más de lo que quisiera y día a día va ganándome con detalles y gestos que no me esperaba de él. Pensé que era engreído y arrogante, pero estoy descubriendo a un hombre que no me lo había imaginado, con un corazón y una determinación digno de admiración. Me hace sentir especial y todas mis preocupaciones desaparecen cuando me abraza.

—¡Vaya! Sí que te ha llegado al fondo. Nunca te había oído hablar así.

—Nunca me había sentido así.

—No sabes cómo me alegro, Elena —comentó abrazando a su amiga—. Por lo menos será más fácil vivir en este siglo si tienes a alguien que te hace feliz.

—Sí, será más fácil vivir en este siglo. —Elena cambió la expresión de su rostro— Alicia... ¿Nunca te has parado a pensar desde que llegamos aquí, si estaremos interfiriendo en el futuro?

—¿Qué quieres decir?

—Me pregunto si nuestra presencia en un tiempo al que no pertenecemos no influirá en lo que ocurra en el futuro. Todo lo que existe en el futuro viene determinado por unas circunstancias que se produjeron en el pasado. Si en el pasado algo se modifica, necesariamente tiene que cambiar el futuro.

—Elena, no te comas el coco. Por esa misma regla de tres, nosotras hemos viajado

accidentalmente al pasado y ¿qué ocurre con lo que nos deparaba nuestro futuro? ¿Era viajar al pasado? Y si viajamos al pasado y cambiamos el futuro, ¿no sería nuestro destino? Es mejor no pensarlo. Estamos aquí y tenemos que quedarnos aquí, lo que ocurra en el futuro nunca lo sabremos.

—Tal vez tengas razón.

—Hazme caso, Elena. Haz tu vida y no pienses en las posibles consecuencias. Sé feliz con Ian y dale muchos hijos.

—Por cierto. No había pensado en eso. Con el ritmo que lleva este hombre voy a quedar embarazada antes de lo que quisiera. ¿Podrías darme algo para evitar el embarazo? No es que no quiera tener hijos pero no me gustaría que fuera tan pronto.

—Lo siento, pero píldoras anticonceptivas no tengo —contestó cómicamente.

—¿Qué graciosa! ¿No puedes darme algún brebaje que me impida quedar embarazada?

—Sí. No te preocupes, te prepararé algo, aunque con la marcha que tiene tu señor marido no sé si lo habrá conseguido ya.

—Acabo de terminar con la menstruación, por eso me ha pillado a traición. Le ha costado un triunfo aguantarse mientras estaba sangrando. Incluso me decía que no le importaba, pero ya sabes las hemorragias que tengo y para mí me resulta un poco asqueroso.

—Te entiendo. Entonces, de momento, no estás esperando a un pequeño Mackenzie, ¿no? No te preocupes, te prepararé algo para que te tomes. Por cierto, me ha comentado Peter que vamos a regresar pronto a Eilean Donan, ¿es así?

—Sí, eso parece. Catherine ya está recuperada completamente y el bebé crece sano y fuerte. Ian quiere estar allí antes de que empiece a nevar, hay asuntos de los que tiene que encargarse y no quiere demorarlo mucho.

—Tengo ganas de volver. No es que no me guste este sitio, los Munro se han portado muy bien con nosotros, pero echo de menos el paisaje que rodea Eilean Donan.

—Sí, yo también.

CAPÍTULO XXV

Después de una lacrimosa despedida, la comitiva al completo salió del castillo de Fowlis con destino a Eilean Donan una fría y ventosa mañana, arribando varios días después a Kintail, coincidiendo con las primeras nieves. Llegaron casi al anochecer, y Elena pidió a Ebrel que le preparara un baño caliente, estaba agotada del viaje y necesitaba relajar sus músculos. Ian había desaparecido nada más pisar el castillo y se imaginó que debía estar arreglando algunos asuntos surgidos durante su ausencia, así que solicitó que llevaran algo de comer a su habitación, ya que no le apetecía bajar para cenar.

Cuando subió a sus aposentos, la habitación se encontraba iluminada solo por las ascuas que crepitaban en la chimenea, mientras el agua caliente humeaba en la bañera detrás del biombo. Se desnudó y cuando retiró el biombo para meterse en la tina gritó al ver una figura metida en el agua. Los ojos brillantes de Ian recorrieron su cuerpo con un ardor que la hizo estremecer.

—Hola, esposa. ¿Quieres que te bañe? —preguntó lamiendo eróticamente sus labios.

Elena se quedó sin aliento. La visión del cuerpo desnudo masculino le produjo escalofríos de deseo y sintió un ardiente cosquilleo en su interior.

Ian tendió la mano invitándola a bañarse con él. Elena, hechizada por la tentadora sonrisa masculina, se acercó sin apartar los ojos de él, contorneando las caderas, consciente de la irresistible atracción que ejercía sobre su marido. Las aletas de la nariz de Ian se iban dilatando a medida que su esposa se aproximaba y su corazón comenzó a bombear fuertemente para hacer llegar la sangre que se estaba acumulando en su virilidad.

Se introdujo en la bañera dando la espalda a su esposo, que pasó sus fuertes brazos por la cintura, acomodándola entre sus piernas mientras rodeaba las caderas de Elena, que notó la fuerte erección en sus riñones.

Ian retiró el cabello y besó tiernamente el hombro femenino, subiendo muy lentamente, rozando con los labios abiertos el cuello hasta llegar a la oreja, atrapando el lóbulo y, después de succionarlo, descendió de nuevo recorriendo con la lengua la yugular hasta llegar a la clavícula. Elena cerró los ojos para sentir el cúmulo de sensaciones que se agolpaban en todo su cuerpo.

—¿Estás muy cansada?

Elena apenas podía pensar, ni siquiera estaba segura de que le hubiera preguntado algo, por respuesta tuvo un gemido ahogado que Ian interpretó con una sonrisa apresando sus pechos, masajeándolos suavemente, incrementando la presión de sus labios sobre el delicado y sensible cuello femenino.

—¿Eso significa que puedo hacerte el amor?

Con infinita ternura ladeó el rostro de su esposa para alcanzar sus labios e introducir su lengua en la tibia cavidad, acariciando su interior mientras sus manos hacían lo mismo sobre la ardiente piel de Elena.

—¿Quéé? —Su voz apenas era un susurro cuando su boca se vio liberada, embriagada por las

caricias cada vez más intensas. Las manos de Ian descendieron hacia el centro del placer de Elena, que arqueó la espalda cuando los hábiles dedos masculinos friccionaron el sensible botón.

—¿Quieres que pare? Si estás muy cansada...

—¿Ehh? No, por Dios, no pares.

Elena comenzó a mover las caderas al ritmo que Ian marcaba y cuando pensó que iba a llegar a la cima, sin saber cómo, se vio levantada y vuelta hacia él, que inmediatamente la penetró. Se amoldó a la postura lo mejor que pudo y comenzó a subir y bajar mirando los abrasadores ojos de su esposo, que se mantenía quieto dejando que ella llevara el ritmo. Cuando todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se encontraron al límite de su resistencia, echó la cabeza hacia atrás lanzando un sensual sonido gutural que fue secundado por el gruñido de su esposo alzando sus caderas para encontrar la gloria junto a ella. Se abrazaron y permanecieron así unos minutos, mientras sus cuerpos se estremecían en las últimas sacudidas provocadas por el orgasmo. Ian recorría con los dedos la columna vertebral de Elena que ronroneaba satisfecha.

—Me muero de sed —susurró besando la clavícula masculina.

—Llama a una de las sirvientas.

—Es un poco tarde, estarán durmiendo.

—Si me liberas, iré yo a buscarte un poco de agua.

—No es necesario, bajaré yo a la cocina.

—No me importa.

—Lo sé, pero tengo las piernas entumecidas por la posición, necesito estirarlas.

—Como quieras, pero no tardes mucho. No puedo dormir si no te abrazo.

—Enseguida vengo.

Elena salió de la bañera y cogió una toalla para secarse bajo la atenta mirada de Ian. Se puso el camisón y cogió una capa para echarse a los hombros, salió de la habitación sin apenas hacer ruido y bajó las escaleras en dirección a la cocina.

Las sombras de la noche camuflaban las sigilosas siluetas que se acercaban cruzando el paso que unía el islote con la fortaleza y que apenas estaba cubierto de agua. En poco tiempo, varias figuras ocuparon distintas posiciones a lo largo de la muralla mientras los vigías, ajenos a los intrusos, paseaban de lado a lado intentando no quedarse dormidos. Una flecha silbó en la oscuridad hasta quedar profundamente clavada en el pecho del guerrero que custodiaba el portón de entrada y, antes de que cayera al suelo, dos hombres subieron por la cuerda que habían lanzado, introduciéndose silenciosamente en el adarve. Nadie los vio. Poco después, todos los vigías fueron cayendo mientras el portón central se abría para dejar paso a una oscura figura que entraba en el interior del patio de armas. Sus ojos escrutaron a su alrededor y, haciendo señas a los intrusos, esperó a que éstos se perdieran en las sombras mientras él se dirigía a las cocinas para desde allí subir a las habitaciones.

Elena llenó una copa de agua y la vació de un solo trago. Estaba sedienta. Un ruido en el exterior atrajo su atención y se acercó a la ventana pero no divisó nada, así que volvió a llenar la copa pero, antes de que llegara a sus labios, un fuerte golpe en la cabeza la sumió en la inconsciencia.

CAPITULO XXVI

Salió de la bañera y después de secarse avivó el fuego de la chimenea para meterse completamente desnudo en la cama. Su deseo volvía a estar vivo y esperaba impaciente el regreso de su esposa. Se acomodó, y apoyado en la cabecera de la cama, con las manos en la nuca, suspiró mirando la puerta. Comenzó a impacientarse al ver que Elena no subía. «Sólo iba a beber. ¿Dónde demonios se ha metido esa mujer?»

Se puso el kilt y, a grandes zancadas, sin preocuparse por si hacía ruido, bajó hasta la cocina. Elena no estaba allí. Frunció el ceño extrañado y decidió salir a buscarla pero, antes de darse la vuelta, una copa en el suelo con todo el líquido derramado llamó su atención. Un terrible presentimiento se apoderó de él y, sin dilación, regresó a sus aposentos para coger su espada. Con el corazón en un puño, bajó corriendo las escaleras llamando a gritos a sus hombres.

En unos segundos se presentaron todos en el salón, alertados por la urgencia de su reclamo. Sin decir nada, el laird se dirigió hacia el patio de armas seguido por sus hombres que no comprendían qué ocurría. La dantesca escena que se extendía frente a ellos los dejó a todos sin habla.

Ian buscó entre los cuerpos caídos temiendo encontrar un camisón blanco pero suspiró aliviado al verificar que su esposa no estaba allí, solo la sangre de los guerreros regaba el suelo de Eilean Donan. Sus músculos se tensaron examinando el patio en busca de algún indicio que explicara lo que había pasado y sus ojos se centraron en el portón de entrada, que se encontraba abierto. Los guerreros que lo custodiaban se hallaban boca abajo, lo que probaba que seguramente les mataron por la espalda; no debieron de verlo venir. No tenía dudas sobre la lealtad de sus hombres, por lo que quedaba descartado que el ataque se hubiera pertrechado desde dentro. Se sintió culpable por permitir que Elena bajara sola a las cocinas y la idea de que pudiera pasarle algo le estaba matando. Cerró con fuerza los puños y sintió que la ira se adueñaba de él.

—¿Cómo demonios han entrado? —Buscaba una cabeza de turco que pagara por la angustia que en ese momento sentía.

—Señor, creo que han trepado por los muros —soltó uno de sus hombres mostrando una cuerda —. Encontré esta sogá al pie del muro.

—¿Y nadie los vio? —espetó mirando furioso al guerrero.

—Si alguien los vio, ahora está muerto. Ninguno de los vigías que hacían guardia esta noche está vivo.

—¿Qué ha pasado? —Lady Agnes se acercaba corriendo —¡Oh, Dios mío! —se espantó tapándose la boca al ver la espeluznante imagen —¿Quién ha sido?

—Madre, es mejor que volváis a vuestros aposentos. No quiero tener que preocuparme de otra persona más.

—¿De otra persona? ¿Qué quieres decir?

—Mi esposa ha desaparecido.

—¿Cómo? —preguntó con los ojos muy abiertos —¿Elena? Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

—Bajó a las cocinas para beber y no ha regresado al dormitorio. He salido a buscarla y me he encontrado con esto —añadió señalando la masacre—. ¡Hay que registrar el castillo! —ordenó enviando a sus hombres a distintos puntos del castillo.

—Hijo, ¿qué puedo hacer?

—Volved a vuestros aposentos y llevaos a Kenneth. No sabemos si siguen dentro.

—De acuerdo. Ten mucho cuidado.

Ian asintió y se unió a sus hombres. Recorrieron todos los rincones del castillo y los alrededores despertando a todos, pero no había ni rastro de los saqueadores ni del posible paradero de Elena. Continuaron la búsqueda en los pueblos cercanos e indagaron entre sus habitantes; no debían de estar muy lejos, alguien tenía que haberlos visto pasar.

A media mañana un muchacho de corta edad se presentó en el portón solicitando audiencia con el laird. El guardia le echó de allí pero el chico insistió argumentando que tenía un mensaje muy importante para su señor.

—Lárgate de aquí si no quieres que te azote.

—Pero me han dado un mensaje para el Laird Mackenzie y me han dicho que no me vaya hasta que lo reciba.

El soldado suspiró enojado. Llevaba toda la noche sin dormir y aquel enano estaba acabando con su paciencia.

—Escucha, mocoso, si no te vas ahora mismo te aseguro que te pondré el trasero que no podrás sentarte en una semana. Estoy muy cansado y no tengo tiempo para tonterías.

—Se trata de la esposa del laird —murmuró casi llorando. Un hombre le había dado una moneda por entregar el mensaje que le hicieron aprender de memoria, advirtiéndole que se enteraría si no cumplía su cometido.

—¿Qué sabes tú de la esposa del Laird Mackenzie? —inquirió acercándose amenazador al muchacho. ¿Quién te ha dado el mensaje?

—So... solo puedo hablar con el laird —contestó temblando.

El soldado frunció el ceño y se irguió sin dejar de mirarle.

—Está bien, pero tendrás que esperar, el laird no se encuentra en estos momentos en el castillo. Llamaré a Lady Agnes.

El muchacho asintió y se sentó en el suelo. El guerrero llamó a uno de sus compañeros para que ocupara su lugar y se marchó en busca de Lady Agnes, que inmediatamente ordenó que dejaran entrar al chico y le dieran algo de comer mientras un guerrero marchaba en busca de su señor.

Poco después Ian Mackenzie aparecía al galope seguido por varios de sus hombres. Descendió del caballo antes de que se detuviera y continuó corriendo hasta llegar al salón, entrando como un vendaval.

Al ver la imponente figura del laird, el chico se levantó de golpe y se puso a temblar. Lady Agnes le puso la mano en el hombro.

—Tranquilo, es el Laird Mackenzie, no te hará daño.

Ian, ignorando las palabras de su madre, se acercó veloz al chico y cogiéndolo por los hombros le gritó.

—¿Dónde está mi esposa?

El chico se quedó paralizado, no era capaz de hablar. La furia que desprendían los ojos del laird le bloquearon y su pequeño y huesudo cuerpo tembló mientras las lágrimas comenzaban a descender por sus mejillas.

—¡Ian! —exclamó Lady Agnes separando al chico de las manos de su hijo —¡Le estás asustando! Así no conseguirás que te diga nada. Él solo es el mensajero, no sabe dónde está Elena. Henry —se agachó para estar a su altura, hablándole con dulzura —¿qué mensaje tienes para el laird?

El chico se limpió la nariz con la manga y después miró al hombre que con los brazos cruzados esperaba su respuesta. Tragó saliva.

—El mensaje dice: «Si quieres volver a ver a tu esposa, devuélveme lo que me pertenece: la mitad de Kintail y las tierras de Meine».

El muchacho no esperó a ver la reacción del señor, salió corriendo como si le persiguiera el mismísimo diablo.

Los ojos de Ian se tornaron oscuros y la vena de su cuello se inflamó mientras apretaba con fuerza los puños.

—Hector Roy Mackenzie. Debí de imaginarlo. Le mataré.

CAPÍTULO XXVII

Elena entreabrió los ojos y volvió a cerrarlos. Le dolía mucho la cabeza. Percibió a alguien moviéndose por la habitación.

—¿Ian? —Su voz apenas fue un susurro.

—¿Os encontráis bien, señora?

Elena notó una mano pequeña pero callosa que retiraba el pelo de su frente. Se obligó a abrir de nuevo los ojos pero tardó un rato en aclarar las imágenes que penetraban por su retina. Se hallaba tumbada de lado en una cama que no reconocía, ni siquiera reconocía la habitación. La cabeza le daba vueltas y la sensación de mareo la impedía moverse de la posición en la que estaba. Intentó volverse cuando escuchó de nuevo la cálida voz de una mujer.

—Señora, ¿podéis incorporaros? Os he traído algo de comer.

—¿Quién sois? —balbuceó poniendo todo su empeño en mirar el rostro de la mujer que la hablaba.

—Me llamo Eileen, señora. ¿Puedo ayudaros a sentaros?

—Me duele mucho la cabeza. ¿Dónde está mi esposo?

La mujer calló y se apartó de ella. Elena recurrió a toda su fuerza de voluntad para olvidarse del dolor, el mareo y las terribles ganas de vomitar y, arrastrando los pies, consiguió llevarlos al borde de la cama para empujar y conseguir sentarse. Cerró los ojos cuando la vista se nubló y se concentró en controlar la respiración, permitiendo llegar el oxígeno necesario a su cerebro. Permaneció así unos minutos hasta que las náuseas y el mareo fueron desapareciendo y entonces se atrevió a abrir los ojos. Su corazón se disparó al contemplar la habitación y no reconocerla. Por un momento pensó si sus últimos recuerdos habían sido un sueño y realmente Alicia y ella habían sufrido un accidente y perdido la memoria y ahora comenzaba a recuperarla. Bajó la cabeza y vio que llevaba el camisón que se había puesto para ir a las cocinas a beber agua. Recordó el ruido en el exterior que había llamado su atención y luego... un fuerte dolor en la cabeza. Intentando tranquilizarse, observó la pequeña figura que se encontraba en una esquina con los ojos muy abiertos, como si temiera ser castigada. Elena suavizó su expresión para darle confianza y amablemente preguntó.

—¿Dónde estoy?

La mujer no contestó. Señaló la bandeja que había depositado sobre la mesa.

—Os he traído algo para comer.

—No tengo hambre —Procuró no mostrarse enojada—. Solo quiero saber dónde estoy y dónde está mi esposo, el Laird Mackenzie.

Eileen bajó la mirada y se dirigió rápidamente a la puerta. Elena intentó detenerla pero la cabeza volvió a darle vueltas y perdió el equilibrio cayendo al suelo. La mujer se detuvo al oír el impacto de la caída y se volvió, mirándola a la espera de que se levantara, pero Elena estaba completamente mareada y no era capaz de ponerse en pie. Titubeando, Eileen tardó en acercarse.

La cogió por la cintura y la ayudó a sentarse en la cama.

—Gracias. Por favor —rogó mirando a los ojos de la mujer —necesito saber qué pasa, dónde estoy. No voy a enfadarme con vos, solo quiero respuestas.

La expresión de súplica ablandó a Eileen.

—Estáis en Fairburn, señora —contestó cabizbaja.

—¿Fairburn? —repitió extrañada —¿Qué hago aquí? ¿Dónde está mi esposo?

—Señora, vuestro esposo no se encuentra aquí. Mi señor os trajo.

—¿Vuestro señor? —Elena frunció el ceño—, y ¿quién es vuestro señor?

La puerta se abrió y una inmensa figura cruzó el umbral. Las sombras no habían dejado a Elena reparar en su rostro pero cuando éste quedó a la luz, Elena abrió desorbitadamente los ojos.

—¿Vos? —Su rabia resonó en la pregunta —¿Cómo os habéis atrevido?

—¡Vaya! Veo que ya os habéis despertado. ¿Cómo os encontráis, Lady Elena? —preguntó sin mucho interés—. Siento haber tenido que golpearos, pero dudo que hubierais accedido a acompañarme por propia voluntad.

—Sois un miserable. —Elena se olvidó de su debilidad y se levantó obligándose a olvidar el mareo que se apoderó de ella —Vuestro sobrino no dejará impune esta ofensa.

—No os preocupéis por mi sobrino. En cuanto le llegue el mensaje consentirá en mis pretensiones.

—¿Vuestras pretensiones? —repitió asqueada —¿Qué es lo que pretendéis? ¿Por qué me habéis secuestrado?

—Sois una mujer muy hermosa, Lady Elena —comentó rozando el rostro femenino con el dorso de la mano haciendo que Elena se apartara como si estuviera apestado—, y mi sobrino no permitirá que nada os pase, lo veo en sus ojos cuando os mira.

—¿Vais a... matarme?

—No creo que Ian Mackenzie lo consienta.

—¿Qué es lo que buscáis?

—Solo lo que me pertenece.

—¿Y si se niega?

—Entonces... soy un hombre de palabra.

Elena tragó saliva. Los ojos diabólicos de Hector Roy se clavaron en ella esbozando una escabrosa sonrisa que la estremeció.

—Claro que, teniendo en cuenta que casi os convertisteis en mi esposa, no estaría de más probar lo que mi sobrino me ha arrebatado también.

Hector Roy salió de la habitación esbozando una expresión malévola, cerrando la puerta tras de sí. Eileen seguía apostada en una esquina; no sabía si su señor la habría visto, ni siquiera había reparado en ella. Miró a Elena que estaba temblando y acercándose a ella la puso una manta sobre los hombros.

—No os preocupéis, señora. Mi señor os devolverá a vuestro esposo.

—¿Y si no accede a sus pretensiones?

—Lo hará, estoy segura.

—Pero ¿y si no lo hace? —Volvió a preguntar mirándola directamente a los ojos.

Eileen se sintió incómoda y desviando la mirada se levantó.

—Tengo que marcharme. Comed, tenéis que recuperaros. —Y salió de la habitación dejando a Elena con los ojos lacrimosos.

—Ian... ¿dónde estás?

CAPÍTULO XXVIII

Mackenzie estaba desesperado. No había conseguido averiguar dónde tenía su tío presa a su esposa, la echaba enormemente de menos y cada día que pasaba su angustia se acrecentaba. Hector Roy le había enviado una misiva informando que en breve reclamaría el título de propiedad de las tierras que consideraba le pertenecían y debía aceptarlo o volvería a convertirse en viudo.

Ian recorrió todas las propiedades cercanas de su tío, pero era como si se lo hubiera tragado la tierra; nadie sabía dónde estaba.

Elena esperaba a que Eileen le llevara la comida. Tenía que convencerla para que la ayudara, no podría aguantar mucho más tiempo allí. Hector Roy la había encadenado en la habitación después de que intentara escapar utilizando las artes marciales; no le gustó la patada que la señora Mackenzie le propinó en la cara rompiéndole la nariz; todavía tenía el pómulo hinchado por la respuesta masculina.

La puerta se abrió y Eileen entró con una bandeja de comida que dejó sobre la mesa.

—¿Os encontráis mejor, Lady Elena? —preguntó observando el moratón del rostro.

—Sí. Pronto habrá bajado la hinchazón.

—¿Necesitáis algo más?

—No, gracias. —Cogió un trozo de queso y pan y se lo llevó a la boca. Miró a la joven — Venid, sentaos a mi lado —comentó golpeando suavemente la cama. Eileen obedeció.

—¿Cuánto tiempo lleváis con vuestro señor?

—Desde que nací. Mi madre era la cocinera del señor.

—¿Era?

—Murió cuando yo tenía cinco años.

—Lo siento.

—Apenas me acuerdo de ella.

—Entiendo. ¿Sois feliz aquí?

—¿Feliz? Supongo. No conozco otra cosa.

—¿Os trata bien?

—Tengo que marcharme o el señor se extrañará de que tarde tanto —comentó levantándose nerviosa.

—En Eilean Donan la gente es feliz. El laird trata correctamente a todos. Si vos quisierais, podríais vivir allí.

—Terminad de comer. Debo irme.

—Si me ayudáis, os aseguro que el laird sabrá compensaros, no permitirá que os pase nada, cuidará de vos y de vuestra familia.

—No tengo familia.

—Nuestro clan será vuestra familia. No os faltará nada, solo tenéis que ayudarme a escapar de aquí.

—Señora, es imposible escapar de aquí.

—Entonces, decidle a mi esposo dónde me encuentro, él vendrá a por mí.

La puerta se abrió de golpe y Hector Roy entró rugiendo.

—¿Se puede saber qué haces todavía aquí? Si la señora no quiere comer, ¿por qué sigues aquí?

Eileen se levantó asustada, con tan mala suerte que tiró la bandeja de la comida al suelo. El sonido del metal retumbó en la habitación haciendo el estruendo más acusado. Hector Roy la miró con los ojos inyectados en sangre y sin mediar palabra la abofeteó haciéndola caer al suelo. Elena se levantó de un salto pero las cadenas limitaban sus movimientos y apenas consiguió llegar donde Eileen estaba. Hector la cogió del brazo y de un empujón la tiró sobre la cama, después se dirigió a la joven sirvienta.

—Recoge la bandeja y lárgate de aquí. La próxima vez que te quedes más tiempo del debido no será mi mano la que cruce tu rostro.

Eileen se apresuró a recoger y, sin dejar de mirar el suelo, salió rápidamente de la habitación. Elena pudo ver cómo las lágrimas caían por sus mejillas y tuvo que soportar la impotencia de no poder dar rienda suelta al odio exacerbado que en ese momento se adueñó de ella.

—Y vos —apuntó furioso a Elena—, no entretengáis a mis sirvientas. Ellas tienen cosas más importantes de las que ocuparse que de haceros compañía.

Hector Roy salió dando un portazo y Elena apretó los puños lamentándose de no tener una espada a mano y cortarte el pescuezo a aquel indeseable.

Cuando cayó la noche se acurrucó en un extremo de la cama esperando que la venciera el cansancio y pudiera dormir, pero estaba demasiado alterada y no hizo más que dar vueltas. Se alertó al escuchar pisadas en el exterior y esperó para comprobar si seguían de largo, pero se pararon frente a su puerta. Todos sus músculos se tensaron al sentir que la puerta se abría sigilosamente y alguien pasaba al interior. Se hizo la dormida mientras se preparaba para golpear al intruso en cuanto avanzara hacia ella. Notó la presencia a su espalda y, girándose bruscamente, encogió el brazo para después extenderlo dispuesta a noquear al extraño, pero su puño quedó a escasos centímetros de los ojos asustados de Eileen, que retrocedió inmediatamente.

—¡Eileen! ¿qué hacéis aquí?

—Señora, lamento haberos asustado.

—¿Qué ocurre?

La sirvienta la miró indecisa y después de unos segundos preguntó.

—Si os ayudo, ¿me prometéis que me protegeréis?

—Por supuesto, Eileen —respondió esperanzada—. Hector Roy jamás podrá tocaros, mi esposo y yo nos encargaremos de ello.

Eileen asintió.

—De acuerdo ¿Qué debo hacer para ayudaros?

Elena se incorporó y, quitándose el colgante que llevaba al cuello, lo puso en la mano de la mujer.

—Llévdselo a mi esposo. Decidle dónde estoy y no os preocupes por nada.

—Si se entera que le he traicionado me matará.

—Yo cuidaré de vos.

Eileen consiguió escabullirse y adentrarse en los bosques que rodeaban la fortaleza donde había escondido un caballo entre los matorrales. Cabalgó durante toda la noche sin descansar

hasta divisar las murallas del castillo de Eilean Donan. Se detuvo a pocos metros del portón para que los vigías pudieran verla y descendió del caballo mostrando las manos en alto para que vieran que no llevaba armas, y esperó. A los pocos minutos, el portón se abrió y un guerrero salió con su espada desenvainada mientras el resto apuntaban con sus arcos desde los adarves, alerta a cualquier movimiento sospechoso.

—¿Quién sois y qué queréis?

—Me llamo Eileen y vengo a ver a vuestro señor.

—¿Con qué motivo?

—Traigo un mensaje.

—Un mensaje ¿De quién? ¿De su tío? —preguntó desconfiado.

Eileen tragó saliva. Tenía miedo de que no la dejaran explicarse y la echaran sin poder dejar su mensaje. No podía volver a Fairburn. Hector Roy la mataría.

—No. De su esposa, Lady Elena.

El guerrero se quedó mirándola y sin decir nada, volvió al interior cerrando el portón. Al poco rato la puerta se volvió a abrir y una enorme figura avanzó a grandes zancadas. La fría y amenazadora mirada de Ian Mackenzie acrecentada por las oscuras ojeras que surcaban sus ojos la hizo retroceder. Apretó la pequeña figura que guardaba en el bolsillo.

—Hablad, mujer.

Las pocas palabras consiguieron intimidarla más y, con las manos temblorosas, sacó la figura tallada en madera en forma de sirena y se la tendió al guerrero.

—Vuestra esposa me pidió que os la diera.

Ian reconoció inmediatamente la pequeña figura y la cogió casi con devoción. Aquella pieza de madera había estado en contacto con la piel de Elena, sintió su esencia, su olor y se estremeció. Miró desconfiado a la mujer.

—¿Os la dio ella? o ¿se la robasteis?

Eileen retrocedió sin darse cuenta, asustada por la desconfianza del laird. Aquello no lo había previsto, si no se fiaba de ella estaba perdida.

—No, mi señor. Ella está cautiva y me prometió que si la ayudaba a escapar podría quedarme en vuestro clan.

—¿Trabajáis para mi tío?

—Trabajaba. Si mi señor se entera de que lo he traicionado, me matará.

—¿Dónde está mi esposa?

—En Fairburn.

—¿Fairburn? —Arqueó una ceja —Un bastión inexpugnable.

—Yo puedo deciros cómo entrar. Nací allí y conozco todos los recodos.

Ian la miró intentando decidir si creerla o no. Tal vez fuera otro ardid de su tío para tenderle una trampa, pero ya se había pronunciado y él todavía no había rechazado sus reivindicaciones, por lo que no tendría mucho sentido emboscarlo. Necesitaba tener alguna esperanza de encontrar a Elena y, hasta ahora, era la única pista que parecía factible, aun así, se aseguraría de que esa mujer no saliera con vida si todo era una falacia.

—De acuerdo. Os quedarás aquí hasta que yo venga con mi esposa. Si me habéis mentido, vuestra cabeza colgará de la torre principal.

—Señor, no os he mentido. He arriesgado mi vida por venir aquí.

—Espero que así sea. Si mi esposa regresa seréis debidamente recompensada, mientras, permaneceréis encerrada en vuestros aposentos.

—Acataré vuestras órdenes.

—Bien, mostradme cómo puedo acceder a Fairburn.

Eileen asintió y acompañó a Ian hasta el interior del castillo, donde le dio todos los detalles que necesitaba saber para llevar a cabo el rescate.

CAPÍTULO XXIX

La oscuridad y la niebla envolvían la noche haciendo imperceptibles al grupo de hombres que sigilosamente rodeaban la fortaleza de Fairburn. Ian Mackenzie se dirigió hacia el ala norte de la muralla, donde Eileen le había indicado que podría acceder al interior a través de una pequeña cueva escondida entre piedras y matojos y que comunicaba con las caballerizas. Avanzó a oscuras, tentando las húmedas y frías paredes de piedra hasta divisar una tenue luz que se colaba a través de una rendija. Con mucho cuidado empujó la losa que le dio acceso al interior. Permaneció quieto, alerta, esperando alguna reacción, algún sonido, pero no escuchó ni vio nada. Recorrió el camino hasta llegar a la caballeriza donde el relincho de un caballo al sentir la presencia del hombre le obligó a agacharse. Esperó hasta que el equino se calmó y, entonces, salió al patio ocultándose entre las sombras de la noche. El sonido de un piquituerto le indicó que sus hombres estaban ya dentro, por lo que se ocupó de localizar a su esposa.

Siguió las indicaciones de Eileen hasta divisar la habitación donde se hallaba Elena y, aferrando con fuerza la espada, se deslizó de espaldas a la pared hasta llegar a la puerta. Miró en todas direcciones antes de girar la llave que colgaba en la cerradura y, con paso sigiloso, pasó al interior cerrando la puerta tras de sí. Acostumbró sus ojos a la oscuridad antes de continuar, escrutando el pequeño habitáculo donde en teoría estaba su esposa. Su corazón se paró al divisar un pequeño bulto sobre la cama que respiraba pausadamente. Tuvo que reprimir la urgencia por abrazarla al reconocer la cadencia de la respiración de Elena, el sonido del aire al salir de sus pulmones, el regular latido de su corazón. Muy lentamente, sin apartar la vista de la cama, se aproximó hacia un lateral hasta que quedó junto a ella, que dormía de lado ajena a los ojos que se derretían al contemplarla. No pudo evitar retirar el cabello que caía rebelde sobre su rostro y, cuando vio el moratón que todavía permanecía en su rostro, soltó una maldición. Elena abrió asustada los ojos y, sin esperar a conocer la identidad del extraño que la acosaba, lanzó su pierna sin tener muy claro dónde impactaría, pero antes de alcanzar su objetivo una fuerte mano la sujetó en su trayectoria mientras con la otra mano tapaba su boca. Elena se revolvió intentando zafarse de aquellas manos que la retenían fuertemente, mientras el intruso susurraba algo que no lograba entender debido a sus propios gritos ahogados. Los ojos de su atacante estaban clavados en ella, suplicantes, brillando como dos luceros hasta que Elena reconoció aquel brillo y sus ojos se llenaron de lágrimas. Dejó de agitarse para reflejarse en los añorados ojos de su marido que le imploraban que se mantuviera quieta y no hiciera ruido. Ian retiró la mano de su boca para sustituirla por sus labios y saborear la miel que desprendían, ese sabor que tanto había anhelado. Elena se colgó de su cuello respondiendo con la misma intensidad mientras sus lágrimas mojaban aquel beso desesperado, olvidándose del motivo por el que lo había echado tanto de menos. El instinto guerrero de Ian le advirtió de que no era el mejor momento para desatar la pasión que le consumía por dentro y con gran esfuerzo se separó de ella, acariciando con ternura el amado rostro femenino retirando con la yema de los dedos las lágrimas que seguían cayendo.

—¿Estás bien, mi amor?

—Ahora sí —jadeó Elena, que no quería separarse de él.

—Tenemos que irnos antes de que mi tío se dé cuenta de que estamos aquí. Mis hombres esperan mi señal para incendiar el castillo. Mi tío morirá entre las cenizas de Fairburn.

Elena se separó alarmada. Si Hector Roy moría esa noche, su inesperada muerte no estaría escrita en su destino y ella sería la única responsable de haber añadido una página a su historia al provocar un hecho en el pasado que no debería de ocurrir si ella no estuviera allí. La posibilidad de alterar el futuro volvía a atormentarla.

—¡No, Ian! ¡No puedes matarle! —exclamó aterrada.

—¿Por qué? —preguntó desconcertado —¡No solo te ha secuestrado para coaccionarme sino que ha osado ponerte la mano encima! —declaró tocando con delicadeza el moratón que ocupaba gran parte de su mejilla —Tengo sobradas razones para acabar con su vida.

—Ian, por favor, estoy bien. Intenté defenderme y... se enfadó, pero podía haberme hecho más daño del que me hizo.

—Pero ¿por qué le defiendes? —inquirió cada vez más sorprendido de que no quisiera venganza.

—Ian, me sentiré culpable si le matas.

—Yo me sentiré culpable si te pasa algo a ti. Mi tío no se detendrá hasta conseguir su objetivo y si no lo consigue esta vez, lo intentará de nuevo.

—Ian...

—No hay más que hablar. Vámonos —ordenó molesto por la insistencia de Elena en preservar la vida de su tío.

Cuando levantó en brazos a Elena para sacarla de allí, se percató de la cadena atada a su pie y la cólera traicionó su prudencia.

—¡Miserable! —Su voz tronó en la habitación —¿Y todavía quieres que no le mate?

Cortó rápidamente con la espada la cadena que ataba a su esposa, dejando la argolla para que la retirase el herrero cuando llegaran a Eilean Donan y, cuando intentó tomarla de nuevo en brazos, Elena se resistió.

—¡Puedo andar! —Gimió enfadada.

—Pero no con la rapidez que necesito.

Y sin hacer caso de las protestas de Elena, la cogió en brazos y salió de la habitación. Los gritos en el patio le confirmaron que habían dado la voz de alarma al descubrir a sus hombres. Tenía que llegar a las caballerizas donde Peter les esperaba para llevar a su esposa a un lugar seguro, pero varios hombres interceptaron su paso. Sin perderles de vista, depositó tranquilamente a Elena en el suelo y la colocó detrás de él, preparándose para el combate. Antes de que Elena pudiera echarle una mano, se deshizo de ellos en un par de estocadas y, cogiéndola de nuevo de la mano, echaron a correr en dirección a las caballerizas.

Elena advirtió el olor a humo y pronto empezó a escuchar el crepitar de las llamas que desde el ala sur del castillo comenzaban a iluminar la noche con el color de la muerte. Alcanzaron las caballerizas justo en el momento en el que el fuego consumía el interior de las cocinas y se iban expandiendo en dirección al salón. Peter se acercó a ellos.

—Démonos prisa. El fuego se propaga con rapidez. —Indicó Peter extendiendo la mano para mostrar a Elena la salida.

—Llévala fuera. —Decretó Ian —Tengo algo que hacer.

—Ian, por favor. —Suplicó Elena.

Ian Mackenzie la dio un beso en la frente y se dio media vuelta desapareciendo entre el humo y el caos.

Peter cogió el brazo de la esposa del laird y la obligó a seguirle a través del pasadizo hasta llegar al exterior, donde Elena contempló cómo las llamas consumían lentamente Fairburn, iluminando la oscura noche de terror. Peter la instó a alejarse del lugar, pero ella quería esperar a que su esposo regresara.

Cuando el cielo se tornó naranja y las titilantes lenguas de fuego dominaron el horizonte, apareció entre el humo, como si fuera un fantasma, el rostro impertérrito de Ian, que avanzaba a grandes zancadas sin mirar atrás, portando en la mano su espada, una espada ensangrentada que estremeció a Elena. No dijo nada. Ayudó a su esposa a subir a su caballo y detrás subió él. Rodeó con sus brazos el tembloroso cuerpo femenino y agarró las riendas, espoleando al caballo para iniciar la marcha. Sus hombres le imitaron y en poco tiempo las llamas quedaron a su espalda, mientras los caballos trotaban al ritmo de los corazones de sus jinetes.

Llegaron a Eilean Donan en silencio, cansados del largo trayecto, teñidos de hollín y sangre y descendieron de sus caballos. Nadie preguntó nada. Alicia apareció corriendo para abrazarse a su amiga.

—¡Elena! ¿Estás bien? —preguntó llorando.

—Sí. Estoy bien.

Alicia tocó con suavidad el magullado rostro de Elena.

—¡Dios mío! ¿Qué te ha hecho?

—No te preocupes, no es nada grave.

—Deja que te cure.

—No, no es necesario, Alicia, gracias. Necesito descansar, estoy exhausta.

—Yo me ocuparé de ella —dispuso Ian cogiendo la cintura de su esposa y empujándola al interior.

Antes de entrar, Elena reparó en la mujer que la había ayudado y soltándose de Ian se acercó a ella.

—Eileen —comentó cogiendo sus manos—. Nunca te estaré lo suficientemente agradecida. Has arriesgado mucho para ayudarme, espero que aquí puedas ser feliz.

—Señora, solo lamento no haberlo hecho antes. Me habéis dado la oportunidad de tener una familia y ahora me siento tranquila.

Ambas mujeres se abrazaron hasta que el laird la volvió a coger para llevarla a sus aposentos.

La bañera estaba preparada. Ian cerró la puerta tras de sí y sin esperar la aprobación de Elena, comenzó a desnudarla para meterla en la calidez del agua. En silencio lavó el venerado cuerpo mientras depositaba tiernos besos sobre la piel. Cuando terminó, secó su cuerpo con extrema ternura, como si temiera que en cualquier momento pudiera deshacerse y, tomándola en brazos, la depositó sobre la cama.

Se tumbó a su lado y, abrazándola, dejó que se durmiera. Ian no pegó ojo en toda la noche, velando el sueño de la mujer que estrechaba entre sus brazos, sintiendo sus temblores, acariciando la sedosa piel para calmarla, acunándola como si fuera un bebé, como si fuera su bien más preciado y, realmente, eso es lo que su esposa era para él.

Elena durmió dos días seguidos, en los que Ian no se separó en ningún momento de ella. Cuando despertó una fría mañana, los colores habían vuelto a sus mejillas y la huella de su secuestro empezaba a desaparecer. Sus ojos se abrieron para encontrarse con la tierna mirada de su marido

que, de rodillas en el suelo, contemplaba la belleza de su esposa.

—¿Cómo te encuentras?

—Creo que bien. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Lo que necesitabas. ¿Tienes hambre?

—Como un lobo.

—Llamaré a Gertie para que te suba algo —comentó dirigiéndose hacia la puerta.

—Ian.

—¿Sí?

—Te he echado mucho de menos.

Ian se volvió y se sentó a su lado para abrazarla. Elena se refugió en la seguridad de sus brazos, necesitaba sentir su protección, la tranquilidad que sus caricias producían en ella, necesitaba olvidar su pesadilla y solo él podía conseguirlo. Escuchó el corazón de su esposo, que iba acelerando sus palpitations mientras las manos masculinas se deslizaban por su piel, depositando tiernos besos en su cabello, estrechándola con suavidad para no lastimarla. Elena cerró los ojos y se olvidó de todo para concentrarse en las caricias masculinas, en esas sensaciones que todas sus terminaciones nerviosas respondían ante su cálido tacto y, sedienta de sus besos, alzó la cabeza para rozar sus labios.

Ian sintió una descarga eléctrica y aunque no quería abrumarla con la necesidad que sentía por ella, aquel simple roce abrasó todo su cuerpo y, aunque intentó ser comedido, la insistencia femenina en sumergirse en un océano de pasión consiguió echar al traste su dominio.

Hicieron el amor encendidos por una irrefrenable y desesperada pasión, intentando recuperar el tiempo perdido como si no hubiera un mañana, como si fuera la primera vez que sus cuerpos respondían ante el contacto del otro. Ian por fin respiraba tranquilo.

CAPÍTULO XXX

Los días siguientes a su regreso, Alicia no se separó de ella salvo cuando estaba con Ian, quien agradeció la dedicación de su amiga, ya que el rey exigió una explicación ante el incendio de Fairburn y la muerte de Hector Roy Mackenzie y tuvo que ausentarse unos días.

Las dos amigas se encontraban recogiendo algunas plantas para el improvisado consultorio que habían decidido emplazar en una de las habitaciones vacías del castillo. Elena se encargaría de atender a los enfermos y Alicia la ayudaría proveyendo medicinas.

—Bueno, es como si hubiéramos puesto un negocio. —Sonrió Alicia.

—Sí, solo que ni hemos puesto un euro en ello ni lo vamos a cobrar.

Las dos amigas se echaron a reír y continuaron recolectando.

—Peter me ha pedido que me case con él. —Soltó de repente Alicia sin mirarla.

—¿Cómo? —Los ojos de Elena se abrieron por la sorpresa y cogiendo por los hombros a su amiga repitió —¿Te ha pedido que te cases con él? ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Te lo acabo de decir. —Rio nerviosa.

—¿Qué alegría! —Elena la abrazó —¿Cuándo te lo pidió? ¿Ayer?

—Bueno, realmente lo hizo cuando regresamos de Foulis. —Su semblante se ensombreció —Le dije que sí justo en el momento en el que Ian llamaba a todos sus hombres cuando te secuestraron.

—Vaya, lo lamento. Y ¿Ya... os habéis casado? —inquirió con una sonrisa triste.

—No. Peter se sintió fatal con lo ocurrido. Aunque él no estaba de guardia, se sintió culpable por no haberlo evitado.

—Pero... él no tuvo la culpa. —Protestó Elena.

—Lo sé, y él también lo sabe, aun así cree que le falló al laird. De todos modos yo no podría haberlo hecho si no estabas conmigo.

—Bueno, ya estoy aquí. —Sonrió con dulzura —Ahora no hay ningún motivo para no celebrar vuestra boda. ¿Cuándo pensáis hacerlo?

—El próximo mes. —Los labios de Alicia se elevaron.

—Eso es magnífico. Prepararemos una boda por todo lo alto.

—Preferiría algo sencillo, sabes que odio las celebraciones.

—Tú eres la novia y tú decides.

Se abrazaron hasta que Alicia se separó y señalando burlona a lo lejos comentó.

—Me parece que te espera otra noche loca.

Elena miró en la dirección que indicaba su amiga y su corazón dio un vuelco al ver la figura de su esposo cabalgando en la lejanía.

Elena despertó angustiada y se sentó en la cama intentando respirar. Cuando consiguió calmar su ansiedad, miró a su esposo, que seguía plácidamente dormido, ajeno a aquello que quitaba el sueño a su esposa. Llevaba varios días teniendo pesadillas, siempre centradas en el mismo tema.

Había soñado que Napoleón, tras conseguir invadir Rusia, se había adueñado del mundo y había instaurado una monarquía autoritaria; en otro sueño, Hitler había ganado la segunda guerra mundial y había convertido Europa en un enorme campo de concentración; en otro sueño, las guerras habían diezmado la mayor parte de la población mundial, pero los que quedaban con vida morían debido a las infecciones producidas por las heridas, ya que no existían... los antibióticos. Su descubridor nunca llegó a nacer.

Elena seguía dando vueltas a la muerte de Hector Roy Mackenzie, ¿cómo habría muerto si ella no hubiera estado allí? Si no hubiera sido secuestrada y su marido no hubiera ido a rescatarla. Aquella incertidumbre se había metido en su subconsciente y le estaba pasando factura.

Ian sintió la falta del calor de su esposa y con los ojos cerrados tanteó la cama hasta que sus manos tocaron las piernas femeninas. La obligó a tumbarse y, rodando sobre ella, apresó sus labios haciéndola olvidar sus pesadillas por un momento, pero la notó inquieta.

—¿Qué te ocurre? —preguntó apoyándose sobre los codos —¿Te encuentras bien? —Sus manos acariciaron el óvalo femenino —Estás muy tensa. ¿Hay algo que te preocupe?

Elena cerró los ojos para sentir los escalofríos que la yema de sus dedos producía en su piel, pero las pesadillas volvían a su mente y, aunque sabía que no tardarían en desvanecerse, era consciente de que tarde o temprano volverían a angustiarse. El no poder contar a Ian su terrible secreto tampoco ayudaba. Entonces pensó: «¿Por qué no contárselo? No puedo pasar el resto de mi vida viviendo con una persona que no sabe quién soy realmente. Debo confesarle lo que tanto me atormenta, quizás así pueda sentirme más tranquila».

Ian acariciaba su cuerpo buscando encender su deseo, pero la mente fría de Elena la obligó a separarse, necesitaba contarle toda la verdad, aunque la tomara por loca.

—¿Estás cansada? —preguntó molesto al ver el rechazo femenino —Esperaré a que te recuperes. —Continuó besando el cuello mientras intentaba de nuevo provocar su pasión.

—Ian, necesito hablar contigo. —Se levantó de la cama para alejarse de la tentación de sus besos. Sabía que si seguía besándola no podría continuar.

—¿No podemos hablar en la cama? —inquirió mirándola con lujuria.

—No, en la cama haremos cualquier cosa menos hablar, y necesito contarte algo.

—Está bien. —Se sentó con la espalda apoyada en el cabecero de la cama dejando su desnudez y su evidente deseo a la vista de Elena, que tuvo que mirar hacia otro lado para no sucumbir —¿De qué quieres hablar?

No sabía por dónde empezar. Era un tema muy delicado y no tenía muy claro cómo se lo tomaría. Tardó un rato en ordenar sus ideas y encontrar un guion con el que empezar, pero no sería fácil.

—Ian, ¿crees que... es posible viajar... al pasado?

—¿Viajar al pasado? ¿En caballo? —preguntó Ian sin saber muy bien a qué se refería.

—No. —Elena suspiró. Iba a ser más difícil de lo que pensaba —Me refiero a trasladarte al pasado, por ejemplo a hace un año. Imagínate que ahora estás aquí, en el año 1507 y dentro de un rato, sin saber cómo, apareces en el año 1506.

—¿Y para qué querría yo estar en el año 1506?

—No es que quieras, es que apareces en ese año sin saber cómo ni por qué. Te encuentras en un lugar que no conoces, con una gente que no conoces, con unas costumbres que no conoces. ¿Qué harías?

—Supongo que intentar acostumbrarme —se encogió de hombros —y si no me acostumbro, volver a mi año.

—Pero no puedes volver. Te encuentras atrapado sin posibilidad de regresar.

—Entonces, intentaría habituarme al nuevo hogar, supongo. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Sí, ¿qué otra cosa puedo hacer? —Se sentó en la cama, pensando, e Ian aprovechó para intentar convencerla depositando un húmedo y tierno beso en su hombro. Elena reaccionó ante la descarga que recorrió su columna e intentó ponerse de nuevo de pie, pero Ian la agarró por la cintura y la mantuvo sentada torturándola con sus labios. Elena cerró los ojos, aquel hombre conseguía encenderla con solo rozarla, y no estaba precisamente rozándola. Tuvo que reunir toda su voluntad para separarse de él.

—Ian, por favor, necesito hablar contigo.

—Habla, pues —contesto con los ojos encendidos por el deseo—. Te escucho.

—¡Pero no puedo concentrarme si sigues besándome así! Y tampoco puedo concentrarme — hizo un aspaviento señalando la erección de su esposo —si no te tapas.

—No tengo la culpa de que me excites tanto —Protestó Ian con una malévola sonrisa—. Sáciame y no tendrás que preocuparte... en un rato.

—Ian —se puso seria—, esto es importante para mí, por favor.

—De acuerdo. —Se tapó con la sábana —Estabas hablando de estar atrapado en otro año.

—Supongamos que viajas al año en el que tus padres se conocieron y matas a tu padre...

—¿Por qué voy a matar a mi padre? —Abrió desmesuradamente los ojos.

—Por error. Ni siquiera sabes que es tu padre. Te encuentras con él, discutís, lucháis y... le matas. Si matas al que será tu padre en el futuro, se supone que tú nunca nacerás, porque tu padre ha muerto.

—Bueno, es cierto, pero entonces, ¿cómo puedo viajar al pasado si no existo?

—Esa es la paradoja.

—Entonces, ¿qué te preocupa? Es contradictorio. No es posible viajar en el tiempo.

Elena le miró fijamente. Tenía que decírselo pero ¿cómo se lo tomaría? ¿Creería que está loca? La incertidumbre la estaba matando, tenía que decírselo, fuera lo que fuera lo que pensara.

—Sí que es posible viajar en el tiempo.

Ian sostuvo su mirada.

—No. No es posible.

—Sí lo es Ian. Verás, sé que para ti resulta muy extraño. Yo también pensaba lo mismo hasta que ocurrió algo que me ha confirmado que sí es posible viajar en el tiempo.

—¿Ocurrió algo? ¿Qué? —preguntó arqueando una ceja.

—Yo... Alicia y yo... venimos... del futuro.

Ian se quedó mirando inexpresivo a su esposa. Elena esperaba, con el corazón latiendo a toda velocidad.

—¿Te has golpeado la cabeza? —Su expresión se tornó preocupada.

—No, Ian. No me he golpeado la cabeza.

—Deberías descansar. —Se levantó para coger a su esposa, que rápidamente se escabulló.

—¡No, Ian! ¡Estoy bien, perfectamente! Sé que es difícil de entender, pero es cierto. Vengo del futuro, concretamente del siglo XXI, dentro de quinientos años.

—Elena, creo que deberías tumbarte...

—¡No! ¡Escúchame, por favor! —Imploró con los ojos lacrimosos —No me he golpeado la cabeza, ni estoy loca. Ojalá lo estuviera, Ian —sus lágrimas de desesperación comenzaron a caer —, así por lo menos mi locura justificaría mi angustia.

—Elena...

—Ian, deja por favor que te lo cuente. Necesito desahogarme, necesito compartir contigo mi secreto. Siéntate, por favor, y escúchame.

Ian asintió y muy serio se sentó en la cama. Elena lo hizo en una silla frente a él.

—Intenta abrir tu mente, todo esto resulta muy complicado, para mí mucho más que para ti — Suspiró profundamente antes de continuar—. Casi todo lo que te he contado, y por favor no te enfades, es mentira —Ian frunció el ceño pero no dijo nada—. Si te hubiera dicho la verdad seguramente me habrías tomado por loca, y no sé si ahora lo estás haciendo, pero te aseguro que todo lo que saldrá por mi boca es cierto. Cuando te haya contado todo, si decides encerrarme, lo entenderé, pero no puedo seguir mintiendo a la persona con la que comparto mi lecho, necesito confiar en ti.

—Creí que ya lo hacías —comentó dolido.

—No podía, Ian. Ahora me conoces un poco más, pero no hace mucho me acusaste de trabajar para tu tío.

—Sabes que tenía motivos para ello.

—Tal vez, pero ¿qué hubieras pensando si te hubiera dicho lo que te estoy diciendo ahora? ¿Hubieras creído a una extraña que aparece en medio de un bosque salvando a tu hijo y te dice que viene del futuro? —Ian no dijo nada —Ni siquiera estoy segura de estar haciendo ahora lo correcto, pero no puedo seguir con esta farsa.

—Lo de la muerte accidental de tu prometido, ¿era cierto?

—No —Avergonzada miró hacia otro lado—. Teníamos que inventar una historia para justificar nuestra presencia aquí. Cuando comprendí que no te habías creído mi versión y me acusaste, tuve que improvisar y, la verdad —sonrió levemente—, no sé cómo me salió tan convincente, hasta yo me lo creí.

—Y ¿cómo se supone que... llegasteis aquí?

—No lo tenemos muy claro —Volvió a clavar sus ojos en él—. Me llamo Elena Benítez y soy española, bueno, Alicia y yo somos españolas, eso es verdad —Sonrió—. Vinimos a Escocia a pasar unos días. Una noche, cuando volvíamos a nuestro hotel después de cenar —prefirió omitir dónde cenaron —algo surgió en medio del camino, algo como si fuera... un agujero...

—¿Un agujero?

—Bueno, eso parecía, pero no sabemos muy bien lo que era, solo sabemos que caímos dentro y cuando nos despertamos aparecimos aquí. No teníamos idea de dónde estábamos pero lo que no podíamos imaginar era que fuera en otro siglo. Al principio creímos que habíamos sufrido un traumatismo y teníamos amnesia.

—¿Por eso fue vuestra primera excusa?

—Sí. Realmente no mentimos porque no nos acordábamos de qué había ocurrido.

Elena relató todo lo acontecido mientras Ian escuchaba incrédulo una historia que de seguro podría acarrear problemas a su esposa si salía de aquellos muros. Le transmitió sus temores de haber obstaculizado el transcurso del tiempo, de haber abierto una brecha en el pasado y no saber qué consecuencias podría tener en el futuro.

—¿La muerte de mi tío tiene algo que ver con esto?

—Sí —respondió contundente.

—¿Por qué?

—La muerte de tu tío no habría tenido lugar en las circunstancias en las que ocurrió. Si yo no hubiera estado aquí, no habría pasado.

—Eso no lo sabes. Tarde o temprano habría tenido que enfrentarme a él, era cuestión de tiempo.

—Sí, tal vez, pero quizás no habría muerto ahora.

—¿Qué más da cuándo hubiera tenido lugar? El destino actúa determinado por las circunstancias, pero cada persona tiene su destino escrito y el de mi tío era ese. Igual que el tuyo y el mío —expuso acercándose a ella —es estar juntos. No sé qué te trajo aquí ni me importa, solo sé que tu sitio es estar a mi lado igual que el mío es estar a tu lado. El capricho del destino nos ha unido desafiando al tiempo, sin importar en qué siglo vivamos cada uno. No me importa nada más, solo sé que me perteneces y no permitiré que nada ni nadie interfiera en eso.

Ian la abrazó para tranquilizarla, para demostrarla que le daba igual si el futuro cambiaba o no, que lo único que quería era tenerla a su lado, pero Elena seguía sintiendo el peso de la culpabilidad. Todo lo que ella conocía se podría ir al traste con cualquier decisión que ella tomara y eso la estaba matando. Si por lo menos supiera si estaba alterando el futuro, si tuviera alguna prueba de que su presencia en el siglo XVI estaba escrita en su destino, si en ese destino estaba Ian Mackenzie. Demasiadas dudas.

Decidió no volver a hablar del tema y centrarse en la nueva vida que llevaba junto a su esposo, ni siquiera le contó a Alicia que se había sincerado con él, que ya conocía su secreto. Ian ahora comprendía muchas cosas que habían llamado su atención en la forma de comportarse de Elena.

CAPITULO XXXI

Elena pareció olvidarse de su intromisión en el pasado y las posibles consecuencias que podrían acarrear, hasta que una tarde, un mensajero que portaba la insignia real se presentó en el castillo para entregar un mensaje al laird. Cuando Elena escuchó lo que Gertie y Ebrel hablaban en la cocina después de que ésta escuchara la conversación del mensajero con el laird, se quedó blanca, tuvo que apoyarse para no caer y sintió que el aire se quedaba atrapado en sus pulmones.

—El rey de Inglaterra está a punto de fallecer.

—¡Vaya! —comentó sorprendida Gertie —Y ¿qué consecuencias podría tener su muerte para nosotros?

—Lo ignoro, ese es el motivo de que nuestro rey haya mandado llamar a todos los lairds de las Tierras Altas.

Elena subió a sus aposentos y después de cerrar la puerta tras de sí, se sentó en la cama. Estaba desolada, sus peores pesadillas se habían cumplido. La noticia del inminente fallecimiento del rey Enrique VII de Inglaterra confirmaba sus temores. «Enrique VII no debería morir hasta 1509, esto es la prueba de que hemos cambiado el futuro. Dios sabe qué más alteraciones se habrán producido o se producirán.»

Tenía que hacer algo, no podía permitir que el futuro que conocía se modificara, quizás el nuevo futuro fuera mejor, pero eso nunca lo sabría, no podía permitir que sus pesadillas se convirtieran en realidad. Aunque sus nociones de historia no eran muy buenas, recordaba la serie de televisión sobre Enrique VIII, sucesor de Enrique VII, y sabía que su reinado tuvo lugar tras la muerte de su padre, y ésta ocurrió en 1509.

Se preguntó en qué momento se habría producido la brecha, si cuando mató al highlander que tenía secuestrado a Kenneth, si fue el hecho de salvar al chico y a su madre, de aparecer en la vida de Ian, la muerte de Hector Roy Mackenzie o simplemente su aparición en el siglo XVI.

Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas cuando comprendió que solamente podía hacer una cosa, huir, y le iba a costar mucho. Tenía que hablar con Alicia, debían de marcharse antes de que fuera demasiado tarde.

Llamó a la puerta de la habitación de su amiga.

—Hola, ¿vienes a buscarme para bajar a cenar? Pasa, me estaba cambiando, me he enganchado en la valla y se ha rajado —comentó señalando el vestido sobre la cama con un buen desgarrón en la parte baja.

—No, venía para hablar contigo —contestó muy seria.

—¿Ocurre algo? —preguntó mirando preocupada a su amiga.

—Alicia... debemos marcharnos de aquí.

Alicia frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Estamos... cambiando el futuro.

—¿Otra vez con lo mismo? —inquirió enfadada —Te dije que no te comieras el coco con ese tema.

Estaba cansada de intentar convencer a su amiga de que no tenían forma de saberlo, que ellas también tenían derecho a vivir y no podían estar pendientes de no interferir en la historia. Cuando Elena le contó la posible historia contrafactual consecuente de la muerte de Hector Roy, la amenazó con dejar de hablarla si volvía a insistir en ello.

—Pero Alicia...

Alicia sintió que la rabia corría por sus venas. Acababa de discutir con Peter y no estaba de humor para aguantar más tonterías.

—¡No! —gritó roja de ira —¡Basta ya! ¡No quiero volver a oír hablar del tema! ¿Me has entendido?

Elena se sorprendió de la furiosa respuesta de su amiga, pero su negativa a dejar que se explicase consiguió encresparla y, olvidándose de lo que venía a decirle, se enfrentó a ella elevando la voz.

—De acuerdo. Te he entendido perfectamente. No volverás a oír hablar del tema, ni de ese, ni de ninguno.

—Muy bien, pues dejemos de hablar si eso es lo que quieres.

—¡No! Eso es lo que quieres tú.

—Mira, Elena, creo que si seguimos así, vamos a decir cosas de las que luego podremos arrepentirnos. Es mejor que lo dejemos aquí y tratemos de calmarnos.

—Perdona, yo estaba calmada, quien se ha puesto a gritar has sido tú.

—Creo que voy a cortar esta conversación, no quiero continuar discutiendo —añadió dándose la vuelta.

—Yo tampoco, así que lamento haberte molestado.

Sin más, Elena salió de la habitación dando un portazo.

Estaba tan furiosa que se marchó a dar un paseo para calmarse. Cuando se tranquilizó decidió que se iría ella sola, si a Alicia no le importaba cambiar el futuro, a ella sí.

Organizó mentalmente la huida apuntando lo que necesitaría para el viaje. Pensó en esperar a que Ian partiera para Edimburgo y entonces marcharse pero, si se enteraba de su huida, estaría más cerca de alcanzarla. Si lo hacía esa misma noche, su esposo tendría que retrasar su búsqueda para atender a la llamada del rey.

No tenía ni idea de adónde iría, desde luego no se quedaría en Escocia y tampoco en Inglaterra, Ian la buscaría por todo el territorio; sintió la tentación de marchar a España, ver cómo era su tierra en ese siglo, pero estaba segura de que también la buscaría allí. Resolvió que cogería algún barco para Francia y, desde allí, ya vería. Antes de cenar ya tenía preparada la huida, incluida la carta que entre lágrimas había escrito a Ian.

Cuando regresó a sus aposentos para esconder su despedida escrita, Ian estaba esperándola.

—¿Dónde estabas? No te he visto desde que llegó el mensajero. —Se acercó para darla un beso.

—Estaba dando un paseo.

Su expresión seria y sus ojos rojos le indicaron que el paseo había tenido otro motivo que disfrutar de la naturaleza.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó obligándola a mirarle.

—Alicia y yo hemos discutido, nada más.

—¿Nada más?

—Sí, cosas de chicas, no te preocupes, ya se me pasará —contestó intentando quitar importancia al asunto.

—Debo partir para Edimburgo. Jacobo nos ha convocado a todos los jefes de clanes. Parece que el rey de Inglaterra...

—Sí, lo sé. Ya lo he oído. —Interrumpió. No quería volver a escucharlo.

—No creo que tarde más de una semana. ¿Estarás bien?

—Sí, claro. No te preocupes. —Sonrió torpemente.

—Te echaré de menos. —La abrazó tiernamente.

Elena se aferró a su cuello y lo besó apasionadamente. La respuesta de su esposo hizo que se olvidara de la disputa con su amiga y ambos arrinconaron todas sus preocupaciones.

Esa noche decidieron cenar en sus aposentos, entregados como estaban a una pasión que no podían ni querían reprimir. Elena necesitaba grabar en su piel los besos de su esposo, sus tiernas caricias, su ardiente mirada, memorizar el color de sus ojos, de su cabello, la forma de sus labios, eso sería lo único que se llevaría de Eilean Donan, sus recuerdos.

Se amaron hasta que el cansancio los obligó a cerrar los ojos, pero Elena no se durmió, esperó a que Ian lo hiciera y, cuando escuchó el acompasado ritmo de la respiración masculina, se levantó. Con mucho cuidado abrió el arcón y sacó una camisa, un pantalón y las botas que solía utilizar cuando entrenaba, luego recogió la carta que había escrito unas horas antes y la puso sobre la mesa. Miró a su esposo y, con lágrimas en los ojos, le lanzó un beso y salió de la habitación.

Bajó sigilosamente las escaleras hasta llegar al patio de armas, donde esperó a que hicieran el cambio de guardia para escapar por uno de los pasadizos que daban al exterior. Siguiendo el sendero que se extendía paralelo a la orilla del lago, llegó a un pequeño recodo donde había dejado un caballo cargado con varias cosas que necesitaría. Cogió su cuchillo y cortó su melena dejándola a media altura; sabía que su indumentaria masculina no sería suficiente para parecer un muchacho y pasar desapercibida. Sin mirar atrás, subió al equino que se agitó nervioso y, acariciando la crin, lo espoleó para que la alejara de allí.

Cabalgó sin descanso hasta que comenzó a amanecer, entonces desmontó para estirar las piernas y, después de comer algo, volvió a montar para continuar su camino. Era consciente de que cuando Ian despertase removería cielo y tierra hasta dar con ella, tenía que alejarse todo lo posible de Eilean Donan.

CAPÍTULO XXXII

Ian se despertó agitado, intuía que algo iba mal. El frío contacto de las sábanas sobre su cuerpo le advirtió que Elena hacía tiempo que había abandonado el lecho. Ni siquiera la llamó. Se levantó rápidamente, se puso el kilt y cuando fue a salir, una carta sobre la mesa llamó su atención. Cogió el papel y lo acarició temeroso, sintiendo cómo su corazón se disparaba y su respiración se paralizaba. Se quedó con la carta en la mano, deseando abrirla y al mismo tiempo temiendo hacerlo; no pudo evitar que sus manos comenzaran a temblar cuando desdobló el papel y procedió a leerla.

Sus ojos recorrieron las palabras escritas por Elena, palabras que tuvieron más efecto sobre él que si le hubieran clavado una espada en el corazón. Apretó las mandíbulas y guardó la carta en el bolsillo. Salió con celeridad de la habitación bajando las escaleras en dos zancadas; quizás llegara a tiempo de abortar su huida.

Cuando llegó al salón la llamó a voces, recorriendo cada una de las estancias que rodeaban la habitación para después salir al patio de armas; pero solo las sirvientas y algunos de sus hombres se presentaron.

Alicia se dirigió hacia él con los ojos lacrimosos, temiendo lo que había pasado. Cuando Ian la vio la cogió fuertemente por los brazos y zarandeándola gritó.

—¿Dónde está? ¿Dónde ha ido? Vos lo sabéis. Decídmelo o juro que os arrepentiréis.

—No tengo ni idea, señor. Ayer discutimos —las lágrimas comenzaron a brotar—, pero no pensé que se enfadara tanto como para marcharse.

—No se ha marchado por vuestra disputa.

—¿No? —inquirió mirándole, esperando una respuesta que calmara su sentimiento de culpabilidad.

—Ella ha debido de decirnos algo —sus ojos acusadores la asustaron—, sois amigas.

—Juro que no me dijo nada. Estoy tan dolida como vos.

—No, yo no estoy dolido, estoy cabreado. Cuando la atrape, la azotaré para que no vuelva a poner mi paciencia a prueba. ¡Peter! —Gruñó —¡Ensilla mi caballo!

Ian organizó una partida de búsqueda que les llevó todo el día. Cuando regresaron, el rostro del laird había cambiado, ya no era enojo lo que reflejaba, como cuando marchó, ahora era desasosiego, tribulación, no había encontrado ninguna pista que le condujera a Elena y el tiempo no jugaba a su favor. Llamó a Alicia.

—¿Tenéis alguna idea de dónde puede haber ido?

—No.

—¿Habrá regresado a España?

—No, de eso sí estoy segura.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Sería el primer lugar al que iríais a buscarla.

Ian resopló moviéndose inquieto. Tenía que encontrarla. Organizaría una partida recorriendo todos los pueblos y si fuera necesario, marcharía a Inglaterra.

Elena cabalgó durante días, uniéndose a una caravana de mercaderes que se dirigían a Dover, haciéndose pasar por un muchacho huérfano que iba en busca de fortuna. Durante el trayecto apenas habló, salvo lo estrictamente necesario; no quería dar pistas sobre su procedencia y mucho menos sobre su destino.

Al llegar a Dover, vendió su caballo y se dirigió al capitán de uno de los barcos que estaban a punto de zarpar con destino a Montreuil, en el puerto de Calais (Francia). Subió al navío y buscó un lugar apartado de los comerciantes que iban a comprar o vender, o ambas cosas, a Francia. Contempló las impresionantes vistas de los gigantescos acantilados blancos de Dover que se alzan más de cien metros sobre el nivel del mar, formando una imponente muralla que ha custodiado la entrada a Inglaterra durante siglos, hasta que la bruma del canal de la Mancha los ocultó por completo.

El viaje fue peor de lo que esperaba, la poca estabilidad del barco y la agitada superficie del mar la tuvieron durante todo el trayecto, desde que perdió de vista la curiosa formación geológica inglesa, vomitando por la borda, dio gracias de que no fuera un viaje largo, si no, no hubiera llegado viva. Cuando arribaron a puerto, el mar parecía haberse prolongado por tierra firme y el mareo continuó durante todo el día.

Buscó una posada donde pasar la noche; necesitaba descansar, habían sido muchos días cabalgando y su cuerpo reclamaba un merecido descanso. La habitación no era ninguna maravilla pero tenía un colchón que parecía cómodo, además de incluir el desayuno. Intentó acomodarse lo mejor que pudo, pero echaba de menos los fuertes brazos de Ian abrazándola y no pudo evitar derramar unas lágrimas, ya no se sentía protegida, estaba sola, completamente sola. Consiguió conciliar el sueño después de dar muchas vueltas en la cama hasta que las primeras luces de la mañana rozaron sus párpados hinchados y, de nuevo, se puso en marcha.

Compró una pequeña yegua, algo inquieta, pero resistente, y decidió unirse a unos mercaderes que se dirigían a Milán. Fueron muchos días cabalgando por caminos a veces intransitables, apenas deteniéndose salvo para dormir o comer. Estaba tan cansada que en más de una ocasión estuvo tentada de dejar el grupo y continuar sola, pero pensó que no era precisamente prudente y aguantó hasta que llegaron a Milán, cuando el sol ya se había escondido en el horizonte.

Encontró una posada en una de las angostas calles que desembocaban en la plaza central. La oriunda mujer que lo regentaba la miró con desconfianza pero le ofreció una pequeña habitación que solo tenía un viejo colchón, una silla y una palangana. «Bueno, mejor esto que dormir en el suelo. Tengo el cuerpo machacado, aunque daría lo que fuera por meterme en una bañera de agua caliente». Comprobó las pocas monedas que aún le quedaban. «Tendré que buscar algún empleo, aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo. Aquí no hay agencias de colocación» —Suspiró.

Estaba tan cansada que no salió de su habitación para cenar, se metió en la cama, bueno, se tumbó sobre ella, ya que su limpieza distaba mucho de considerarse apropiada, y se echó la manta que llevaba consigo. Tuvo sueños inquietos que no recordó por la mañana y, cuando los primeros rayos invadieron su habitación, se levantó sintiendo que el estómago le subía a la garganta. Se tumbó otra vez y se concentró en controlar las náuseas. Cuando por fin notó que habían desaparecido, se levantó lentamente y terminó de vestirse.

Elena no tenía muy claro cómo buscar trabajo, supuso que preguntando quizás alguien pudiera orientarla, así que se atrevió a preguntar a la dueña de la posada.

—¿Buscáis trabajo?

—Sí.

—Yo necesito ayuda en la posada —asintió con prepotencia—. No puedo pagaros, pero os ofrezco alojamiento y comida a cambio de que me echéis una mano.

Elena abrió mucho los ojos asombrada por su buena suerte.

—Por supuesto. Decidme qué queréis que haga.

La dueña era una viuda sin hijos que había heredado del difunto marido la posada y no podía llevarla ella sola.

—Principalmente que ayudéis en la cocina y sirváis las comidas.

—De acuerdo. —Sonrió feliz.

—Pero tendréis que arreglaros ese pelo y poneros un vestido, la ropa masculina no os sienta bien.

Elena se quedó con la boca abierta y su sonrisa se esfumó.

—Puede que hayáis engañado a los demás pero a mí no me engañáis. Ese cutis no es de varón, ni vuestra forma de contornear las caderas, sois más femenina de lo que pretendéis aparentar. No sé ni me importa por qué queréis pasar por un muchacho, pero aquí necesito a una mujer.

—No... no... hay problema, pero no tengo ningún vestido.

—Seguidme, a ver qué encuentro.

Elena principalmente ayudaba en la cocina para preparar las comidas que diariamente la anfitriona ofertaba, no solo a los huéspedes que pernoctaban allí, sino también a viajeros de paso que solamente paraban para comer. De vez en cuando ella misma cocinaba tartas o bizcochos que ofrecía como postre o merienda.

Una mañana Elena marchó al mercado a comprar fruta para hacer su deliciosa tarta de manzana, una tarta que su padre le enseñó a hacer y que era su especialidad. Se paró en uno de los puestos para examinar las manzanas.

—Si las cogéis más pequeñas tendrán un sabor más dulce. —Una voz suave a su espalda le aconsejó.

—Necesito que sean grandes, son para hacer un pastel de manzana —contestó sin volverse.

—Entonces en el puesto de la esquina las encontraréis de buen tamaño.

Elena se extrañó de que el propio tendero la remitiera a la competencia, y curiosa se giró para encontrarse con el rostro afable de un anciano de grandes ojos oscuros que la estudiaban desde su gran altura. Sus largos cabellos ondulados, casi tan largos como su blanca barba, caían libres sobre sus hombros, enmarcando una amplia frente surcada por profundas arrugas.

—Si buscáis unas manzanas más hermosas allí podréis encontrarlas. Éstas de aquí son más sabrosas pero, como vos decís, son pequeñas.

Elena sonrió amable al anciano que la miraba fijamente examinando su rostro como si buscara algo que estuviera fuera de lugar y se sintió incómoda. Volvió la vista nerviosa y entonces el anciano reaccionó.

—Disculpadme, señora —el hombre sonrió bajando la cabeza—, soy pintor y no había visto un rostro tan perfecto. Perdonad mi osadía.

Elena vio sinceridad en la disculpa del anciano y quiso quitarle importancia a la tensión que se había generado entre ellos.

—No pasa nada.

—Me preguntaba si os importaría posar para mí.

Elena se extrañó de la proposición. ¿Posar? Por su mente pasó el posado desnudo y sintiéndose ofendida respondió.

—Lo siento, señor. No poso desnuda.

—¿Desnuda? —Se sorprendió el hombre —No deseo dibujaros desnuda. Solo quiero hacer un retrato con vuestro rostro.

—¿Mi rostro?

—Sí. Solo deseo dibujar vuestro rostro, creo que tenéis las facciones más perfectas que he visto nunca. Os pagaré por posar para mí.

Elena consideró la oferta, tener dinero con el que comprar alguna cosa que necesitaba le vendría muy bien. La posadera no le pagaba dinero y no estaría mal poder contar con algunas monedas.

—Bueno, si os place dibujar solo mi rostro, no hay problema.

—Por supuesto. Si os parece bien, podemos quedar mañana por la mañana a primera hora en la orilla del río, cerca del puente.

—De acuerdo, mañana estaré allí.

—Si no os importa, no os recojáis el cabello, dejadlo suelto.

—Muy bien, como queráis. —Se encogió de hombros y después de comprar las manzanas en el puesto que el anciano le había aconsejado, regresó a la posada.

CAPÍTULO XXXIII

Elena se presentó en el lugar acordado y allí estaba esperando ya el anciano, con su lienzo y varios lapiceros que había sacado de una bolsa de tela.

—Buenos días. —Saludó Elena.

—Buenos días, señora. —Asintió con la cabeza a modo de saludo. Después de observarla un momento, le indicó que se sentara sobre una piedra frente a él —Por cierto, mi nombre es Leo, y ¿el vuestro?

—Elena.

—Hermoso nombre, como vos. No sois de aquí, ¿verdad?

—No. Soy española.

—¿Española? Hermoso lugar. ¿Qué os trae por estas tierras?

Elena pensó un momento su respuesta. La historia del muchacho huérfano que va en busca de fortuna ya no era factible, tendría que inventar una nueva historia, estaba harta de tener que mentir siempre, ¿nunca tendría una vida propia verdadera? Decidió decir la verdad sin ser demasiado explícita.

—Me he separado de mi esposo.

—¿Se portaba mal con vos?

—No, es un hombre muy cariñoso y atento. El problema es que... somos incompatibles.

Sus ojos comenzaron a brillar y el anciano comprendió que la muchacha no deseaba hablar sobre el tema.

—Disculpadme si soy indiscreto. Solo pretendo que os relajéis y poséis con naturalidad.

—Estoy bien, no os preocupéis. ¿Cómo queréis que me ponga?

—Bajad y ladead la cabeza, no me miréis, mirad las flores a vuestros pies y olvidaos de que estoy aquí.

Elena se abstraigo totalmente mientras el anciano dibujaba a grandes trazos el boceto del dibujo. Su mente se escapó a Escocia, a Ian. Le echaba tanto de menos, más de lo que quería admitir, y sintió un profundo dolor en su pecho intentando evitar que las lágrimas bañaran su rostro. El sonido del grafito arañando el lienzo la distrajo de nuevo y, como si fuera una sinfonía, escuchó los tonos que marcaba sobre el papel, mientras jugaba a averiguar cuál era el siguiente trazo del pintor. Se entretuvo así hasta que se dio cuenta de que el sol estaba ya en su zenit y recordó que tenía que trabajar.

—Señor, tengo que marcharme. Debo ir a trabajar.

—Muy bien. No está acabado pero podré terminarlo en mi casa. Tened —Le tendió unas monedas—. Más tarde me pasaré por la posada para probar ese exquisito pastel de manzana que hacéis.

—¿Lo habéis probado? —preguntó sorprendida. No recordaba haberlo visto en la posada.

—Por supuesto. Es uno de los pasteles más exquisitos que he probado, todas las tardes suelo

pasarme para tomar un trozo.

—¡Vaya! Me alegro que os guste. —Se extrañó de no recordarle —Os veré entonces esta tarde. Elena regresó corriendo a la posada. La dueña la vio dirigirse rauda hacia la cocina.

—¿Ocurre algo?

—Creí que llegaba tarde. —Expuso frenando su carrera.

—Aún no ha entrado ningún huésped —comentó justo en el momento en el que dos viajeros pasaban al interior—. Bueno, ahora sí. Id a atenderlos —añadió moviendo la mano en dirección a los recién llegados.

Almorzó después de recoger los platos de la comida y luego se preparó para cocinar una de sus exquisitas tartas de manzana. Los primeros clientes empezaron a llegar en el momento en el que sacaba la tarta del horno de piedra. Echó un vistazo al exterior y vio entrar al anciano. Con una sonrisa se dirigió a él.

—¿Pastel de manzana, entonces? Está recién hecho.

—Entonces ponédme una doble ración, ¡ah!, y una jarra de cerveza. —Las arrugas de su frente se acentuaron al elevar la comisura de los labios.

Elena depositó en la mesa el pastel y la cerveza pero, antes de marcharse, sus ojos se posaron en el dibujo que el hombre realizaba en un cuaderno. Era el boceto de un bebé en posición vertical con el cordón umbilical rodeando su cuello.

—¿Sois también médico?

—No. Estudio el cuerpo humano para poder hacer más reales mis pinturas.

—Bueno —no pudo evitar corregir el dibujo—, realmente el feto no está de pie en el útero materno, suele tener la cabeza inclinada hacia delante entre las piernas, que están flexionadas sobre los muslos. —Fue señalando cada parte de la fisonomía según lo mencionaba —Y el cordón umbilical no está alrededor del cuello, salvo que haya problemas en el parto y se enrosque.

—¿Sois médico? —preguntó extrañado por la seguridad de sus afirmaciones.

—Sí —expuso después de dudar un momento.

—¿Y cómo estáis tan segura de la posición del bebé? ¿Habéis diseccionado alguna mujer encinta?

Elena se quedó pensando qué decir. No tenía muy claro que el anciano estuviera al tanto de las prácticas médicas en España, aun así se arriesgó.

—Sí, he realizado algunas. En la mayoría, pude observar que el feto se encuentra en la posición que os he explicado.

—Y ¿podrías mostrarme cómo se distribuyen los huesos humanos? Eso me ayudará para dibujar algunas posturas humanas.

—Sí, por supuesto.

—¿Y las arterias y las venas?

—También.

—Creo que será interesante hablar con vos. —Afirmó satisfecho.

El anciano continuó comiendo su porción de pastel mientras Elena servía a los comensales que se agrupaban en las mesas vacías.

CAPÍTULO XXXIV

Ian había recorrido cientos de kilómetros preguntando en todos los clanes, en todas las aldeas, en todos los monasterios, castillos, cualquier lugar en donde pudieran haberla visto, había viajado hasta las mismas fronteras de Inglaterra, pero no había encontrado rastro de ella, era como si se la hubiera tragado la tierra. Después de haberse disculpado con el rey por no acudir cuando lo reclamó, decidió marchar a Edimburgo para dar las explicaciones que el monarca le había exigido sobre lo acontecido en Fairburn y la muerte de su tío, pero no fue su principal motivo; quería comprobar que ella no se había dirigido allí.

Volvió a Kintail para organizar una nueva partida, esta vez cruzando las tierras inglesas.

—¿Habéis encontrado algo? —Alicia se acercó a él en cuanto se sentó frente a la chimenea con una copa en su mano mientras observaba el crepitar de las llamas.

—No —contestó seco, sin mirarla. No entendía por qué se había marchado. La carta que le escribió y que llevaba siempre consigo, la leía una y otra vez buscando alguna pista que le indicara dónde podría haber ido. Recordó la conversación que tuvieron sobre su procedencia y que tanto le costó asimilar.

—Elena me contó que... venís del futuro.

Alicia se apoyó en la pared para verle el rostro.

—¿Y... qué pensáis?

—¿Vos también creéis que vuestra presencia aquí puede alterar el futuro?

—Tal vez, no lo sé. Se ha especulado mucho sobre qué sucedería si se pudiera viajar al pasado o al futuro. Hay quien dice que sí, que puede alterarse, pero también se dice que la línea del tiempo es como un río, donde el río nace sería el pasado y donde desemboca es el futuro. El agua de ese río fluye del pasado al futuro pero si colocamos un obstáculo que interfiera ese curso el río buscará otro trayecto. Nosotras seríamos ese obstáculo y lo que estamos haciendo es buscar un nuevo trayecto.

—¿Y si vuestro futuro está precisamente en formar parte del pasado?

Alicia se quedó pensativa.

—Puede ser. De todos modos tampoco tenemos forma de saber si estamos alterando el futuro. No es algo que lo hayamos hecho a propósito, hemos aparecido aquí como podríamos haber aparecido en otra época, del pasado, o del futuro, quién sabe.

Alicia no se atrevía a contarle que su última discusión con Elena antes de huir fue precisamente por ese tema. Aunque Ian le aseguró que no se había ido por la reyerta, su marcha al día siguiente hizo que se sintiera culpable.

—Tengo que encontrarla. Ella es mi presente y mi futuro. Removeré cielo y tierra si es necesario hasta localizarla, aunque tenga que recorrer todas las ciudades, aunque tenga que cruzar el mar, daré con ella.

—Me gustaría poder ayudar, me siento inútil.

Ian apuró el contenido de su copa y se levantó para volver a llenarla. Alicia se alejó cabizbaja.

Elena se alegró de que las molestias matinales hubieran desaparecido, por fin podía levantarse por la mañana sin tener que ir corriendo a vomitar a la palangana. Lo había achacado a algún virus, aunque no descartaba cualquier infección gastrointestinal, dadas las escasas medidas de higiene de la época, sin embargo le extrañaba que casi siempre le ocurriera por la mañana.

En ese momento se quedó clavada en el suelo. Con la tensión de la huida y la preocupación por adaptarse a su nueva situación no había caído en la cuenta de que hacía tiempo que no le bajaba la menstruación. Hizo un rápido cálculo mental intentando acordarse de cuándo fue la última vez, y un sudor frío recorrió su columna vertebral. Hacía más de tres meses que había tenido su última regla y no había atendido a las señales de alarma que le indicaban que podría estar embarazada. Empezó a marearse y salió corriendo para abrir la ventana para dejar entrar un soplo de aire fresco.

—¿Cómo he podido ser tan estúpida? Ni siquiera me había dado cuenta del dolor de pechos que llevo semanas padeciendo.

Sintió que el mundo se le venía encima. Debería estar alegre por llevar en su seno al hijo del único hombre al que había amado y que siempre amaría, pero la razón por la que había huido de él, ahora se encontraba en su interior. Si la muerte de Hector Roy Mackenzie o socorrer a Kenneth y su abuela podría haber alterado el futuro, ¿qué ocurriría con el nacimiento de una criatura cuya madre no debería estar allí? El miedo y la impotencia se volvieron a apoderar de ella y las lágrimas comenzaron a caer a raudales por sus mejillas.

Esa tarde, en la posada, Leo se fijó en sus hinchados ojos y, sabiendo que la muchacha no le contaría allí lo sucedido, esperó a que salieran a pasear como solían hacer cada tarde antes de que se pusiera el sol, y entonces le preguntó.

—No me pasa nada, Leo.

—Entonces ¿por qué vuestros ojos me dicen lo contrario? Habéis estado llorando y no podéis negarlo. ¿Qué os ocurre? ¿Puedo ayudaros? —Tomó sus manos y la obligó a mirarle a los ojos.

Elena sintió un nudo en el estómago. Necesitaba desahogarse con alguien y el afable rostro del anciano consiguió convencerla.

—Estoy... estoy... embarazada.

—Bueno. Esa suele ser una buena noticia, ¿es de... vuestro esposo?

—Sí.

—Y supongo que no deseáis que sepa de su hijo.

—No. No debe saberlo. —Añadió esquivando la mirada.

—Dijisteis que no os maltrataba, ¿cuál es pues el motivo por el que no deseáis volver con él? Decís que es un buen hombre pero sois incompatibles. Nadie es perfecto, las relaciones son complicadas, pero se pueden sobrellevar. Solo hay que poner un poco de nuestra parte.

—Es difícil de explicar.

—Intentadlo —sugirió sentándose sobre una piedra—, hay tiempo hasta la cena.

Elena sentía la imperiosa necesidad de contarle a alguien su problema. Aquel anciano siempre la había respetado y escuchado cuanto tuviera que decir. No había desconfiado de ella, la había escuchado como un alumno escucha a su profesor, tomando apuntes y preguntando sobre aquello que no entendía, y ella se había sentido a gusto haciéndole partícipe de sus conocimientos. Le miró y pensó: «Si me encierran de por vida por loca seguro que no cambiaré el curso del tiempo,

total... no tengo mucho que perder».

—Leo... yo... bueno, es una historia que si os la cuento pensaréis que estoy loca.

—No puedo juzgar aquello que no conozco y aun así, deberíamos definir qué es la locura.

—Veréis... yo... bueno...

—Empezad ya, muchacha, o tendréis que contármelo en la tumba.

—Yo... vengo del futuro —soltó de golpe, mirando los hundidos ojos del anciano, que no se inmutó. Tras unos minutos que se le antojaron eternos, el hombre preguntó.

—¿Por eso sabéis tanto sobre la anatomía humana?

Elena sonrió sorprendida de que la hubiera creído sin más.

—Sí. Estudiaba en una universidad para algún día ejercer la medicina.

—Y ¿qué ocurrió?

Elena le contó su viaje a Escocia, su cena en el castillo, el agujero, el encuentro con Kenneth y su abuela, le relató todo, sintiendo cómo se liberaba de un enorme peso mientras el anciano escuchaba atento y asentía sin dejar de mirarla. Cuando llegó a la parte donde le explicaba por qué huía de Ian, abrió sorprendido los ojos.

—¿Interferir en el futuro? ¿Por qué afirmáis eso?

—Al principio no tenía forma de saberlo hasta que llegó la noticia de la muerte de Enrique VII de Inglaterra y...

—¿El rey de Inglaterra ha muerto? —inquirió atónito.

—Bueno, eso dijo el mensajero.

—No tenía noticias de que hubiera muerto —se encogió de hombros—, supongo que nos enteraremos pronto, las noticias tardan en llegar. Y decidme ¿qué tiene que ver la muerte de Enrique VII con vuestra seguridad de haber alterado el futuro?

—Porque Enrique VII no morirá hasta dentro de un año. Su muerte es una prueba.

—Entiendo. ¿Y si vos estáis aquí quién os dice que este no sea vuestro futuro?

—Porque nací en el siglo XXI y es allí donde pertenezco. Al venir por error a este siglo he alterado lo que estaba por suceder.

—No estoy tan seguro de que sea así.

—Yo sí, Leo. Y encima ahora traigo una persona que no debería nacer.

—¿Cómo lo sabéis? Vos misma habéis dicho que no conocéis en profundidad la historia, no podéis conocer todos los pequeños acontecimientos que han tenido lugar a lo largo de esos quinientos años. Quizás vos seáis parte de esa historia. Quizás vuestro futuro esté en el pasado.

—No —Elena negó con la cabeza—, si eso fuera así, Enrique VII moriría en 1509 y no ahora.

—Creo que no voy a convencerlos, así que no vale la pena seguir hablando de ello. Creo que no lleváis razón pero no insistiré. Cambiemos de conversación. Habladme del futuro.

—¿Qué queréis saber?

—Habladme de la medicina, de cómo vivís, cómo os organizáis.

Elena le habló de los descubrimientos médicos, de los aviones, de los submarinos, de todos los avances tecnológicos que cambiarán al ser humano en los próximos quinientos años. Le mostró cómo se distribuían los huesos humanos, cómo circulaba la sangre por las arterias, cómo eran los músculos, mientras el anciano tomaba notas escribiendo de derecha a izquierda, algo que llamó mucho la atención de Elena.

CAPÍTULO XXXV

Una mañana que había quedado para desayunar con Leo en su casa, una lujosa villa junto al río, su criada le dijo que su señor había salido un momento y que podía esperarle en su estudio.

Al entrar en la iluminada estancia, donde todo estaba perfectamente ordenado, sus ojos se fijaron en el lienzo tapado por una tela blanca con su retrato. Sintió curiosidad, todavía no lo había visto. Miró hacia la puerta y de puntillas se acercó. Con cuidado retiró la tela y, cuando vio el dibujo, su corazón se paralizó. En ese momento la puerta se abrió, pero Elena no podía moverse, estaba hipnotizada. Leo entró en el estudio y sonrió a Elena.

—Buenos días. Veo que os gusta vuestro retrato. —Sonrió viendo a Elena con la boca abierta y los ojos como platos —Está inacabado, pero creo que conseguí captar perfectamente vuestra esencia y...

—¿Cuál... es... vuestro nombre? —preguntó sin dejar de mirar el dibujo.

—¿Mi nombre? ¿Ya se os ha olvidado?

—Vuestro nombre completo.

—¿Os encontráis bien? —Frunció el ceño extrañado ante la reacción femenina.

—Por favor, ¿cuál es vuestro nombre? —preguntó de nuevo mirando ahora a los ojos del anciano.

—Leonardo di ser Piero da Vinci

Elena tuvo que sentarse para no caer.

—¡Dios mío! —Y se puso a reír a carcajadas preocupando al anciano, que se acercó a ella cogiendo sus manos.

—Me parece que no os encontráis bien. ¿Queréis que os traiga algo de beber? —Hizo además de llamar a su sirvienta pero Elena le retuvo.

—No, no... me encuentro perfectamente. Sois... sois... el gran... —Y pasó de las risas a las lágrimas. Se abrazó al hombre que no sabía qué hacer, llorando sobre su hombro hasta que las lágrimas se agotaron y entonces se separó de él.

—Leonardo... seréis alguien muy importante.

—Preferiría que no me dijerais nada.

—Lo entiendo. Pero tengo que daros las gracias. Me habéis mostrado cuál es mi lugar, ahora ya no tengo ninguna duda.

—¿Yo os he mostrado vuestro lugar? No comprendo.

—No os preocupéis. Debo marcharme, tengo que preparar un viaje.

—¿A dónde os vais?

—A Escocia.

—¿Volvéis con vuestro esposo?

—Sí. —Su sonrisa iluminó su rostro —Ahora sé que mi sitio está junto a él, aquí, en este siglo. Como vos decíais, mi futuro está en el pasado.

—Sigo sin comprender.

—Podría explicároslo pero no queréis que os diga nada sobre el futuro.

—Así es.

—Entonces no os diré nada, pero me gustaría pedir os algo ¿podrías mostrarme las notas que tomasteis de mis explicaciones sobre anatomía, submarinos, etc?

—Claro. —Se acercó a un estante y sacó su cuaderno de notas. Elena lo abrió y sonrió ampliamente, luego se lo devolvió.

—Gracias. Ahora debo darme prisa. Escuché en la posada que un grupo de mercaderes marchaban mañana para coger un barco con destino a Londres.

—Siento que os vayáis tan rápido. Me gusta conversar con vos. Pero esperad, necesitareis dinero para vuestro viaje de regreso. —Sacó una bolsa con monedas de un cajón y se las tendió a Elena.

—Pero esto es demasiado —Protestó.

—Vuestro rostro me permitirá pintar más cuadros.

—Os lo agradezco. Seguid pintando, Leo, no os dejéis desanimar por nada ni por nadie. Os llevaré siempre en el corazón.

—Tened un buen viaje.

—Nunca os olvidaré.

Se despidieron con un fuerte abrazo y Elena se marchó corriendo a la posada. Cuando le informó a la mujer sus intenciones de abandonar la posada al día siguiente, no le hizo mucha gracia, pero lo entendió. Se había dado cuenta del cambio en el cuerpo de la muchacha y sus casi continuas náuseas por las mañanas.

—¿Regresáis con el padre de la criatura?

Elena volvió a sorprenderse de que aquella mujer fuera tan observadora. No hacía falta decir nada, ella ya se había percatado. Le había cogido cariño a aquella matrona que la trataba como si fuera una hija más que su empleada. Sonrió con ternura y sin que la mujer se lo esperara le dio un beso en la mejilla.

—Os echaré de menos. Os habéis portado muy bien conmigo.

—Vos me habéis ayudado mucho —contestó intentando no mostrar sus sentimientos—. Espero que encontréis lo que buscáis.

—Creo que ya lo había encontrado, solo que no supe verlo.

—¿Os marcharéis mañana con el grupo que sale a primera hora?

—Sí.

—Pues id a preparar vuestras cosas, esta noche cenaréis conmigo, ¿os parece?

—Me encantaría.

CAPÍTULO XXXVI

El viaje de regreso se le antojó más largo de lo que le hubiera gustado, necesitaba acortar al máximo la distancia que la separaba de Ian, añoraba sus besos, sus abrazos, sus caricias. Inconscientemente acarició su abdomen preguntándose cómo se tomaría su embarazo y una duda comenzó a atormentarla: ¿La aceptaría después de haber escapado de él? ¿Se habría olvidado de ella? Cómo le gustaría tener un teléfono para preguntarle a Alicia, ella podría informarle. Alicia. También la echaba de menos.

Cuando llegó al puerto de Dover, en Inglaterra, aspiró el húmedo ambiente y sonrió, ya faltaba menos para llegar hasta él. Su atuendo masculino la permitió pasar desapercibida entre toda la muchedumbre que se agrupaba en el puerto. Encontró un grupo que marchaba hacia York, en la frontera con Escocia y desde allí se unió a unos mercaderes que se dirigían a Fort William para luego continuar a Inverness, aunque ella se quedaría en Fort William y desde allí se encaminaría a Eilean Donan. Este fue el trayecto más largo para Elena. Cada noche rezaba para que el nuevo día llegara cuanto antes, y su agitado corazón pudiera sosegar entre los brazos del hombre que el destino había elegido para ella.

Al llegar a Fort William se despidió del grupo y buscó una posada donde pasar la noche. Antes de que el sol despertara, Elena ya se había puesto en camino.

Su corazón se disparó al divisar a lo lejos la majestuosa silueta de la fortaleza de Eilean Donan, atenuada por la bruma que poco a poco iba abrazando las pétreas murallas. La pleamar inundaba el paso hacia el castillo haciendo inaccesible el acceso. Avistó un pequeño bote en la orilla y buscó ansiosa en los alrededores a sus ocupantes. La comisura de sus labios se elevaron al distinguir la figura de Alicia que buscaba entre arbustos y matorros, seguramente las distintas plantas que solía utilizar para sus brebajes y potingues. Cerca de ella, un guerrero vigilaba oteando cualquier movimiento que pudiera inducir una visita inesperada.

Antes de que espoleara al caballo para reducir el espacio que la separaba de su amiga, Alicia, como si hubiera percibido su presencia, levantó la vista. Se puso en pie indecisa, temiendo que fuera un espejismo pero, a pesar de la distancia, pudo reconocer a Elena y lanzó un grito de alegría, emprendiendo una carrera que alertó al guerrero, que rápidamente echó mano de su espada mientras dirigía la mirada hacia el punto hacia el que Alicia corría.

Elena bajó del caballo para fundirse en un cálido abrazo con su amiga, permitiendo que las lágrimas corrieran descontroladas por las mejillas de ambas. Permanecieron así hasta que el hipo de sus llantos las permitió hablar.

—Pensé que no volvería a verte —Sus manos tocaban el rostro de Elena—. Lo siento, lo siento mucho, no debí gritarte...

—Tranquila, Alicia, todo está olvidado.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —Rio Elena cogiendo las manos de su amiga—. No te preocupes. Estoy

perfectamente. ¿Cómo estás tú?

—Ahora bien. Te he echado tanto de menos. ¿Dónde has estado?

—Es una larga historia. Yo también te he echado mucho de menos.

Volvieron a abrazarse hasta que Alicia la separó y con lágrimas todavía en los ojos la reprimió.

—No vuelvas a hacerme esto, por favor.

—No te preocupes. Ahora sé cuál es mi sitio.

Alicia la miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo contaré. —Sonrió.

—Espero que ese sitio se encuentre aquí porque hay alguien que ha removido cielo y tierra para encontrarte, y no está dispuesto a renunciar a ti.

Elena hinchó el pecho y respiró tranquila. Su mayor miedo se había disipado, ahora tendría que soportar una reprimenda, pero estaba preparada, solo quería volver con él.

—Mi sitio ha estado siempre aquí, Alicia.

—Ya me explicarás todo, ahora entra en el castillo, creo que los vigías han informado ya de tu llegada.

Varias figuras se agolpaban en la otra orilla entre las que distinguió a Kenneth y su abuela.

—¿Está Ian en el castillo? —preguntó nerviosa al no verle allí.

—No. Lleva varias semanas fuera. Apenas para por el castillo, salvo para saber si hay alguna noticia sobre tu paradero. Ha enviado varias patrullas recorriendo todos los rincones de Escocia aventurándose hasta Inglaterra. Conseguí convencerle de que no se dirigiera a España, ya que estaba completamente segura de que allí no irías, ¿me equivoqué?

—No —Sonrió—. Sabía que intentaría buscarme allí.

—¿Dónde has estado?

—En Milán.

—¿En Milán? —Alicia abrió mucho los ojos —Pero ¿cómo llegaste allí? ¿Cuánto has tardado?

—No lo sé, más de un mes. No es lo mismo viajar en avión que en caballo.

—¿Qué has hecho con tu pelo? —preguntó cogiendo su recortada melena.

—Tuve que vestirme de muchacho para no llamar la atención.

—Vaya, tienes mucho que contar. Estarás hecha polvo. Vamos, necesitas un baño de agua caliente y no creo que puedas tomarlo ahora mismo, te espera el interrogatorio —comentó señalando la otra orilla donde Kenneth no dejaba de agitar las manos para llamar su atención.

—Sí, ya veo, aunque me da más miedo el interrogatorio de Ian —musitó.

Las dos amigas subieron al bote y el guerrero remó hasta llegar a la otra orilla donde un emocionado Kenneth se metió en el agua hasta llegar al bote y abrazarse a Elena.

—¡Lady Elena! Por fin habéis vuelto.

—Sí, ya he vuelto —reía—, pero déjame bajar para darte un buen achuchón.

Lady Agnes se acercó a su nuera y sin decir nada, con los ojos llorosos, la abrazó fuertemente.

—Creíamos que os habíamos perdido, muchacha. Espero que nunca más volváis a darnos este disgusto.

—No, Lady Agnes, he vuelto para quedarme. Mi sitio está aquí.

—Por supuesto. Siempre ha estado aquí —añadió sin saber a qué se refería—, incluso antes de aparecer en nuestras vidas. Vamos dentro, muchacha, no sé de dónde venís, pero tenéis aspecto de estar cansada. Llamaré a Ebrel para que os prepare un buen baño, seguro que se alegrará de veros de nuevo.

—Sí, yo también tengo ganas de verla, a todos vosotros.

—Ian no se encuentra aquí.

—Lo sé. Alicia me lo ha dicho.

—Hemos enviado un emisario para avisarle de que has vuelto a casa.

—Gracias. Supongo que me espera una buena reprimenda.

—Eso te lo aseguro. —Sonrió Lady Agnes —Nunca había visto a mi hijo tan enfadado... —su rostro se dulcificó —ni tampoco tan angustiado.

Ebrel se alegró mucho de volver a verla y, aunque era su señora, Elena no dudó en abrazar a la joven, que correspondió con la misma efusividad, incapaz de controlar la emoción. Preparó su baño y le subió una bandeja con comida que Elena devoró antes de meterse en la bañera, mientras Alicia no paraba de hacerle preguntas.

Elena le relató su viaje, su estancia en Milán, su amistad con el gran Leonardo Da Vinci.

—¡Qué suerte! ¡El gran Leonardo! —soltó Alicia tendiéndole una toalla.

—Sí. Lo cierto es que no supe quién era hasta el final.

—Ya me imagino. ¿Le contaste tu secreto?

—¿Que venía del futuro? Sí.

—¿Y también la razón por la que te fuiste de Escocia?

—Sí. —Afirmó afligida —Él tampoco estaba de acuerdo con mi teoría.

—Puedo preguntarte algo ¿por qué te marchaste realmente? Parecía que habías superado tu desazón.

—Por lo de la muerte de Enrique VII.

—¿La muerte de Enrique VII? —exclamó extrañada.

—Sí. No debería haber muerto ahora. Eso me confirmó que habíamos modificado el futuro.

—¡Pero si Enrique VII no ha muerto!

—¿Cómo que no ha muerto? —repitió sorprendida —Escuché decir a Ebrel que el mensajero había informado de la muerte del rey.

—El mensajero informó de la inminente muerte del rey, nunca dijo que hubiera muerto. — Aquella profunda voz paralizó el corazón de Elena que sintió temblar las piernas cuando se encontró con los fríos ojos de Ian Mackenzie que la escrutaban inquisidores desde la puerta —El rey de Inglaterra estuvo muy enfermo, pero se recuperó. Ahora mismo sigue rigiendo los designios de su país.

—Pero... yo... pensé... —Las palabras se quedaron atascadas en su garganta.

—Creo que tengo que irme. —Señaló Alicia que, después de dar un beso a su amiga, se escabulló cerrando la puerta tras de sí, dejando a los esposos desafiándose con la mirada.

El guerrero tuvo que hacer un esfuerzo enorme para reprimir el irrefrenable deseo de estrechar entre sus brazos a su añorada esposa. Jamás la había visto tan hermosa. Las llamas crepitaban en la chimenea dotando a la habitación de un color anaranjado que resaltaba el color fuego de su pelo, más corto de lo habitual, pero igual de hermoso. Los ojos de Elena brillaban como dos estrellas en una oscura noche de invierno, sus labios, sensuales y exquisitos, que tanto placer le habían proporcionado, permanecían entreabiertos, esperando su calor, esperando su respuesta. La visión de su cuerpo al trasluz amenazó con desatar todo su autocontrol y sintió la fuerte tensión en su entrepierna. Obligó a su cabeza a pensar fríamente y recordar el calvario que le había hecho pasar, recorriendo toda Escocia y parte de Inglaterra, sintiendo que ya no tenía una razón para existir, ni siquiera sus obligaciones como laird habían conseguido quitarla de su cabeza. Se fue acercando a ella lentamente.

—¿Tienes idea del tormento por el que me has hecho pasar? —Elena tuvo que abrir más la boca para permitir que el aire pasara al interior —¿Tienes idea del sufrimiento que he padecido pensando que ya no volvería a verte? —El sutil aroma a lilas de su esposa inundaba su pituitaria excitando aún más sus feromonas —¿Sabes las noches que he tenido que sucumbir al alcohol para olvidar que ya no te tenía entre mis brazos? —Su voz sonó ahogada cuando sus cuerpos se rozaron y sintió el furioso latido de su corazón mientras una oleada de calor invadía todo su cuerpo. En pocos segundos, cada fibra nerviosa reaccionó y el deseo se volvió tan intenso que dolía. Su mente se olvidó de la angustia pasada y se centró en castigar aquellos labios que tanto ansiaba tomar. Con extrema lentitud, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos, rodeó su cintura atrayéndola hacia él. Su boca se detuvo a escasos centímetros de la suya.

Elena sintió desatarse un torbellino de emociones en su interior. Sus piernas temblaban y su cuerpo se humedeció de deseo. Anhelaba beber de aquellos labios tan dolorosamente cerca, pero estaba paralizada, embriagada por el cálido aliento de su esposo. Sintió que le faltaba el aire y suplicó con la mirada a aquellos labios que le daban la vida. Pensó que su corazón se saldría de su sitio cuando los labios de Ian se posaron con suavidad sobre los suyos y una descarga eléctrica recorrió todo su cuerpo al tiempo que un feroz y primitivo gruñido salía de la garganta de Ian. Elena cerró los ojos para hundirse en el estallido de sensaciones que todas y cada una de sus células experimentó, dejándose dominar por aquella boca que lamía con dulzura sus labios.

Poco a poco la presión del beso se fue intensificando y la impetuosa lengua masculina invadió su interior, paladeando su sabor, aspirando su aliento. Ian deslizó una mano hasta su nuca mientras con la otra aferraba las nalgas femeninas reduciendo aún más el escaso espacio que ya había entre ellos, haciéndole notar el salvaje deseo que ella le provocaba.

La ternura fue dando paso a la pasión y, en poco tiempo, Ian perdió todo el control, elevando el cuerpo de Elena, estampándola contra la pared mientras sus bocas se debatían en una batalla desenfadada. Ian, enloquecido por la pasión, arrancó el camión de Elena que, sin apartar los labios de los de su marido, intentaba desnudarle entre jadeos. La urgencia de su deseo les cegó y, trastabillando con todos los objetos que parecían haberse puesto de acuerdo para ponerse en medio, terminaron en el suelo en un frenético intento de saciar su hambre.

El hinchado miembro masculino buscaba desesperado la entrada al paraíso mientras sus labios magullaban la febril piel de Elena, que apenas podía respirar por el incontrolado latir de su corazón.

—Necesito tenerte desesperadamente. —Gruñó Ian entre dientes.

—Yo necesito tenerte dentro de mí —gimió Elena aferrando el amado rostro de su esposo—. Te deseo tan desesperadamente como tú a mí.

Aquellas palabras fueron suficientes para que Ian solo se centrara en satisfacer su deseo, un deseo compartido y correspondido que arrancó un grito de Elena en el momento en el que su esposo la penetró con una fuerte embestida. Comenzó a moverse lentamente acelerando a medida que el placer se intensificaba, besando apasionadamente la boca femenina hasta que tuvo que separarse para poder respirar.

Elena arqueó la espalda para sentirle más dentro, provocando un gruñido primitivo en Ian, que se esforzaba por controlar su excitación, intentando no acabar demasiado pronto, pero las exigencias de su esposa estaban haciéndole perder la cabeza.

Las caderas femeninas subían y bajaban a un ritmo cada vez mayor, obligando a Ian a seguir su cadencia, apretando las mandíbulas para olvidar su inminente orgasmo, procurando centrarse en el placer Elena, que ceñía sus piernas alrededor de sus caderas para retenerle.

Ian sintió que estaba al límite, la visión del rostro de su esposa con los ojos cerrados y los labios entreabiertos fue más de lo que podía aguantar. Elena contuvo la respiración mientras las aletas de su nariz se dilataban y sus caderas se apretaban contra las de Ian, que supo que ella estaba a punto de llegar al clímax. Embistió más y más fuerte hasta que Elena se convulsionó de placer estremeciéndose en un sinfín de espasmos, que empujaron a Ian a las profundidades de su propio orgasmo. Su cuerpo se tensó antes de explotar dentro de Elena, que le abrazó compartiendo su estremecimiento.

Permanecieron abrazados, todavía unidos, temblando, sin hablar, recuperando el aliento, hasta que Ian rodó a un lado para no aplastar a su esposa, atrayéndola a su pecho. Elena se acurrucó contra su calor, aspirando el ansiado olor masculino, escuchando el acelerado latir de su corazón que poco a poco iba ralentizándose.

—¿Volverás a dejarme? —La voz de Ian sonó ahogada.

Elena se incorporó para mirar a su esposo a los ojos.

—No, si tú todavía me quieres a tu lado.

—Y ¿por qué no iba a quererte a mi lado? —preguntó delineando el rostro femenino.

—Sé que te he hecho daño —sus ojos evitaron enfrentarse a los de Ian—, y el amor que nos profesamos debería haber sido suficiente para saber que mi sitio está junto a ti, pero...

—No hace falta que sigas. —Ian rodó para ponerse sobre ella y depositar un tierno beso en sus labios —Solo quiero saber si volverás a dejarme, porque estoy dispuesto a atarte para obligarte a quedarte junto a mí. —Sus ojos se clavaron en los de ella —Elena, no soy nada sin ti. Te necesito como el aire que respiro, como el agua que calma mi sed. Este tiempo que has estado alejada de mí me he sentido morir. Si el destino te ha traído hasta mí será porque nuestro destino es estar juntos.

—Ahora estoy completamente segura de que mi sitio es estar a tu lado. —Sus dedos se deslizaron suavemente por sus fornidos brazos.

—¿Y por qué estás tan segura ahora? —Sus labios tocaron el sensible cuello femenino.

—Conocí a un hombre...

—¿Un hombre? —Elena notó la tensión en el cuerpo masculino que se separó para mirarla a los ojos.

—Bueno, un anciano —sonrió dulcemente colocando la mano sobre el rostro amado—, que será un personaje muy conocido en el futuro. Él me enseñó cuál es mi destino.

—¿Te enseñó tu destino? —Frunció el ceño sorprendido.

—Sí, algún día te contaré toda la historia pero ahora debo confesarte algo muy importante.

Los ojos de Elena comenzaron a brillar mientras sus manos recorrían inconscientemente el torso masculino encendiendo de nuevo su pasión que no tardó en lanzarse a la ofensiva, volviendo a su cuello, recorriendo con la lengua la línea de la yugular.

—¿Qué es eso tan importante?

—Estoy... —o se lo decía rápidamente o sus besos terminarían por obnubilarla completamente y no sería capaz de hablar —¿Estoy embarazada!

Los labios de Ian se detuvieron en su camino hacia los pechos femeninos y separándose de ella lo justo para ver sus ojos, preguntó.

—¿Qué... qué has dicho?

—Estoy embarazada. —Su amplia sonrisa pronto se vio imitada por la de su marido que, con los ojos vidriosos, se incorporó de un salto quedándose sentado sobre los talones.

—¿Embarazada?

Elena asentía mientras las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Sí, no lo supe hasta poco antes de regresar.

—Un bebé —Las potentes manos masculinas acariciaron el abdomen de Elena—. Ya había notado que habías engordado un poco —sonrió elevando una ceja —... ¡Auch! —Se quejó cuando Elena le propinó un golpe —Pero no quería decirte nada; ya sé que a las mujeres no os gusta que os digan estas cosas. —Sonrió juguetón intentando evitar las manos enfadadas de su esposa que se había incorporado para alcanzarle. Aprovechó uno de los intentos de castigarle para abrazarla y estrecharla fuertemente entre sus brazos. Elena se quedó estrujar hasta que tuvo que empujarle.

—Déjame respirar. —Rio con ganas.

—Te amo, mi preciosa viajera del futuro.

—Yo también te amo, Laird Mackenzie.

Se fundieron en un ardiente abrazo

—Si es niña, la llamaremos Janet —declaró Ian mientras tumbaba a su esposa con cuidado y volvían a hacer el amor.

EPÍLOGO

Eduardo Benítez y su ex mujer Amalia volvieron a unirse para buscar a su hija, desaparecida en una excursión por Escocia junto con una amiga. Habían pasado horas, días, meses, años en la embajada escocesa intentando averiguar qué había pasado con ella, pero no habían conseguido ninguna respuesta concluyente. Intentaron contactar con la agencia con la que su hija y su amiga habían contratado la excursión, pero había cerrado.

Una tarde, después de otra infructífera reunión con el embajador de España en Escocia, pasaron por el Museo Nacional de Edimburgo, donde presentaban una exposición de Leonardo Da Vinci, y decidieron entrar para pensar en otra cosa que no fuera la impotencia de desconocer el paradero de su hija.

Fueron recorriendo cada una de las salas hasta que Amalia se quedó clavada frente a uno de los dibujos que se encontraban expuestos en la pared. Eduardo se paró a su lado y dirigió la vista hacia el dibujo que había llamado su atención. Su corazón se paralizó en ese momento y un sudor frío recorrió todo su cuerpo. Se cogieron de la mano, hipnotizados por aquel dibujo del siglo XVI. La voz de Amalia apenas fue un murmullo.

—Si no fuera porque Da Vinci vivió hace quinientos años, juraría que es el retrato de nuestra Elena.

Eduardo asintió sin dejar de mirar el dibujo. Sus ojos bajaron a la etiqueta que bajo el dibujo daba información sobre el mismo: «La scapigliata» —Leonardo Da Vinci (1508)

NOTAS DE LA AUTORA

—Ian John Mackenzie (1480–1561), 9º señor de Kintail, fue un Laird escocés, hijo de Kenneth, 7º señor de Kintail y su segunda esposa o supuesta esposa, Agnes de Lovat. Parece que no estaban casados y la mayoría del clan no consideraba a John como heredero legítimo.

Su tío, Hector Roy Mackenzie, fundador de la casa Gairloch, fue designado tutor de su sobrino y hermanastro de Ian, Kenneth Og, entonces menor de edad, aunque le correspondía a Duncan, hermanastro de Hector, esta tarea. Hector se encargó de su tutoría y al morir Kenneth Og se encontró en posesión de valiosas tierras. Se opuso a la sucesión de Ian basándose en su ilegitimidad, al no estar sus padres casados. Hector propuso a Duncan, a quien consideraba heredero legítimo y un obstáculo para su propia sucesión, que le cediera sus derechos como hermano mayor en favor suya, a cambio de tierras para él y sus sucesores, a lo que Duncan se negó, especialmente porque en 1491 el Papa, cuando murió el padre de John, había legitimado el matrimonio de su padre y Agnes, por lo que los hijos pasaban a tener derechos a la sucesión.

Ian tuvo varios hermanos, entre ellos Catherine, que contrajo matrimonio con Hector Munro, 13º señor de Foulis, con quien tuvo dos hijos, Robert (14º señor de Foulis) y Hugh. Roderick fue también hermano suyo.

Ian tuvo una hija, Janet, de madre desconocida, en esta historia será la hija de Ian y Elena.

—Ian contrajo matrimonio con Elisabeth Grant, con quien tuvo a su hijo y heredero Kenneth. Elisabeth falleció en 1515. Por necesidades del guion «he tenido que matarla antes».

—Kenneth Mackenzie, hijo de Ian y Elisabeth, apodado «Coinneach na Cuirc» en gaélico escocés, que traducido sería Kenneth el tallador, por su habilidad para tallar la madera. Su fecha de nacimiento no está clara. En algunos sitios lo sitúan sobre el 1500, en otros en 1513, yo lo he situado en el 1500.

—Lady Agnes Fraser de Lovat, madre de Ian, murió hacia 1494, en esta historia la he dejado vivir un poco más.

—Hector Roy Mackenzie, hermanastro del padre de Ian, murió en 1528. Aunque el castillo de Fairburn fue efectivamente incendiado por Ian, Hector Roy no murió en el incidente.

—Jacobo IV de Escocia (1473–1513), Hijo de Jacobo III, reinó en Escocia entre 1488–1513. En 1503 contrajo matrimonio con Margarita Tudor, hija mayor de Enrique VII de Inglaterra, a la que llevaba 16 años de diferencia. Aunque tuvieron seis hijos solo sobrevivió uno a los primeros años tras el nacimiento, y sería su sucesor Jacobo V.

—Enrique VII de Inglaterra y señor de Irlanda, fundador de la dinastía Tudor, reinó entre 1485 y 1509, año en el que le sucedió su hijo Enrique VIII. Tuvo siete hijos con su esposa Isabel, aunque solo sobrevivieron a la infancia cuatro de ellos, entre los que está su sucesor, Enrique VIII, y Margarita, esposa de Jacobo IV. La muerte de su esposa sumió al rey en una profunda tristeza de la que no se recuperó, falleciendo inesperadamente en 1509.

—Leonardo Da Vinci, regresa a Milán en 1503, donde permanecerá hasta 1513, que marchará a Roma. La scapigliata (La despeinada) es una pintura inconclusa datada hacia 1508. Leonardo tenía una escritura especular, de derecha a izquierda. Aunque en principio se especuló sobre la posibilidad de que fuera zurdo, se ha descubierto que era ambidiestro. La razón de este tipo de escritura también podría estar en proteger sus ideas, ya que no todos los documentos presentan este tipo de encriptado. Los dibujos que Leonardo da Vinci realizó sobre las articulaciones, músculos y esqueletos se hicieron en los años 1508–1510. Algunos de los dibujos que hace «después de conocer a nuestra protagonista» son anteriores a 1508.

—Aunque he vestido a nuestros highlanders con el tradicional kilt, esta prenda no apareció hasta finales del siglo XVI. Su origen parece ser el feileadh mor, una túnica de unos cinco metros que se ataba alrededor de la cintura. De cintura para abajo se parecía a la actual falda mientras que la tela sobrante se colocaba por encima del hombro sujeta con un broche.

Todos los derechos reservados

Título original: Capricho del destino

©2018 Mairi Duan

©Diseño maqueta y portada: Tempus Fugit Ediciones

©Corrección: Koldo Basurto

Copyright 2018. Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Todos los derechos reservados

Gracias a mi marido, Paco, por animarme a escribir esta historia y por conducir cientos de kilómetros para que pudiera ver el mágico escenario donde se desarrolla la acción.

A mi prima María José, por las nociones de farmacología, las opiniones y el entusiasmo en la lectura del manuscrito.

A mis queridas amigas reencontradas después de más de treinta años, Cristina, Rosa y Val, gracias por vuestros consejos y sugerencias en el desarrollo de la novela y por esos cafés y tertulias que se han convertido en una parte importante de mi vida.

Índice

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPITULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPITULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

CAPÍTULO XXVIII

CAPÍTULO XXIX

CAPITULO XXXI

CAPÍTULO XXXII

CAPÍTULO XXXIII

CAPÍTULO XXXIV

CAPÍTULO XXXV

CAPÍTULO XXXVI

EPÍLOGO

NOTAS DE LA AUTORA